

Dèjame Quererte

Alba M. Hernández

Déjame quererte

Alba M. Hernández

Copyright © Alba M. Hernández
Copyright © Beatriz M. Hernández, portada.
1ª edición. Enero 2024. Todos los derechos reservados.
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico sin la autorización previa. No se permite su incorporación a un sistema informático ni su transmisión.

ISBN: 9798876111333
Sello: Independently published

A Lola

1

Las caderas de aquella desconocida se movían al ritmo de la música al mismo tiempo que sus ojos se clavaban directamente en los suyos sin ningún tipo de pudor. La chica la miró sonriente y la animó a unirse a su baile en mitad de la pista, pero ella decidió esperar un poco más y dejó que siguiera llamando su atención mientras se recreaba en su belleza. Su pelo era largo y negro. Sus ojos eran de un tono parecido y su cuerpo le gritaba en silencio un «acércate» demasiado tentador. La observó acariciarse el cuello y descender con la mano lentamente por la clavícula hacia el escote. Era provocativa y sabía muy bien lo que hacía. Así que alzó la vista de aquella escena para asegurarse de sus intenciones y al ver que se mordía el labio inferior, de forma muy sugerente, entendió que la deseaba y que no necesitaba perder más el tiempo.

Dejó la copa en la barra y sus pies comenzaron a recortar los pocos metros que las separaban. Bordeó a la gente, que bailaba sin ser consciente de lo que pasaba a su alrededor y, cuando sus ojos conectaron de nuevo, descubrió que su sonrisa era el doble de atrayente. Detuvo los pasos a unos cuantos centímetros de ella y su mirada le hizo un reconocimiento bastante exhaustivo que no le resultó nada incómodo. Habían estado jugando a eso durante gran parte de la noche. A esa corta distancia su belleza le resultó mucho más increíble y recortó lo poco que las separaba ayudada por la chica, que tiró de la cintura de su pantalón, provocando que sus cuerpos chocasen y entrasen en contacto directo.

Sintió que colaba una mano por debajo de la camisa y la piel de su espalda se erizó al sentir sus caricias mientras sus ojos seguían retándose. La chica la empujó suavemente un poco más hacia su cuerpo y, segundos después, con la mano libre que tenía subió a su cuello y le acarició la nuca justo antes de que sus labios conectasen.

Sus besos eran lentos y húmedos y los movimientos contra su cuerpo buscaban más contacto. Todo el que fuera posible. Siguió acariciándole y sus manos le proporcionaron un agradable calor a su cuello al sentir su contacto y provocando que sus besos fueran más intensos. Sintió su respiración acelerada y su pecho chocando contra el suyo justo antes de que le mordiese el labio para pasar la lengua inmediatamente y embestir su boca con más ganas. Era más exigente a cada segundo y todo se volvió mucho más urgente. Así que agarró su mano, cortó el beso e hizo que la siguiera.

Ni una sola palabra. No habían necesitado nada para encontrarse en mitad de la noche y rendirse al más puro deseo.

Las ganas de tocarla iban en aumento y aceleró el paso para llegar cuanto antes al baño y guiarla hasta el último cubículo del lugar. No era la primera vez que hacía algo así y estaba segura que su compañera no era tampoco una novata en el tema. Así que se ahorró explicaciones, abrió la puerta, la dejó pasar y cerró antes de empujar su cuerpo con el suyo contra la madera. La miró con lujuria y sonrió. Apoyó las manos contra la superficie, arrinconándola, y las de aquella desconocida se aferraron a sus caderas, atrayéndola. Se inclinó y la besó con ímpetu y de sus labios escapó un sonido de placer justo antes de que sus besos bajasen a su cuello y sus manos comenzasen a desabotonarle la camisa. Su pecho marcaba un ritmo bastante acelerado y ella volvió a sonreír porque le encantaba provocar ese tipo de reacciones.

Bajó una de las tirantas de su sujetador con lentitud y se fijó en cómo miraba su boca. Sabía que deseaba volver a besarla, pero decidió no complacerla y bajó con besos hacia su escote mientras le retiraba la tela del sujetador para sentir directamente la piel de su pecho. Dejó besos

húmedos, sintió que su pezón se endurecía y lo mordió con suavidad mientras las manos de la chica se enredaban en su pelo y su cuerpo se inclinaba hacia el suyo. Quería más y lo sabía.

Buscó sus labios de nuevo y la chica intentó tocar su pecho, pero agarró sus manos, evitándole la acción, y las colocó contra la puerta. Entendió su mensaje y dejó que siguiera con las riendas. La besó con mucha demanda y desabrochó su pantalón mientras sentía, cada vez más, su respiración acelerada y que sus caderas la buscaban. Coló la mano en su ropa interior e inmediatamente sintió su calor. Acarició sus pliegues y extendió su humedad con los dedos mientras sus gemidos chocaban directamente contra su oído. Sus caricias eran lentas y suaves y eso debió desesperarla, ya que comenzó a mover las caderas contra su mano, buscando más contacto, y decidió centrarse en su clítoris para acabar cuanto antes. Sintió sus jadeos mientras compartían besos y alternó el ritmo de sus caricias. La chica gimió y mordió su labio como respuesta e inmediatamente su respiración se volvió más acelerada justo antes de echar la cabeza hacia atrás. Mordió su cuello expuesto y segundos después sintió cómo se corría.

Sacó la mano de su ropa interior y le abrochó el pantalón. La desconocida la miró sonriente y buscó su boca de nuevo para besarla. Sabía cuál era el siguiente paso, pero decidió cortar su contacto e intentó encontrar las palabras adecuadas para romper con la escena. El problema era que la chica no parecía estar de acuerdo y la empujó suavemente, provocando que su espalda chocase contra la pared. Sus ojos la miraban con más fuego que en toda la noche y atacó sus labios sin compasión y sin dejarle decir nada. Desabrochó su pantalón con mucha prisa y cuando bajó la vista sintió sus dedos. Era rápida y deseaba tocarla más que ella sentirla. La besó de nuevo mientras sus dedos la acariciaban con maestría y cerró los ojos para dejarse hacer. Se concentró en ese fuego que comenzaba a crecer en la parte baja de su vientre y sus latidos se aceleraron al sentir que pasaba la lengua por su cuello, ascendiendo hasta su oreja. La mordió con algo de brusquedad y sintió que apretaba con la mano libre uno de sus pechos antes de rendirse por completo al placer. Había llegado al orgasmo, pero le había dejado una sensación un tanto agridulce.

La chica volvió a besarla, pero ella no le siguió. Todo había terminado y empezó a sentirse un poco más vacía que al principio de la noche. Llevaba tiempo sin sentir nada diferente y especial y esa vez no fue la excepción. Así que se apartó, dejando a un lado sus pensamientos, y se recolocó la ropa antes de dedicarle una última mirada y salir por la puerta sin decir absolutamente nada.

*****

Un fuerte ruido contra el escritorio rompió por completo con su descanso y aceleró el ritmo de su corazón. Alzó la vista para comprobar el motivo de aquel mal y descubrió a Marina, su compañera de trabajo, amiga y el mayor dolor de cabeza de la historia en momentos así de inoportunos.

—¿Al final saliste anoche?

Se lo preguntó con el ceño fruncido y ella reprodujo un sonido con la garganta afirmándole que sí.

—Eres una bastarda —soltó su amiga molesta—. Me quedé sola en casa porque me dijiste que no saldrías.

—Y no iba a hacerlo —aclaró rápidamente—. Pero me agobié y salí a tomar una copa.

—¿Y solo tomaste una copa?

Cuestionó sus palabras y detestó que la conociese tanto.

—Un par.

Decidió quitarle importancia encogiéndose de hombros e intentó recordar qué estaba

haciendo antes de su interrupción. Pero no dejó que se concentrase, ya que su amiga se sentó en el filo del escritorio y le clavó la mirada casi sin pestañear. Dejándole bastante claro que aquella conversación aún no había llegado a su fin.

—Tienes cara de muerta.

La ignoró porque no tenía fuerzas para hablar ni para pensar en una frase con la que debatirle e intentó volver a concentrarse en algo, pero su presencia y el cansancio lo hicieron completamente imposible.

—De muy muerta —recalcó Marina tras unos segundos—. ¿Te apetece un café?

—Me apetecen veinte cafés —contestó rápidamente—. Pero tengo que terminar de editar la entrevista que sale el viernes.

—Yo también tengo que terminar unas cosas —confesó su amiga—. Pero estoy segura que un café nos hará bien.

Negó con la cabeza, rechazando su petición, y volvió la vista a la pantalla para seguir con su trabajo. Llevaba años trabajando para esa revista y, aunque no era lo que había estado soñando mientras estudiaba la carrera de periodismo, no podía quejarse. Tenía un buen horario, buen sueldo y nunca había tenido ningún tipo de problema con algún compañero. Amoldarse a aquella plantilla había sido muy fácil y seguiría en ella hasta que le pegasen una patada en el culo para echarla.

—No me hagas insistir —le pidió su amiga, atrayendo de nuevo su atención.

—¿Invitas tú?

Marina soltó un «maldita rata» que le hizo sonreír justo antes de levantarse del escritorio y siguió sus pasos dejando en segundo plano aquella entrevista a un nuevo *influencer* de moda. Caminaron por la oficina con destino hacia el ascensor mientras su amiga hablaba sobre su último trabajo y ella se limitaba a escuchar. No es que no le interesase lo que le contaba. Marina era una magnífica compañera de conversaciones, pero su mente seguía en estado de hibernación y bastante tenía con moverse y respirar a la vez.

Cuando el ascensor terminó el trayecto, y sus puertas se abrieron, el ruido generado en la planta baja chocó contra sus sentidos y provocó que se pusiera en alerta. Aquel era el punto de reunión y distribución de empleados, pero también el lugar de encuentro que concluía en la cafetería. Caminaron en silencio hacia la entrada y, nada más abrir la puerta, Marina se dirigió a la barra para pedir los cafés y ella buscó una mesa en la que sentarse porque el cansancio iba recortándole vida a cada segundo. Se sentó y se perdió por completo en su concentración para intentar no quedarse dormida. Clavó la mirada en el servilletero, que estaba justo en la mesa, y descubrió que el papel tenía una de esas frases tan estúpidas que intentan ser motivadoras.

«Hoy puede ser un gran día».

Contó las palabras. Seis. Y las letras. Veinte. Y volvió a leer la frase como si después de destriparla fuese a cobrar más sentido. Pero no. Cero.

—Cualquiera diría que estás súper concentrada y no de resaca —dijo Marina antes de dejar los cafés sobre la mesa.

—No estoy de resaca —soltó a la defensiva—. Solamente bebí un par de copas —repitió —. Pero estoy cansada.

—¿Y eso por qué? ¿Esfuerzo físico nocturno? —le preguntó curiosa tras sentarse en la silla de al lado.

—Un poco.

Lo confesó sonriente y su amiga dejó a un lado el café para centrarse del todo en lo que tuviese que contarle.

—Mi única intención era la de tomar algo para despejarme —aclaró en primer lugar—. Pero se me presentó la oportunidad y ya sabes que no me gusta desaprovecharlas.

Dio un sorbo al café y se acomodó mejor en la silla. La cafeína comenzó a recorrer su sistema y empezó a sentirse mejor. Sabía que era imposible que hiciera un efecto tan rápido, pero el poder de la mente podría llegar a ser realmente increíble y a ella no le gustaba cuestionar esas cosas.

Marina le preguntó acerca de lo ocurrido la noche anterior y ella acabó resumiéndoselo sin entrar en muchos detalles. No eran necesarios. Resultaba muy fácil tratar con ella esos temas porque ambas eran muy parecidas y muy amantes de las mujeres.

—He quedado con Noah esta noche —le confesó su amiga y asintió sin mucha emoción.

—Al final la chica te ha hecho caso.

Bromeó y se ganó una mueca graciosa por su parte. Marina llevaba un par de semanas detrás de una de las nuevas becarias. Y ella, sinceramente, no entendía su insistencia, ya que podría tener a cualquiera chica sin problema, pero a la muy cabezota siempre le gustaba esforzarse porque, según sus propias palabras, «nunca sabes quién puede ser el amor de tu vida».

—Vamos a ir a ese restaurante nuevo italiano.

—Así que es ese tipo de quedada.

—¿Qué tipo de quedada? —le cuestionó curiosa su amiga.

—De esas cursis y de ponerse cariñosa —contestó burlona.

—Vamos a cenar. No hace falta ponerse cursi ni cariñosa —le aclaró antes de dar un sorbo al café.

—¿Y luego? —preguntó antes de repetir su gesto—. ¿No vais a hacer esfuerzo físico nocturno?

Utilizó sus mismas palabras y la observó sonreír antes de negar con la cabeza.

—¿Es que no quieres acostarte con ella?

—Claro que quiero —respondió su amiga—. Pero no tengo prisa.

—Así que vas a ponerte cursi y cariñosa.

Bromeó y soltó una carcajada cuando Marina levantó el dedo corazón hacia ella.

—Igual tú también deberías ponerte cursi y cariñosa de una vez.

—No me van esos rollos.

—Ese es el problema. Que te van demasiado los rollos —le debatió su amiga—. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de algo?

—¿Miedo? —cuestionó con el ceño fruncido—. Oh, por favor.

—Eres un poco cliché.

—¿Un poco cliché?

—Sí. Chica guapa y soltera que no se compromete y que pasa su vida de cama en cama —resumió su amiga—. Eres muy cliché —insistió.

Rodó los ojos y giró el rostro para ignorarla por completo. A su cansancio no le venía nada bien aquella conversación e intentó pensar en qué decirle para devolverle aquel tonto ataque. Pero no pudo hacerlo porque toda su atención fue retenida de golpe y todo a su alrededor empezó a ir a cámara lenta. Como en una película. Una joven castaña acababa de aparecer en su campo de visión y se regañó mentalmente cien mil veces seguidas por no haber dedicado antes unos segundos a lo que pasaba a su alrededor. La chica sonreía y servía un par de cafés, dejándole bastante claro cuál era su cometido en aquel lugar, y ella se preguntó cuánto tiempo llevaba ahí trabajando.

—¿Cómo se llama? —preguntó a media voz mientras sus ojos seguían cada uno de sus

movimientos—. ¿Cómo se llama? —repitió mirando a su amiga.

—No lo sé. ¿Qué pasa? ¿Te interesa la nueva?

—Es nueva, claro.

Y lo dijo más para sí misma. Porque sabía que aquella chica no podía haber pasado como si nada delante de sus narices. Y volvió a mirarla y descubrió que tenía los ojos azules y sonrió, de forma totalmente involuntaria, con su sonrisa.

—¿A dónde vas?

Escuchó a su amiga en segundo plano, pero ella ya había emprendido la marcha y caminaba muy segura hacia la barra, concretamente hacia la castaña. Se apoyó en la superficie y la observó en silencio. Desde su nueva posición observó que tenía un cuerpo muy bonito y, cuando volvió a centrar los ojos en su rostro, sonrió al descubrir que la chica la estaba mirando.

—¿Quieres algo? —le preguntó la castaña con la ceja ligeramente alzada.

—¿Qué tal tu nombre?

Le devolvió una pregunta sonriente y la observó fruncir el ceño.

—No sirvo mi nombre. Solo bebidas y comida.

—Yo soy Lena —dijo ignorando sus palabras, intentando que la siguiese.

—Muy bien, Lena. ¿Quieres algo?

La chica insistió recalcando su nombre y a ella se le pronunció un poquito más la sonrisa.

—Ya te lo he dicho, tu nombre.

—Y yo ya te he dicho que no sirvo mi nombre —le repitió con gesto serio—. ¿Quieres algo para beber o comer? —le preguntó y ella negó con la cabeza—. Pues hazme un favor y deja libre la barra porque algunas no podemos perder el tiempo.

Le sorprendió sus palabras, pero más lo hizo su gesto. La castaña cogió un trapo, lo pasó por la superficie con mucha prisa y ella tuvo que apartarse con rapidez para que no le diese. Se quedó allí de pie unos segundos más, intentando analizar lo sucedido, y retrocedió sobre sus propios pasos con la sensación del mayor fracaso obtenido en cuanto la joven desapareció por las puertas que daban a la cocina de la cafetería sin decirle ni una sola palabra más.

2

—¿Estás aquí o en Mate?

Giró el rostro tras escuchar aquella pregunta y encontró los ojos de Marina clavados en ella.

—En Venus —contestó—. Ya sabes, por eso que dicen que las mujeres venimos de allí.

Intentó bromear, pero le quedó fatal y hasta se avergonzó por haberlo intentado.

—Aunque la última creación de Venus pase de tu culo —apuntó su amiga.

Frunció el ceño y alzó una ceja. Quería advertirle que no siguiera por ahí. No tenía derecho ni tampoco motivos para llegar a esa conclusión tan rotunda. Y sí, su amiga sabía que la nueva trabajadora de la cafetería pasó un poco de ella el día anterior porque se lo contó en uno de los descansos. Pero todo el mundo tiene un mal día y darle más importancia de lo que merecía no valía la pena.

—¿Qué tal con Nora? —preguntó para cambiar el tema de conversación.

—Fue muy bien —respondió Marina muy sonriente.

—¿Muy bien? —cuestionó inclinándose sobre la mesa, bastante interesada con el tema.

—No es lo que estás pensando —le advirtió su amiga—. Después de cenar fuimos a dar un paseo y ya está.

—¿Y ya está? —preguntó algo desconcertada.

Marina se encogió de hombros, pero no se le borró la sonrisa de los labios en ningún momento. Parecía estar más que satisfecha con su noche, aunque para ella el plan era sumamente aburrido. Demasiado.

—¿Ha contactado contigo tras esa noche tan divertida? —preguntó con ironía.

—Le he escrito hace un rato para invitarle a comer y me ha dicho que sí.

—¿Vas a hacerlo todo tú?

Se lo preguntó justo antes de dar un sorbo de café y Marina, que no entendió bien su pregunta, tuvo que esperar a que terminase de dar el trago.

—¿Siempre vas a provocar los acercamientos? —reformuló la pregunta.

—¿Cuál es el problema? —cuestionó su amiga—. No todas tenemos la suerte de que las chicas se nos acerquen sin hacer absolutamente nada.

—¿Lo dices por mí?

—¿Con quién estoy hablando?

—Yo hago cosas —dijo poniéndose un poco a la defensiva—. Me acerco.

—Después de que ellas te coman con la mirada —apuntó Marina rápidamente—. Lo tienes todo más que hecho con esa cara que tienes —la acusó—. Pómulos marcados, largas pestañas, ojos grandes y de color miel y labios carnosos.

—No es mi culpa tener buenos genes —soltó despreocupada.

—Por supuesto que no —le dijo dándole la razón—. Pero tienes que reconocer que tienes más de medio camino hecho solamente con tus malditos genes.

Hizo un gesto con la mano para que se callase y dejase ahí la conversación, pero el nuevo tema de conversación tampoco le gustó demasiado.

—La castaña te va a traer problemas —señaló inclinando la cabeza hacia la barra—. Parece que no le impresionó nada de nada tu cara bonita.

—A mí tampoco me impresionó ella.

—¿A quién intentas engañar? —cuestionó Marina sonriente—. Ayer fue la primera vez en mi vida que te vi acercarte a una chica sin haber tenido antes algún tipo de contacto o mirada.

—Siempre hay una primera vez.

Decidió quitarle importancia, pero sabía que tenía razón. Nunca había tenido problemas para ligar y siempre dejaba que fueran ellas las que se acercasen. Había sido así de fácil desde que empezó a experimentar el maravilloso mundo de la alteración hormonal y nunca le había hecho falta cambiar de táctica ni poner más de su parte.

—¿Vas a volver a acercarte?

—No lo sé.

Fingió total desinterés, aunque por dentro estuviese deseando levantarse de la silla y caminar hacia la barra para poder observar de nuevo aquellos increíbles ojos azules lo más cerca posible.

—Podrías intentarlo de nuevo —la animó Marina—. ¿Qué puedes perder? Nada —se contestó ella misma, sin darle tiempo—. Pero sí que puedes ganar —señaló—. Otro rechazo.

Bromeó y ella sonrió con ironía. Su amiga pensaba que llevaba mal el rechazo pero, ¿cómo iba a llevar mal algo que no conocía? Estaba totalmente fuera de lugar.

—Igual acepta comer contigo. Recuerda que hoy te dejo sola.

—Eres la peor amiga del mundo.

Se lo soltó clavándole la mirada, negando con la cabeza y fingiendo estar más molesta de lo que verdaderamente estaba, ya que su amiga, sin saberlo, le acababa de dar un buen motivo de peso para acercarse a la castaña y no tener que buscar cualquier excusa barata y sin justificación.

—Voy a ir a hablar con ella —le informó mientras se levantaba de la silla.

—Suerte.

La miró confundida y le dieron ganas de entrar en debate, pero su tiempo de descanso se acababa y tenía que darle prioridad a lo que verdaderamente lo merecía. Caminó entre aquellas mesas y las conversaciones del resto de personas mientras sus ojos seguían cada uno de los movimientos de la chica castaña. Sonreía a un señor de mediana edad al que le servía un café y decidió darle espacio y colocarse en el extremo, justo en el mismo sitio que el día anterior. Esperó pacientemente hasta que la vio alzar la vista para comprobar que todo el mundo estaba servido y cuando sus ojos conectaron sonrió, pero ella no. Ella la miró con el ceño ligeramente fruncido y llegó a su alcance con demasiada prisa, como si quisiera acabar antes de empezar.

—¿Qué vas a tomar?

—Ya me he tomado el café —respondió analizando su gesto, fijándose en cómo alzaba una ceja—. Pero vengo por algo mucho más importante.

Observó su mirada, pero no le dio ninguna pista. Absolutamente nada. Cero.

—Si me dices tu nombre te invito a comer.

—¿Qué te hace pensar que quiera que sepas mi nombre? —le cuestionó inmediatamente.

—Estarías ganando una invitación a comer —repitió por si no le había quedado claro.

—Contigo.

—Exacto.

—Repito, ¿qué te hace pensar que quiera que sepas mi nombre?

Se le borró la sonrisa y ni siquiera le dio tiempo a recomponerse. La chica se giró y empezó a caminar hacia el otro lado de la barra, pero decidió insistir porque sabía perfectamente que Marina se burlaría de ella ante un nuevo rechazo. Necesitaba que le dijese que sí. Y lo necesitaba muchísimo.

—Yo te dije el mío —dijo siguiendo sus pasos, pero rodeando la barra—. Tú debes

decirme el tuyo. Es lo justo.

Logró que girase de nuevo el rostro hacia ella y pudo leer un claro «pero qué pena das».

—Seguro que no tienes nada mejor que hacer —soltó lo que primero se le vino a la cabeza y una sonrisa, diría que irónica, apareció en sus labios—. Te estoy invitando a comer, ¿sabes cuántas chicas estarían dispuestas a ello?

—Pues invítalas a ellas y a mi déjame en paz.

Fue rotunda con sus palabras, pero también con su lenguaje corporal. La dejó allí y desapareció de nuevo metiéndose en la cocina. Intentó pensar en qué había fallado, pero sintió una presencia a su lado y ni siquiera le hizo falta mirar porque reconoció su voz inmediatamente.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Marina.

—Genial —respondió sin mirarla.

—Vaya, enhorabuena.

Clavó la vista en ella porque no sabía si aquello lo había dicho de forma irónica o no y lo que menos necesitaba, en ese preciso momento, era que más malas sensaciones se uniesen a su situación actual.

—Ha ido horriblemente mal —confesó y el ceño de su amiga se frunció unos segundos, pero después sonrió sin cortarse un pelo.

—¿Te ha vuelto a rechazar?

—No me ha rechazado —respondió con rapidez—. Está ocupada.

Lo justificó con esa corta mentira de dos palabras y su amiga decidió dejar el tema aparcado. Dos acercamientos, dos rechazos. Su marcador personal estaba sumando en su contra y la necesidad por invertirlo o detenerlo había empezado a nacer. Podría detenerse ahí y hacer como si de verdad aquella chica no le interesase nada, pero sabía perfectamente que no ocurriría. Era consciente de que sus ganas por acercarse a ella de nuevo estaban ahí. Y lo sabía porque, aunque aún seguía apoyada en la barra, ya quería volver y hablar con ella de nuevo para convencerla.

*****

¿Se pasó todo el resto de la jornada laboral pensando en ella? Efectivamente. ¿Quiso bajar un incontable número de veces a por otro café? Desde luego que sí. Pero no lo hizo porque se tenía un poco de amor propio y porque cabía la posibilidad de otro «rechazo» más y no quería que en ese marcador mental siguiese tomándole ventaja. Y sí, lo catalogó como rechazo porque aún no tenía la palabra adecuada y su mente no estaba por la labor de cambiar el foco de concentración. Necesitaba descanso y suspiró aliviada en cuanto el reloj marcó la hora de salida.

Recogió sus cosas, se despidió de algunos compañeros y tomó el ascensor. Salió sin perder un segundo en cuanto las puertas se abrieron, pero frenó los pies de golpe al ver cerca de la puerta a Marina hablando con Noah. No quería toparse de lleno con la típica conversación tonta y cursi entre dos personas que se están conociendo. Así que giró el rostro unos centímetros y descubrió que la cafetería aún seguía abierta. Al acercarse se dio cuenta que estaban cerrando y que la posibilidad de que la chica castaña siguiese ahí era bastante improbable. Pero aun así la curiosidad le pudo más, entró con paso decidido y se acercó a uno de los camareros para que le intentase resolver el misterio. Pero fue entonces cuando la vio. Estaba junto a otra compañera recogiendo la terraza e inmediatamente en sus labios apareció una sonrisa inexplicable. Se giró y volvió sobre sus pasos porque ya no necesitaba buscar ningún tipo de información y decidió esperarla en la puerta del edificio. Se apoyó contra un coche y sacó el teléfono móvil para entretenerse un rato en las redes sociales y hacer la espera mucho más amena. Deslizaba las imágenes sin prestarle prácticamente atención porque sus sentidos estaban volcados al completo

en lo que sucedía a su alrededor. No quería perderse la salida de aquella chica y por eso levantaba el rostro cada pocos segundos. Pasada media hora estuvo a punto de rendirse y su idea hasta le empezó a parecer estúpida, pero fue entonces cuando ella apareció en su campo de visión con una pequeña mochila a la espalda, un casco y empujando una bicicleta.

Sonrió ante su gesto de fastidio al verla y se movió con rapidez ante sus claras ganas de huir.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó mientras le seguía el ritmo—. Para un momento.

Se lo pidió agarrando el manillar de la bicicleta y sus ojos azules se clavaron en los suyos con dureza.

—¿Qué demonios haces?

—Llevo esperándote media hora —le informó.

—¿Y?

—Podrías hablar conmigo un poco.

—¿Por qué? —le cuestionó la chica con el ceño fruncido.

—Porque llevo media hora esperándote.

Lo repitió con una sonrisa, pero no causó el mismo efecto en su compañera de conversación que tiró con algo de fuerza de la bicicleta para continuar su camino, provocando que ella tuviera que recomponerse.

—Frena un poco —le pidió acelerando los pasos para no perderla—. No seas tan así.

—¿Tan así? —preguntó la castaña sin dejar de caminar.

—Tan de mala hostia —aclaró.

La chica se detuvo de golpe y como consecuencia directa ella también. Pensó que sus palabras habían hecho efecto y que por fin podría hablar con ella sin tener que realizar una maratón improvisada en mitad de la ciudad.

—Estoy muy segura de que no vas a parar hasta que sueltes lo que quieres decirme —le dijo clavándole la mirada—. Así que tienes treinta segundos.

—Me sobran veinte —vaciló sonriente y muy cargada de seguridad—. Te invito a tomar un café.

Consiguió que sonriera, pero rápidamente se dio cuenta de que no era una buena sonrisa, que era todo lo contrario. Era una de esas irónicas.

—He servido cientos de cafés en todo el día —le recordó e inmediatamente su oferta ya no le parecía tan buena idea—. ¿De verdad crees que me apetece encerrarme en un sitio igual o parecido a tomarme uno?

Se lo preguntó negando ligeramente con el rostro, dejando su capacidad de reacción completamente reducida. La observó avanzar hasta llegar al semáforo de la esquina y en lugar de seguirla decidió probar suerte desde la distancia.

—¿Y a cenar? —preguntó elevando la voz.

Captó su atención y volvió a clavar la mirada en ella, pero no recibió respuesta verbal alguna. Lo único que consiguió fue verla desaparecer poco a poco después de que el semáforo le diera paso. Le acababa de anotar otro tanto, pero ese tres a cero no pesaba tanto porque no había ningún testigo que le diese valor a aquel aplazamiento. Y fue justo ahí cuando se dio cuenta de que no eran rechazos, que eran aplazamientos ya que, tarde o temprano, estaba convencida de que acabaría cediendo e intercambiarían algo más que frías miradas y duras contestaciones. Estaba segura.

3

Esa mañana se levantó con energía extra y cargada de motivación. Su acercamiento a la camarera el día anterior había sido un auténtico fracaso, pero también resultó ser el más duradero. Quizás porque en plena calle no tenía puerta tras la que esconderse o cliente al que atender, pero eso le daba igual. No tenía importancia. No quería quitarse todo el mérito porque realmente la idea de esperarla fue cosa suya.

—¿Tienes algún evento hoy?

Le preguntó Marina tras dejar los cafés sobre la mesa.

—No, ¿por?

—Vas muy arreglada.

—¿Este trapito? —cuestionó mientras examinaba su propio conjunto—. No es nada. Lo pillé en rebajas.

Resumió brevemente el caos en su cabeza de esa misma mañana delante del armario. Tuvo la genial idea de impresionar a la chica castaña y no se le ocurrió mejor forma que dedicar un poco más de tiempo en arreglarse. Vació prácticamente todo el armario sobre la cama y finalmente se decidió por un traje de pantalón gris oscuro que le quedaba como un guante. No le mintió diciéndole que lo compró en rebajas, pero si omitió el dato de que, aun así, le salió por un ojo de la cara. También le dedicó algo más de tiempo al maquillaje y al pelo. La mezcla de todos esos factores dio como resultado que esa mañana se sintiera con más confianza. Aún no sabía si intentaría un nuevo acercamiento pero, de ser así, sabía que conseguiría un par de puntos extras gracias a su esfuerzo mañanero.

—¿Qué tal te fue con Noah? —preguntó, aunque su atención estuviese volcada en la camarera.

Quiso que su amiga se recrease en contarle sus avances para así ella poder mirar a la chica con tranquilidad. Servía a un cliente y su característica y llamativa sonrisa adornaba sus labios. A ella nunca le había llegado a dedicar una de esas, siempre eran irónicas y burlonas. Pero eran diferentes a las que mostraba al resto de personas y se lo tomó como algo bastante personal e incluso especial. Se aferró a eso y sonrió sin darse cuenta cuando la observó romper a reír con alguna tonta broma del mismo cliente. Un gran afortunado, sin duda.

—¿Tanta gracia te hace? ¿Por qué sonríes?

Escuchó esas preguntas con bastante atención porque su amiga le dio un ligero golpe en el brazo, trayéndola así de nuevo a escena.

—¿Y bien?

—No estaba sonriendo —se defendió.

—¿Ahora soy ciega?

—Me he acordado de un video que vi anoche de gatitos —se justificó antes de dar un sorbo de su café—. Puedes continuar.

Le dio pie a que siguiera contando su plan con la tal Noah y cogió una servilleta para limpiarse los labios tras dar un sorbo de café. El «Hoy puede ser un gran día» apareció delante de sus ojos e hizo una bolita con el papel y lo tiró al cenicero. Aquella frase no le funcionó nada días atrás y no quería volver a verla jamás. En su vida. Clavó la vista en el nuevo mensaje de la siguiente servilleta y leyó de nuevo «Hoy puede ser un gran día». Tomó aire para expulsarlo lentamente antes de arrancarla del dispensador y hacer otra bolita que acompañase a la anterior.

«Si la vida te da limones, haz limonada» fue la nueva frase que apareció y cerró los ojos ante la frustración de no entender el sentido de poner esos mensajes tan sumamente absurdos.

—No me estás haciendo caso.

Fue la voz de Marina lo que le hizo volver de nuevo a la realidad y, cuando alzó el rostro, para mirarla, la encontró seria y con los brazos cruzados.

—Perdón. Estoy algo despistada.

—No estás despistada. Estás rara. Muy rara —recalcó su amiga—. ¿Qué pasa? ¿La castaña te está dando dolores de cabeza? —bromeó sonriente.

—¿Qué castaña? —cuestionó rápidamente—. Nadie está hablando de ninguna castaña.

La sonrisa de Marina aumentó y ella frunció el ceño molesta con su actitud. No había sacado el tema en ningún momento, ¿qué derecho tenía ella de hacerlo?

—¿Quieres que hable yo con ella?

—¿Tú? ¿Para qué?

—Igual puedo conseguir que me diga su nombre.

—Igual ya lo sé —vaciló apoyando la espalda contra la silla.

—¿Y por qué seguimos diciéndole castaña?

—Has sido tú la que ha sacado el tema.

Se cruzó de brazos sintiéndose victoriosa, pero el gesto de su amiga le dejó bastante claro que tenía algo con lo que arrebatarle ese triunfo.

—Igual yo también lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó rompiendo con su postura, apoyándose ligeramente sobre la mesa para estar más cerca de ella—. ¿Cómo se llama?

—Averígualo tú misma.

Marina se levantó sonriente ante su atenta mirada y abandonó el lugar sin decirle una sola palabra más. Gruñó algo frustrada y volvió a dejarse caer contra el respaldo de la silla. Miró hacia la barra unos segundos después y comprobó que ya estaba lo suficientemente despejada como para poder acercarse a la camarera sin que le pusiese la excusa de que estaba demasiado ocupada. Se levantó, se pasó las manos por la chaqueta para asegurarse de que estaba todo perfecto, y caminó con seguridad hasta ella.

—¿Qué tal llevas la mañana?

Se lo preguntó pillándola completamente desprevenida y, cuando sus ojos se clavaron en su rostro, se llevó de regalo su particular mirada. Intensa y dura, pero también atrayente. Jodidamente atrayente. ¿Había visto alguna vez un azul de ese tipo? Juraría que no.

—Iba bien hasta hace unos segundos —le respondió la chica con una sonrisa irónica, aunque ella sonrió de verdad.

—Seguro que mi presencia lo mejora más.

—Creo que no pillas bien las cosas.

Cerró la conversación con esa frase y agachó el rostro de nuevo para ignorarla. Ella decidió seguir sus movimientos con la mirada y se dio cuenta de que estaba reponiendo unas cuantas cestitas con bolsitas de azúcar, así que tendría algo más de tiempo para intentar sacarle información.

—¿Por qué no me dices tu nombre?

—¿Por qué debería decírtelo, Lena? —le devolvió la pregunta alzando de nuevo el rostro, recordándole que ella sí sabía el suyo.

—Porque así tendríamos una conversación más fluida.

Sus ojos azules se quedaron unos segundos mirando directamente los suyos y, por un

momento, pensó que la volvería a abandonar. Pero respiró tranquila al ver que se apoyaba con ambas manos sobre la barra. Aún tenía un poco más de tiempo. ¿Alguna vez había sentido esa necesidad de casi suplicar un par de segundos más? Lo dudaba.

—No me interesa tener una conversación más fluida contigo.

—Y aun así la estamos teniendo —señaló ella con rapidez.

Sonrió ante su gesto de duda y se le aceleró un poco el sistema al darse cuenta de que iba a darle punto final a su nuevo acercamiento. Así que agarró su mano en un intento de evitar su huída y se tensó un poco en cuanto clavó sus ojos azules en el gesto. Estaba claro que no esperaba algo así y no hizo falta que se lo dijese con palabras. La castaña apartó la mano con rapidez, como si le hubiese quemado, y algo de decepción recorrió su sistema.

—Dime tu nombre —insistió a pesar del rechazo físico que acababa de vivir.

—Piérdete.

—Nunca había escuchado ese nombre —bromeó—. ¿Es del norte?

Un atisbo de sonrisa apareció en los labios de la camarera y en su interior nació un cosquilleo por la satisfacción de haber conseguido tal hito. Le apartó la mirada del todo porque un nuevo cliente apareció en la barra y ella decidió no insistir. No había conseguido su nombre, pero si una sonrisa. Fue sutil y casi imperceptible, pero fue sincera y con eso le bastaba. Al menos por el momento.

*****

Dejó a un lado de nuevo los documentos con los que estaba trabajando y volvió a abrir la página de *Facebook*. Había tenido la genial idea de encontrar a la camarera en redes y así descubrir su nombre. Ella recortaría distancia con su creciente frustración y Marina no se enteraría de su nuevo fracaso. Era todo ventajas. O al menos eso era lo que pensó al inicio de aquella cruzada interna, porque ya había probado suerte unas cuantas veces y no tuvo éxito alguno. Examinó la página de la empresa y la de Marina, por si por un casual se hubiesen agregado como amigas. Pero no encontró nada. Absolutamente nada. Suspiró sonoramente y se mentalizó en que su nuevo intento sería el definitivo, aferrándose a lo de que a la tercera va la vencida y a que por su mente cruzó la respuesta correcta y hasta quiso abofetearse por no haberlo pensado antes. Solamente tenía que encontrar la página principal de la cafetería, no la de la empresa.

Tecleó, se insultó mentalmente y, tras varios descartes, encontró el sitio en web, provocando que una gran sonrisa decorase su rostro porque la victoria cada vez estaba más cerca e iba a poder descubrir por fin el nombre de la dueña de aquellos ojos azules tan increíbles. Pensó en cuál sería y se descubrió susurrando nombres aleatorios. Sonia. Marta. Ruth. Sacudió la cabeza porque no era momento de perder el tiempo y sus ojos se movieron con rapidez por la pantalla para encontrar alguna pista. No había ninguna publicación acerca de trabajadores nuevos. Todo se centraba en la carta de productos que servían y poco más. Pero aún le quedaba un último tiro, la lista de amigos. La analizó despacio y abrió en otras ventanas aquellas chicas que no dejaban muy claro su aspecto en la foto principal. Pero tampoco encontró nada y gruñó un «joder» bastante frustrado a la vez que se empujaba con la silla hacia atrás. Chocó contra la pared con suavidad y desde allí observó con rabia y desprecio su fracasado plan. Era la peor investigadora de la historia.

De repente la puerta se abrió tras un ligero toque contra la madera y la cabeza de Marina apareció por sorpresa. Se movió con rapidez de nuevo hacia la mesa ante la idea de ser descubierta y aquel hecho no pasó para nada desapercibido para su amiga, que aceleró el paso y se plantó a su lado con mucha rapidez.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó Marina con la mirada clavada en ella mientras abría otra ventana de internet para disimular.

—Nada —respondió encogiéndose de hombros—. Solo miro el trabajo con perspectiva.

Marina la miró desconfiada, pero al parecer tenía algo mucho más importante que contarle, así que dejó a un lado el tema.

—Noah y yo vamos a salir luego a tomar unas copas y vienen unas amigas suyas, ¿te apuntas?

—Claro.

—Es un local nuevo que han abierto cerca del centro —aclaró su amiga inclinándose sobre el escritorio para apoyarse—. Me lo acaba de decir. Vamos a buscarlo a ver por dónde queda.

Le dejó vía libre en el ordenador y se echó hacia atrás en la silla, dejándole más espacio para escribir en el teclado.

—¿Qué hacías mirando todas estas páginas de *Facebook*?

—¿Y qué haces tú mirando mi historial de búsqueda? —le preguntó dándole un ligero empujón para que se apartase.

—Ya sabes que soy muy curiosa —le recordó su amiga—. Pero yo no sabía que tenías un hobbie tan extraño.

—Solo estaba mirando la lista de amigos de la página de la cafetería —confesó para que no interpretase cualquier otra cosa.

—Aún no sabes su nombre.

Marina rompió a reír como si aquello fuese la cosa más divertida del mundo y se sentó directamente sobre su escritorio.

—¿Te ha vuelto a rechazar?

—No me ha rechazado —respondió—. Me ha aplazado —señaló.

—Aplazado —repitió su amiga.

—Sí. Aplazado —recalcó—. Es una chica muy ocupada.

—¿Tanto como para no darte su nombre?

Empujó a Marina e hizo que se levantase, pero como no parecía tener intención de abandonar su despacho siguió dándole pequeños empujones, guiándola hasta la puerta.

—Igual tiene un nombre muy largo —bromeó su amiga mientras le abría la puerta—. ¿Te imaginas que sea una princesa? Tienen nombres interminables.

—Sí. Y esto ahora es una película romántica en la que la protagonista se enamora de la princesa y acaban viviendo felices y comiendo perdices en un castillo —ironizó.

Su amiga sonrió y vio un claro intento de querer decir algo más, pero ni siquiera le dio tiempo a pronunciar una sola palabra. Terminó de darle un último empujón, la sacó fuera del despacho y cerró la puerta. Tenía mucho que hacer y no quería más distracciones. No se iba a marchar de allí hasta averiguar el nombre de aquella chica.

*****

Estaba apoyada contra su coche, esperando frente al portal de Noah. Marina le mandó un mensaje con la dirección y la hora y ella llegó muy puntual, pero su amiga parecía estar lo suficientemente entretenida como para hacerle esperar sin motivo alguno. Aunque bueno, realmente el motivo se lo imaginaba y no la culpaba. Retrasarse unos minutos por estar con una chica en la cama era un gran motivo de peso. Y aunque sabía que le esperaría una noche de carantoñas de tontas enamoradas, decidió salir porque le sentaba bien para despejarse y porque le gustaba conocer gente nueva y Marina le había asegurado que irían unas amigas de su nuevo

ligue en potencia.

Molesta miró el reloj y comprobó que habían pasado otros cinco minutos y aquella puerta seguía sin abrirse. Pensó en la posibilidad de marcharse y empezar ella en solitario la noche, pero la música de un coche en marcha, que acababa de estacionar un par de metros atrás, captó su atención. El motor se paró e inmediatamente las puertas se abrieron. Salieron dos chicas riendo y bromeando entre ellas y, segundos después, una tercera se unió a ellas.

—No puede ser —susurró sonriente al descubrir que esa nueva integrante del trío era la camarera de la cafetería.

Siguió mirándolas y su sonrisa creció al darse cuenta de que iban a pasar justo delante de ella. La observó de forma más detenida y le gustó descubrir que, fuera del ámbito laboral, vestían de forma parecida. Vaqueros, botines y cazadora.

—Hola —saludó en cuanto pasaron por su lado.

No se fijó en las otras dos chicas, solamente en ella. Le hizo gracia ver que su gesto cambiaba. Su sonrisa se perdió y el desconcierto apareció en su rostro.

—¿No vas a saludarme? —cuestionó al ver que su intención era la de seguir adelante.

Tras su pregunta la camarera detuvo sus pasos y le clavó la mirada.

—Solo será un minuto —le aseguró la castaña a sus amigas antes de acercarse a ella—. ¿Ahora también me sigues fuera del trabajo? —le preguntó en cuanto las dejaron a solas.

—Ha sido pura coincidencia —señaló—. Estoy esperando a una amiga —aclaró señalando el piso, que quedaba justo a sus espaldas.

—Pues que te sea leve la espera.

—Oye, ¿tienes que ser siempre así conmigo? —preguntó deteniendo su huída, agarrando su brazo ligeramente.

—¿Quién te ha dado permiso para tocarme?

Se lo preguntó soltándose de su amarre con cierta brusquedad.

—No pretendía molestarte. Lo siento.

—Pues llevas haciéndolo unos cuantos días.

—No es para tanto —se defendió y su compañera de conversación alzó una ceja, mostrando así su disconformidad—. Solamente quiero invitarte a un café o a una cena o lo que sea.

—Suerte.

Se le borró la sonrisa algo desilusionada ya que, por un momento, pensó que quizás aceptaría.

—Eres muy dura conmigo —señaló, frenando de nuevo su despedida—. Al menos podrías quedarte aquí un rato. Tus amigas te han abandonado y yo estoy esperando que la mía baje del piso —expuso—. No estaría mal que me hicieras algo de compañía.

—No soy tu perro.

—No he dicho eso —aseguró rápidamente.

Negó con la cabeza y leyó en su mirada el toque final. Ese que siempre le daba y que acababa con sus conversaciones. Pero una tercera voz se interpuso y cortó el momento.

—¡Deja a ese bombón y ven ya!

Una de las amigas de la castaña apareció en el portal de otro edificio y reclamó su presencia con bastante urgencia.

—Tu amiga tiene buen gusto —vaciló.

—¿Buen gusto? —le cuestionó con ceja alzada incluida.

Fue a responderle, pero esa tercera voz en discordia le robó el protagonismo.

—¡Joder, Emily! ¡Mueve el culo!

Sonrió inmediatamente ante aquellas palabras porque la vida era así de caprichosa y por fin descubrió lo que tanto deseaba gracias a un factor totalmente externo.

—Emily —repitió sin perder la sonrisa.

—Enhorabuena, Lena. Misterio resuelto.

La castaña le guiñó el ojo y retomó el camino que habían hecho sus amigas minutos atrás. Ella siguió observándola mientras la distancia entre ambas aumentaba y pensaba en lo genial que sería compartir una noche con ella. Pero era muy consciente de que tal suceso era demasiado y que, por ahora, se tendría que conformar con saber su nombre.

4

Bajó a la cafetería repleta de alegría porque era viernes y el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina, y también por el gran acontecimiento vivido la noche anterior. Emily. Se llamaba Emily y no paró de repetirlo en su mente desde el descubrimiento. Sus ganas de volver a verla habían crecido tanto, que la noche anterior solo se tomó una copa y volvió a casa para estar completamente descansada y así enfrentarse a ella. Sabía que en sus conversaciones siempre perdía, pero en la siguiente estaba dispuesta a pelear todo lo posible.

Se sentó en un taburete en la barra porque Marina no había podido acompañarla debido a una reunión. Y hasta lo agradeció porque eso le permitía estar más cerca de ella y jugar con cierta ventaja.

Emily la miró, pero la ignoró por completo. Frunció el ceño ante su comportamiento y cuando otro camarero se acercó a atenderla le pidió que fuese ella la que le trajese el café. El joven la miró extrañado, pero llevaba años consumiendo cafeína en aquel sitio, así que le hizo caso. Sonrió ante la cara de fastidio de Emily en cuanto el chico le informó de su petición y, segundos después, se materializó delante de ella con su pedido.

—¿De qué vas? —le soltó bastante molesta—. ¿Crees que puedes venir aquí y pedir el camarero que quieras como si fuésemos algo más de la carta?

—¿Por qué estás tan enfadada? —cuestionó—. Apenas son las diez de la mañana.

La observó soltar aire de forma pesada y antes de que decidiera huir intentó retenerla.

—Solo quería hablar contigo. Siento si te ha molestado.

Sus ojos azules se clavaron en los suyos unos segundos, pero acabó agachando el rostro sin decir una sola palabra, aunque se quedó ahí. Justo delante de ella. Dio un sorbo al café y se fijó en que estaba reponiendo los servilleteros. No se quedó por ella, solo era trabajo. Pero se permitió darse una pequeña palmadita en la espalda porque lo que estaba haciendo podría hacerlo en cualquier otro sitio, pero decidió quedarse ahí al lado.

—Oye, Emily —dijo sonriente al pronunciar por fin su nombre en voz alta—. ¿Quién se encarga del tema de las servilletas?

—No lo sé —le respondió encogiéndose de hombros—. Llevo muy poco tiempo aquí —le recordó.

Su tono le pareció mucho más tranquilo que en cualquiera de sus anteriores conversaciones, así que decidió seguir por ahí.

—Las frases son una mierda.

Lo soltó para liberarse y sin ninguna otra intención, pero creyó ver una leve sonrisa en sus labios y aquel gesto le hizo sentirse doblemente bien.

—Tengo razón —insistió buscando su mirada.

—Que no te gusten a ti no quiere decir que no le guste al resto.

—¿A ti te gustan? —preguntó un poco escandalizada.

—Ni en broma.

Emily le respondió rápidamente y ella sonrió bastante aliviada. Descubrir que odiaba aquellas frases, tanto como ella, era un gran paso. Uno muy grande.

—Mañana es sábado.

—Me alegra saber que llevas bien los días de la semana —le soltó la castaña con ironía mientras colocaba el servilletero en su sitio.

Sabía que el tiempo se le acababa y odiaba eso de sentirse a contrarreloj.

—Hay un restaurante hindú en el centro al que me gusta ir. ¿Te apetece venir conmigo?

—No te rindes, ¿verdad?

—Intuyo que eso es un no.

—Intuyes muy bien cuando quieres.

Le dio la razón y la dejó allí sin más porque la reclamaron al otro lado de la barra. La frustración volvió a aparecer ante aquel nuevo rechazo y oportunidad perdida y se bebió el café de golpe para salir de allí inmediatamente y refugiarse en el trabajo. Quizás con suerte, entre descanso y descanso, podría pensar en la forma adecuada de hacer que aceptase salir a tomar algo con ella.

*****

—Llegas tarde —dijo nada más abrir la puerta de casa.

—¿Tienes prisa?

Se hizo a un lado sin contestar y dejó que Marina entrase. Había quedado con ella vía móvil con bastante urgencia porque no se llegaron a ver en todo el día y necesitaba hablar del tema Emily con alguien.

—Espero que sea rápido —señaló su amiga mientras cogía una cerveza de la nevera—. He quedado con Noah para cenar.

—¿Ahora sois siamesas? —le preguntó arrebatándole el botellín para dar un trago—. No os separáis. Menudo agobio.

—Es lo que pasa cuando quieres pasar tiempo con una persona.

Marina lo soltó con tranquilidad y cogió una nueva cerveza antes de caminar hacia el salón y dejarse caer en el sofá.

—He invitado a Emily a cenar —le informó sentándose a su lado y su amiga hizo un gesto de aprobación—. Me ha vuelto a aplazar.

—Rechazar. Te ha vuelto a rechazar —rectificó Marina sonriente.

Bufó y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el sofá.

—¿Qué estoy haciendo mal?

Giró el rostro para observar el gesto de su amiga y se desesperó un poco al verla encogerse de hombros.

—Joder, tú eres la experta —le recriminó.

—¿Yo?

—Sí —afirmó con rapidez—. Te acercas a las chicas sin problema y siempre consigues que te hagan caso.

Marina se movió en el sofá para que sus ojos conectasen sin tener que forzar la postura y ella esperó pacientemente sus palabras.

—Has tenido mucha suerte en la vida no teniendo que tomar las riendas en cuanto a relaciones —aclaró su amiga en primer lugar—. Es lógico que alguna vez te ocurriera. También es normal que una chica te rechace o no se interese por ti de la misma forma que tú por ella. No pasa nada. Ella a su vida y tú a la tuya. Fin.

—¿Ese es tu súper consejo? —cuestionó con el ceño fruncido—. Es una mierda —señaló.

—Esa chica no quiere nada contigo.

—Eso no lo sabes.

—Te ha rechazado, y no solo una vez —le recordó su amiga—. No está interesada en ti.

—Ni siquiera me ha dado la oportunidad —se defendió con rapidez.

—¿Por qué quieres que te dé una oportunidad?

—¿La has visto? —le preguntó la evidencia más llamativa—. Es guapísima —señaló.

—Te has cruzado con muchas chicas guapísimas —apuntó Marina—. He sido testigo de ello.

Le apartó la mirada y guardó silencio. Sabía que su amiga tenía razón, como también sabía que había algo más, que no era simplemente por la belleza que aquella castaña de ojos azules tenía. Le gustaba su forma de mirarla, de retarla y de dejarla sin palabras. Había provocado un creciente interés en ella sin ni siquiera ser consciente.

—¿Ya te vas? —le preguntó al verla levantarse.

—Mi chica guapísima me está esperando.

—Eres una amiga horrible —soltó haciéndole sonreír—. ¿Qué hago? Dame un consejo o algo. No sé. Una ayudita.

—Ya te he dado mi opinión —le recordó caminando hacia la puerta.

Negó con la cabeza aunque a Marina le fuese imposible verla. La observó salir de casa y soltó un bufido bastante frustrado antes de dar un sorbo de cerveza y tumbarse. Sacó el móvil del bolsillo y pensó en usarlo para buscar esa ayuda que su amiga no le había dado. Tecleó en el buscador «gestos bonitos y románticos» y suspiró ante la gran cantidad de enlaces que aparecieron delante de sus ojos.

*****

Comprobó el reloj de su muñeca mientras caminaba hacia la puerta de su piso. Eran pasadas las diez de la noche y sentía que el cansancio acabaría con ella si no le daba fin ya a aquel pesado día. Pasó la mañana sirviendo cafés en aquella impresionante empresa y la tarde perdiendo el tiempo en una exposición de trabajos en la universidad. Respetaba la labor de sus compañeros, por supuesto que sí. Pero eso no apaciguaba la horrible sensación de frustración que sentía por no estar haciendo nada allí sentada en lugar de estar adelantando otros trabajos y preparando material de estudio.

Al menos se consolaba porque ya solo le quedaban unos metros para encerrarse y aislarse del mundo. O eso era lo que pensaba ya que, cuando alzó la vista para focalizar su puerta, se encontró con lo que menos deseaba en ese momento. Sonia. Su ex.

—¿Día duro? —le preguntó la chica mientras sacaba las llaves de la mochila—. Tienes mal aspecto —aseguró.

—¿Qué quieres? —soltó obviando sus palabras para acabar cuanto antes con la conversación.

—Es viernes —contestó clavando la mirada en la suya—. Me dijiste que podía pasar por mis cosas hoy —le recordó tras unos segundos de silencio.

En su cabeza resonó un fuerte y rotundo «joder» y controló la respiración para intentar que su enfado, hacia ella misma, no aumentase. Se le había olvidado por completo aquella conversación y ahora tendría que pasar algo de tiempo con ella porque aún le quedaban cosas que echar a su caja de pertenencias.

—He estado ocupada —le informó al abrir la puerta—. Aún quedan algunas cosas.

Sonia pasó sin tan siquiera darle permiso y ella decidió dejarlo estar porque no tenía ganas ni fuerzas para pelear. Dejó la mochila sobre el sofá y las llaves sobre la mesa y caminó hacia la caja que tenía en mitad del salón para abrirla y terminar de llenarla.

—¿Ahí está todo? —cuestionó Sonia.

Se giró y la encontró sentada en el sofá, apuntando con un dedo la caja. Asintió con la cabeza y examinó la estantería de libros para identificar rápidamente los suyos. Cogió tres a la vez y los separó de los suyos mientras su vista seguía analizando el resto, buscando alguno más

que no le perteneciera.

—Ese también es mío.

La voz de Sonia sonó más cerca y ni siquiera le dio tiempo a girarse. La sintió contra su espalda y un brazo apareció delante de ella para señalar con la mano el libro del que estaba hablando.

—Ese me lo regalaste —le recordó echándose un poco hacia adelante, evitando así su contacto.

—Pero lo pagué yo.

Le clavó la mirada porque no sabía si la estaba vacilando o lo decía en serio. Pero su gesto le dejó bastante claro que aquello no era ninguna broma y que lo decía de verdad. Su idea era la de librarse de todo aquel asunto cuanto antes, así que no le dio más vueltas y cogió también ese libro y lo unió al resto.

—¿Y ya está?

Volvió a mirarla porque no llegó a entender su pregunta y la encontró algo sonriente y con los brazos cruzados. Decidió no darle conversación y agarró sus libros y caminó hasta la caja para dejarlos dentro y cerrarla.

—¿No vas a pelear por ese libro? —cuestionó Sonia.

—Es tuyo, ¿no? Pues disfrútalo.

Soltó esas palabras y le entregó la caja con algo de brusquedad, provocando en ella una sonrisa. Le daba rabia que la situación le pareciese graciosa, pero la conocía lo suficiente como para saber lo que estaba intentando hacer. Sabía que quería provocarla, buscaba un nuevo enfrentamiento**.**

—Te prefiero con un poco más de energía.

—Y a mí me gustas más cuando estás callada —dijo con sonrisa forzada incluida.

—¿Ves? Así me gustas más —señaló Sonia sonriente.

—Lárgate.

Se lo pidió señalando la puerta, pero la mirada de su compañera de conversación seguía clavada en ella, como si estuviera esperando algo más que no llegaba.

—No tenemos que discutir —dijo Sonia sin llegar a perder la sonrisa—. Podemos soltar toda esta rabia en otro sitio —aclaró señalando con la cabeza su habitación.

—Vete a la mierda.

—Venga ya, Emily. El sexo juntas es brutal, lo sabes.

—Define brutal.

Sonia sonrió un poco más e intentó acercarse, pero los pasos que había dado hacia adelante ella los dio hacia atrás.

—Hay cosas que no se pueden disimular —señaló sin apartarle la mirada—. Y tú disfrutas mucho en la cama conmigo.

—Disfrutaba. Pasado —aclaró.

—Podemos seguir disfrutando.

—Seguir disfrutando —repitió y ella asintió con la cabeza—. Así que me dejas por otra pero quieres seguir viniendo aquí a follar conmigo. ¿Es eso?

—Más o menos, sí.

—Dios mío. No sé qué pude ver en ti.

Se apartó el pelo hacia atrás y caminó con paso decidido hacia la puerta. Aquello tenía que acabar ya sí o sí o terminaría saliendo en las noticias al día siguiente.

—Lárgate de mi casa —le ordenó sosteniéndole la puerta.

—No tiene que acabar así.

—Tiene que acabar así.

Reformuló su frase y Sonia negó con la cabeza antes de apartarle la mirada y marcharse de allí con sus cosas. Cerró la puerta y se apoyó contra la madera. Suspiró e intentó controlar la respiración y acabó sonriendo tremendamente agotada porque, a aquel horrible día, solo podía ponerle la guinda final su ex.

5

Su lista de «gestos bonitos y románticos» quedó reducida a la mejor idea del mundo. O eso pensó aquella tarde tras el abandono de su mejor amiga. En la pantalla le apareció una lista de las mejores películas románticas de la historia y su mente rápidamente pensó en que hacer un visionado de ellas podría servirle de ayuda en aquello en lo que ella era tan novata. Acercarse a Emily única y exclusivamente con su sola presencia no estaba funcionando. En absoluto. Y tampoco las invitaciones directas. Así que decidió ver cómo se las arreglaban los personajes de aquel género cinematográfico. Hizo una lista, según las mejores valoradas, y tras largas sesiones de romanticismo y mucho azúcar decidió que necesitaba salir al mundo exterior porque de seguir así iba a acabar pinchándose insulina.

Pidió directamente en la barra y tras conseguir su cerveza caminó hasta la mesa en la que se encontraba Marina.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó su amiga en cuanto se sentó frente a ella.

—Azucarado —respondió antes de dar un sorbo a su bebida—. He estado en casa viendo películas —aclaró ante su gesto confundido.

—¿No has tenido ningún plan?

—Ese era el plan —contestó inmediatamente—. Resulta que mi mejor amiga me dejó tirada sin ideas para acercarme a una chica. Así que me busqué la vida y he hecho un maratón de unas cuantas películas románticas.

—Espera —le pidió Marina alzando la mano—. ¿Me estás diciendo que te has tirado todo el fin de semana viendo películas para imitarlas y acercarte a Emily?

—No voy a imitarlas —soltó a la defensiva—. Solo me estoy documentando.

Su amiga explotó en una carcajada e incluso tuvo que limpiarse unas cuantas lágrimas mientras ella la miraba con cara de fastidio.

—Lena, son películas. No puedes hacer caso a lo que salga ahí.

—No voy a hacer caso a lo que vea —señaló algo molesta—. Solo quiero tomar ideas.

—Va a ser muy divertido —aseguró su amiga.

—¿Puedes dejar de burlarte de mí? Por favor.

Marina alzó las manos sonriente y ella le clavó la mirada para evitar que dijese algo más sobre el tema. La conocía y sabía que se moría de ganas por continuar con aquella conversación.

—¿Has estado con Noah? —preguntó para cambiar el tema de conversación.

—Salimos anoche a tomar algo y he quedado con ella para ir a cenar un poco más tarde —contestó reclinándose en la silla—. Hay que aprovechar las últimas horas del domingo. ¿Quieres venirte luego? Podemos ir a tomar una copa.

—No me apetece.

—¿Vas a seguir con las películas?

—Es posible —contestó imitando su postura.

Su amiga se inclinó de nuevo hacia adelante y suspiró clavándole la mirada.

—No hago esto nunca porque no me gusta meterme entre dos personas —le aclaró en primer lugar—. Pero, ¿quieres que hable con Emily?

—¿Para qué vas a hablar con ella? —cuestionó con el ceño fruncido.

—Así salimos de dudas. Sabremos si tiene un poco de interés por ti o nada, que es lo que realmente parece.

—¿Y crees que te lo va a decir? —soltó algo molesta con la negatividad de su amiga.

—Se ve que es una chica directa. A ti ya te he rechazado unas cuantas veces —le recordó sonriente.

Le dedicó una fría mirada que hizo que su sonrisa aumentase y decidió no seguirle. No le gustaba nada el tema de la conversación y prefería que acabase ahí y que su amiga no siguiera recordando el fracaso que vivía día tras día.

—¿Y qué has sacado en conclusión de tu visionado de películas azucaradas?

Negó con la cabeza porque su amiga era pesadísima y no entendía sus señales. ¿Tan difícil era de entender?

—Oye que estoy interesada —apuntó al ver su gesto de fastidio.

—Pues mi conclusión es que si me voy a la guerra me darán por muerta y tú y ella os enamoraréis, pero que luego yo volveré, tú morirás y yo me quedaré con ella —resumió de forma rápida ante su atenta mirada—. Aunque también tengo la posibilidad de convertirme en vampiresa y que ella acceda a vivir la vida eterna a mi lado. Y la mejor de todas —anunció antes de dar un trago de cerveza para humedecerse la garganta un poco—. Puedo ser una capulla de manual con ella y tratarla fatal pero que mi gran experiencia en el sexo duro la conquiste.

—Así que genial, ¿no? —cuestionó su amiga sonriente.

—Genial —ironizó siguiéndole el rollo.

*****

Salió un poco más temprano de casa esa mañana porque había quedado con Sara. Llevaban días sin verse y su amiga puso fin al marcador con la invitación de compartir un poco de tiempo mientras la acompañaba al trabajo. La recibió en el portal con un vaso desechable de café para cada una y ella sonrió inmediatamente intentando borrar las huellas del día anterior.

—Podrías venirte a vivir a mi piso.

—Tu piso está lleno y no creo que a tus compañeras les haga mucha gracia —señaló con una pequeña sonrisa antes de dar un sorbo de café.

—Puedes dormir conmigo y a ellas puedo chantajearlas.

Sonrió ante sus palabras y su gesto. Le acababa de resumir lo vivido con Sonia el día anterior y su amiga, como siempre, no le defraudó. Insultó a su ex, la criticó y, por último, intentó salvarla de futuros sucesos parecidos ofreciéndole un sitio en el que quedarse.

Su móvil sonó y tuvo que frenar los pasos para apoyar la bicicleta en la cadera y poder comprobarlo, ya que la otra mano la tenía ocupada con el café.

—¿Algún problema? —preguntó su amiga tras el bufido que soltó.

—Es solo un recordatorio de un trabajo que tengo que entregar esta semana —le aclaró guardándose el móvil de nuevo en el bolsillo y retomando el camino—. El cual aún ni siquiera he empezado.

Sara la miró con pena y ella le quitó importancia diciéndole que era bastante sencillo y que tenía toda la información localizada. Era mentira. Aún tenía todo por hacer, pero no quería que los minutos que tenían para hablar se centrasen en temas de la universidad.

—Es ahí —dijo señalando el edificio de la cafetería en la que trabajaba.

—¿Y te va bien?

—No me quejo —contestó encogiéndose de hombros—. Tienen un ambiente agradable y el jefe es comprensivo. Y sé que no es el trabajo de mi vida, pero de algo tendré que vivir.

—Quizás dentro de un tiempo trabajes un par de pisos más arriba.

—Ojalá —dijo mirando el edificio—. Mierda —susurró al bajar el rostro y ver a Lena salir del coche.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Nada? ¿Y por qué lo has soltado al ver a esa mujer? —cuestionó su amiga.

—Trabaja aquí también, pero en las oficinas —contestó sin querer darle más información, pero su amiga le clavó la mirada e incluso apoyó una mano en el manillar de la bicicleta para evitar su avance—. Es una pesada.

—Una pesada —repitió Sara, dándole pie a que continuase con su explicación.

—Quiere algo conmigo —resumió y una sonrisa apareció de forma inmediata en el rostro de su amiga—. Pero yo con ella no.

—¿Por qué? —preguntó Sara algo desconcertada—. Joder, Emily. Mírala —pidió señalando con el brazo—. Tranquila, no está mirando —le aclaró ante su mirada de advertencia.

Obedeció y observó a Lena hablar con un hombre. No sabía quién era, pero le sonaba de haberlo visto por la cafetería, así que suponía que era algún compañero de trabajo.

—Es guapa —señaló su amiga—. Muy guapa.

—Y muy Sonia.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó Sara clavándole la mirada.

—Tú misma la estás viendo —contestó sin andarse con rodeos—. Trabajo perfecto. Coche perfecto. Apariencia perfecta y cara perfecta. ¿Es que no lo ves? Todo perfecto.

—Ya quisiera Sonia —respondió su amiga y ella bufó frustrada al no entenderla—. Vale. No vayas a mirar ahora porque viene hacia aquí.

—Lo que me faltaba.

Lo soltó con desgana e intentó que aquel encuentro no se diese, pero su amiga hizo fuerza sobre la bicicleta y le impidió el avance. Le dedicó una fría mirada y Sara le dijo «sonríe, que viene» y, viendo que no tenía escapatoria, se enderezó y dejó que pasase lo que tuviera que pasar.

—Buenos días, Emily.

Lena la saludó sonriente de verdad, pero ella se limitó a dedicarle una sonrisa forzada.

—Soy Sara. La mejor amiga de Emily —se adelantó su compañera a cualquier tipo de presentaciones.

—Un placer, Sara.

Observó su ligero apretón de manos y la maldijo internamente mientras memorizaba aquel momento para devolvérselo en un futuro.

—Espera, deja que te ayude —dijo Lena señalando la bicicleta, aprovechando que Sara la acababa de soltar.

—No necesito tu ayuda —aclaró—. Toma —dijo dándole el vaso desechable a su amiga —. Recíclalo por mí.

Sara la miró sonriente y sin decir una sola palabra ya sabía que tenían una conversación pendiente. Tiró de la bicicleta hacia el interior, para llevarla a la zona de los aparcamientos destinados para su vehículo de dos ruedas y su mente ya se agotó al imaginarse el gran interrogatorio que tendría que sufrir cuando volvieran a verse.

*****

—¿Qué tal está mi terroncito de azúcar favorito?

—Qué te jodan.

Contestó sin apartar la vista de la pantalla porque Marina solo venía a una cosa: a molestar. Se había vuelto una experta en eso de sacarla de sus casillas. Increíble. Igual hasta se pensaba en comprarle una medalla o un trofeo.

—Oye, que yo no tengo la culpa de que pasen de ti.

Siguió sin conectar la mirada con la suya en un intento de que la dejase en paz y se marchase. Pero no ocurrió. Marina cerró la puerta y caminó hasta llegar a la silla que había frente a su escritorio. Se sentó y sintió su mirada clavada directamente en su rostro y, tras varios segundos de incomodidad, acabó devolviéndole la mirada.

—¿Qué quieres? —preguntó tras soltar aire.

—¿Cómo estás? No te he visto en todo el día. ¿Mucho trabajo?

Pasó de contestarle y volvió toda su concentración al ordenador, pero su amiga se inclinó sobre el escritorio e hizo que volviera a mirarla.

—¿Te ha vuelto a rechazar?

Puso mal gesto y lo siguiente que escuchó fue su risa.

—No me ha rechazado —aclaró—. Pero no hemos tenido nuestro mejor momento.

—Define mejor momento —le pidió Marina—. No habéis tenido ni un momento. ¿De qué estás hablando?

—Hemos tenido conversaciones muy fluidas —señaló cruzándose de brazos y dejándose caer contra el respaldo de la silla—. Así que cierra esa bocaza.

—Bueno, entonces, ¿qué te pasa?

Frunció el ceño y se recolocó de nuevo en la silla. Sabía que su amiga no se iría de allí hasta que no le contase lo sucedido. Era así de pesada.

—Hemos tenido una conversación muy corta en la puerta del edificio.

—¿Muy corta?

—Sí, eso he dicho.

—Joder, pero explícate. No quiero sacarte todas las palabras como a una niña de cinco años.

—Iba con una amiga y solo me ha soltado un «no necesito tu ayuda». Ya está.

Su amiga la miró examinando su gesto, como si quisiera descubrir que tras aquello había algo más. Pero lo cierto era que no. Que no lo había. Porque Emily esa mañana había sido demasiado tajante y sin saber muy bien el motivo le sentó tremendamente mal. Quizás fue porque, tras varios intentos, habían tenido una conversación más o menos fluida y de nuevo volvían al inicio. Ese inicio en el que apenas le miraba a la cara o le contestaba.

—Bueno. Bajé hace un rato a por café —susurró llamando la atención de su amiga de nuevo.

—¿Has bajado sin mí? —le preguntó bastante ofendida—. Menuda traidora.

—Necesitaba cafeína con urgencia.

Lo soltó como si aquello fuera el motivo real, pero no. En absoluto. Lo que realmente quería era entablar una nueva conversación con la camarera. Pero fue aún peor que el trato recibido en la puerta, ya que ni siquiera le atendió. La miró desde la distancia y sin dedicarle un solo segundo desapareció tras la puerta que daba a la cocina. La dejó totalmente fuera de lugar y sin entender su comportamiento.

—¿Y has hablado con ella?

—No. No estaba.

Mintió porque le resultaba mucho más fácil que decir la verdad. Su orgullo estaba en juego y el marcador seguía sumando puntos en su contra. Quería buscar su atención como fuera posible, pero también debía mimarse un poco porque las bromas y comentarios de su amiga no parecían querer detenerse y aquello iba a acabar afectándole más de la cuenta. Lo sabía. Se conocía lo suficiente como para estar segura de eso.

—Y bueno, cuéntame, ¿qué tal fue tu película?

Marina se lo preguntó cambiando el tema de conversación. Se lo agradeció internamente porque, aunque los temas estaban relacionados, ahí su orgullo no tenía prioridad y podía descansar un poco. Al menos hasta que su amiga se volviese a burlar de ella.

—Vi *Lalaland*.

—¿Y qué tal?

—Me quedé dormida.

Marina carcajeó, pero al menos no fue por temas relacionados con su situación personal.

—¿Tan mala es?

—No lo sé. Creo que solo vi quince minutos —confesó viendo aún su sonrisa.

—¿Y de conclusión?

—No me motiva ponerme a bailar en mitad del tráfico —apuntó antes de suspirar y dejarse caer contra la silla.

Marina se levantó y caminó para apoyarse y sentarse en el escritorio. Era algo que solía hacer siempre que quería que le prestase más atención.

—Deberías parar.

—Deberías dejar de decirme eso —dijo frunciendo el ceño.

—Esa chica no para de darte golpes. ¿Qué ganas con eso?

—¿Y qué ganas tú quitándome la motivación?

Se quejó y se levantó de la silla para perder de vista sus ojos unos segundos. Sabía que su amiga tenía razón y que lo más sensato era detener todo aquello. Pero es que quería seguir avanzando, quería saber hacia dónde le llevaría todo aquello. Y lo más importante: se moría de ganas por saber más sobre aquella chica castaña que no paraba de dejarla en la estocada una y otra vez. Sin despeinarse y sin sudar.

—¿Alguna recomendación cinematográfica? —preguntó mientras miraba a través de la ventana.

—¿Qué tal *Chicas malas*?

Giró el rostro para clavarle la mirada e incluso le alzó una ceja.

—¿De verdad? —cuestionó ante su sonrisa.

—Oye, al menos te echarás unas risas —se defendió su amiga.

—Ahí tienes razón.

Se encogió de hombros y volvió su vista a la calle. Suspiró y se fijó en una pareja que cruzaba un paso de peatones con las manos cogidas y frunció el ceño ante aquella imagen. ¿Eso era lo que quería con Emily? ¿Quería llegar a ese punto? No lo tenía nada claro, la verdad. Pero tampoco sabía si solo quería un polvo como cualquier otro. Estaba muy centrada en conseguir un acercamiento con ella y eso no le estaba dejando tiempo para pensar en lo que quería. Pero primero tendría que llegar a ella, el resto lo dejaría para más tarde.

—¿Entonces hoy tampoco te vienes a tomar una copa? —preguntó su amiga.

Volvió a apartar la mirada del cristal y la miró. Marina se colocó justo a su lado y se miraron durante unos segundos.

—Creo que no.

—Deberías venir —intentó animarla—. Hay una amiga de Noah que se interesó mucho en ti —le confesó captando su atención.

—¿En qué sentido?

—En el sentido que buscabas hasta hace unos días.

—¿Crees que soy una nueva Lena? —bromeó mirando otra vez hacia la calle—. No digas

tonterías.

—No lo sé. Pero llevas días sin salir de casa a hacer lo que más te gusta.

—Los gustos cambian.

—Así que ahora prefieres encerrarte en casa a ver películas románticas en lugar de salir de fiesta y acabar con un orgasmo.

—Es posible.

Se sonrieron y decidió volver a su silla. La conversación se había relajado lo suficiente como para sentir que su ego podía seguir aguantando unos cuantos asaltos más.

—Además, a mí el cine siempre me ha gustado —aclaró antes de sentarse—. Tengo una pequeña colección en casa. Y las series. Me encantan las series —le recordó.

—Sí. De asesinatos, misterios y sucesos históricos —señaló su amiga.

Le dedicó una mueca de desagrado, su amiga volvió a dedicarle una sonrisa y ella se recolocó en la silla para continuar con la labor que tenía antes de que Marina apareciese. Su amiga recortó la distancia entre ellas nuevamente y posó una mano sobre su hombro mientras ella volvía a teclear.

—Estaré pendiente del teléfono por si cambias de idea —le dijo dándole un ligero apretón.

—Tranquila. Puedes apagarlo y centrarte del todo en tu chica. Voy a edulcorarme un poco más —le informó sonriente.

—Ten cuidado. Dicen que ese tipo de películas son adictivas —le advirtió—. No me termina de convencer la idea de verte con corazoncitos en los ojos día tras día.

—Espero que no me dejes llegar hasta ese punto. Para algo somos amigas.

—Para advertirte —aclaró Marina—. Pero pasas de mí.

Le sacó la lengua sin apartar la mirada de la pantalla y supo, sin mirarla, que estaba sonriendo. Se despidió de ella con un «ten cuidado, corazón con patas» y ella le sacó el dedo corazón antes de que la puerta se cerrase y la dejase de nuevo encerrada entre aquellas cuatro paredes y sus pensamientos.

6

Entró en la cafetería y caminó con paso decidido hasta la mesa en la que se encontraba Marina. Habían quedado directamente ahí porque antes tenía que ir al coche a recoger una cosa y sonrió al ver que le había pedido el café. Era muy pesada a veces, pero ese tipo de detalles limaba cualquier punto negativo en su relación.

—¿Dónde te…? ¿Qué demonios haces con un megáfono?

Marina cambió de pregunta en cuanto dejó el objeto sobre la mesa y se hizo la interesante dedicándole una sonrisa y sentándose sin decirle nada.

—Estoy esperando —la animó su amiga mientras ella daba un sorbo de café con tranquilidad—. No me digas que es una idea sacada de una película.

—No. Es idea propia.

Sonrió orgullosa y su compañera le clavó la mirada con el ceño fruncido y algo inquieta. Lo pudo ver en su rostro y en su lenguaje corporal.

—No irás a usarlo, ¿verdad?

—Espero que no.

Dijo esas palabras un tanto preocupada porque su mente no había barajado la posibilidad de tener que usarlo y no solo pasearlo.

—Emily lleva dos días pasando de mí.

—Emily lleva pasando de ti desde que te vio.

Su amiga fue directa y decidió no entrar en el juego y sacó tres servilletas de papel y un bolígrafo. Leyó sus mensajes porque, aunque le pareciese la cosa más absurda del mundo, era incapaz de no hacerlo. «A veces se gana y a veces se aprende». «No se trata de dónde estés, sino dónde quieres llegar». «El primer amor no siempre llega en orden». Suspiró y negó con la cabeza antes de darles la vuelta y escribir sobre ellas.

—Así que pasa de ti —dijo Marina tras su silencio.

Sabía que estaba buscando que le informase mejor. Así que dejó por un momento las servilletas y volvió a mirarla para seguir con la conversación.

—Tuvimos un par de conversaciones —señaló exagerando un poco—. Pero tras aquel «no necesito tu ayuda», cuando intenté coger su bicicleta, pasa completamente de mí. He intentado hablar con ella y no me contesta. Y las veces que hemos intercambiado alguna palabra ha sido más tajante que de costumbre —resumió—. Ah, y mi favorita. Huye. Se esfuma tras aquella puerta o se monta en la bicicleta y desaparece en segundos.

—Y has decidido ir a por un nuevo rechazo.

—¿Y qué más da? —cuestionó volviendo a escribir en las servilletas—. Ya he perdido la cuenta.

Ni siquiera le interesaba debatir con su amiga si eran rechazos como tal o que solo la aplazaba. Sabía que de esa forma no llegaría a ningún lado y que, muy posiblemente, acabaría tirando la toalla. Así que decidió asumir de golpe la situación, centrándose en seguir su camino y dejando la frustración a un lado.

—¿Qué escribes? —preguntó su amiga inclinándose un poco para poder ver mejor.

Ella levantó el rostro y dispuso las servilletas bien para que pudiera verlas.

—Desayuno, merienda y cena.

Marina leyó en voz alta las tres palabras y clavó sus ojos en los suyos. Le sonrió y asintió

con la cabeza satisfecha con su gran idea antes de recuperar la última servilleta y repasar una vez más las letras para que quedase bien claro el mensaje.

—Es para que elija.

—¿Crees que va a elegir? —le cuestionó su amiga rápidamente.

—¿Sabes? No me vendría mal un poco de ánimo —le recriminó haciéndole sonreír.

—Está bien. Te daré ánimos —dijo sin perder la sonrisa—. Vamos, Lena. Tú puedes. Hoy sí que sí. Es la mejor idea del mundo —bromeó apretándole el antebrazo.

—Te odio tanto —aseguró haciendo que su sonrisa aumentase.

—Guarda ese odio, terroncito —le pidió acariciándole la barbilla y ella puso mal gesto—. Emily acaba de aparecer en la barra.

Giró el rostro tras la información que su amiga le acababa de dar y sus ojos la localizaron de forma inmediata. Iba igual que todos los días. Llevaba la camiseta negra con el nombre de la cafetería, el pelo recogido en una coleta y, aunque no podía verlo, debido a que estaba tras la barra, estaba segura que llevaría un pantalón vaquero y aquellas zapatillas *converse* que siempre le acompañaban. Podría parecer la chica más simple del mundo, pero no lo era y no entendía que los allí presentes no tuvieran todos el cuello girado para poder contemplarla.

—Deséame suerte —le pidió a su amiga antes de levantarse y soltar todo el aire de golpe.

Marina la observó sonriente mientras recogía las cosas que daban forma a su plan y también acabó sonriendo al ver que levantaba los dos dedos pulgares en señal de ánimo. Se recolocó la chaqueta del traje y caminó hasta la barra rezando internamente para que Emily no la viese hasta que no la tuviese justo delante. No quería que volviese a huir sin darle una oportunidad.

Se congeló unos segundos al ver que terminaba de atender a un cliente y que caminaba hacia el otro extremo. Tuvo que reconducir su camino, pero lo agradeció porque ese otro lado estaba más despejado y la concentración de la camarera se centró en reponer algo, provocando que así ella tuviese más ventaja en pasar desapercibida hasta que sus ojos volvieran a conectar.

Se colocó en la barra, justo frente a ella, y dejó el megáfono sobre la superficie. Aquel simple movimiento captó su atención y la observó fruncir el ceño en cuanto sus miradas se encontraron.

—No huyas —le pidió adelantándose a cualquier palabra o movimiento—. Lo usaré —aseguró señalando el megáfono.

—¿Para qué se supone que lo vas a usar?

—Para hablar contigo —contestó rápidamente—. Llevamos días sin hablar y huyes de mí —resumió su situación—. ¿Qué nos está pasando, Emily?

Bromeó y le encantó ver una sonrisa en sus labios. No fue sutil ni disimulada. Fue de verdad. Su primera sonrisa completa y conseguida por ella. El mayor acontecimiento del mes.

—Así que vas a usar un megáfono para hablar conmigo.

—Así es —afirmó muy convencida—. Llamaré tu atención y me dará igual que la cafetería esté repleta de gente.

—Ahora mismo no hay muchos clientes.

Emily lo dijo sin desconectar sus miradas y ella se tensó un poco ante la idea de tener que usar el megáfono de verdad. No la conocía lo suficiente, pero estaba bastante segura de que sería capaz de llevarla hasta el extremo y hacer que lo usase. Solo había que ver la forma en que le contestaba y en cómo la dejaba sin palabras.

—Lo haré —reafirmó sus palabras y se relajó un poco al ver que esa vez no parecía tener intenciones de huir.

Emily, tras unos segundos, rompió el contacto visual y siguió con su labor de organizar unas cuantas cosas más sobre la barra. No le dijo con palabras «te escucho», pero seguía ahí y ella lo interpretó como que le estaba ofreciendo la oportunidad para seguir hablando. Dispuso las servilletas sobre la superficie y dio unos golpecitos para captar de nuevo su atención. Su rostro se alzó y sus ojos directamente miraron aquellos tres papeles.

—Pensaba que odiabas esas frases —le recordó Emily alzando la vista hacia su rostro.

—Mi odio hacia ellas sigue bastante presente —aclaró—. Pero tienen sorpresa detrás.

La camarera volvió a mirarlas tras su aclaración y ella sonrió al ver que forzaba un poco la vista para, seguramente, intentar ver lo que había.

—Tienes que elegir una —dijo poniendo las manos sobre las servilletas, evitando que pudiese leer algo—. Y tienes que aceptar lo que ponga.

—¿Ahora tenemos cinco añitos? —preguntó Emily burlándose de su genial idea.

—Yo tengo veintiocho, ¿y tú?

Se lo preguntó aprovechando el momento y sonrió al ver que cambiaba de postura. La castaña apoyó ambas manos sobre la barra, mostrando más disposición hacia ella y hacia lo que le ofrecía y contuvo la respiración unos segundos para no estropear el momento y no abrir la boca y perder la oportunidad de saber algo más de ella. Algo tan simple como la edad era un mundo al completo para aquel hueco previsto en su cabeza relacionado con Emily. ¿Y por qué? Pues porque no tenía nada. Absolutamente nada. Solo su nombre, su trabajo, que montaba en bicicleta y que tenía una amiga que se llamaba Sara. Bastante más simpática que ella, la verdad.

—Este.

Emily pasó por completo de contestar a su pregunta y señaló el papel que estaba más a la izquierda. No le importó que no le respondiese porque a fin de cuentas había logrado su objetivo.

—«El primer amor no siempre llega en orden», es una fantástica elección —dijo leyendo la frase que había escrita en la servilleta—. Fíjate, también es mi opción favorita.

Sonrió y le dio la vuelta al papel para que leyese lo que había justo detrás. Estaba escrita la palabra «cena» y Emily la miró con cara de «¿en serio?». Ella asintió con la cabeza sin perder la sonrisa y le ofreció la prueba para que ella misma lo comprobase.

—Tienes que cumplir —le recordó—. Esto ha sido cosa del destino.

Sus ojos azules se clavaron en ella y, antes de que dijera alguna palabra más o hiciese algo, ya sabía que la jugada había sido un auténtico fracaso tan solo con ver su mirada. Emily partió la servilleta en dos y la tiró a la papelera más cercana sin apenas pestañear y ella sonrió a pesar del nefasto resultado.

—No importa. Aún tienes dos opciones más —bromeó porque no le quedaba de otra y la camarera cogió las otras dos servilletas e hizo lo mismo que con la anterior—. Creo que ha llegado el momento de volver a trabajar.

Esas últimas palabras las dijo sin pensar, pero le encantó el efecto que causó en ella. Volvió a verla sonreír y pensó que, a pesar de todo, no había ido tan mal. No había conseguido lo que tenía en mente, pero consiguió dos sonrisas y cero huidas. Y sí, un nuevo rechazo y encima multiplicado por las tres opciones que le había ofrecido. Pero daba igual. Una sonrisa tenía mucho más valor que esos detalles sin importancia.

*****

—Bueno, cuéntanos. ¿Qué tal con ese bombón?

Sara se lo preguntó mientras repartía las cervezas y le clavó la mirada como si quisiera matarla. No le apetecía hablar del tema Lena. Pero sabía que era algo que tenía pendiente desde la última vez que se vieron. Suspiró y repartió las otras dos cervezas a sus otras dos amigas. Bea

y Carmen. Habían llegado juntas poco después de que llegase a casa tras un largo y duro día de universidad. Estaba agotada, sí. Pero también sabía que la compañía de aquellas tres le serviría para despejarse y olvidarse del mundo real durante el tiempo que estuvieran allí con ella.

—No hay ningún bombón —aclaró a las otras dos.

—Oh, sí. Sí que lo hay —señaló Sara—. Y es muy bombón.

Bufó, echó la cabeza hacia atrás en el sofá y observó desde allí las miradas curiosas de sus otras dos amigas.

—Es solo una chica que trabaja en el mismo edificio que en la cafetería en la que ahora estoy trabajando —resumió.

—No es una chica. Es una diosa —aclaró Sara—. Una muy diosa.

—Tonterías.

Decidió quitarle importancia y dio un trago del botellín para ganar tiempo, pero era consciente de que tenía que seguir contándoles más cosas porque, si no lo hacía, entonces serían ellas las que se encargarían de preguntarle lo que quisieran y prefería, mil veces, adelantarse a cualquier pregunta que pudiera salir de aquellas mentes.

—Intenta acercarse a mí.

Les dio algo de información con la que fantasear y sonrió al ver sus gestos cómplices. Eran muy cotillas y toda información era insuficiente.

—Y es un bombón —repitió Sara—. ¿Lo he dicho ya?

Sus amigas rieron y ella también acabó haciéndolo. Sara era así de directa y de sincera. Y sí, tenía razón. Porque ella también tenía ojos en la cara y era consciente de que Lena era muy guapa. Condenadamente guapa. Era un hecho más que evidente. De eso no había duda alguna porque ella no estaba ciega y aún podía sentir cómo se despertaba en su interior el gusto por las mujeres, aunque Sonia le hubiese salido rana. Una princesa encantada que acabó destrozando todo su reino de un solo golpe.

—¿No te acuerdas de la chica que esperaba contra el coche hace un par de viernes?

Sara se lo preguntó a Bea y ella asintió sorprendida tras recordar el momento.

—Joder, es muy bombón.

Le dio la razón y sonrió un poco más antes de dejar el botellín de cerveza sobre la mesa.

—No hay derecho —se quejó Carmen—. Yo también quiero verla. ¿Tenemos fotos? —preguntó mirándola a ella directamente.

—No. ¿Por qué iba a tener foto? —cuestionó.

—No sé. Igual la has encontrado en redes sociales —le aclaró.

—Como si yo no tuviera otra cosa mejor que hacer.

Se quejó y se recolocó mejor en el sofá, con los pies dentro, sentándose sobre ellos.

—Cuéntanos algo. Algo que sea interesante y relacionado con esa diosa —le pidió Sara.

Rodó los ojos y protestó por el tema de conversación. Después de ese largo día lo que menos llegó a esperar era que acabaría hablando con sus amigas sobre aquella chica que llevaba días insistiendo en quedar con ella.

—Está bien —dijo rindiéndose tras unos segundos—. Hoy ha vuelto a intentarlo.

—¿Intentar? Intentar, ¿qué? —preguntó Carmen adelantándose al resto.

—¿Besarte?¿Tocarte? —soltó Bea.

—Pero cómo sois tan brutas —sonrió con el ceño fruncido—. Ha intentando que quede con ella —aclaró y sus miradas de decepción le hicieron especialmente gracia—. ¿Qué pasa?

—Ese tema es aburrido. Pero bueno. Adelante —la animó Sara.

Ignoró aquellas palabras y decidió no hacerle caso y centrarse en Bea y Carmen para

contar lo que había ocurrido. Ellas no parecían estar tan decepcionadas con la información como su otra amiga.

—Pues resulta que ha aparecido con un megáfono mientras estaba reponiendo los sobres de café.

Soltó la bomba y esperó unos segundos para crear cierta tensión e incluso su amiga Sara la empujó tras esperar, según ella, más de la cuenta.

—Me ha asegurado que lo usaría si volvía a huir de ella.

Sonrió recordando el momento y el gesto no pasó desapercibido para sus compañeras de conversación. Sabía que estaban pensando en cosas que no eran, así que decidió aclararlo rápidamente para no crear problemas y confusiones tontas.

—No es lo que estáis pensando —aclaró y ellas sonrieron aún más—. En serio. No me interesa —soltó de la forma más convincente posible.

—¿Por qué no? —cuestionó Bea.

—¿Qué tienes que perder? —le siguió Carmen.

—Nada —contestó Sara por ella—. Pero es imbécil.

La empujó un poco molesta y volvió a dar un sorbo del botellín de cerveza para ganar algo de tiempo en esa encrucijada. Sus amigas seguían completamente colgadas de la conversación y ella no sabía qué más contarles, ya que no quería que se imaginasen cosas que no eran. Estaba todo demasiado reciente con Sonia y ni siquiera se podía permitir el lujo de fantasear un poco con Lena.

—En serio. No pierdes nada —la animó Sara—. Pero es que la muy tonta la compara con Sonia —aclaró al resto de sus amigas.

Negó con la cabeza y le apartó la mirada. Su otro tema favorito acababa de salir a la palestra. Sabía que a partir de ahí podrían entrar en un bucle infinito en el que sus amigas, de la forma más cariñosa posible, intentarían darle consejos sobre lo que tenía o no tenía que hacer, sobre lo que debía o no debía. Habían compartido las suficientes sesiones como para saberlo. No fallaban.

—¿Por qué? —preguntó Bea—. ¿Por qué esa chica te recuerda a ella? —aclaró.

—Pues porque es ella —simplificó provocando que la mirasen confusas—. No es ella literal —aclaró—. Pero es que es su viva imagen. En serio —soltó tras un bufido—. No quiero acercarme a ninguna otra mujer que sea así.

—Pero es que no sabes cómo es —señaló Sara—. No le estás dando la oportunidad.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó sonriente—. Si tanto te gusta... Acércate tú a ella. Vamos. Adelante.

La animó y su amiga se centró en dar un sorbo de cerveza antes de hablar. Se pasó el pelo hacia atrás y se levantó para hacer que su discurso sonase con más fuerza.

—Mira. Ojalá esa chica se hubiese fijado en mí —dijo en primer lugar y ella se cruzó de brazos para esperar la continuación—. Pero no he tenido esa suerte y tú estás decepcionando al mundo bolleril —bromeó, pero en sus palabras sonaba bastante seria—. Esa mujer es como si la mismísima Afrodita hubiese bajado del Olimpo y se hubiese presentado delante de nosotras. Deberíamos besarle los pies por tanta belleza, pero no. Aquí nuestra querida amiga se dedica a darle malas contestaciones y a pasar de ella. ¿Es justo? Desde luego que no.

Acabó sonriendo porque su amiga también lo hizo, pero en todo momento le advirtió con el dedo, como si de verdad tuviese que hacerle caso y dejarse de tonterías. Eso último lo comentó antes de sentarse de nuevo en el sofá.

—Yo quiero conocerla —dijo Bea captando de golpe la atención de todas—. Si tenemos

una diosa entre nosotras yo quiero conocerla.

—¿Ves? Esa es la actitud —señaló Sara antes de inclinarse y chocar la mano con su otra amiga.

—Sois lo peor de lo peor.

Lo soltó sonriente porque al final la conversación no había ido tan mal. Aquellas tres, en tiempos difíciles, era lo mejor que le podía pasar. Siempre estaban ahí para animarla y sacarle una sonrisa. Una sonrisa. Su mente rápidamente conectó con lo ocurrido esa misma mañana en la cafetería con Lena y se dio cuenta de que aquellas tres no eran las únicas que le hacían sonreír cuando más asqueada estaba de la vida, que la morena de ojos de color miel, que llevaba tiempo detrás de ella sin descanso y sin intenciones de parar, estaba consiguiendo un efecto parecido. Era increíble, pero era así. Lena le hizo sonreír esa misma mañana, como también lo estaba haciendo ahora sin estar presente y sin que el resto fuera consciente. Suspiró y apoyó al cabeza en el sofá. No quería pensar en ninguna otra chica. No era su momento. No estaba preparada y Sonia seguía fastidiando más de lo necesario. No quería que nadie más se involucrase en su complicada y caótica vida. Sabía que sus amigas estaban equivocadas y ella no iba a dar su brazo a torcer. Sonreiría con las ocurrencias de Lena, pero nada más. Todo tenía que quedarse así. No había otra forma.

7

Cruzó la puerta de aquel edificio en el que pasaba gran parte de su vida y, de camino al ascensor, su vista se desvió unos centímetros hacia la cafetería. Tenía la suerte, o la desventaja, de que las paredes que la separaban del resto fuesen de cristal y eso permitía poder ver su interior. Allí dentro parecía estar todo bastante tranquilo. Poca gente paraba unos minutos a tomarse algo antes de empezar a trabajar, solo aquellos que se atrevían a llegar con suficiente tiempo de sobra.

Comprobó su reloj y se dio cuenta que aún le sobraban unos minutos. Podría usarlos para adelantar algo de trabajo o, simplemente, perder el tiempo, pero pensó que sería muchísimo mejor invertirlos en saludar a Emily. Además, tenía algo que darle y creyó que era la oportunidad perfecta. Lejos de Marina y su negatividad.

—Buenos días.

La saludó sonriente y dando unos ligeros toques sobre la barra.

—No sé qué he hecho en esta vida para merecer esto.

—Seguramente algo muy genial —apuntó sin perder la sonrisa.

Emily cerró los ojos, mostrando así su disconformidad ante sus palabras y ella sonrió un poco más. No sabía por qué, pero había algo en la forma que tenían de tratarse que la atraía como nunca antes le había pasado con una chica.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó la castaña, cambiando por completo de conversación.

—Nada. Solo he pasado a saludarte.

—Así que ahora te gusta perder el tiempo.

—No creo que esté perdiendo el tiempo —aseguró convencida, sonrisa incluida.

La camarera le apartó la mirada tras unos segundos y ella maldijo internamente al cliente que llegó para pedir un café. Se mantuvo a la espera hasta que fue atendido y se movió de sitio al ver que Emily no regresaba a su antigua posición para hablar con ella.

—Tengo algo para ti —dijo captando su atención de nuevo.

—¿Has vuelto a traer el megáfono?

—No. Pero lo llevo en el maletero del coche, puede volver en cualquier momento —aclaró—. Lo que llevo en el maletín es más pequeño y te lo daré si me contestas una pregunta.

Emily alzó una ceja y lanzó un pequeño suspiro antes de coger un trapo y girarse sin decirle una sola palabra. Cogió su maletín y la siguió desde la parte externa de la barra. Detuvo bruscamente sus pasos y esperó que saliera de detrás de aquella barrera, que siempre las separaba, y siguió su estela hasta la terraza.

—Solo una pregunta —recalcó mientras la veía limpiar una mesa.

Emily detuvo sus movimientos y volvió a mirarla mientras ponía los brazos en jarra. No era una postura muy relajada, pero se mantenía a la espera. Eso era una buena señal.

—Tu edad —soltó sin darle tiempo a decir nada—. Quiero saber tu edad —aclaró ante su silencio.

—¿Qué pasa? ¿Es que te preocupa estar acosando a una menor de edad? —le cuestionó la castaña.

—No te estoy acosando y tampoco eres una menor —puntualizó con rapidez—. Por Dios, fíjate —dijo señalándola de arriba abajo.

—¿Fíjate? —le preguntó Emily cruzándose de brazos.

Su cambio de postura provocó que su reconocimiento visual se viese interrumpido. Esa mañana la camarera había decidido llevar la camiseta metida por dentro del vaquero, provocando que su figura se viese más definida. La prenda se pegaba perfectamente a su pecho y los pantalones marcaban sus caderas.

—Está claro que no eres una menor —confesó algo temerosa de su contestación—. No lo eres, ¿verdad?

Sin saber por qué su gesto se relajó y pudo ver un inicio de sonrisa en sus labios.

—No lo soy, no.

Se lo afirmó por fin, aunque ella tenía bastante claro que no lo era. El reto superado había sido que le siguiera la conversación y que no huyese. Su táctica más usada junto a las contestaciones cortantes.

—¿Te estoy acosando?

Probó suerte con la acusación que se había quedado colgada, pero Emily volvió al trabajo y se alejó unos metros para limpiar otra mesa. La siguió porque realmente aquella incógnita le interesaba mucho más que la anterior.

—¿Lo estoy haciendo? —insistió deteniéndose justo a su lado.

Emily apoyó ambas manos sobre la mesa y alzó el rostro para mirarla de nuevo.

—No —contestó y sintió un gran alivio al instante—. No me siento acosada. Si me sintiese así ya te habría dado una buena patada en el culo, créeme —aclaró haciéndole sonreír—. Pero sí eres muy pesada.

Aquella aportación hizo que su sonrisa desapareciera. La castaña volvió a su trabajo mientras en su mente intentaba planear algo que hacer o decir. Pero no consiguió nada. Se quedó en blanco y lo único que hizo fue despedirse de ella con un «nos veremos a la hora del café». Caminó unos cuantos pasos y su voz, pronunciando su nombre, hizo que todo su sistema se detuviera de golpe. Se giró para tener un contacto visual directo y esperó a que ella iniciara la conversación de nuevo.

—¿No tenías algo para mí? —le recordó.

—No has contestado a la pregunta —respondió con una sonrisa.

—Pero te he contestado a dos —señaló—. No soy menor y no me estás acosando.

Asintió con la cabeza y volvió a recortar la distancia entre ellas. Dejó el maletín sobre la mesa que acababa de limpiar, lo abrió y le entregó una pequeña bolsita de regalo. Sus ojos se clavaron en su rostro para así poder ver su reacción sin perderse un detalle. Y, aunque no esperaba muchísima ilusión con aquel obsequio, tampoco esperó que frunciera el ceño y la mirase algo confundida.

—Unos guantes.

—De bicicleta —apuntó ella rápidamente.

—Unos guantes de bicicleta —repitió la camarera examinándolos.

—Me he dado cuenta de que no usas y el chico de la tienda me dijo que eran bastante prácticos —resumió el motivo y se inquietó un poco al no saber qué le parecían—. ¿No te gustan?

—Sí, sí. Claro. Gracias.

Emily le regaló una pequeña sonrisa y ella se la devolvió antes de coger su maletín y volver a despedirse de ella. El día empezaba bastante bien porque no recibió ningún rechazo más y su regalo había sido bastante acertado. Se relajó pensando que habían vuelto a recuperar un poco más de conversación y de camino al ascensor se dedicó a pensar en su siguiente paso. ¿Qué podría ofrecerle después de aquel regalo?

*****

—No. No puedo ir. No es mi culpa que el capullo del profesor me haya puesto por sorpresa un trabajo para mañana.

Se quejó y Sara bufó al otro lado del teléfono.

—*¿No puedes escaparte aunque sea un ratito?*

Su amiga insistió y ella cerró los ojos un poco desesperada porque llevaban dos minutos al teléfono y ya se había negado como doscientas veces. Apoyó el móvil en el hombro para sostenerlo contra la oreja y así tener las manos libres para abrir el candado de la bicicleta.

—Ni un ratito.

Volvió a escuchar un nuevo bufido al otro lado de la línea y se apresuró a guardar todo en la mochila antes de colgársela a la espalda.

—*Pues espero que sepas compensármelo.*

—No prometo nada —dijo sonriente antes de ponerse a caminar hacia la salida, tirando de la bicicleta.

—*¿Qué tal el bombón?*

Sara cambió radicalmente de tema y fue su turno de bufar.

—Me ha regalado unos guantes de bicicleta.

Decidió darle información porque tarde o temprano se lo diría y así ahorraría bastante tiempo.

—*¿Por qué?*

—No lo sé —contestó sonriente mientras su mente recordaba la escena.

—*Igual es un nuevo código entre bolleras y tú y yo estamos desfasadas.*

Las palabras de su amiga le hicieron reír y se sintió un poco mal porque sentía que se reía del gesto que Lena había tenido con ella.

—*¿Iba guapa?*

—¿Guapa? —cuestionó confundida.

—*Lena, ¿iba guapa?* —insistió—. *Hagamos un ejercicio mental* —le pidió sin dejarle contestar—. *Supongamos que la has visto hoy por primera vez. Así que ponte las gafas de súper bollera y responde a mi pregunta.*

A su mente viajaron escenas de ese mismo día. Lena con un traje de color azul marino que parecía estar hecho a medida para ella. El pelo suelto, un ligero toque de maquillaje y su sonrisa.

—Iba muy guapa —contestó tras unos segundos.

Escuchó un pequeño grito al otro lado de la línea y volvió a sonreír. Se preparó para despedirse de su amiga porque ya solo le quedaba abrir la puerta, que separaba el edificio de la calle, para subirse a la bicicleta y pedalear hasta casa. Pero en cuanto cruzó aquella división, haciendo malabares para mantener unos segundos más la línea con su amiga, se paralizó al completo al ver a Lena apoyada contra un coche con dos tarrinas de helado en las manos.

—Tengo que colgarte. Voy a pedalear.

No esperó que Sara dijese nada y guardó el móvil en el bolsillo del pantalón mientras sentía que Lena se aproximaba a ella.

—He estado a punto de marcharme —dijo al llegar a su alcance—. Pensaba que no había sido tan rápida comprando los helados y que ya te habrías ido.

—Igual deberías haberlo hecho.

Intentó avanzar, pero Lena se puso justo delante de la bicicleta, impidiéndoselo.

—Helado de chocolate blanco con trocitos de chocolate negro y sirope de chocolate —le

informó levantado una de las tarrinas—. Y este de fresa con trocitos de mango sin sirope porque no sé qué es lo que te gusta y he decidido pedir dos completamente diferentes —aclaró con una sonrisa—. No es un desayuno, tampoco una merienda y menos una cena. Es… Un tentempié —señaló tras unos segundos.

Se aguantó una sonrisa y bajó la vista hacia aquellos apetecibles helados antes de volver a mirarla a los ojos.

—¿Cómo pretendes que me coma uno de esos helados si voy con la bicicleta?

—No hay problema —respondió Lena sin llegar a perder la sonrisa—. ¿Cuál quieres?

Inclinó la cabeza hacia la bomba de chocolate porque se moría de hambre y porque aquel capricho era uno de sus mayores placeres.

—Aquí tienes.

Se lo ofreció sin dudar y, cuando lo tuvo en su mano, Lena agarró su bicicleta, dejándole así ambas manos libres.

—¿Cómo vas a comértelo tú? —cuestionó.

—Yo me apaño.

Frunció el ceño unos segundos y decidió darle prioridad a sus necesidades centrándose en su helado, sin importarle nada más. Dio un par de cucharadas y, de repente, se dio cuenta de hacia donde llevaba todo aquello, así que detuvo sus pasos de golpe, provocando que Lena también lo hiciese.

—No vas a acompañarme a casa —aclaró clavándole la mirada.

—No voy a acompañarte a casa —repitió Lena y se fijó en cómo aprovechó la parada para llevarse un poco de helado a la boca—. Te acompañaré hasta que te acabes el tentempié, así podrás montar en bici.

Su aclaración le pareció adecuada y retomó el camino mientras disfrutaba de aquel orgasmo de sabores.

—No llevas los guantes.

Giró el rostro y se fijó en que sus ojos estaban clavados en sus manos. Podría haberle mentido o inventar cualquier excusa, pero decidió decirle la verdad.

—Nunca he usado.

—Ha sido un regalo pésimo, ¿verdad? —preguntó Lena subiendo la mirada hasta sus ojos.

Tenía la opción de ser dura, igual que en la mayoría de sus conversaciones, y también podría haberse burlado un poco de ella, pero no le salió hacerlo así y optó por suavizar su respuesta.

—No es eso. Es que de verdad que nunca he usado y me ha pillado un poco por sorpresa —aclaró—. ¿Los compraste tú?

—Claro. El chico me miró un tanto confundido cuando le dije si podía envolverlos para regalo. Debí suponer que era un fracaso.

Sonrió ante su dramatismo y le apartó la vista, ocultándose así de su mirada, antes de parar su camino ante un semáforo en rojo.

—No iban envueltos. Iban en una bolsita.

Retomó la conversación y Lena asintió con la cabeza mientras sostenía la bicicleta con el cuerpo y tomaba una nueva cucharada de helado.

—No tenía papel de regalo. Así que tuve que ir a comprar y la bolsita me pareció más bonita —le aclaró.

—Demasiadas molestias.

—Para nada —negó la morena—. Gané en salud. Últimamente estoy muy sedentaria y ya sabes que aconsejan mover las piernas un ratito todos los días.

La observó tomar un poco más de helado y quejarse cuando una gota cayó de la cuchara. Tampoco perdió detalle de su suspiro de alivio al comprobar que no se había manchado y, además, se permitió el lujo de examinar la escena. Una mujer tan guapa y vestida de forma tan elegante tomando un helado a medio derretir con una bicicleta apoyada en la cadera mientras, a su lado, una chica, completamente diferente, pasea junto a ella.

—Tengo veintiséis.

Se lo confesó y sus ojos se clavaron en los suyos. Su sonrisa era completa y parecía estar reflejando el esfuerzo tras una gran victoria.

—Veintiséis —repitió la morena sin perder la sonrisa—. Solo nos llevamos dos años.

Decidió no darle importancia a aquellas palabras y caminó en cuanto el semáforo les dio paso de nuevo. Para Lena aquellos dos años parecían insignificantes, pero para ella eran todo un mundo. Solo había que observarlas para ver que no estaban en el mismo nivel, que ella aún no tenía nada seguro en su vida y Lena, por el contrario, derrochaba una estabilidad abrumadora.

Tiró la tarrina de helado, ya acabada, en la papelera que encontró nada más cruzar y se giró para ver qué ella hacía lo mismo, aunque aún le quedaba bastante contenido líquido. Le dio un poco de pena porque no pudo disfrutar del helado tanto como ella, pero fue su plan y quién la motivó a seguirlo al pie de la letra.

Se descolgó la mochila de un hombro y abrió una de las cremalleras para sacar los famosos guantes. Se la volvió a colocar bien y se puso su regalo ante su atenta mirada.

—Te quedan muy bien —aseguró Lena.

—Sí, ¿verdad? —cuestionó observándose las manos—. Ahora me toca comprobar si de verdad valen la pena.

Observó una última sonrisa en sus labios y la liberó de tener que estar agarrando la bicicleta para subirse en ella. Lena se despidió con un «ten cuidado» que ella ni siquiera contestó y se centró en pedalear para llegar cuanto antes a casa y ponerse a hacer ese maldito trabajo que recortó tiempo a su vida social por sorpresa.

*****

Tras ver cómo Emily desaparecía en bicicleta por las calles de la ciudad volvió por el camino recorrido hacia su coche. Y lo hizo con cierta prisa porque necesitaba contar lo que acababa de suceder. Y necesitaba que esa oyente fuese la persona que con tanta negatividad estaba viviendo los sucesos.

—Ha funcionado —dijo en cuanto Marina abrió la puerta.

Su amiga la miró con cara de no entender absolutamente nada y ella se hizo paso al interior de su piso sin perder la sonrisa del rostro.

—Anoche vi *Cartas a Julieta* y mi fantástica mente pensó que si la parejita podía tomar un helado charlando tranquilamente nosotras también —resumió de forma acelerada mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el sofá—. Así que, cuando he terminado de trabajar, he volado a comprar un par de helados y la he esperado en la puerta —le contó gesticulando con las manos.

—Y te los ha tirado a la cara.

—¿No me escuchas? —cuestionó frunciendo el ceño—. Te he dicho que ha funcionado.

Marina sonrió y, antes de decir nada más, se sentó en el sofá mientras ella seguía sus movimientos con la mirada. No entendía que su amiga no mostrase nada de emoción. Su magnífico plan de tomar ideas estaba dando sus frutos y ni siquiera gastó energías en darle una

palmadita en la espalda.

—Bueno, cuéntame —le pidió tras sentarse—. ¿De qué forma ha funcionado?

Asintió con la cabeza porque esa actitud ya le gustaba más y decidió sentarse a su lado en el sofá.

—Pues hemos charlado mientras dábamos un paseo.

Adornó un poco lo sucedido porque eso le sonaba muchísimo mejor que decir que le había llevado la bicicleta mientras se tomaba el helado.

—Vaya, enhorabuena —dijo su amiga bastante sorprendida y sonriente—. ¿Y no te ha vuelto a rechazar? —preguntó curiosa.

—No —contestó rápidamente—. Hemos hablado de forma tranquila e incluso ya sé algo más de ella.

Lo dejó caer orgullosa y para provocar curiosidad en Marina, que le clavó la mirada esperando las palabras que le seguían a aquella información, logrando así su objetivo.

—Tiene veintiséis años —le confesó muy orgullosa con su logro.

—Una información tremendamente importante.

Su amiga lo soltó de forma irónica, pero ella decidió no darle importancia porque nada podría romper con su momento de felicidad. A esa lista de cosas que sabía sobre ella se sumaba su edad y, aunque solo era un dato más, sabía que ser paciente le haría conseguir más objetivos. Ya sabía su nombre, que montaba en bicicleta, que odiaba las frases de las servilletas y que tenía una amiga llamada Sara. Nada mal para ser ella, eso era ya mucho más de lo que lograba conocer de sus amantes ocasionales.

—¿Te quedas a cenar y pedimos algo?

—No —respondió levantándose del sofá y recuperando su chaqueta—. Voy a ir a casa y veré algo más —le confesó motivada por el gran resultado que le dio el último visionado de películas—. Si *Cartas a Julieta* ha funcionado… Igual pruebo con *Romeo y Julieta*.

—¿Es que no sabes el final? —cuestionó Marina rápidamente.

—Puedo omitirlo.

—Así que solo te colgarás de su balcón en mitad de la noche.

Levantó la mano y la señaló mientras intentaba buscar las palabras adecuadas con las que contestarle. Pero su amiga sonrió y ella también acabó haciéndolo. Marina no estaba ayudándole demasiado en aquella aventura, pero sabía que lo hacía porque en cierto modo quería protegerla. Era consciente de que todo aquello era una locura, pero era suya y estaba dispuesta a volverse un poquito loca. Costase lo que costase.

8

Las gotas de lluvia golpeaban sin cesar el paraguas mientras su vista seguía los pasos de la gente que abandonaba a toda prisa las oficinas. Intentaban llegar cuanto antes a sus coches o a algún refugio, pero ella seguía allí, tras más de diez minutos, bajo el aguacero e intentando no congelarse de frío.

Se movió unos pasos, evitando los charcos, e intentó, desde ese nuevo ángulo, visualizar a Emily. Se desesperó un poco al no verla y ante la idea de que estuviese pedaleando bajo la lluvia, así que avanzó un poco más hacia la entrada del edificio y fue entonces cuando la localizó. La camarera no se dio cuenta porque parecía estar mucho más pendiente del cielo y lo observaba refugiada bajo un pequeño saliente.

Recortó la distancia entre ellas y su sonrisa apareció en cuanto vio el gesto de desconcierto de Emily al verla allí.

—No puedes irte en bicicleta.

—Sí que puedo.

Se regañó mentalmente y apuntó no decirle que no debía hacer tal cosa porque aquella chica parecía tener el suficiente carácter como para llevarle la contraria hasta el fin de los días. Pero hoy no era el momento. No ante aquel diluvio.

—Está lloviendo —soltó la evidencia porque no parecía ser muy consciente—. Mucho —aclaró.

Emily se recolocó la mochila en la espalda y agarró la bicicleta con ambas manos con la clara intención de empujarla y enfrentarse sin más a la lluvia. Pero detuvo sus intenciones colocando una mano sobre el manillar, frenándola.

—No seas cabezota —le pidió buscando su mirada—. Deja la bicicleta aquí, yo te llevaré a casa.

—No necesito tu ayuda —soltó la castaña con cierta rabia.

—Lo sé —aseguró—. Pero yo te la estoy ofreciendo. No aceptarla sería de ser muy imbécil.

Intentó bromear, pero no logró su objetivo. Fue todo lo contrario. Emily empujó con la bicicleta y ella tuvo que hacer algo más de fuerza para evitar su avance.

—¿Qué quieres? ¿Tener un accidente? ¿Ponerte enferma?

—¿Y tú quieres que te pase con la bicicleta por encima?

—Me daría igual si después accedes a venir conmigo —contestó y sintió que dejaba de empujar—. Venga, Emily. Sabes tan bien como yo que la mejor opción es que te lleve a casa.

El silencio se instauró de golpe y activó su mente al cien por cien porque necesitaba un empujón para terminar de convencerla. Pero Emily se adelantó y ella respiró bastante aliviada.

—¿Y qué hago con la bicicleta?

—La dejas aquí —respondió con suma tranquilidad.

—No voy a dejarla aquí —dijo negándose inmediatamente—. Me la robarán.

—¿Quién te la va a robar? —cuestionó—. Déjala en el sitio de siempre. ¿De verdad crees que va a venir alguien en mitad de la tormenta a robarte la bicicleta?

—Cosas más raras se han visto.

Su contestación le hizo sonreír de nuevo, pero también se debió a que parecía tener grandes posibilidades de que aceptase su petición.

—Si te la roban me comprometo a comprarte una nueva.

—No necesito tu limosna.

—No sería una limosna —señaló—. Sería el pago de una deuda por haberte convencido de hacerme caso.

Emily guardó silencio mientras sus ojos azules examinaban su rostro. Ella contuvo la respiración y rezó internamente a todos los dioses posibles habidos y por haber porque ya no le quedaban más cartuchos que gastar.

—Espero que cumplas con tu palabra —le amenazó la castaña alzando una ceja.

—Por supuesto —aseguró sonriente.

No dijo nada más y soltó el manillar para dejarle libre movimiento. Se apartó unos pasos y, cuando Emily comenzó a moverse en dirección contraria, para dejar la bicicleta, se movió con rapidez para protegerla del agua con el paraguas. Caminó a su lado en todo momento y, aunque sentía que el agua estaba mojándole la manga de la chaqueta, no le importó porque al menos las dos estaban bastante resguardadas. La observó en absoluto silencio mientras le ponía el candado a su vehículo de dos ruedas porque no quería estropear el momento y todo lo logrado con alguna intervención absurda. Así que esperó que la propia Emily le dijese que ya podían irse. Caminaron juntas bajo el paraguas y, aunque el tema de conversación fue nulo, se sintió bastante aliviada de que aquella cabezota no fuese a jugarse la vida pedaleando bajo la tormenta.

La acompañó hasta la puerta del copiloto, abrió el coche para que entrase y una vez que estuvo dentro se movió con rapidez para subirse ella también. Rodeó el coche, abrió una de las puertas traseras para dejar el paraguas en la esterilla y se dio prisa para meterse en el interior mientras sentía que el agua empapaba su chaqueta en apenas unos segundos.

—Joder —soltó nada más sentarse, frotándose las manos al sentirlas frías—. ¿Te importa que ponga un poco la calefacción?

Se lo preguntó mientras se quitaba la chaqueta y Emily negó antes de que pudiese echarla sobre los asientos traseros. Apretó un par de botones y, cuando empezó a sentir esa sensación tan agradable de calor, se permitió el lujo de observar a la castaña, que permanecía en absoluto silencio. Se había quitado la mochila y ahora estaba junto a sus pies. Y al parecer tenía bastante prisa porque ya se había puesto el cinturón de seguridad y todo.

—No me vas a llevar a mi casa —le aseguró la camarera, conectando con su mirada—. Te diré que pares antes. Podría haberme callado y hacerte pensar que vivo en el sitio en el que me dejes, pero prefiero avisarte para que no vayas a molestar a otra persona.

—¿Aún no te fías de mí?

—No te conozco.

—Conóceme.

Se ofreció sonriente y Emily le apartó la mirada para centrarla a través de la ventanilla.

—¿No tienes curiosidad por conocerme? —insistió, intentando fijarse en cualquier gesto que le diese una pista.

—Arranca.

La castaña le contestó con tremenda brevedad y algo de desilusión se instauró en ella de golpe. Pero solo fue durante unos segundos, porque luego pensó que era altamente improbable que le respondiese a algo así y que debía fijarse en el momento que estaba viviendo, en que la tenía sentada justo al lado en el asiento de su coche.

Puso el motor en marcha, los limpiacristales a la máxima potencia y se movió entre el tráfico de la ciudad sin decir una sola palabra más. Emily permanecía en la misma posición y, por primera vez, se sintió incómoda al tener que detenerse ante un semáforo en rojo. No tenía

que prestarle tanta atención a la carretera y el ambiente se sentía bastante cargado.

—¿Hacia dónde tiro? —preguntó en un intento de intercambiar unas pocas palabras.

—A la izquierda.

Puso el intermitente, para avisar con antelación, y se incorporó de nuevo al tráfico en cuanto el semáforo cambió de color.

—¿Es nuevo? —preguntó Emily—. El coche. Huele a nuevo —aclaró tras girar el rostro unos segundos para mirarla.

—Lo compré el año pasado —contestó y volvió la vista a la carretera—. ¿Te gusta?

—Es bonito.

Fue simple en su respuesta, pero se conformaba con que fuese ella misma la que diese pie a aquella breve conversación.

—¿Tienes permiso de conducir?

Se lo preguntó para que el silencio no inundase de nuevo aquel espacio y también para sacarle algo más de información. Quería seguir añadiendo detalles a aquella pequeña lista imaginaria que iba anotando en su cabeza.

—Sí, pero está claro que no tengo coche.

—¿Y te gusta conducir? —preguntó tras unos largos segundos de silencio—. A mí me encanta.

—Hace siglos que no lo hago.

—Podemos hacer que ese marcador se ponga a cero —señaló y sintió su mirada clavada en ella—. Puedo dejarte que des una vuelta en mi coche cuando quieras —aclaró conectando con su azul unos segundos.

—¿Me dejarías tu coche? —cuestionó.

—En un sitio lo suficientemente despejado de tráfico y sin complicaciones en el asfalto —respondió sin apartar la vista de la carretera—. Ah, y que sea un día soleado. Muy soleado —recalcó.

Giró el rostro unos segundos y se llevó la gran sorpresa de ver de nuevo su sonrisa.

—¿Tienes planes?

—No. Pero tampoco voy a quedar contigo —le aclaró Emily rápidamente.

—Solo era curiosidad.

No iba a contarlo como un nuevo rechazo porque no le mintió en ningún momento. No se lo había preguntado con ninguna otra intención. Solo pura curiosidad.

—Puedes parar en esa calle —dijo Emily señalando a través de la luna del coche.

Siguió su indicación y se apartó lo suficiente a un lado como para no obstaculizar el tráfico. Pulsó el botón de los cuatro intermitentes y, un segundo después, observó cómo se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Puedo acercarte más hasta tu casa —se ofreció captando su atención—. Puedo incluso dejarte en la misma calle. Prometo cerrar los ojos y no ver tu camino.

—Aquí está bien.

Emily se negó y, antes de que ella pudiera decir una sola palabra más, se giró un poco, provocando que sus miradas conectasen de forma más directa.

—Gracias.

—No tiene importancia —aseguró con una sonrisa—. ¿Qué tal si mañana paso a buscarte? —se atrevió a preguntarle.

—No es necesario.

—No me cuesta nada —aclaró.

—Cogeré el transporte público.

—Y yo estaré aquí esperándote —insistió sin desconectar de su mirada—. Mi coche es más cómodo que el transporte público.

La observó negar con la cabeza y creyó ver que se aguantaba las ganas de volver a sonreír.

—Espera —la detuvo en cuanto agarró la mochila—. Llévatelo.

Cogió el paraguas de la parte de atrás y se lo ofreció, pero Emily no parecía tener intenciones de aceptarlo.

—Yo no lo necesito. Entraré directamente al garaje —aclaró—. Y tú aún tienes que llegar a casa. Toma —insistió—. Ya me lo devolverás mañana.

Acabó aceptándolo y se fijó en cómo se abrochaba la chaqueta hasta arriba, protegiéndose parte del cuello, antes de abrir la puerta del coche con cuidado. Abrió el paraguas, salió colgándose la mochila en un hombro y ella soltó un poco de aire ante aquella despedida sin despedida.

—Hasta mañana.

Giró el rostro sorprendida al escuchar de nuevo su voz y sonrió al ver que aún la estaba mirando. Repitió esas mismas dos palabras y, cuando cerró la puerta, acabó sonriendo mientras la observaba cruzar al otro lado de la calle.

*****

Aceleró el paso al sentir que el frío empezaba a colarse a través de la ropa. Ahora la idea de que Lena la hubiese dejado un par de calles más atrás no le parecía tan buena. Agarró con fuerza el paraguas ante una ráfaga de aire y se dio aún más prisa para llegar a casa. Suspiró algo aliviada al cruzar la esquina que daba a su calle y se descolgó la mochila hacia adelante para poder sacar las llaves sin dejar de caminar.

Abrió la puerta del portal en apenas un segundo y el calor del interior del edificio la reconfortó. Caminó mucho más tranquila hacia el ascensor y, una vez dentro, se miró en el espejo. No era la primera vez que pillaba una tormenta así, pero sí era de las pocas veces que llegaba a casa tan seca. Y todo se debía a Lena. Suspiró y apoyó la cabeza contra una de las paredes de aquel pequeño cubículo electrónico y salió de allí en cuanto las puertas se abrieron, como si el interior quemase. Allí dentro, en numerosas ocasiones, a su mente le daba por pensar demasiado. Y no. No estaba por la labor.

Frunció el ceño al divisar el pasillo, focalizando la vista en su puerta y se paró unos segundos bastante sorprendida con aquella imagen tan familiar.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó al ver a sus amigas sentadas en el suelo.

—La tormenta nos ha pillado por aquí cerca —contestó Bea.

—Eras el refugio más cercano —aclaró Carmen.

—Está bien saber que sirvo para algo.

Ironizó antes de abrir la puerta y sus amigas siguieron sus pasos hacia el interior de su casa. Escuchó sus voces y sus risas y ella caminó directamente hacia el baño para dejar el paraguas en la ducha.

—Joder —soltó al girarse y descubrir que Sara estaba apoyada en el marco de la puerta —. Menudo susto.

—¿De dónde vienes? —preguntó su amiga.

—¿De trabajar? —cuestionó la evidencia y se abrió paso para dejar la mochila en su habitación.

—¿Tan seca y con paraguas?

—¿No es esa la finalidad del paraguas?

Le devolvió una pregunta y la dejó allí parada en su puerta para caminar hacia el salón. Sus dos otras amigas se habían acomodado en sus sitios de siempre y buscaban algo en la televisión para entretenerse.

—Emily oculta algo.

Sara apareció soltando esas tres palabras y provocando que Bea y Carmen dejasen de lado la pantalla y le clavasen la mirada a ella.

—Viene seca y con paraguas —repitió lo mismo, pero ahora sin pregunta y ella frunció el ceño ante aquella acusación sin sentido—. ¿Lo cuentas o te lo saco a cucharadas?

—No hay nada que contar.

Su amiga se cruzó de brazos, aún de pie, y la miró como si estuviese analizando su rostro, como si pudiera leerla.

—Estás seca, así que no has venido en bicicleta. No necesito bajar al portal para comprobar si está ahí abajo aparcada —señaló su amiga—. Y no me digas que es que llevas paraguas porque eso es imposible de controlar montada en dos ruedas y con esta tormenta —se adelantó a cualquier explicación—. Y sí, llevas paraguas, pero no es tuyo. Es muy grande, no te cabe en la mochila —aclaró—. Hay una historia detrás, así que ya puedes ir hablando.

Se lo exigió con demanda y ella acabó sonriendo porque su amiga en ocasiones la dejaba completamente alucinada. Nadie le hubiese dado importancia a esos detalles, pero Sara siempre le dejaba bastante claro que ella no era como las demás, que ella sí que se fijaba en todo lo que pasaba a su alrededor.

Sara inclinó el rostro y alzó una ceja, esperando pacientemente a que se dignase a contarle algo mientras sentía las miradas de sus dos otras amigas clavadas en ella también. Se acomodó mejor en el sofá y se tomó unos segundos más para hacer todo mucho más interesante y crear más tensión.

—Me ha traído Lena.

Sonrió al ver el gesto de sus amigas y Sara cruzó el poco espacio que las separaba para sentarse a su lado.

—Cuéntanos todo —le pidió—. Absolutamente todo.

—No hay mucho que contar —dijo en un intento de rebajar aquel entusiasmo—. Me ha esperado a que saliera de trabajar, me ha hecho dejar la bicicleta allí y me ha traído a casa —resumió—. Bueno, un par de calles atrás porque no me apetece que sepa dónde vivo.

—Así que ha salido de ella —comentó Bea.

—Claro que ha salido de ella —afirmó con rapidez—. ¿Crees que voy pidiéndole a la gente que me lleve a casa?

—Pero espera —pidió Sara—. ¿Estás diciendo que esa increíble mujer ha parado su vida para esperar a que salieras de trabajar y llevarte en su coche?

Se encogió ligeramente de hombros para quitarle importancia, pero llegados a ese punto el lugar desbordaba entusiasmo.

—¿Y cómo ha sido? —se interesó Bea.

—Bien. Ha estado bien.

Respondió de la forma más simple y se levantó para caminar hacia la cocina y preparar un poco de té. El detalle de que su casa fuese un espacio abierto permitía a sus amigas estar completamente pendientes y atentas a todos sus movimientos.

—Define bien —insistió Carmen.

Se tomó unos segundos para pensar la respuesta adecuada y contestar. ¿Cómo había sido

realmente? Incómodo. No le gustaba que la gente hiciera cosas por ella y por eso se respiró algo de tensión la mayor parte del trayecto. Pero, poco a poco, fue relajándose e incluso acabó sonriendo. Le gustó el detalle de que Lena le ofreciera su coche, aunque no tenía claro si se lo había dicho de verdad, pero rompía un poco aquel esquema diseñado en su mente, ese que le decía que era una réplica bastante exacta de Sonia. Su ex nunca le había dejado coger su coche. En ninguna ocasión. Y eso que durante más de un año, el tiempo que habían estado juntas, les habían sobrado oportunidades. Las veces que habían hecho algún viaje por carretera su ex siempre prefería detenerse en cualquier motel antes de pasarle el control del volante y, cuando salían de fiesta y bebía más de la cuenta, pedía un taxi aunque ella no hubiese probado una sola gota de alcohol.

—Pues todo lo bien que puede ser que te traigan a casa.

Decidió no ser muy explícita y, cuando alzó el rostro, para mirar a sus amigas, sus ojos se clavaban en ella deseando más información.

—¿Te acuerdas de nuestra conversación al teléfono? —preguntó Sara—. Pues volvamos a repetir el mismo proceso —le pidió—. Hagamos un ejercicio mental.

Sonrió y preparó las bolsitas de té en las tazas mientras se preparaba para la pregunta, aunque ya la supiese. Su amiga insistiría en que le contase detalles del viaje en coche y en su mente ya tenía la contestación clara. Tras superar los primeros minutos de silencio incómodo se sintió bastante bien. Hacía tiempo que nadie se preocupaba por ella, a excepción de sus amigas, porque incluso su relación con Sonia fue confusa en ese sentido. Nunca sintió una conexión real con ella, ni que sus intereses fluyesen en el mismo sentido, algo que comprobó bastante bien cuando la dejó sin motivos y sus idas y venidas se unieron para catalogarlas en «solo sexo». Así que sí, Lena le hizo sentir bien durante unos minutos. Fue un soplo de aire fresco y un respiro en aquel duro bache que estaba atravesando su vida.

—¿Estaba guapa?

Volvió a sonreír y la miró confusa. Se había mentalizado para otro tipo de pregunta. Pero no tenía queja, el cambio le beneficiaba, ya que era mucho más fácil de responder.

—¿Por qué siempre me preguntas lo mismo? —cuestionó antes de poner las tazas en una bandeja y caminar hacia ellas de nuevo.

—Porque tengo curiosidad —contestó Sara sin más.

—Lena siempre va guapa.

Respondió a su pregunta y dejó la bandeja en la mesa baja antes de sentarse en el sofá.

—Eso ya es un avance —señaló Carmen—. E incrementa por cien mis ganas de ver a esa mujer.

—Podríamos ir de visita al trabajo de Emily —apuntó Bea.

—No —se negó en rotundo y las observó sonreír—. Ni se os ocurra hacer eso —les advirtió señalándolas con un dedo.

—¿Qué pasa? —cuestionó Sara—. Nos pilla de paso.

—¿Os pilla de paso? ¿De paso de qué? —preguntó clavándole la mirada.

—Haremos que nos pille de paso —aclaró su amiga sonriente.

Volvió a advertirle de nuevo, pero esta vez con la mirada, aunque sabía perfectamente que no podía hacer nada cuando un plan se les metía en la cabeza. Solo deseaba que aquella idea desapareciera de sus mentes, porque pensar en sus amigas y Lena juntas en un mismo espacio no le entusiasmaba nada en absoluto.

9

Pensó en la propuesta de Lena hasta que se quedó dormida la noche anterior, y también durante la ducha y mientras se preparaba para darle comienzo a un nuevo día. Tenía dos opciones; subirse a su coche o no. Tan simple como eso. Pero en su cabeza se complicaba. Se sumaban factores externos e internos, pros y contras y se recreaban escenas múltiples, provocando que ese «subirse a su coche o no» se enmarañase de una forma altamente exagerada.

Se echó un último vistazo en el espejo y su vista se clavó en el paraguas. Lo había dejado allí para que se secase y lo justo era que se lo devolviese. No iba con ella eso de apropiarse de cosas ajenas así como así. Lo cogió, se echó la mochila al hombro y salió de casa con la idea de dárselo a su dueña y seguir su camino hacia la parada de autobús. Ese era el plan. Un bonito y perfecto plan. Pero empezó a difuminarse de su cabeza al ver el coche de Lena parado en el mismo sitio en que la dejó el día anterior. Siempre le había dado un poco de pereza el transporte público, por eso prefería su bicicleta, y ahora que la posibilidad de ir altamente más cómoda se materializaba delante de sus narices, la idea de ser el copiloto de Lena no le parecía tan mala opción.

Tocó son los nudillos en el cristal de la ventanilla del copiloto y le hizo gracia ver el breve respingo de la morena sobre el asiento antes de abrirle la puerta.

—Buenos días —le saludó la dueña del coche.

—Buenos días —repitió sin entrar en el coche—. Gracias —dijo devolviéndole el paraguas.

—De nada.

Lena le quitó importancia sin perder la sonrisa y siguió observándola en silencio, esperando a que ella diese el siguiente paso. Pero no sabía qué hacer y, justo en ese preciso momento, el autobús pasó, captando su atención de golpe, y ella lo observó unos segundos mientras intentaba que su cabeza decidiese la mejor opción.

—Venga. Sube —la animó la morena desde el interior del vehículo—. ¿O vas a correr detrás? —le preguntó señalando el autobús.

Subió y sonrió internamente porque Lena había reducido a cero aquel enfrentamiento en su cabeza. Menuda facilidad, pensó. Encima no le metió nada de prisa y esperó a que se pusiera el cinturón pacientemente. Con su ex las cosas no habían sido así. Para nada. ¿Y por qué las comparaba? Suspiró al darse cuenta de que estaba divagando y deseó que no se repitieran los minutos de silencio incómodo del día anterior. Era una de las cosas que más detestaba.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó Lena con la mirada fija en el tráfico.

—Bien. ¿Y tú?

Le devolvió la pregunta y sus ojos color miel se clavaron en ella. Giró un poco el rostro, conectando así sus miradas, y miró algo interrogante su sonrisa.

—¿Me acabas de preguntar qué tal he dormido? —cuestionó la morena volviendo la vista al tráfico—. Es la primera vez que te interesa algo de mí —aclaró aquel misterio y se sorprendió porque tenía razón—. Y bien, he dormido muy bien. Gracias.

Apartó la mirada de su rostro y optó por observar la calle a través de la ventanilla.

—¿Te mojaste mucho ayer de camino a casa?

—¿Es que acaso vas a intentar adivinar la distancia con mi contestación? —cuestionó mientras se fijaba en un grupo de adolescentes que cruzaban la calle corriendo.

—¿Es posible adivinar algo así con ese dato?

—Lo dejo en tus manos.

—¿Me estás retando?

Volvió la vista hacia ella y Lena la imitó al sentir que la miraba.

—¿Saldrías conmigo si adivino donde vives?

—No saldría contigo ni aunque dedicases media vida a averiguarlo —contestó con seriedad, pero Lena sonrió y eso la descolocó un poco.

—Entonces creo que anoche estuve perdiendo el tiempo.

La morena soltó aquellas palabras sin perder la sonrisa y justo antes de detener el coche en un semáforo, provocando que su mirada se centrase en ella durante más tiempo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó desconcertada con la información—. ¿Estuviste buscando mi casa?

—No. No estoy tan loca —le respondió rápidamente—. Abre la guantera y lo descubrirás.

Frunció el ceño y pensó en no seguirle el juego, pero la curiosidad le pudo mucho más y acabó acatando sus palabras. Descubrió un sobre y Lena le indicó que lo cogiese y lo abriese. Lo hizo sin decir una sola palabra y miró aquellos papeles bastante confundida, aunque con una idea bastante clara de lo que estaba tramando.

—No sé nada de tus gustos ni de tus hobbies —dijo la morena de antemano—. Así que estuve mirando por internet algunos eventos fechados para este sábado —le aclaró aquellas entradas que ahora estaban en su mano—. Cine, teatro, exposición y un concierto. No llegué a sacar las entradas porque hay una gran posibilidad de que rechaces todas y cada una de las ofertas, pero miré y aún hay suficientes sitios disponibles para todo. Así que solo tienes que elegir.

Lena le cedió el control de la conversación y no sabía si era por lo ocurrido el día anterior, aquel detalle de esperarla bajo la tormenta para llevarla a casa, o que había dormido muy bien, pero en su cabeza la posibilidad de aceptar creció ante la de rechazar.

—No tienes que decirme nada ahora. Guárdatelo todo. Mi teléfono está escrito aquí —dijo señalando la parte interna del sobre—. Tú solo tienes que decidir el plan, me llamas y yo compro las entradas.

Lo cerró en cuanto Lena volvió a incorporarse al tráfico y lo guardó en su mochila. Sabía que aquel simple gesto era aventurarse demasiado, pero no quería tener que arrepentirse de tomar una decisión acelerada. Se lo pensaría bien. Quizás demasiado. Aquella nueva oferta supondría un nuevo duelo en su cabeza.

*****

—¿De qué película sacaste la idea de esperarla bajo la lluvia?

Marina se lo preguntó en cuanto el camarero dejó los cafés sobre la mesa. Ella la miró con algo de intensidad porque no necesitaba que el resto del mundo se enterase de sus avances, pero su amiga decidió no darle importancia e incluso sonrió.

—De ninguna —aclaró tras unos segundos—. Simplemente se me ocurrió.

—Pues fue muy inteligente. A nadie le gusta mojarse —señaló Marina—. Jugaste muy bien tus cartas.

—No jugué nada —dijo algo molesta—. ¿Viste el aguacero que cayó? No iba a quedarme tranquila sabiendo que iba a pedalear hasta llegar a su casa.

—Así que ahora de verdad miras por ella.

Frunció el ceño y le clavó la mirada a la espera de que desarrollase mejor esa afirmación.

Pero su amiga decidió hacerle esperar mientras daba un trago a su taza de café.

—Me refiero a que son demasiadas molestias para un simple polvo.

Le apartó la mirada y se dejó caer contra la silla con suavidad para apoyar la espalda en ella. Justo en ese preciso momento Emily apareció en la barra y a ella se le escapó una estúpida sonrisa como por arte de magia.

—No es un simple polvo —susurró sin apartarle la mirada.

Sonreía y charlaba con un par de clientas mientras les servía el desayuno. Estaba segurísima que también estaban encantadas con ella. ¿Cómo no estarlo? Era maravillosa y su aura invitaba a querer pasar todo el tiempo posible a su lado.

—No me jodas, Lena.

Las palabras de su amiga le hicieron cambiar el foco de atención y clavar la vista de nuevo en ella. Marina la miraba extrañada, como si delante de sus ojos hubiese pasado la cosa más extraña del mundo.

—¿Te estás pillando de verdad?

Fue ahí cuando se dio cuenta de lo que acababa de susurrar y cierta incomodidad se adueñó de todo su sistema de golpe. Le hizo un gesto con la mano para quitarle importancia, pero sus ojos seguían clavados en su rostro y sabía que solo la dejaría tranquila si le aclaraba la situación, aunque realmente ni ella misma tuviese nada claro.

—No. Claro que no —negó en rotundo antes de dar un sorbo de café—. Es solo que no la veo como un simple polvo. No sé.

Pensó que aquellas palabras serían más que suficientes, pero el gesto de Marina le decía todo lo contrario. Al parecer quería y necesitaba más información.

—Le he hecho una invitación esta mañana —soltó para intentar dejar atrás ese tema del que no tenía una respuesta clara—. Para hacer algo juntas el sábado.

Su táctica funcionó, ya que su amiga se apoyó sobre la mesa, mostrándole así toda su atención.

—¿Qué clase de invitación? —preguntó interesada.

—Pues una invitación.

Le contestó con esas tres palabras en un intento de esquivar su última jugada. Esa en la que la noche anterior dedicó parte de su tiempo en buscar planes para hacer y que pudieran ser interesantes.

—¿Qué clase de invitación? —insistió su amiga.

—Variada.

—Define variada.

Bufó algo desesperada con tanta insistencia y se recolocó en la silla para ganar unos segundos extra que le ayudasen a pensar en la forma más adecuada de explicar su idea.

—No sé nada acerca de sus gustos —dijo en primer lugar—. Así que pensé que sería buena idea reunir unos cuantos planes y ofrecérselos para que ella escogiese —resumió—. Imprimí algunos eventos y se los pasé en un sobre con mi teléfono para que me llamase cuando decidiera y así poder comprar las entradas.

—Oye, es una idea genial —señaló Marina sonriente.

—¿De verdad? —cuestionó algo incrédula con su halago.

—De verdad —le dio la razón y asintió con la cabeza—. ¿De qué película lo has sacado?

—De ninguna —contestó a la defensiva—. Se me ocurrió a mi solita —dijo sonriente.

—Al final te vas a volver un referente en esto de la conquista.

Marina lo soltó de forma burlona, pero le daba igual. Se sentía bastante satisfecha con el

avance y también con el hecho de haber sorprendido a su amiga. Ahora solo le quedaba esperar para ver si con Emily había surgido el mismo efecto.

*****

Soltó aire de forma pesada y dejó el portátil sobre la mesa baja del salón para tomarse un breve descanso. Tenía suerte de tener sábados y domingos libres en el trabajo, ya que eso le permitía avanzar y ponerse al día con todo lo pendiente de la universidad.

Aunque ese sábado se sentía diferente, mucho más productivo. Quizás era por el hecho de tener el sobre que Lena le había entregado el día anterior encima de la barra de la cocina. ¿Era posible que su subconsciente se la estuviese jugando queriendo tomar una decisión por ella?

Se levantó con la idea de prepararse un té y aprovechó el tiempo de espera mientras el agua se calentaba para abrir de nuevo el sobre y comprobar, otra vez, los planes que Lena había escogido para esa noche. A ella solo le quedaba escoger entre cine, teatro, concierto y exposición. Después tendría que llamarle o enviarle un mensaje para hacerle saber su decisión y ya está. Plan de sábado noche listo. Así de simple. Pero su mente seguía estancada en aceptar o no salir con ella. Y sí, era una cita. Lena le había ocultado en todo momento la palabra, pero estaba bastante claro el mensaje y el contexto.

Dejó el sobre encima de la barra de nuevo y se movió para sacar la taza del microondas. Aún tenía tiempo para seguir pensándolo un poco más. Llegarían con antelación a todos los planes. Eso contando que al final accediese a ir.

Unos golpes en la puerta detuvieron su camino antes de volver al sofá, dejó la taza para ir a abrir y, en cuanto lo hizo, deseó no haberlo hecho.

—¿Qué quieres, Sonia?

—Hola a ti también —contestó su ex sonriente—. ¿No me dejas pasar?

—¿Para qué? —cuestionó cruzándose de brazos—. Aquí ya no te queda nada. Y veo que dignidad tampoco.

La sonrisa de Sonia se amplió de forma considerable y ella frunció el ceño inmediatamente ante la forma que tenía de tomarse la situación. No sabía si es que de verdad todo aquello le hacía especialmente gracia, o es que disfrutaba burlándose de ella.

—Mira lo que te he traído.

Su ex lo dijo entregándole unas fotos, pero ella decidió no hacerle caso. Ni siquiera las miró por más de dos segundos.

—Cógelas —la animó Sonia—. Me las pediste como cien veces.

La curiosidad finalmente le pudo y acabó agachando la mirada. Y sí, tenía razón. Le pidió una copia de esas fotos muchas veces, tantas que acabó agotada y no queriendo repetírselo más. Tener ahora mismo un recuerdo de una de sus escapadas no era lo que más deseaba.

—¿A qué viene esto? —cuestionó clavándole la mirada.

—A nada —le respondió rápidamente—. Las encontré revisando mi móvil y me acordé de ti. Así que fui y saqué unas copias.

—¿Y qué te hace pensar que ahora quiero estas malditas copias?

—Solo quería verte.

Sus palabras la pillaron completamente desprevenida y Sonia intentó acercarse a ella, aprovechando el golpe emocional que le acababa de dar, pero fue más rápida y se echó hacia atrás para evitar su contacto. Aunque eso fue un gran error, ya que su ex aprovechó y se coló en su piso gracias a su estúpido descuido.

—Te echo de menos.

Sonia le dio un nuevo golpe emocional con esa corta frase. Más fuerte y cargado de

sentimiento por el reflejo de sus ojos. Había visto esa mirada en otras ocasiones, sobre todo después de discutir, cuando intentaban arreglar las cosas entre ellas.

—Tienes que irte —le pidió con seriedad.

—Pero es que te echo mucho de menos.

Su ex se atrevió a acercarse a ella tras soltar esa frase y, esa vez, no le dio tiempo a esquivar su movimiento y acabó sintiendo su mano en el cuello. Agachó la vista porque no se sentía con fuerzas de seguir mirando sus ojos, pero ella se hizo más firme en sus movimientos y subió la otra mano para agarrarle el rostro con ambas manos, provocando así que sus ojos volviesen a conectar.

—Tienes novia —le recordó.

—La he dejado —confesó Sonia—. La he dejado por ti.

—Qué bien. Por fin se cierra el ciclo —ironizó—. A mí me dejaste por ella y ahora la dejas a ella por mí.

Se separó con brusquedad y caminó hasta la puerta para indicarle que se marchase, pero de nuevo la pilló por sorpresa y la cerró con brusquedad delante de sus narices, arrinconándola contra ella.

—Tú también quieres esto —dijo Sonia con los ojos clavados en los suyos.

—Apártate ahora mismo.

Se lo pidió con rabia e intentó apartarla, pero su ex ejerció más presión contra su cuerpo y rápidamente buscó sus labios. La besó con brusquedad y ella decidió morderle el labio inferior para detener sus movimientos. Le advirtió con la mirada para que se detuviese en cuanto se separó unos centímetros de su rostro. La confusión inicial ante su jugada se convirtió en una sonrisa en los labios de su ex y volvió a intentar librarse de ella, pero Sonia insistió e inclinó el rostro para besarle el cuello. Ahí no podía hacer nada para provocarle algún daño, solo retorcerse un poco para apartar sus labios de su piel. Aunque no sirvió de nada porque su ex conocía muy bien su cuerpo y mordió el punto exacto que erizaba cada resquicio de su ser.

Se le escapó un pequeño suspiro y sintió su sonrisa en su cuello. Pasó la lengua por la zona y ella inclinó la cabeza de forma inconsciente. Sonia había conseguido su objetivo y ella no quería eso, pero era imposible no seguir el ritmo que su propio cuerpo buscaba y demandaba. Habían pasado demasiadas cosas juntas y su sistema, al completo, seguía recordándola y echándola de menos. Inclinó el cuerpo hacia ella y la mano de su ex se coló bajo la camiseta y ascendió hacia su pecho. Lo apretó con un poco de fuerza y gimió antes de que sus labios conectasen de nuevo. Y esta vez no pudo hacer nada más que seguirle el ritmo, olvidando por completo lo que estaba haciendo y dejándose caer del todo al placer más primitivo.

10

Giró el rostro tras servir un par de cafés, para asegurarse de que todo el mundo estuviera atendido, y su sistema respiratorio se paró unos segundos al encontrarse directamente con los ojos color miel de Lena. Estaba en el mismo sitio de siempre y le sonrió en cuanto se dio cuenta de que estaba mirándola.

No tenía que darle ninguna explicación por su desplante del sábado, pero también sabía que lo mejor era hablarlo cuanto antes y quitárselo de encima. Así que caminó hasta ella con paso firme, fijándose en cómo su sonrisa aumentó un par de grados.

—¿Quieres un café? —le preguntó tomando las riendas de la conversación.

—No. Lo tomaré después con Marina —contestó la morena sin perder la sonrisa.

Asintió con la cabeza y se puso a rellenar las cestitas de azúcar. No sabía cómo sacar el tema sin que sonase a disculpa o algo parecido y decidió esperar a que Lena se animase a hablar de ello.

—¿Estás bien?

Su pregunta la pilló un poco fuera de juego y al alzar la vista la encontró mirándola atentamente.

—Estuve esperando tu llamada —aclaró tras su silencio—. Pensé que te había pasado algo.

—Pues no me pasó nada.

Lo soltó con algo de dureza y el cambio en su rostro, al perder la sonrisa, hizo que se sintiese un poco mal. Pensaba que tenía suficiente en su cabeza con el tema Sonia, pero ahora también tenía que sobrellevar la decepción que parecía haber creado en Lena.

Era consciente de que podría haber hecho las cosas muchísimo mejor. Podría simplemente haberle avisado, ya que incluso fue precavida y le dejó su teléfono escrito en el sobre. Podría no haberle abierto la puerta a Sonia y haber pasado de ella. Y también podría haber sido más fuerte y no haberse dejado llevar. Ahora el resultado era totalmente devastador. Se sentía horrible y miserable por haberse acostado con ella de nuevo, por haberle dado eso que quería. Su ex la había utilizado y ella, a pesar de ser bastante consciente de ello, dejó que pasase. Se autoengañó creyendo que había dejado a su actual pareja para no sentirse tan mal. Pero sabía que era mentira desde el momento en que salió de su boca y lo comprobó en cuanto Sonia, tras acostarse con ella, desapareció tras una llamada.

—Te habría llamado yo —comentó Lena captando de nuevo su atención, rompiendo de golpe con sus pensamientos—. Pero no tengo tu número de teléfono.

—No voy a dártelo —apuntó con rapidez.

—Lo suponía, pero tenía que intentarlo.

Se lo dijo con una nueva sonrisa y se esforzó para no devolvérsela. Sabía que no era justa con ella y que en ocasiones era especialmente dura, pero su vida no estaba pasando por un buen momento y no le apetecía andar con tonterías y crear ilusiones que acabarían destrozando aún más su mundo.

—¿Qué tal si me dejas seguirte en alguna red social? —preguntó Lena—. No es tan directo como el número de teléfono —aclaró.

—No tengo redes sociales.

—¿Qué? No te creo.

Se encogió de hombros no importándole en absoluto su opinión y se movió unos pasos para reponer las servilletas. Lena la siguió desde el exterior de la barra, algo que ya había tomado por costumbre y que hasta le parecía cotidiano.

—¿De verdad que no tienes? —le insistió.

—Ya te he dicho que no.

Decía la verdad, aunque su mirada siguiese cuestionándola.

—¿Cuál es tu apellido?

—¿Vas a buscarme para ver si te estoy mintiendo? —cuestionó apoyando las manos sobre la barra.

—No. Claro que no —le respondió rápidamente—. Pero me ha entrado curiosidad.

—Creo que ya sabes mucho de mí.

Lo dijo en un intento de dejar la conversación ahí y dar por finalizada la escena, pero Lena no parecía pensar igual. Era increíble la capacidad que tenía esa chica para recibir un golpe tras otro y no tirar la toalla.

—Que va. Me gustaría saber mucho más —le aclaró la morena, deteniendo su huida—. Mi lista aún es muy corta.

—¿De qué lista estás hablando? —preguntó muy interesada, provocando que ella volviese a sonreír.

—Solo era una expresión.

Alzó la ceja y examinó su rostro en busca de algo que le aclarara la situación, pero no encontró nada y tuvo que volver a insistir verbalmente.

—¿Me estás mintiendo?

Lena se encogió de hombros y la curiosidad arrasó por completo todo su sistema.

—¿Qué lista es esa? —insistió con la mirada clavada en sus ojos.

—Si me dices el apellido te la digo.

—Y ahora me chantajeas —dijo cruzándose de brazos.

—Para nada —negó la morena—. Es solo un intercambio de información. Creo que es lo justo.

—¿Y cómo sé que no me vas a mentir?

—Tendrás que confiar en mí.

Tomó un poco de aire y lo soltó lentamente sin llegar a desconectar sus miradas. Debía tomar una decisión y, aunque disfrutaba dejándola con la intriga, ahora era su curiosidad la que también estaba en juego.

—Tejada.

—Emily Tejada.

Lena dijo su nombre al completo sin apartarle la mirada y ella alzó una ceja, diciéndole sin palabras que tenían algo pendiente. Lo captó rápidamente e incluso le dedicó una nueva sonrisa.

—Es solo una lista mental de las cosas que sé de ti —acabó confesándole, provocando que todo aquello le interesase aún mucho más.

—¿Qué cosas?

—Pocas. Muy pocas —recalcó Lena sin perder la sonrisa—. Tu nombre, la bicicleta, tu amiga Sara, tu edad y ahora tu apellido.

—Es una mierda de lista —soltó decepcionada.

—Lo sé. Pero no es mi culpa —se defendió la morena—. Es que la fuente de información no ayuda nada de nada.

Se le escapó una sonrisa e inmediatamente se mordió el labio inferior para frenarla. Pensó en cómo esa mujer, muy desconocida para ella, había logrado que su humor cambiase un poco. Durante todo el domingo estuvo pensando en que haberla llamado, para organizar uno de sus planes propuestos, habría sido la mejor opción. Se habría librado de Sonia y de aquella sensación tan desagradable de sentirse tan miserable. Seguramente Lena le habría hecho sonreír y olvidarse durante unas horas de todo lo mal que estaba en su vida. Con ella el sábado habría sido diferente, al igual que las consecuencias posteriores.

Por su mente se cruzó la idea de disculparse e incluso proponerle hacer algo juntas. Con suerte le haría olvidar lo sucedido durante el rato que pasasen juntas y su cabeza podría descansar un poco. Pero frenó sus palabras antes de pronunciar algún sonido.

—¿Qué? —preguntó Lena al leer sus intenciones —. Ibas a decir algo —señaló sonriente.

—No tiene importancia.

Intentó que la conversación quedase ahí, pero de nuevo Lena insistió y la siguió a través de la barra en cuanto se movió un par de pasos.

—Voy a conseguir hacer todos los pasos del día a fuerza de seguirte —bromeó e hizo que se detuviera de nuevo para mirarla—. ¿Me vas a dejar con la duda? —cuestionó—. Te he contado toda mi lista.

—¿Qué tal el jueves? —le preguntó al recordar que Sonia le había dicho que la visitaría de nuevo esa noche en concreto.

—¿Qué tal el jueves? —repitió Lena con el ceño fruncido, bastante confundida con su pregunta.

—Si aún quieres quedar, el jueves me viene bien.

Lo aclaró sin darle mucha importancia, pero a Lena se le iluminó la cara y le dedicó la sonrisa más grande hasta la fecha.

—Es perfecto. El jueves es perfecto.

Se lo aseguró sin perder la sonrisa y ella le dedicó una algo forzada. Sabía que, de nuevo, estaba actuando mal, que la estaba utilizando y que eso le acarrearía posibles dolores de cabeza. Pero decidió aplazar esos pensamientos y dejarlos a un lado porque tenía cosas más importantes en las que pensar. Concretamente en la jornada laboral que le quedaba por delante y en los trabajos de universidad que tenía que revisar.

*****

—Aún no me lo creo —dijo Marina mientras ella se cambiaba de chaqueta—. ¿Cómo lo hiciste?

—¿La verdad? No tengo ni idea —confesó mirándola a través del espejo.

—¿Y de verdad te lo propuso ella?

Su amiga se lo cuestionó de nuevo. Le había preguntado lo mismo más de cuarenta veces, pero a ella le importaba bien poco contestársela otra vez porque la alegría le desbordaba. Se pasó el resto de semana esperando a que llegase el tan ansiado jueves mientras su mente intentaba superar a cada hora su plan. Quería impresionarla y causarle una buena impresión porque su objetivo, más directo, era que volvieran a repetir un encuentro ellas dos a solas.

—De verdad —respondió sonriente—. ¿Qué tal esta? —preguntó tras ponerse otra chaqueta.

—Bien.

—¿Bien? —cuestionó frunciendo el ceño—. ¿Solo bien?

Marina se encogió de hombros y se acomodó mejor en su cama. Le apartó la mirada tras un bufido bastante sonoro, mostrando así su disconformidad ante su actitud, y se centró de nuevo

en buscar la chaqueta perfecta que combinase con el resto de su atuendo.

—¿Te vas a acostar con ella? —preguntó su amiga sin medias tintas—. Esta noche —le aclaró.

—No lo sé —contestó deshaciéndose de la chaqueta para buscar otra que la convenciese del todo.

—¿No quieres hacerlo?

—Sí, claro que quiero —respondió rápidamente, aunque con la mirada centrada en el interior del armario—. Pero no me importa ahora mismo —dijo cogiendo una nueva chaqueta—. No me importa esperar.

Su amiga la miró sorprendida mientras se probaba su nueva elección y le dio el visto bueno con un gesto con la mano.

—¿Todo de negro? —cuestionó echándose un vistazo general.

—El negro te queda muy bien y es muy elegante —señaló Marina.

—Igual debería cambiarme la camisa —susurró.

—Para —le pidió su amiga—. No te va a convencer nada porque estás nerviosa —señaló, provocando que toda su atención se centrara en ella—. Olvídate del conjunto. Va a ir bien.

—¿Tú crees?

Se lo preguntó desconfiada y pareció entender muy bien cómo se sentía. Marina se levantó de la cama y caminó hasta ella sin decir una sola palabra, pero sí con una sonrisa en los labios que le tranquilizó bastante.

—Es la primera vez que veo que te curras algo con una chica —le confesó su amiga colocándole bien el cuello de la cazadora—. Eso ya es un paso increíble.

—Tiene que ser perfecto —señaló con los ojos clavados en los suyos—. Quiero que sea perfecto.

—Esa tal Emily Tejada te gusta de verdad, ¿eh? —bromeó su amiga sonriente y ella hizo una mueca para quitarle importancia—. Venga ya, Lena. No hace falta que lo ocultes. Conmigo no.

Se apartó de ella y caminó hasta el baño para echarse perfume e inmediatamente el rostro de Marina apareció a través del espejo. Se apoyó contra el marco de la puerta y su mirada parecía seguir todos y cada uno de sus movimientos.

—¿No me lo vas a confirmar? —cuestionó sonriente.

—¿Para qué? ¿Acaso te importa?

Lo soltó devolviéndole la mirada a través del espejo justo antes de acomodarse el pelo hacia un lado y su amiga decidió abandonar su posición para caminar hacia ella y recortar la distancia.

—Por supuesto que me importa —aseguró Marina observando directamente su rostro, sin espejo de por medio—. ¿Cómo no me va a importar?

—Pues quién lo diría. No te ha importado todo este tiempo —le respondió devolviéndole la mirada.

—No es eso.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es?

—Tú no estás acostumbrada a cosas así —comentó su amiga con suma tranquilidad—. Y Emily no parecía estar interesada en ti lo más mínimo —le recordó—. No quería que te hiciesen daño. Era solo eso.

Su confesión hizo que algo dentro de ella se aflojase. No había llevado del todo bien que su mejor amiga fuese tan negativa en algo en lo que ella estaba dedicando tanto esfuerzo.

—¿Ahora es cuando me confiesas tu amor y me besas?

Bromeó y Marina sonrió antes de darle un ligero empujón.

—Eso es típico en tus películas azucaradas, ¿verdad?

—Es posible.

Le dio la razón y ambas sonrieron de nuevo.

—Si hubieses despertado algún interés en mí ya te tendría loquita por mis huesos —alardeó su amiga.

—Menos mal que no ha sido así —volvió a bromear y recibió otro empujón de Marina.

Observó el reloj y se dio cuenta de que el tiempo había volado con su amiga en casa y que debía salir ya para llegar a tiempo. No quería empezar aquella primera cita con Emily enfadada por llegar tarde. No era el momento para meter la pata. Primera cita. Sonrió al repetirlo mentalmente y comprobó su teléfono móvil mientras su amiga seguía comentando algo de fondo. No había ningún mensaje ni llamada, pero tenía fe ciega en que esta vez no se quedaría tirada esperándola.

*****

El lunes le sugirió a Lena la idea de salir y aceptó rápidamente con una gran sonrisa. El martes pensó que igual no era la mejor de las ideas. Estaba aún en medio de algo extraño con Sonia. Un tira y afloja que no llevaba a ningún lado, aunque ella pensase que todo estaba más que finalizado. Pero seguía sintiendo algo cada vez que su ex le mandaba un mensaje. Podía poner fin a eso bloqueándola, pero siempre se arrepentía en el último segundo. El miércoles, tras demasiadas vueltas en su cabeza sobre el mismo tema, creyó tener las palabras adecuadas para cancelar el plan del jueves. Y sí, lo creyó, pero solo hasta que Lena apareció en la cafetería muy ilusionada diciéndole que lo que estaba organizando le iba a encantar. Ahí fue cuando su idea de echarse atrás desapareció. No se sentía con el valor suficiente como para destrozarlo todo. Aún tenía la posibilidad de cancelar, solo tenía que mandarle un mensaje al móvil, no tenía ni que escuchar su voz directamente. Pero le pareció aún peor. Pensó en cómo podría sentirse Lena después de días organizando el plan y algo en su interior le dio el impulso necesario para cruzar el portal de una vez por todas.

Caminó mucho más convencida hasta la calle en la que habían quedado porque aún no le había dicho su dirección. Era un poco absurdo, pero le gustaba reservarse cierta información y ver cómo Lena intentaba sonsacársela. ¿Estaba bien pensar así? ¿Y estaba bien sonreír pensándolo? Suspiró para dejar esas cuestiones a un lado, dio unos toquecitos en el cristal de la puerta del copiloto y Lena le abrió inmediatamente. Observó su sonrisa y sintió su mirada clavada en ella mientras entraba y se colocaba el cinturón de seguridad.

—Bueno, al menos veo que no vamos desentonadas en cuanto al atuendo —dijo fijándose de forma más detallada en su ropa.

Durante los días anteriores la morena se negó a darle un solo dato de información, incluido el tema de la ropa. Tuvo dudas hasta el último momento y cambió de vestuario más veces de lo que le hubiese gustado. Pero finalmente se decidió por un vaquero, camiseta y cazadora.

—Nuestras mentes conectan bien —señaló Lena.

Le apartó la mirada tras unos segundos y la centró en la luna del coche, señal más que suficiente para que la morena arrancase y se pusiera en marcha. Intentó sonsacarle alguna pista, porque tanto misterio estaba consiguiendo que su curiosidad saliese a la palestra con demasiada fuerza, pero volvió a conseguir lo mismo que durante los días anteriores. Nada. Absolutamente nada.

Las opciones recreadas en su mente se fueron descartando a medida que se alejaban del centro de la ciudad y su ceño se frunció cuando Lena detuvo el coche cerca de la playa.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó confusa e intentando que su sentido de la vista le diese alguna pista.

—Lo verás ahora mismo, no seas ansiosa —contestó la morena mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad—. Pero tienes que darme unos minutos.

—¿Dónde vas? —preguntó inmediatamente al ver sus intenciones de salir del coche—. ¿Me vas a dejar aquí sola?

—Solo serán unos minutos —le repitió sonriente—. Te prometo que valdrá la pena.

Se lo dijo muy segura y ella soltó un poco de aire para mostrarle así el hecho de que no estaba para nada de acuerdo con su jugada. Lena volvió a repetirle que solo serían unos minutos y no supo realmente si fue cuestión de perspectiva, o que su mente decidió creerla, pero se sintió mucho más relajada.

La escuchó coger algo del maletero y, antes de desaparecer, le indicó que podía echar el cierre automático para sentirse tranquila. Lo hizo de forma inmediata y aquel simple gesto le proporcionó mucha más seguridad.

Sacó el móvil para entretenerse en lo que Lena volvía y lo primero que encontró fue unos cuantos mensajes de Sonia. Le recordaba que iría en un rato a su casa y que esta vez se quedaría toda la noche a su lado. Quiso contestarle, pero decidió salir de su chat de conversación y prefirió leer los mensajes que tenía pendientes en el grupo que compartía con sus amigas. Hablaban de temas variados. Universidad, un nuevo *crush* de Sara surgido esa misma tarde y hasta de una nueva serie. Uno de los últimos mensajes la mencionaba directamente a ella. Carmen le preguntó a qué se debía tal abandono y, durante unos segundos, se pensó la respuesta. No es que quisiera mentirles, es que no quería que se pusieran pesadas y la bombardearan a mensajes durante toda la noche. Así que prefirió soltar una mentira piadosa diciéndoles que había estado bastante ocupada terminando una práctica de la universidad, dejándola tan agotada que se iba a dar una ducha para irse pronto a la cama.

Tras enviar aquellas palabras volvió al chat de Sonia, pero no le dio tiempo a pensar una buena contestación, ya que Lena apareció dando unos ligeros toques en el cristal de su puerta. La animó a salir moviendo la mano y guardó el móvil antes de cumplir con su petición. Había dado pie a todo aquello para desconectar, y eso era lo que iba a hacer.

—Siento la espera —le dijo la morena antes de nada—. Espero que te guste la naturaleza.

—¿Este es el plan? —preguntó siguiendo sus pasos.

—Es solo una parte —respondió Lena muy sonriente—. ¿Ves eso de allí? —preguntó señalando una pequeña estructura a unos cuantos metros de distancia—. Ahí está nuestro plan —aclaró tras ver que asentía.

Caminaron en silencio mientras su mente intentaba adivinar qué le esperaba en cuanto recortase esa distancia, pero tuvo que volver a esperar a escasos pasos del lugar porque Lena así se lo indicó. Se desesperó un poco ante tanto misterio, aunque eso le dio tiempo suficiente para examinar mejor aquel sitio. Era una estructura de madera con unos cuantos escalones que daban acceso a una superficie techada y el fondo del paisaje era la playa.

—Ya está —anunció Lena bajando los escalones—. Todo listo. Cuando quieras.

Le indicó con la mano que podía subir y, antes de hacerlo, examinó su rostro bastante curiosa, aunque lo único que consiguió fue una nueva sonrisa.

Comenzó a subir los escalones y giró el rostro hacia atrás para comprobar que seguía sus pasos. Volvió la vista al frente y subió con algo más de prisa para acabar cuanto antes con

aquella curiosidad que llevaba días conviviendo con ella. Se paró de golpe bastante sorprendida e intentando que sus ojos captasen rápidamente el trabajo de Lena. Había un par de alfombras finas en el suelo, cubriendo gran parte de la superficie, una pequeña nevera portátil y la iluminación suficiente conseguida con un par de candiles y unas cuantas velas repartidas por el lugar.

—¿Te gusta? —preguntó Lena captando toda su atención—. En mi mente parecía mucho mejor —aseguró con una pequeña sonrisa forzada.

—Me gusta.

Respondió con sinceridad, pero rebajando un poco el entusiasmo. Porque no solo le gustaba, le encantaba. Nunca nadie había hecho algo así para ella. Pensaba que esas cosas solamente pasaban en las películas y no en la vida real.

—Siéntate —la animó Lena sonriente.

Obedeció su orden y, desde su nueva posición, la observó dirigirse hacia una mochila para sacar un pequeño reproductor de música y un altavoz. Sonrió ante el detalle, pero lo hizo aún más al ver sus intentos de poner música totalmente fracasados.

—Ha decidido quedarse sin batería —le informó la morena tras largos minutos de intentos—. Te prometo que lo he comprobado en casa.

—No pasa nada —dijo para quitarle importancia y porque era verdad. No le importaba tener o no tener música.

Lena suspiró algo frustrada, pero decidió dejar la tecnología que había preparado, puso una lista de música en el móvil y se sentó a su lado. Justo a continuación, y en silencio, la observó abrir la nevera y sacar dos recipientes que dispuso frente a ellas.

—¿Vino? —le preguntó sacando dos pequeños botellines.

Lo aceptó y miró curiosa el envasado.

—Se que debería haber traído una botella de las grandes, pero no me cogía en la nevera —le confesó Lena—. Aunque puedes beberte también la mía si quieres.

—No soy muy fan del vino.

—Mierda —susurró la morena haciéndole sonreír—. Debería haberte preguntado.

—No soy muy fan, pero no quiere decir que no me guste, así que tranquila —aclaró—. ¿Me pasas el abridor?

—Mierda otra vez.

La miró con el ceño fruncido y Lena volvió a bufar antes de echarse el pelo hacia atrás.

—No he pensado en eso —le confesó tras unos segundos.

—Vale. No pasa nada, ¿por casualidad tienes un cuchillo? —le preguntó—. Puedo abrir el botellín con uno.

La observó sonreír y moverse de nuevo hacia la mochila. Sacó una mantita, unas cuantas velas más y un paquete de servilletas. Las separó y se fijó en que había guardado ahí los cubiertos.

—Solo tenedores —confesó Lena conectando la mirada con la suya.

—No tiene importancia. Ya te he dicho que no soy muy fan del vino —le recordó para que no se sintiese mal.

Lena volvió a su posición y se tomó unos segundos. Aquel silencio, por muy extraño que pudiera parecerle, no le estaba gustando. Por una vez, desde que la conoció, quería que hablase y que la bombardease con preguntas y demás. Así que se movió y le dio un ligero empujón, atrayéndola de nuevo a la realidad.

—Tampoco he traído platos —le confesó la morena con la mirada clavada al frente, sin atreverse a conectar sus ojos con los suyos—. Acabo de recordar que me he dejado una bolsa en

la cocina.

—¿Y qué más da? —soltó logrando que volviera a conectar con su mirada—. Podemos comer igual.

Cogió uno de los recipientes y lo abrió. El olor rápidamente llegó a su nariz y por arte de magia el estómago le rugió. Aquella pasta tenía una pinta increíble y se sorprendió aún más al descubrir su sabor en cuanto se llevó un poco a la boca.

—Dios mío. Está increíble —confesó tras tragar—. ¿La has hecho tú?

—No —confesó Lena tras unos segundos—. Encargué ambas cosas a un restaurante. Quería que todo fuese perfecto, pero...

Le dio pena que se sintiese así cuando en realidad no estaba yendo tan mal. Había tenido un par de despistes, pero el plan aún le parecía genial.

—Pruébala y verás que perfecto es —le pidió entregándole el otro tenedor.

Lena le hizo caso y no quiso perder detalle de su rostro. Le dio la razón al escuchar un ruidito de placer en cuanto sus papilas gustativas rozaron el cielo ante aquel sabor. Decidió abrir el otro recipiente y, al hacerlo, descubrió una carne en salsa aún más espectacular que la pasta. Aquel «no estaba yendo tan mal» pasó a un «está yendo muy bien» hasta convertirse en un «está yendo jodidamente genial» ante la llegada del postre con una increíble tarta de chocolate.

—¿Es así cómo conquistas a las chicas? —preguntó curiosa tras acabar de cenar.

Lena parecía estar pensándose la respuesta, así que ella aprovechó para coger la mantita, que sobresalía de la mochila, y enrollársela el cuerpo.

—No quieres desvelarme tu secreto, ¿eh? —bromeó clavándole la mirada.

Observó una pequeña sonrisa en sus labios justo antes de ver cómo se subía la cremallera de la cazadora.

—¿Tienes frío?

—Estoy bien —le aseguró la morena.

—Puedes unirte si quieres.

Se lo propuso abriendo un brazo, extendiendo así un trozo de la manta, y la mirada de Lena se clavó en ese gesto. La miró a los ojos, como si quisiera de verdad asegurarse, y ella le indicó con un gesto con la cabeza que se pegase a su cuerpo. No tenía ningún tipo de problema en eso. No iba a dejar que se congelase. Pero antes de unirse a ella, la observó levantarse y buscar algo en la mochila. No pudo descubrir qué era, porque la morena lo cubrió con su propio cuerpo y se sentó pegada a ella, tanto que sus cuerpos se rozaban y su perfume chocaba de forma directa contra sus sentidos.

—Tengo algo para ti —confesó Lena sonriente.

—¿Y a qué esperas? —preguntó curiosa, provocando que su sonrisa aumentase.

Le entregó un sobre y ya se imaginó el contenido. Nuevos eventos que se organizaban ese fin de semana en la ciudad. Una nueva propuesta de pasar tiempo juntas.

—¿No lo abres?

No le respondió verbalmente, simplemente despegó la solapa y sacó el contenido. Había una foto, un par de documentos y ni rastro de entradas.

—Es una estrella —aclaró Lena adelantándose—. Ahora hay una estrella que se llama Emily Tejada.

Apartó la mirada del contenido del sobre y la clavó en sus ojos.

—¿Me has comprado una estrella? —preguntó bastante sorprendida—. ¿Por qué? —quiso saber en cuanto asintió.

—Pensé que te gustaría —le respondió confusa—. Es algo bonito, ¿no? —preguntó con

una sonrisa nerviosa.

—Me has comprado una estrella —repitió volviendo la vista al contenido del sobre.

—Lleva el certificado, el mapa para saber dónde está y toda la documentación —le informó mientras ella examinaba todo—. Y en esa pequeña tarjeta te indica que tienen una aplicación en la que te puedes meter para verla cuando quieras.

Volvió la vista de nuevo a sus ojos sin saber qué decir. Aquello sin duda era una locura, pero era bonito. Muy bonito. Era el regalo más original que le habían hecho jamás.

—Gracias.

Resumió todos sus pensamientos y sentimientos en esa simple palabra porque realmente no sabía qué decirle. ¿Qué se dice cuando te regalan una estrella?

—Tengo algo más —dijo Lena sonriente.

—¿Tengo un planeta? —bromeó.

—Sería el regalo perfecto para la siguiente cita.

—Estás dando por hecho que vamos a tener otra cita y que esta es una.

—Te he regalado una estrella —señaló Lena—. ¿No es suficiente?

Fue el turno de la morena de bromear y el suyo de sonreír.

—Me lo pensaré —dijo sin ceder—. Ahora dame ese algo más.

La observó desabrocharse la cazadora y sacar un papel del bolsillo interno. Esta vez no había sobres, el mensaje iba directo. Al recibirlo se dio cuenta que en realidad era un pequeño trozo de cartulina con algo escrito que le hizo sonreír al leerlo.

—¿En serio? —cuestionó sin llegar a perder la sonrisa—. ¿Vale por un beso?

—Puedes usarlo cuando quieras y sin dar explicaciones —le aclaró Lena sonriente.

—¿Sin dar explicaciones? —preguntó sonriente—. Pues hay una chica pelirroja que va todas las mañanas a la cafetería a la que igual debería...

—Es mío —le dijo, cortando su explicación—. Así que debes usarlo conmigo.

—¿Y eso quién lo dice? —cuestionó con el ceño fruncido.

—Yo —le respondió inmediatamente—. Es mi creación, así que yo pongo las normas.

Volvió a sonreír y Lena le clavó la mirada como si no entendiese bien aquella sonrisa. Pensó en la idea de romper aquel trozo de cartulina y hacerle así un poco la puñeta, pero cayó en la cuenta de todo el esfuerzo que había puesto en la totalidad del plan y decidió guardárselo ante su atenta mirada. No sabía si algún día le daría uso, pero no estaba dispuesta a estropear el resto del tiempo que aún les quedaba esa noche.

11

Suspiró al soltar uno de los manuales sobre la mesa y se fijó en la hora marcada en el portátil. Eran pasadas las ocho y media de la tarde, llevaba todo el día cubierta de papeles, apuntes y archivos variados y su viernes noche no tenía pinta de ser diferente. Sus planes se resumían en pasar el fin de semana allí encerrada adelantando todo el trabajo posible de la universidad. Sus amigas habían intentando, por todos los medios posibles, sacarla de casa pero tenía la excusa perfecta y además era verdad. Esa misma mañana se había caído de camino al trabajo. La cadena de la bicicleta decidió salirse en un momento complicado del recorrido y, como consecuencia directa, ella acabó tirada en pleno carril bici. No se hizo nada grave, solo algún rasguño y el hombro dolorido, pero cuando llamó al trabajo, para informales que llegaría un poco tarde, su jefe le dijo que volviese a casa y que descansase. Y eso había hecho. Descansar y estudiar.

Pero ahí sí que mentía. Porque no solo se había dedicado a descansar y estudiar. Su mente a veces iba por libre y le encantaba revivir momentos. No recordaba ideas y comentarios de profesores o materiales de ayuda que algún compañero de clase le pudiese haber dicho. No. Su cabeza recreaba escenas compartidas con Lena durante la noche anterior.

Sonrió al recordar de nuevo su cara cuando pensó que todo estaba yendo fatal, pero su sonrisa creció aún más al pensar, otra vez, el regalo que le había hecho. Alzó la vista y la visualizó desde su posición. Colocó el obsequio junto a la televisión y, aunque era un sitio altamente visual, y eso implicaría que sus amigas le preguntarían nada más entrar en su casa, le importó poco. Muy poco. Le habían regalado una estrella con su nombre y debía estar en un sitio que se viese sin problema alguno. Lo que no dejó a la vista fue el ticket de vale por un beso. Sabía que ese trozo de cartulina daría más de que hablar y prefirió dejarlo a buen recaudo guardado en la funda del móvil.

Se echó hacia atrás en el sofá y decidió darle unos minutos extra a su mente para que siguiera pensando en todo el plan que Lena organizó. Volvió a sonreír porque nunca nadie había hecho algo así por ella y, aunque no eran nada, solo un par de desconocidas, se sintió bien. Muy bien. Tanto que, cuando la noche acabó, le dejó llevarla directamente a su casa, no mareándola dejándola en alguna calle de antes o de después. Recordó su sonrisa y el brillo en su mirada, pero aquel nuevo pensamiento se vio interrumpido ante unos golpes en su puerta. Bufó cansada porque estaba segura de que sería alguna de sus amigas o las tres a la vez. Había intentando ser bastante clara vía mensaje de texto, pero ellas no parecían entender muy bien lo que les decía.

Se levantó con mucha prisa y abrió la puerta con cierta brusquedad. Pero todo se detuvo de golpe en cuanto su vista focalizó a Lena.

La observó durante unos segundos sin saber qué decir, pero la morena tomó las riendas de la escena al inclinarse hacia la derecha y aparecer de nuevo en su campo de visión con unas cuantas cartulinas blancas. La miró extrañada y Lena sonrió antes de darles la vuelta y empezar a pasarlas.

—No me cierres la puerta en las narices —leyó la frase en voz alta cuando terminó de pasar las cartulinas y volvió a sonreír—. No te voy a cerrar la puerta en las narices —aseguró.

—Menos mal —soltó la morena aliviada.

—Esto lo he visto en una película —dijo y la miró para ver si le recordaba el título—. Pero creo que el mensaje era diferente.

Lena se encogió de hombros y ella se apuntó mentalmente intentar recordar el nombre.

—¿Cómo has descubierto dónde vivo? —preguntó curiosa.

—Anoche me dejaste traerte a casa —le recordó.

—Sí. Pero al edificio, no a mi puerta —señaló cruzándose de brazos.

—Le he preguntado al señor del bajo —confesó la morena sin andarse con rodeos—. Le he dicho que era una amiga tuya, que llevábamos mucho tiempo sin vernos y que quería darte una sorpresa.

—Tendré que decirle al señor del bajo que no vaya desvelando mi piso a cualquiera.

—No le culpes —le pidió Lena—. Tengo cara de buena gente.

Negó con el rostro y provocó una nueva sonrisa en ella.

—¿Estás bien? —le preguntó la morena tomando las riendas de la conversación—. Esta mañana no has ido a trabajar y me he preocupado un poco. No tengo tu número de teléfono, así que le he preguntado a tu jefe y me ha dicho que has tenido un accidente con la bicicleta.

—¿Por qué todo el mundo te dice información sobre mí?

—Ya sabes, es por mi cara de buena gente —le respondió con tranquilidad.

—Estoy bien —le aclaró tras unos segundos—. Solo ha sido una caída ridícula —añadió.

—Una pena —dijo Lena, provocando que ella frunciera el ceño—. Te había traído algo para hacerte sentir mejor. Pero bueno...

—¿Qué algo? —preguntó bastante interesada.

—¿Lo quieres?

—Claro que lo quiero.

Lena sonrió y volvió a inclinarse hacia un lado para coger algo más. Apareció en su campo de visión con un gran ramo de flores y una caja de bombones.

—¿Eso es para mí? —preguntó aguantándose una sonrisa.

—Todo para ti —le respondió entregándoselo.

Cogió ambas cosas y la morena la miró sonriente. No sabía si tenía algo más guardado bajo la manga, pero sí sabía que era su turno de dar un paso.

—¿Quieres pasar?

Lena asintió sin perder la sonrisa y ella se hizo a un lado para dejarle entrar. Cerró la puerta cuando estuvo ya dentro y caminó directa hacia la cocina para poner el ramo en agua.

—¿Por qué me has traído todo esto? —preguntó curiosa, captando su atención de golpe.

—Es lo que se regala para las recuperaciones, ¿no?

—Igual para las recuperaciones de verdad, no para golpes tontos.

—No deja de ser una recuperación.

Tras aquellas palabras se centró en las flores y en buscarles el sitio adecuado sobre aquella barra que dividía el espacio del salón con la cocina. Se apoyó con ambas manos sobre la superficie y examinó los movimientos de Lena. Miraba curiosa todo lo que había a su alrededor y vio una ligera sonrisa al descubrir su regalo junto a la televisión. Quiso interrumpirla, pero quiso darle unos segundos extra para que siguiera analizando su pequeña estantería dividida en dos entre libros y películas.

—¿Estudias? —le preguntó Lena señalando todo lo que tenía sobre la mesa baja del salón.

—Eso parece —contestó moviéndose para despejar aquel desastre.

—¿Qué estudias?

La morena se lo preguntó mientras cogía una de sus libretas de apuntes y ella se dio prisa para apagar el portátil.

—Tienes una letra muy bonita.

—Gracias —dijo antes de arrebatarle la libreta que estaba mirando con algo de brusquedad.

—Aún no me has contestado —señaló Lena.

—Deberías haberlo adivinado —apuntó mientras cogía todo en brazos para llevarlo a su habitación.

—¿Por qué?

La pregunta se quedó en el aire porque ella desapareció por el corto pasillo hacia su habitación y Lena se quedó en el salón. Pero cuando volvió la encontró de pie, esperando esa respuesta.

—¿No reconoces tus propias asignaturas? —cuestionó.

—¿Estudias periodismo? —le preguntó sonriente.

—Eso parece.

Respondió con esas dos simples palabras porque no era un tema del que le entusiasmase hablar con ella. Se llevaban únicamente dos años de diferencia, pero sus vidas no estaban a la misma altura.

—¿En qué año estás?

—No me apetece hablar del tema —soltó con algo de dureza.

—¿Por qué?

Le clavó la mirada con intensidad y Lena le pidió perdón justo antes de que su móvil vibrase sobre la mesa. Se agachó y, cuando comprobó que era un mensaje de texto de Sonia, una oleada de rabia creció en su interior. Soltó el teléfono sobre el sofá y se quedó unos segundos pensando en lo curioso de toda esa situación. Lena, una mujer a la que apenas conocía, había llegado a su piso con flores y bombones, y Sonia, la mujer que creía haber conocido, le escribía para que volviesen a verse y repetir lo ocurrido días atrás.

—¿No tienes planes? Es viernes —soltó para que el silencio desapareciera y su mente dejase de pensar.

—No. No tengo.

—Seguro que encuentras algo para hacer —sugirió caminando hacia la puerta.

—Había pensando en hacer algo juntas.

Las palabras de Lena le hicieron detener sus pasos y se giró para poder mantener de nuevo contacto visual.

—¿Te apetece ir a cenar?

—No tengo ganas de salir de casa.

—Podemos pedir algo y cenar aquí —le propuso la morena con rapidez—. A mí tampoco me apetece salir.

—¿Vas a desperdiciar tu noche de viernes pasándolo aquí encerrada? —preguntó para hacerle cambiar de opinión.

—¿Desperdiciar? —cuestionó Lena rápidamente—. No lo creo. Además, conozco la mejor pizzería de la ciudad —le informó mientras sacaba el móvil del bolsillo—. Me vas a dar las gracias cuando pruebes esa masa.

Frunció el ceño tras aquella libertad que se tomó al llamar sin consultárselo, pero acabó relajándose en cuanto le preguntó si quería algo en especial mientras al otro lado de la línea le preguntaban el pedido. Su viernes noche no iba a ser tan simple como había previsto minutos atrás.

*****

Sentada en el sofá del salón de Emily pensaba en cómo habían sucedido los últimos

acontecimientos. Bajo su punto de vista la cena de la noche anterior fue un auténtico desastre, debía pulir bastantes aspectos si quería que la próxima vez fuese perfecta. Eso contando con que la camarera quisiera darle otra oportunidad para sorprenderla. Necesitaba que se la diese y necesitaba saberlo. Fue por eso por lo que esa misma mañana, antes de subir a la oficina, paró en la cafetería. Quiso buscar la forma de sacarle algo de información, pero se llevó la sorpresa de que no había ido a trabajar porque había tenido un accidente. Ese fue el desencadenante que le hizo volver a actuar, sin importarle en absoluto el hecho de que pudiese o no hacer el ridículo. Para ella ir a su casa, ahora que conocía su dirección, con un ramo de flores y una caja de bombones era un buen plan. Un muy buen plan. Además, contaba con el factor de los carteles. Se lo había visto hacer a Andrew Lincoln en *Love Actually* y pensó que encajaría muy bien para romper el hielo de los primeros segundos.

—Estás sentadita como una niña buena —dijo Emily en cuanto apareció de nuevo por el salón—. Creía que te iba a encontrar examinando cajones y demás —bromeó.

—Soy una mujer de fiar.

—¿En todos los sentidos?

—¿De qué sentidos estamos hablando concretamente? —preguntó algo confundida, pero la castaña le hizo un gesto con la mano para que olvidase el tema.

—¿Quieres tomar una cerveza mientras esperamos esa pizza tan maravillosamente increíble?

Sonrió y asintió con la cabeza. No pensó en ningún momento que Emily aceptaría cenar con ella de nuevo. Y mucho menos en su propia casa. Estaba segura de que la chica que conoció semanas atrás la hubiese echado a la calle sin importarle lo más mínimo.

—¿Tú no vas a tomar una? —preguntó al ver que solo sacaba un botellín.

—Prefiero ser precavida por si luego me duele algo por el accidente y tengo que tomarme alguna pastilla —le confesó—. Beberé un poco de agua para acompañarte.

—Entonces yo tampoco quiero. Tomaré también agua.

—¿Te solidarizas conmigo?

—Así es.

Emily examinó su rostro unos segundos, pero finalmente guardó la cerveza de nuevo en el frigorífico y sacó una botella de agua y dos vasos. Caminó hasta ella y lo dejó todo sobre la mesita baja antes de sentarse justo a su lado.

—¿Eres de aquí?

Se lo preguntó para romper un poco con el silencio, pero también porque creía estar en la situación perfecta para sacarle algo de información y descubrir más cosas de ella.

—De la ciudad —aclaró su anterior pregunta ante su azul.

—¿Vas a entrevistarme? —cuestionó Emily alzando una ceja.

—Solo es para hablar un poco.

Mintió y una ligera sonrisa apareció en sus labios. Ambas sabían que no era solo para hablar un poco. Estaba segura de que recordaba perfectamente aquella lista mental que llevaba y que pretendía seguir actualizando.

—Está bien. Te dejaré que me preguntes cosas, pero debes contestarlas tú también —señaló la castaña y ella asintió con una pequeña sonrisa—. No soy de la ciudad. Me crié en un pueblo de la costa, pero me mudé hace unos años porque me venía mucho mejor por el tema universidad.

—Yo tampoco soy de la ciudad —dijo tras unos segundos, asegurándose de que Emily no iba a decir nada más—. Pero también me mudé hace años por los estudios y después me quedé

por el trabajo.

—¿No tienes ganas de volver?

Sonrió ante su iniciativa de tomar las riendas en aquella ronda de preguntas y se sintió mucho más relajada.

—No me lo he planteado —respondió mientras la observaba servir el agua en los vasos —. Mi vida aquí es muy diferente a la que dejé. Creo que no encajaría.

—¿Cuántos años llevas aquí en la ciudad? —preguntó Emily curiosa, no dándole tiempo a preguntarle nada.

—Unos diez.

—Diez años son muchos años.

Se encogió de hombros y se inclinó un poco para coger el vaso de agua y dar un sorbo.

—A mí sí me apetece volver.

Emily respondió a su propia pregunta sin que ella se lo recordase e hizo que su mirada se centrase de nuevo en ella para prestarle toda la atención posible.

—La vida en la ciudad me agobia un poco y siempre aprovecho las vacaciones para volver y desconectar —resumió la castaña, dándole más información—. Solo llevo aquí tres años —confesó.

Activó su mente al cien por cien para pensar en su siguiente pregunta, pero unos golpes en la puerta detuvieron el proceso. Se fijó en que Emily se paralizó durante unos segundos, pero volvió a activarse en cuanto la voz de un chico les informó de que era el pedido de pizza que habían encargado. Fue más rápida que ella y se levantó para abrir y pagar. Era su invitación, así que no iba a dejar que pagase nada.

—¿Qué te debo? —le preguntó la castaña en cuanto dejó la caja de pizza sobre la mesa.

—Me debes un «joder, Lena, tenías toda la razón del mundo. Esta pizza está increíble».

—Hablo en serio.

—Y yo también —afirmó inmediatamente—. ¿Puedo ir al baño a lavarme las manos?

—Claro. Es la puerta que hay a la derecha —le aclaró.

Cuando volvió la encontró lavándose también las manos, pero en la cocina. Quiso haber bromeado diciéndole que cabían perfectamente ambas en el baño, pero esa noche estaba teniendo demasiada suerte y no quería que cualquier cosa absurda pudiese estropearlo todo.

—¿Te apetece ver algo? —le preguntó Emily tomando la iniciativa.

—Me parece un buen plan.

Se sentó de nuevo en el sofá y decidió observarla desde su posición. Emily cogió el portátil, lo conectó a la televisión y se agachó para dejarlo en el suelo y teclear.

—¿Algo en especial?

La castaña giró el rostro para preguntárselo, pillándola totalmente de lleno mientras sus ojos la examinaban. Negó y se movió inquieta en el sofá mientras se maldecía por no haber sido disimulada.

—¿Qué sueles ver?

Le insistió y ella se sintió arrinconada. ¿Qué solía ver? Historias románticas altamente azucaradas. Al parecer había personas que las veían y que encima disfrutaban de ello, no era su caso. ¿Sería el caso de Emily?

—Soy más de series —respondió con la verdad, la cual le sirvió además para evitar el tema películas.

—Perfecto. Yo me adapto a todo.

—Lo que decidas poner estará bien.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo que conozca tus gustos? —cuestionó Emily sonriente.

—No es eso —negó rápidamente—. Es que tengo gustos muy variados y de verdad que me da igual ver una cosa u otra.

—Ha empezado la nueva temporada de *American Horror Story.*

—¿Ya?

—Hace unas semanas —le aclaró la castaña—. Entiendo con esa pregunta que la sigues.

—Sí, claro. Desde el principio.

—Yo me pegué un maratón de todas las temporadas el año pasado después de acabar los exámenes —le informó Emily antes de volver a agacharse y teclear en el portátil—. ¿La pongo?

Asintió con la cabeza y sonrió mientras en su interior se celebraba una fiesta. La noche no podía ir mejor. Estaba con Emily, descubriendo más cosas sobre ella y llevándose de regalo la alegría de descubrir que tenían algo en común. Era una serie, pero no estaba nada mal para empezar.

*****

—Hola, desaparecida.

Fue el saludo de Sara en cuanto abrió la puerta. Sonrió y su amiga le dedicó una sonrisa forzada antes de colarse en su casa.

—¿Qué pasa? —preguntó un tanto confusa y preocupada justo antes de cerrar la puerta.

—¿Qué pasa? —repitió su amiga—. ¿No puedo venir a ver a mi amiga? —cuestionó.

—¿No tienes otra cosa que hacer un domingo por la tarde?

—La verdad es que no.

La observó caminar hasta el sofá justo tras soltar esas palabras y ella imitó su acción.

—Si esa es tu forma de decir que me echas de menos... Déjame decirte que necesitas mejorar —apuntó.

—Y tú necesitas mejorar en hablar con tus amigas —debatió Sara clavándole la mirada.

—He estado muy liada. Lo sabes.

—Al menos podrías contestar algún que otro mensaje —señaló su amiga con mal gesto —. ¿Qué tal tu hombro tras el accidente?

—Mucho mejor —respondió con total sinceridad—. Hoy no he necesitado tomar nada para el dolor.

—¿Mañana volverás al trabajo?

—Claro.

—Así que volverás a ver a ese bombón.

Sara lo dijo muy sonriente y ella se sintió un poco mal porque, debido a todo lo sucedido, sus amigas se habían quedado desactualizadas por completo del tema Lena.

—Nos hemos visto fuera del trabajo.

—¿Nos hemos visto fuera del trabajo? —repitió su pregunta con el ceño fruncido—. ¿Quiénes? ¿Tú y Lena?

Asintió con la cabeza y su amiga abrió los ojos de par en par como si hubiese visto aparecer al mismísimo Spiderman.

—Joder, Emily. Maldita sea. Estas cosas se cuentan.

—No nos hemos visto y bueno...

—Existen los malditos móviles —la cortó—. No me seas antigua.

—Lo siento —susurró apartándole la mirada.

—No. Lo siento, no. Cuenta.

Su amiga le exigió información, incluso le agarró con suavidad el rostro para que sus

miradas volviesen a conectar de nuevo.

—Organizó una cita el jueves.

—Ya sabía que ibas a caer —dijo Sara sonriente—. ¿Qué hizo para que finalmente le hicieras caso?

Sonrió un poco nerviosa ante sus palabras y pensó que igual no estaba preparada para contarle la verdad. ¿Debía contarle lo ocurrido con Sonia? Sabía que si. Sabía que su amiga la apoyaría y que, nuevamente, volverían a insultar juntas a su ex, pero decidió aplazar por el momento aquella información y seguir con el tema Lena.

—Preparó una cena en la playa. En un pequeño mirador —aclaró ignorando por completo su pregunta, agradeciendo que su amiga tuviese bastante interés en saber más detalles—. Y me regaló una estrella.

—¿Una estrella? —le preguntó curiosa.

—Una estrella —repitió señalándola.

Su amiga siguió con la mirada su señal y le sonrió antes de levantarse para poder observar aquel detalle más cerca.

—Dios mío, Emily. Creo que me estoy enamorando de Lena.

—¿No es un poco cutre? —preguntó buscando su sinceridad.

—¿Regalar una estrella? —cuestionó Sara—. Pues no tengo ni idea. Nunca me han regalado una como para poder valorarlo desde esa perspectiva —confesó tras encogerse de hombros.

La observó en silencio volver al sofá y, antes de que pudiera decir una sola palabra más, volvió a demandarle más información.

—¿Os liasteis?

—No.

—¿No? —cuestionó Sara rápidamente—. ¿Por qué?

—Porque no —sentenció sin querer dar más explicaciones y su amiga la miró extrañada.

—Del uno al diez, ¿qué puntuación le das a la cita?

—Un siete.

Dijo ese número para que su amiga no se emocionase demasiado, pero en su mente era un nueve.

—Pues no está mal —aseguró Sara mientras asentía con la cabeza—. ¿Qué crees que hará a continuación?

No tenía ni idea. No supo nada de ella desde el viernes por la noche. Vieron un par de capítulos de la serie mientras cenaban y se marchó poco después diciéndole que debía descansar.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Pero estuvo aquí el viernes por la noche.

Su amiga la miró con cara de estar alucinando, como si junto a Spiderman se hubiese unido el increíble Hulk, y ella sonrió porque no entendía a qué se debía tanto entusiasmo.

—Espera, ¿me estás diciendo que Lena ha estado aquí y me lo has ocultado hasta ahora?

Su sonrisa creció y Sara le propició un leve empujón antes de soltar un gruñido de frustración y decirle que la odiaba.

—Se enteró de mi caída y me trajo ese ramo de flores —dijo señalándolo—. Y una caja de bombones.

—Creo que estoy teniendo una parada cardiaca —soltó su amiga llevándose una mano al pecho—. Esa mujer es perfecta.

—Nadie es perfecto.

—Ella sí —insistió Sara—. Emily, te está conquistando poco a poco. Deberías valorarlo,

no quedan mujeres así —señaló convencida.

—No quiero mujeres así —soltó inmediatamente—. No quiero mujeres de ningún tipo —aclaró.

—Tonterías. Vayamos a lo importante —le pidió dando una palmada—. ¿Ocurrió algo? —preguntó sonriente.

—No ocurrió nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada —aseguró—. Ya te he dicho que no quiero mujeres.

—Madre mía, Emily. ¿A ti qué te pasa? —preguntó su amiga negando con la cabeza—. Yo besaría esos labios siempre que se cruzasen delante de mí.

Le apartó la mirada y se echó el pelo hacia atrás antes de apoyar la cabeza contra el respaldo del sofá. Su amiga seguía hablando de Lena, de lo guapa que era, de sus ojos, de sus labios, recalcó los detalles que había tenido con ella y que debería darle una oportunidad de verdad. Pero ella solo podía pensar en el hecho de que le dio aquella oportunidad para alejarse de su ex.

—Sonia estuvo aquí la semana pasada —soltó, provocando que Sara parase de hablar de golpe—. Nos acostamos —confesó atreviéndose a mirarle directamente a los ojos.

El silencio se adueñó de la escena y ella comenzó a sentir esa rabia interna que siempre le provocaba el tema.

—Me dijo que volvería el jueves. Fui incapaz de negarme y le propuse a Lena salir para que me alejase de ella.

Lo dijo con lágrimas en los ojos y tuvo que apartarle la mirada a Sara porque no se sentía nada orgullosa de lo que había hecho.

—Soy una persona horrible.

—Eres una persona —dijo su amiga, sintiendo que ponía una mano sobre su pierna—. Y como tal cometes errores. Así somos los humanos. Al menos eres consciente de que la has cagado, muchas no podemos decir eso.

—¿Y de qué me sirve?

—Te sirve para rectificar e intentar no cometer los mismos errores.

Volvió a conectar con su mirada y su amiga la miró con cariño antes de abrirle los brazos para que se dejase abrazar. Lo hizo y el calor que le propició hizo que, durante un momento, se sintiera a salvo, dándole además un descanso más que necesario a su cabeza.

12

No debió aceptar la nueva invitación de Lena. No debió hacerlo porque aún se sentía bastante intoxicada con el tema Sonia y porque no estaba siendo sincera con ella. Se estaba dejando llevar hacia algo que no sabía si podía devolverle. Era absurdo seguir pensando en su ex, pero no podía evitarlo. Como tampoco pudo evitar aceptar una nueva cita con aquella morena de ojos color miel que seguía insistiendo en conocerla más. Quiso decirle que no y que no lo intentase más, pero la ilusión que reflejó su rostro, mientras se lo proponía, fue demasiado.

Así que, debido a su falta de negación, se encontró atrapada y arrastrada a aquel nuevo encuentro.

—Ya verás. Te va a encantar —aseguró Lena en cuanto bajaron del coche—. Vengo mucho con Marina —dijo sonriente—. La chica que me acompaña siempre en la cafetería.

Asintió con la cabeza y le dedicó una sonrisa un poco forzada porque no quería estropear el momento y, sobre todo, romper su ilusión. Pero eso de que le iba a encantar ella no lo tenía muy claro. Era un restaurante como otro cualquiera, sin nada nuevo que pudiera ofrecerle. ¿Era un poco estúpida por pensar así? Posiblemente. Pero no tenía culpa de que el plan en la playa, mucho más tranquilo y sencillo, le hubiese encantado por encima del que iban a vivir en breve. Era algo totalmente diferente a lo que había estado viviendo en su última relación, en cambio ahora todo apuntaba a que sería una copia de una noche más compartida con Sonia.

Lena había reservado mesa, así que nada más llegar las acompañaron hasta ella mientras en su cabeza intentaba despejar aquella desagradable sensación que relacionaba todo con el pasado.

—¿Qué te parece?

—Es bonito —respondió ante su sonrisa.

—¿Te ocurre algo?

—Nada. Solo un mal día.

Le dedicó una sonrisa, pero ambas sabían que no era sincera. A pesar de todo Lena decidió no insistir y ella optó por esforzarse un poco más. Cogió la carta y empezó a leerla. Todos y cada uno de los platos le sonaba a caro. Muy caro.

—¿Qué te apetece tomar para beber? —le preguntó la morena, captando su atención.

—Lo que tú elijas estará bien.

—Me dijiste que no eras muy fan del vino —le recordó—. ¿Qué prefieres? ¿Cerveza? ¿Agua? ¿Algún refresco?

—Lo que tú prefieras.

Volvió a rechazar tener que elegir y le apartó la mirada para centrarla de nuevo en la carta. No tenía ni idea de qué pedir, había demasiados platos y nombres raros y, siempre que había ido a restaurantes así, era Sonia la que elegía por ella. Le decía que conocía perfectamente sus gustos y que le encantaba acertar y ver su cara cuando lo hacía. Pero ahora que lo veía con perspectiva le parecía la cosa más estúpida del mundo y hasta un tanto abusivo.

—Creo que me pediré una cerveza, ¿me acompañas?

Lena llamó su atención y ella conectó de nuevo con su mirada.

—¿Una cerveza en un sitio así? —cuestionó.

—¿Qué pasa? ¿Está mal?

—Igual no es muy apropiado.

Le respondió con las mismas palabras que Sonia usó la primera vez que dijo que pediría una cerveza. Un «no es muy apropiado» que le dejó bastante claro que en sitios así esa bebida estaba completamente descartada.

—Iba a hacer un comentario, pero prefiero reservármelo para mí porque quizás eso sí que no es muy apropiado.

Lena le hizo sonreír con esas palabras y se regañó mentalmente por estar pensando en su ex. Debía dejar de hacerlo y debía de hacerlo ya. Tenía una noche por delante de la que disfrutar.

—Te acompaño a esa cerveza.

—Perfecto.

Ambas sonrieron y se apartaron la mirada para seguir mirando aquella carta interminable. Pero fueron interrumpidas unos segundos por un camarero que les preguntó si ya sabían lo que iban a tomar. A Lena no le tembló la voz al pedir dos cervezas y se imaginó el gesto escandalizado de Sonia si le hubiese tocado vivir algo así.

—¿Tienes alguna idea de lo que vas a pedir?

La morena se lo preguntó en cuanto el camarero las dejó de nuevo a solas y ella negó con la cabeza como respuesta.

—¿Ni una pequeña idea? —le insistió—. Es que tengo un problema —le confesó algo seria—. Me gusta saber que va a pedir el resto por si me da un poquito de envidia y cambio de opinión.

—Eres muy rara.

—Quiero creer que no solo me pasa a mi —dijo haciéndole sonreír—. Pero ya lo tengo decidido. Voy a pedir el solomillo al jerez.

El camarero apareció dejando las bebidas. El tiempo se le agotaba y Lena, que leyó perfectamente en su rostro la indecisión, le pidió unos minutos más al trabajador para ordenar la comida.

—Creo que voy a pedir pasta —dijo tras haber descartado la carne y el pescado.

—La preparan muy bien —aseguró Lena.

—¿Alguna recomendación?

—No sé tus gustos —le respondió—. Pero los raviolis con salsa pesto están increíbles.

—Pues raviolis con salsa pesto será.

Fue su turno de cerrar la carta y, de forma inmediata, el camarero se materializó delante de ellas. Hicieron el pedido y, ante el silencio que se instauró de golpe, decidió observar mejor aquel lugar. Estaban rodeadas de personas que vestían de forma mucho más apropiada y que encajaban en aquel espacio de verdad. Pensó que un pantalón y una blusa le harían parecer que también pertenecía a ese mundo, pero no era para nada así. Se notaba demasiado que estaba totalmente fuera de aquel entorno, no como Lena y su increíble y perfecto traje.

—¿Qué tal en la universidad?

—Bien.

Respondió con una sola palabra y dio un trago a su cerveza. Bien no era la palabra adecuada. Le faltaba verdad y sinceridad porque realmente le iba fatal. Estaba un poco estresada con la cantidad de trabajos y prácticas. Además, uno de los profesores decidió no puntuar una de sus entregas, dejándole así sin la posibilidad de medio punto extra en el examen.

—¿Y qué tal le va a tu amiga Sara?

La miró confusa, pero luego entendió que pretendía mantener una conversación y que ella no estaba facilitando la situación.

—Está bien —aseguró—. Llevamos un par de días sin vernos, así que supongo que

aparecerá por sorpresa cualquier día de estos.

—¿La conociste en la universidad?

—No —negó rápidamente—. Estuvimos trabajando juntas en otra cafetería y desde entonces no he podido despegármela de encima. Es como una lapa —resumió muy brevemente —. ¿Dónde conociste a Marina?

—En el trabajo. Ella ya estaba ahí y supongo que yo fui la de pegarme a ella —le contestó haciendo referencia a su propia respuesta.

—Hacéis buena pareja —aseguró, provocando que su ceño se frunciera—. En todos los sentidos, sí.

—¿Marina y yo? Ni en mil años.

—¿Por qué? —preguntó curiosa—. Es muy guapa y dais una imagen increíble cuando aparecéis juntas.

El camarero llegó con los platos que habían pedido y cortó la conversación de golpe. Aunque pudo sentir, durante unos segundos, la mirada de Lena clavada en ella, seguramente tenía algo que preguntarle. Pero ella decidió centrarse en aquella pasta que le pedía a gritos ser probada y, cuando lo hizo, sus papilas gustativas explotaron de placer, eclipsando por completo la incomodidad que pudo haber sentido hasta el momento. Pensó que Lena retomaría el tema anterior de conversación, pero no fue así y decidió seguir preguntándole sobre aspectos más triviales. Fue agradable en todo momento y la animó a no pedir postre porque tenía una opción mucho mejor en otro sitio. Decía que conocía una cafetería que permanecía abierta hasta la madrugada y que hacía los mejores dulces de la ciudad. Cedió al ofrecimiento y a que aquella velada se alargase un poco más porque la ilusión en su mirada acabó convenciéndola una vez más. Pero todo se torció de golpe en cuanto llegó la cuenta. Lena entregó su tarjeta al camarero sin tan siquiera consultarlo, provocándole un déjà vu porque su ex hacía exactamente lo mismo.

Decidió no decir nada porque no tenía muy claro si sería capaz de controlar sus palabras y su creciente molestia. Así que se levantó a la vez que ella y caminó a su lado hasta la salida intentando tranquilizar sus pensamientos.

—La cafetería no está muy lejos. Podemos ir andando —sugirió Lena ya en la calle.

—He cambiado de opinión. Quiero irme a casa.

—¿Por qué? —le preguntó la morena algo confundida—. Te va a encantar, de verdad —le aseguró.

—Disfrútalo por mí.

Soltó esas tres palabras y comenzó a caminar, pero Lena la adelantó y se posicionó delante de ella, deteniendo sus pasos de golpe.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal?

—¿Qué parte de quiero irme a casa no entiendes?

—No entiendo nada, Emily.

La miró durante unos segundos y dudó en si debía decirle la verdad, pero prefirió ocultarlo porque consideraba que no le debía ninguna explicación y rodeó su cuerpo para continuar con su particular huída. Escuchó su voz de nuevo, repitiendo su nombre un par de veces, pero la ignoró y aceleró el paso para alejarse cuanto antes.

*****

No imaginó que Emily aceptase volver a salir con ella, pero tampoco llegó a imaginarse que la noche acabase así. Recreó en su cabeza la velada y, tras demasiados minutos dedicados a intentar entender qué era lo que había sucedido, llegó a la misma conclusión que cuando la castaña desapareció de su campo de visión la noche anterior. Nada. No entendía absolutamente

nada.

Se paró delante de la cafetería e intentó pensar en qué sería lo mejor. ¿No entrar y marcharse a su despacho? ¿Entrar y comprobar cómo estaba y llegar a averiguar qué fue lo que le hizo cambiar de humor? Era complicado y quería tomar la decisión antes de que se le echase el tiempo encima. Pero fue la propia Emily la que le dio el empujón que necesitaba. Apareció en la barra y sus pies se movieron solos para acercarse a ella.

Estaba de buen humor porque observó una sonrisa dedicada a uno de sus compañeros de trabajo, provocando que su ánimo creciese un par de grados de golpe. Se dirigió hacia la barra, directamente hacia su posición, y dejó el maletín en el taburete antes de que sus miradas conectasen.

Le sonrió inmediatamente, pero la camarera le dedicó una dura mirada, recordándole a sus inicios.

—Emily. Habla conmigo —pidió al ver que se giraba para ignorarla—. No entiendo nada —confesó.

Logró con sus palabras que se volviese a girar y decidió guardar silencio y que fuese la castaña la que dijese algo.

—No hay nada que entender —le dijo bastante seria.

—Pues no entiendo qué pasó.

—Mejor —apuntó Emily, dejándola fuera de lugar—. Vamos a hacernos un favor las dos, ¿vale? Olvídate de mí —le pidió.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con sonrisa nerviosa.

—¿Tampoco entiendes eso?

—Emily, si hice algo mal te pido disculpas. Te aseguro que no fue mi intención.

—No debí haber accedido, eso es todo —señaló la castaña—. Ni debí haberte propuesto salir aquel jueves.

—Pero...

—No quiero nada contigo —la cortó rápidamente—. Y tampoco quiero que te acerques más a mí.

—¿Por qué? —preguntó confundida.

—¿Por qué? —cuestionó Emily con el ceño fruncido—. Porque no quiero. No quiero que vengas a hablarme ni que me esperes después del trabajo —le dejó claro—. Y olvídate de hacer cualquier cosa para captar mi atención. Te lo digo para que te ahorres el ridículo.

Intentó pensar rápidamente en algo que la salvase de aquella situación, pero no encontró ni las palabras ni la acción adecuada. La había dejado fuera de juego porque, aunque era muy consciente de su enfado, sin saber el motivo, en todas sus suposiciones nunca llegó a imaginarse una escena así.

Su mirada seguía clavada en ella sin intenciones de huir. Por una vez Emily no desaparecía sin dejarle hablar. Seguía allí, esperando algo que no llegaba o dejando bastante clara su postura. No lo tenía del todo claro. Su cabeza era un caos cada vez más grande y lo único que pudo hacer fue desconectar de su azul, coger el maletín y desaparecer. Tenía mucho que asimilar y estar delante de ella no ayudaba nada de nada.

*****

Había sido muy dura con Lena. Demasiado. Tanto que le fue imposible borrar de su mente el cambio de su expresión a medida que la conversación avanzaba. Fue dura y le hizo daño. Podría haberle llamado y pedirle disculpas o ser un poco cobarde e intentarlo con mensajes de texto. Pero es que, a pesar de la forma tan horrible en la que le habló, sabía que era lo mejor

para las dos. O eso era lo que creyó ese día, porque al siguiente, cuando Lena pasó de ella en la cafetería, sin tan siquiera mirarla, las dudas empezaron a surgir por todo su sistema. Estuvo desconcentrada durante toda la jornada laboral y luego también en la universidad. Era muy consciente de que esa sensación no iba a desaparecer así como si nada, y mucho menos en veinticuatro horas. Iba a pasar por otra noche terrible en la que el remordimiento iba a hacer todo lo posible por no dejarle descansar. ¿Y Lena? ¿Cómo estaría? Pensó en ella y fue entonces cuando decidió hacer algo impensable para ella y que rompía del todo con su decisión.

Soltó aire lentamente y se mentalizó antes de tocar el timbre. Lo pulsó y, durante unos segundos, la palabra huir apareció en su cabeza en un letrero gigante y luminoso. Pero no le dio tiempo a realizar aquella opción porque la puerta se abrió de golpe, dejándola sin opciones.

—¿Emily? ¿Qué haces aquí?

Al parecer para Lena encontrarla en la puerta de su piso también era un hecho algo extraño.

—Lo siento.

Pensó que soltar aquellas dos palabras sería el mejor inicio de conversación.

—No debí haberte hablado así y me arrepiento muchísimo. ¿Podrás perdonarme?

—Claro que sí —le respondió la morena con una sonrisa y respiró completamente aliviada—. No tiene importancia. Todo el mundo tiene un mal día.

Le devolvió la sonrisa porque, a pesar de todo y de cómo la había tratado, Lena decidió dejar atrás lo sucedido y no insistir.

—¿Quieres pasar?

—No quiero molestar.

—No molestas. Mírame —le pidió Lena—. Estoy en chándal e iba a hacerme un sándwich para ponerme algo en la televisión. ¿Cómo ibas a molestar?

Se echó a un lado y ella finalmente accedió. La invitó a que la siguiera hasta la cocina y sus ojos fueron analizando todo lo que aparecía delante de ella. Era un piso muy bonito y moderno.

—Si quieres puedo prepararte otra cosa, pero el sándwich es mi especialidad —dijo Lena en cuanto entraron en la cocina.

—Me quedo con tu especialidad.

—Muy buena decisión.

Se apoyó contra la formica y siguió examinando todo. Aquella cocina era increíble y el doble de grande que la suya.

—Es impresionante —aseguró y Lena le clavó la mirada tras cerrar el frigorífico y haber sacado los ingredientes—. La cocina —aclaró.

—Lástima que no le dé el uso que merece.

—¿No cocinas?

—No. Tengo miedo de pegarle fuego al edificio entero —bromeó haciéndole sonreír—. Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

—Es un poco vergonzoso.

Sus palabras hicieron que Lena dejase todo de lado y que le prestara toda la atención. Sonreía y sus ojos la miraban bastante curiosa.

—He buscado en internet los apellidos de Marina. Después la he encontrado en *Facebook* y le he hablado para pedirle tu dirección. He llegado aquí y he tenido la suerte de que uno de tus vecinos salía con el perro, así que ha sido fácil —resumió su jugada no sintiéndose nada orgullosa—. Sé que es un poco extraño, pero prefería hablar contigo cara a cara.

—Yo también te busqué en *Facebook*. Pero no te encontré.

—Es que no tengo —le recordó.

—Acabas de decir que has hablado con Marina —señaló Lena con el ceño fruncido—. ¿Qué ocultas, Emily Tejada?

—Te prometo que no tengo —insistió—. Le he hablado con el de una amiga.

Lena se le quedó mirando un par de segundos, pero le apartó la mirada sin decir una palabra más. No quería que pensase que la estaba engañando, así que se movió y recortó la distancia entre ellas para convencerla.

—Mira. Puedes mirar mi móvil. No te engaño —dijo sacándose el teléfono del bolsillo para ofrecérselo y que así lo comprobase ella misma.

—No voy a mirar tu móvil. Te creo, tranquila —le aseguró con una nueva sonrisa—. Aún estás a tiempo de prescindir de alguno de los ingredientes.

—Prefiero jugármela.

—Chica atrevida, me gusta.

Fue su turno de sonreír y la observó en silencio preparar el pan para los sándwiches. Su mente no quiso darle descanso y comenzó a analizar lo que acababa de pasar. Lena le perdonó sin más, sin reproches ni acusaciones. Y algo que también llamó su atención fue el hecho de que rechazase sin dudar el consultar su teléfono. Su cabeza no paraba de intentar compararla con Sonia, aunque Lena cada vez le demostraba que eran totalmente diferentes. Sabía que su ex no hubiese dudado ni un segundo en comprobar si mentía o no y que ni en broma le hubiese perdonado con dos frases. Y sí, era consciente de que su relación con Lena era muy diferente a la vivida con Sonia, pero es que su ex, desde el principio y sin que llegasen a ser nada, fue tremendamente capulla.

Lena terminó de preparar la cena y la guió hasta el salón. Tenía un sofá en forma de «L» y una televisión enorme. Y al igual que en su casa había una mesita baja y una estantería repleta de libros. En la otra parte de la estancia había una mesa alta de comedor con sillas a su alrededor.

—¿Qué ibas a ver? —preguntó en cuanto la morena dejó los platos con los sándwiches sobre la mesa baja.

—Alguna serie.

—No irías a ver *American*, ¿verdad? —cuestionó algo seria—. No puedes verla sin mí. Es traición.

Le hizo sonreír e inmediatamente se sentó para encender la tele. Ella imitó su movimiento y se colocó justo a su lado.

—¿Por qué te salen todas esas sugerencias? —quiso saber bastante curiosa—. ¿Te gustan las películas románticas?

—¿Qué? No, claro que no. Seguro que se ha desconfigurado o algo así —le aclaró Lena —. ¿A ti te gustan?

—Prefiero otras, la verdad.

—¿Por ejemplo?

—Me gustan las que están basadas en hechos reales o cuentan algún suceso histórico —dijo siendo examinada por su mirada en todo momento—. Pero a la hora de la verdad me adapto un poco a todo.

Le dedicó una nueva sonrisa y fue su turno de fijarse en ella. Estaba en casa con un chándal y aun así le parecía la persona más impresionante del planeta. No quería nada con ella. Lo tenía claro. Pero no era ciega y Sara tenía razón. Era increíblemente guapa.

Lena le dio un ligero golpecito con la rodilla en la pierna para atraerla a la realidad y la

animó a comer antes de reproducir el capítulo que tenían pendiente. Le gustó comprobar que tenían algo en común, de lo que podían disfrutar juntas y, sobre todo, que no era comparable con su ex. Porque Sonia odiaba las series y eso de quedarse en casa viendo una película le resultaba muy aburrido. Las pocas veces que vieron algunas juntas fue en el cine. Y no es que no le gustase, le encantaba. Pero le parecía un mejor plan verlas en casa con pijama, manta y una buena cantidad de palomitas.

Disfrutó del sándwich, de su compañía y de sus comentarios cuando ocurría algo en el capítulo que le sorprendía. Motivos suficientes que hicieron que le costase más levantarse del sofá para dar por finalizada la noche.

—Creo que ha llegado el momento de irme —dijo con una sonrisa—. Gracias por todo.

—No tienes que darme las gracias de nada —señaló Lena, levantándose también del sofá —. Y no te despidas tan rápido, ya lo harás cuando te deje en casa.

—¿Qué? —preguntó extrañada—. No, Lena. Cogeré el transporte público. Hoy me fui con una compañera a la universidad en autobús, así que tranquila, no tengo la bicicleta.

—¿Te piensas que voy a estar tranquila pensando en si has llegado o no a casa? —cuestionó la morena—. Ni siquiera tengo tu teléfono.

Sonrió por su comentario, pero también por la situación. Era bastante extraño que, después de todo lo que habían hablado, y de las veces que se habían visto fuera de aquel edificio, aún Lena siguiese sin su número de teléfono.

—Toma. Llámate —le pidió dejándole su móvil.

La morena la miró algo confundida. Pero finalmente lo cogió y se llamó sin perder más segundos. Sonrió satisfecha y caminó hacia la mesa alta del salón para coger unas llaves.

—Ya tengo tu número de teléfono, pero te voy a llevar a casa igual.

—Lena...

—Me da igual lo que digas.

La cortó y desapareció de su vista unos segundos al entrar en otra habitación. Supuso que era su propio cuarto, ya que apareció con una chaqueta.

—Vamos —la animó.

—Lena, en serio. No es necesario.

—Vamos —insistió.

—Eres horriblemente cabezona —la acusó caminando hacia la puerta.

—Fíjate, ya tenemos algo en común.

Le dedicó una sonrisa forzada que ella imitó y esperó a que cerrase la puerta con llave. ¿Por qué Lena no había aparecido antes que Sonia en su vida? Todo habría sido increíblemente más fácil.

13

El día amaneció nublado pero ella derrochaba la suficiente energía como para eclipsar aquellas nubes que amenazaban tormenta. Y sí, todo se debía a Emily. Le sorprendió apareciendo en su casa, disculpándose y aceptando pasar un poco de tiempo con ella.

Aún no sabía qué fue lo que le molestó tanto e igual estaba siendo muy poco valiente, pero decidió no darle importancia, no preguntarle y seguir adelante. Como si nada hubiese pasado. Y le fue bien porque incluso Emily dejó que la llevase a casa tras alguna que otra negativa, pero la dejó.

Entró directamente en la cafetería. Hoy no tenía que pensárselo ni barajar las posibilidades. Sabía que todo había vuelto a su cauce y se respiraba tranquilidad. Tanto que se atrevió a darle los buenos días a través de un mensaje de texto al móvil. La castaña le respondió con un «¿no eres capaz de esperar a decírmelo en persona?» y ella le contestó con un «te lo diré en persona también».

La divisó nada más entrar y caminó para esperar en la barra a que terminase de atender a unas chicas. Sus miradas conectaron de forma inmediata y una sonrisa nerviosa apareció en los labios de la castaña. Caminó hacia ella tras terminar de servirles los cafés y ni siquiera le dio tiempo a abrir la boca.

—Tengo muchísimo trabajo. Hablamos mejor después, ¿vale?

—¿Qué pasa? —preguntó sonriente—. ¿Mucho trabajo? Esto está casi vacío a estas horas.

—Las chicas que acabo de atender son mis amigas —le aclaró—. Y son muy cotillas y pesadas.

—Está Sara, no me había dado cuenta —dijo sonriente tras fijarse mejor.

—¿Por qué saludas?

Emily se lo preguntó clavándole la mirada con mucha intensidad y bastante tensa.

—Porque me acaban de saludar —contestó aún con la mano en alto.

—Genial. Le acabas de dar pie a que se acerquen —señaló la castaña tras soltar aire de forma pesada—. Dime que no lo están haciendo.

—No lo están haciendo.

La observó girar el rostro unos centímetros, pero su azul volvió a clavarse en su mirada al darse cuenta que había mentido, que sus amigas estaban avanzando peligrosamente hacia ellas.

—¿Por qué me mientes?

—Me has dicho que te diga que no lo están haciendo —respondió encogiéndose de hombros—. Yo solo obedezco.

Le dedicó una mirada que no supo descifrar y tampoco le dio tiempo a preguntar, ya que sus amigas llegaron hasta ellas y provocaron que la conversación quedase en segundo plano. Sara la saludó y presentó a las otras dos chicas, Bea y Carmen. Comentaron algo de lo enorme que parecía aquel edificio y se fijó en que Emily permanecía en completo silencio, observando lo que sucedía, pero sin querer intervenir.

—Deberías venir un día a tomar algo con nosotras —le propuso Sara.

—Lena es una mujer muy ocupada.

La castaña contestó sin darle oportunidad de hacerlo y todas las miradas se centraron de golpe en ella. El plan no le parecía mal, pero las palabras de Emily le dejaban muy claro lo que

pensaba al respecto.

—Eso suena bien.

Decidió ser neutral y un poco ambigua porque no le convenía ceder hacia ningún bando. Quería estar bien con la castaña, pero tampoco quería buscarse ninguna enemistad con sus amigas. Estaba segura de que eso iría en su contra.

—¿Qué tal el sábado? —insistió Sara—. Creo que hay un festival de la cerveza.

—Imposible. Tengo unas prácticas que hacer para la universidad y estoy justo en la fecha límite—contestó Emily directamente.

—¿Y qué tal te viene a ti, Lena? —apuntó Bea.

Los ojos azules de la camarera se clavaron en su otra amiga y ella pensó que había llegado el momento de retirarse. Aquella situación era muy novedosa para ella y no quería zambullirse en arenas movedizas.

—Tengo que irme —dijo cortando la escena—. Ha sido un placer.

Les dedicó una sonrisa a las tres y agarró su maletín antes de volver a mirar a Emily.

—No vayas a irte luego en la bicicleta —le pidió captando toda su atención—. Da tormenta. Así que yo te acerco a casa —aclaró—. Yo te acerco —repitió al ver su intención de debatirle.

Caminó hacia la salida con paso acelerado y, antes de salir, volvió la mirada atrás y sonrió al ver que las amigas de Emily la habían acorralado y parecían estar haciéndole un interrogatorio. ¿Le supondría aquello algún problema? Lo descubriría más tarde.

*****

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó en cuanto Lena entró con el coche en su calle.

—¿Esa es tu forma de proponerme un plan? —le cuestionó la morena sonriente.

—Me apetece ver otro capítulo y no quiero traicionarte.

—Me gusta tu lealtad.

Lena apartó unos segundos la mirada de la carretera para dedicarle una sonrisa y ella se la devolvió.

—Y también me apetece volver a disfrutar de esa pizza que encargaste —confesó tras dejar de mirarla.

—Y eso no tiene nada que ver con el hecho de que quieras un poco de mi compañía, ¿verdad? —alardeó Lena, haciéndole sonreír.

—Es que la pizza estaba muy buena —apuntó y se fijó en que negaba con el rostro mientras sus ojos seguían fijos en la carretera—. Hay una zona de aparcamiento justo detrás de ese edificio.

Lena dejó el coche en el sitio que ella le indicó y caminaron hacia su piso. Bromearon un poco porque el sentido meteorológico de la morena era nulo. El cielo estaba completamente despejado y no cayó una sola gota en todo el día. Pero a pesar de todo la convenció para dejar su bicicleta en el trabajo y subirse con ella en el coche. Lo de invitarle a subir a su casa fue idea propia, pero le salió solo, ni siquiera pudo contenerlo un par de segundos en su cabeza.

—¿Te importa que me duche y me cambie de ropa? —preguntó nada más entrar en casa —. Seré rápida.

—Adelante.

—Puedes encender la televisión si quieres.

Escuchó un «vale» mientras se perdía por el pasillo para coger algo de ropa limpia en su habitación y encerrarse rápidamente en el baño para no dejar a Lena mucho tiempo a solas. No es que no confiese en ella, pero era su invitada y no le parecía bien el desplante. Se duchó en

tiempo record y ni siquiera se detuvo para pasarse el secador por el pelo, utilizó una toalla para quitarle un poco de humedad y salió. Nada más hacerlo se encontró a Lena sentada en el sofá, consultando su teléfono móvil, pero alzó la vista en cuanto sintió su presencia.

—Se me hace raro verte con el pelo suelto —le confesó—. Estás muy guapa.

Sus palabras le llegaron por sorpresa y se quedó en silencio al no saber qué decirle.

—Estás guapa siempre solo que... Bueno, mejor cierro la boca.

Sonrió y se dirigió a la cocina para prepararse un té.

—¿Quieres uno?

Lena asintió con la cabeza y ella se centró en preparar dos tazas.

—Siento lo de mis amigas —dijo un poco avergonzada mientras el agua se calentaba.

—No tiene importancia.

—Te han asaltado —le recordó—. Querían conocerte porque Sara les habló de ti.

—¿Solo les ha hablado Sara de mí?

Lena se lo preguntó con una sonrisa de medio lado un poco creída, pero que le quedaba bastante sexy. Le apartó la mirada para no contestarle y agradeció enormemente que el agua estuviera ya lista. Sirvió las dos tazas y caminó hasta el sofá para ofrecerle una de ellas y sentarse.

—¿No vas a contestarme? —preguntó Lena—. Creía que habíamos superado esa fase de no responderme —bromeó.

—¿Te interesa? —cuestionó antes de dar un sorbo de té.

—Mucho.

—Puede que les haya hablado un poquito de ti —confesó a medias mientras dejaba la taza sobre la mesa.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo pesada que eres.

Lena sonrió entendiendo perfectamente que estaba bromeando y ella aprovechó para encender la televisión.

—¿Te apetece ver un capítulo?

—¿No es el plan para la cena? —le preguntó la morena.

—Podemos ver una película después.

—¿Y no será muy pesada mi presencia?

—Imbécil —soltó sonriente.

Se levantó y lo preparó todo. No sabía el motivo, pero sí sabía que quería pasar más tiempo con ella. Se había dado cuenta que con Lena no había dolores de cabeza, no tenía que enfrentarse a cuestionarios, ni preocuparse por nada. Solamente eran ellas dos. Era su pequeño hueco para respirar y dejar su vida a un lado.

Vieron unos cuantos capítulos, pidieron la pizza y, antes de ponerse a cenar, Lena le recordó que tenían pendiente una película. La eligió ella misma y la morena le aseguró que la próxima vez la elección sería suya. Esas palabras le indicaron su clara intención de que quedarían otra vez y, en lugar de molestarle, le pareció bien. Le resultaba increíble pensar en que aquella mujer tan increíble, e insistente, estuviera en su salón disfrutando de una película junto a ella.

Pero esa burbuja, creada casi por arte de magia, se vio afectada en cuanto unos fuertes golpes contra la puerta resonaron por toda la casa y su cuerpo se tensó inmediatamente al escuchar la voz de Sonia. Era la peor de las escenas posibles.

—¿No vas a abrir? —le preguntó Lena, clavándole la mirada.

—Ya se irá.

Agarró el mando a distancia y subió el volumen, pensando en que aquello sería la solución perfecta para dejar de escuchar su nombre una y otra vez.

—O igual te echa la puerta abajo —señaló la morena.

Volvió a conectar con su mirada y cayó en la cuenta de que mentirle no era una opción, no cuando se había visto envuelta, sin quererlo, en una de sus particulares escenas.

—Es mi ex —confesó—. Y no, no quiero verla ni tampoco me apetece hablar con ella.

—¿Quieres que se vaya?

—Sería lo ideal, sí.

Lena asintió con la cabeza y se levantó del sofá.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó confusa.

—Decirle que se vaya.

La morena se lo dijo cargada de seguridad y caminó hasta la puerta con paso ligero, sin dejarle intervenir una sola vez más. Se quedó sentada en el sofá paralizada y atenta a las palabras que pudiese escuchar. A sus oídos llegó la voz de Sonia preguntando por ella. Lena le contestó de forma tajante y directa con un «si tienes un poco de dignidad, deberías marcharte». Después se hizo el silencio y, segundos más tarde, escuchó el ruido de la puerta al cerrarse.

—Arreglado. Tu puerta sobrevivirá una noche más —dijo Lena en cuanto apareció en su campo de visión.

Se sentó a su lado de nuevo, posiblemente con la idea de terminar de ver la película, pero a ella la noche ya se le había atragantado y solo le apetecía tirarse en la cama para dar por finalizado el día. Y lo más extraño de todo es que quería que Lena se quedase con ella. No quería estar sola y seguramente era muy egoísta, pero uno de los puntos fuertes de su decisión se centraba en la capacidad que había demostrado tener para solucionar la situación con Sonia. El problema es que no le salían las palabras para pedírselo porque sabía que no era correcto y no quería darle ningún tipo de esperanza ni tampoco que sonase a doble intención.

—¿Te importa que me quede a dormir?

Giró el rostro unos centímetros para mirarla. Era como si hubiese leído su mente.

—Mañana tenemos que trabajar —respondió intentando ocultar sus ganas de decirle que sí.

—Madrugaré un poco más para ir a mi casa y así ducharme y cambiarme —le aclaró Lena—. Después pasaré por ti. Y a eso no puedes decirme que no porque hemos dejado la bicicleta en el trabajo.

Dudó unos segundos, pero no porque no quisiera acceder, es que no encontró las palabras adecuadas. Así que Lena aprovechó y siguió adelante con su propuesta.

—Venga, vamos a dormir —la animó levantándose.

Frunció el ceño intrigada y la morena sonrió.

—No voy a dormir en el sofá —le aclaró—. Estoy segura de que en tu cama cogemos perfectamente.

—Tienes mucha cara —señaló sonriente mientras se levantaba.

—Pero me funciona.

Negó con la cabeza, apagó la televisión y caminó hacia su habitación seguida por Lena. Buscó un pijama para ella y la mandó al baño a cambiarse mientras ella hacía lo mismo en su cuarto. Cuando volvió a aparecer en su campo de visión ella ya estaba metida en la cama.

—¿No tenías otro? —preguntó Lena observándose.

—¿No te gusta? —le devolvió la pregunta muy sonriente.

—No es mi estilo —respondió la morena con una mueca—. Pero al menos es suave —dijo acariciando las mangas del jersey.

Resultaba curioso verla con un pijama lleno de unicornios y arcoíris. Se lo regalaron sus amigas las navidades pasadas y a ella le pareció el más adecuado para Lena.

La observó meterse en la cama, guardando distancia con su cuerpo e hizo que sus miradas conectasen para darle las buenas noches. La morena repitió las palabras, incluyendo una sonrisa y acto seguido se giró, apagó la lamparita, que había sobre la mesita de noche, y sintió que su compañera se acomodaba mejor en el colchón.

—Lena.

Escuchó un sonido que le dio a entender que seguía allí y acabó soltando la palabra que no fue capaz de pronunciar minutos atrás.

—Gracias.

14

—¿Y esa cara? —le preguntó Marina con patada incluida por debajo de la mesa—. ¿No has dormido bien?

—He dormido muy bien, la verdad.

Su amiga la miró algo extrañada y bastante confundida y ella soltó un suspiro algo dramático. Debería estar feliz. Muy feliz. Pasó toda la noche con Emily y durmieron en la misma cama. ¿Qué más podía pedir? No debía quejarse ni sufrir como alma en pena, pero es que no le salía otra cosa. El descubrimiento de su ex, la pasada noche, la pilló completamente por sorpresa. Demasiado. No sabía nada acerca de su relación, pero estaba bastante claro que seguían manteniendo contacto. ¿Y eso en qué posición la dejaba? Completamente fuera del juego.

—¿Y entonces a qué se debe tu cara de inframundo? —soltó Marina.

Le clavó la mirada y le alzó una ceja.

—¿Qué? —le soltó su amiga a la defensiva—. Ya sabes que en nuestra relación reina la sinceridad.

Relajó el rostro y volvió a lanzar otro suspiro antes de apoyar la espalda contra la silla. Dio un sorbo a su café, haciendo el momento mucho más intrigante para Marina y se preparó para confesarle los últimos acontecimientos.

—Anoche dormí con Emily.

Su amiga abrió los ojos completamente sorprendida y segundos después le sonrió cómplice.

—¿Y entonces esa cara? —le preguntó al ver que su gesto seguía igual—. ¿No compagináis en el sexo?

—No lo sé. No hubo sexo.

—¿No hubo sexo?

Marina usó las mismas palabras que ella utilizó para devolverle la pregunta y le respondió negando con la cabeza.

—¿Ni un roce?

—Ni un solo beso —respondió eliminando de la lista cualquier acercamiento—. Dormí a su lado con un pijama de unicornios que me dejó.

Su amiga rompió a reír y al ver su gesto molesto le pidió perdón rápidamente.

—Creo que nos estamos haciendo amigas.

Llegó a esa conclusión esa misma mañana en la ducha. Su mente decidió escoger aquella rutina diaria para atar todos los cabos sueltos, provocando que la sonrisa, con la que se había levantado y que le había acompañado hasta su casa, se le borrase sin dejar rastro. Incluso Emily le preguntó un par de veces, cuando la recogió para ir a trabajar, si estaba bien, pero ella le puso fin al tema diciéndole que estaba algo preocupada por cosas relacionadas con la oficina.

—Es posible que Emily necesite un poco más de tiempo para seguir avanzando —apuntó Marina tras unos segundos.

—Apareció su ex anoche mientras veíamos una película —le informó—. Y algo me dice que tienen cosas pendientes aún.

—¿A qué te refieres con cosas pendientes?

—No lo sé —respondió antes de soltar un poco de aire de forma pesada—. Pero apareció allí muy exigente y tuve que librarme de ella.

—¿Tú?

—Sí. Emily se quedó paralizada.

—Es posible que aún no lo tenga superado —señaló su amiga.

—Y es posible que yo esté siendo la mayor imbécil del mundo.

—¿Ya se te han quitado las ganas de seguir conociéndola?

—No —respondió con rapidez—. Por eso soy la mayor imbécil del mundo —repitió.

Marina sonrió y ella al final también acabó haciéndolo. Acababa de aparecer en su vida uno de esos dramas que ella odiaba tanto. Evitaba siempre el tema ex, tanto era así, que si llegaba a conocer a alguna pareja anterior de las chicas con las que se acostaba, dejaba de hacerlo inmediatamente. No quería problemas, y mucho menos del estilo drama amoroso. No tenían cabida en su vida.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Marina.

—No tengo ni idea.

Le contestó con sinceridad antes de apartarle la mirada para fijarla en la barra. Emily estaba ahí y sonreía mientras charlaba con uno de sus compañeros de trabajo. Aquella chica seguía siendo un misterio para ella, pero le gustaba verla así, feliz. Siguió observándola y, tras unos segundos, sus ojos azules conectaron con los suyos. Esa sonrisa, que había visto en sus labios, aumentó un poco más, provocando que ella le devolviera el gesto y que sus dudas se resumiesen en un «que sea lo que tenga que ser».

*****

No sabía qué hacer ante el descubrimiento que saltó delante de sus narices la pasada noche. Era consciente de que no tenía derecho de pedirle explicaciones ni nada por el estilo. Ni siquiera habían hablado de ellas dos siendo algo más. Fueron sus ganas de conocerla lo que, día a día, le iba dando un nuevo empujón. Y sí, quería y deseaba saber más de Emily. Pero la cuestión era, ¿debía? Su vida era relativamente fácil, ¿de verdad quería apostar su estabilidad emocional en algo que sabía que era altamente complicado? Pues tampoco lo sabía.

Lo que sí tenía muy claro es que era viernes por la noche y había rechazado una invitación de Marina por estar esperando a Emily. La camarera le propuso repetir el plan de la noche anterior cambiando de escenario a su piso y a ella le pareció maravilloso. Le gustaba que le propusiera cosas, eso quería decir que también tenía ganas de pasar tiempo con ella.

Lo que no le gustaba tanto era el hecho de mirar el reloj y comprobar que la hora acordada estaba empezando a quedarse muy atrás. Suspiró sentada en el sofá y decidió darle un poco más de voz a la televisión en un intento algo absurdo de que su mente se centrara en lo que estaba ocurriendo en la pantalla. Pero fue inútil porque su cabeza tenía otras cosas más importantes que mostrarle. Como por ejemplo, preguntas. Muchas. ¿Dónde estaba Emily? ¿Por qué se retrasaba? Siempre había sido muy puntual con ella. ¿Su ex habría vuelto a aparecer? Volvió a coger el mando y decidió buscar algo entretenido para ver hasta que el sueño la venciera. Pero fue entonces cuando el corazón le dio un vuelco al sentir el timbre del portero automático. Se levantó con demasiada prisa y una sonrisa instantánea apareció en sus labios al descubrir que era Emily. Abrió la puerta y se quedó allí esperándola. De repente las ganas por verla, a pesar de haberlo hecho esa misma mañana, comenzaron a crecer de forma muy, pero que muy, significativa.

—Lo siento muchísimo —dijo la camarera en cuanto sus ojos conectaron al aparecer por el pasillo—. La última clase se ha alargado un poco y he tenido que esperar al siguiente autobús.

Y ya está. Todo se resumía en eso. Su ex no estaba de por medio y ella respiró bastante aliviada y le sonrió. La observó pasar al interior del piso y quitarse la mochila de la espalda.

—Puedes dejarla donde quieras —le aclaró al ver sus dudas.

Cerró la puerta y, cuando volvió a mirarla, estaba retirando una de las sillas de la mesa grande del salón para dejar ahí la mochila.

—Espero que tengas hambre.

La castaña lo dijo alzando un poco una bolsa que llevaba y ella clavó la mirada en el gesto para intentar adivinar, antes de que se lo dijese, el contenido de la misma.

—Se me ha hecho un poco más tarde también porque he pasado a comprar la cena —dijo dándole más información—. Espero que te guste la comida china.

—Me encanta la comida china —aseguró con una sonrisa.

—¿Es verdad o lo dices para que no me sienta mal?

—En temas de comida jamás miento —aseguró.

—Me gusta eso —reconoció Emily asintiendo con la cabeza.

Le pidió que se acomodase y que dejase la bolsa en la mesa mientras ella se ocupaba de traer lo necesario para cenar. Pero la castaña la ignoró por completo y, tras dejar la comida en el salón, la siguió hasta la cocina para ayudarle. Se hicieron con todo entre las dos y ahorraron viajes hasta la cocina. Le gustó mucho vivir el momento de cotidianidad y hasta pensó en que no le desagradaría nada repetirlo próximamente. Ellas dos en su casa mientras Emily le contaba qué tal le había ido el día.

—Así que tienes que hacer un nuevo trabajo en dos días pero estás aquí perdiendo el tiempo —dijo en cuanto las dos se sentaron en el sofá, frente a la televisión.

—No estoy perdiendo el tiempo —le debatió Emily—. Esta noche en casa hubiese hecho exactamente igual. Necesito despejar un poco la mente, ya me pondré como una loca a redactarlo este fin de semana.

Sonrió porque le encantó escuchar aquel «no estoy perdiendo el tiempo». Y aunque su cabeza seguía dándole vueltas al no saber qué hacer, decidió centrarse en el ahora, en el presente. Emily estaba allí con ella. Había dejado de lado su prioridad de la universidad y prefirió pasar unas horas a su lado.

Cenaron viendo un capítulo de la serie que estaban viendo juntas y cuando acabó recogieron la mesa y le ayudó a fregar. Sabía que a su velada compartida le quedaba poco y, aunque deseaba pasar más tiempo con ella, tampoco quería forzar la situación. Se preparó para la despedida inminente y se apoyó contra el mueble de la cocina, esperando a que ella diese el siguiente paso.

—¿Te apetece ver otro capítulo?

La pregunta de Emily le vino por sorpresa, quizás por eso tardó un poco en contestar, provocando que la castaña pensase que aquello era una negativa. Lo vio directamente en su rostro y en la forma en que agachó la mirada algo incómoda.

—Claro. Me encantaría —respondió por fin, viendo que una pequeña sonrisa aparecía en sus labios.

Fue su turno de seguirla hasta el salón e inmediatamente recuperaron sus antiguas posiciones. Emily se adelantó a sus movimientos y fue ella misma la que puso el siguiente capítulo, adueñándose del mando y haciéndole sonreír en cuanto la observó coger la pequeña manta que siempre tenía a un lado del sofá. Se hizo un burrito humano con ella y miró unos segundos a la pantalla antes de girar el rostro y focalizar el increíble azul de sus ojos en ella.

—¿Quieres manta? —le preguntó.

—No, gracias. Estoy bien así.

—Hace frío —señaló la camarera—. Deberías taparte —le sugirió.

—¿Con la gran cantidad de manta que me has dejado?

Bromeó y Emily le dedicó una mueca graciosa antes de abrir uno de los lados de la manta y ofrecerle hueco. Aceptó y no por el frío, es que su cercanía le apetecía bastante. Se acercó y la castaña se ocupó de abrigarlas, incluso se pegó un poco más a su cuerpo. Algo que ella hubiese hecho perfectamente, pero decidió ser un poco prudente y Emily no tanto. Quizás todo se debía a que tenía bastante frío. Así que pensó en ofrecerle algo más de abrigo, pero la castaña la empujó suavemente hacia atrás, provocando que su espalda descansase en el sofá y, seguidamente, se apoyó en su hombro.

Aquella escena era novedosa y le gritaba confianza y cercanía. Había vivido momentos parecidos con otras chicas, pero habían sido a la vez totalmente diferentes. Porque todas, tras unos minutos de cercanía, daban paso a caricias y besos para finalmente acabar entregándose al placer. En cambio Emily apenas se movía y lo único que hacía era comentar aquello que iba sucediendo en pantalla. No se quejaba, en absoluto. Pero le parecía peculiar, sobre todo el hecho de que, justo en ese momento en particular, prefiriese la versión que estaba viviendo.

Finalmente acabaron viendo otro capítulo más y se quedó con las ganas de sugerir ver otro, pero Emily bostezó y entendió que una retirada a tiempo era mejor que sufrir la derrota. Encendió la luz y su rostro cansado la inquietó un poco. La idea de que cruzase toda la ciudad hasta llegar a su casa no le agradaba demasiado. Así que, antes de que dijese nada, se preparó para llevarla en su coche.

—No. No vas a llevarme —se adelantó Emily a sus palabras.

—Claro que voy a llevarte.

—Claro que no —se negó y se dirigió a coger la mochila—. Cogeré el metro.

—Es muy tarde —señaló posicionándose frente a ella, intentando frenarla.

—Pues cogeré el autobús para que te quedes más tranquila.

Emily se lo dijo encogiéndose de hombros y ella rodó los ojos al darse cuenta que no estaba entendiéndola. Le daba exactamente igual el transporte público que estuviera dispuesta a coger, lo que ella quería era asegurarse de que llegaba bien a casa y su cansancio y las horas no acompañaban.

—Está bien. No te llevaré —le dio la razón y Emily paró sus pasos antes de volver a mirarla—. Quédate aquí a dormir.

—No es necesario.

—No es que sea o no necesario —debatió caminando hasta ella, interponiéndose entre su cuerpo y la puerta—. Es que es la mejor decisión. Ambas lo sabemos.

La observó unos segundos y el silencio se hizo con la escena. Sabía que estaba pensando su propuesta porque ya conocía muy bien cuando lo hacía. Había vivido un par de ocasiones parecidas.

—Mi cama es muy grande —señaló haciéndole sonreír.

—¿Y es cómoda? —bromeó Emily siguiéndole la broma.

—Muchísimo —aseguró—. Mucho más que ese ladrillo que tienes por colchón.

Sus labios volvieron a curvarse y le encantó descubrir que se estaba acostumbrando a ello. Ya no eran casos excepcionales que tuviese que contar y alabar como si fueran un milagro. Eran reales y aparecían bastante en sus conversaciones.

—Necesito darme una ducha y un pijama.

Fue su turno de sonreír porque Emily acababa de acceder y lo hizo como bien sabía hacer. Sin decir sí o no y dejando paso a la ambigüedad con sentido directo. Una mezcla algo extraña, pero que a ella le estaba empezando a encantar.

—Hoy es tu día de suerte. Tengo ambas cosas.

La castaña negó con la cabeza con una nueva sonrisa en sus labios y acabó dejando la mochila en el sitio que había ocupado con anterioridad. Se esperó a que apagase la televisión y la luz del salón y la guió hasta el dormitorio.

—Tengo que darte una mala noticia —dijo mientras se dirigía a la cómoda y sentía su mirada—. No me quedan pijamas con animales mitológicos —bromeó—. Espero que te sirvan unos simples cuadros.

—Qué remedio.

Emily lo aceptó con fingida disconformidad y desapareció de la habitación para dirigirse al baño. Ella aprovechó para quitarse la ropa cómoda, que se había puesto tras la ducha al llegar a casa, y se puso también el pijama. Se metió en la cama y su mente empezó a buscar comparativas. No era la primera vez que esperaba a una mujer, pero al igual que el momento vivido en el sofá, era muy diferente. Y, nuevamente, tampoco le importaba. Se burló de ella misma y cogió el móvil para hacer la espera más amena pero, sobre todo, para que su mente descansase un poco.

Cuando Emily apareció de nuevo volvió a sonreír porque descubrió lo mucho que le gustaba verla con su pijama. Podría parecer una tontería, pero nunca había cedido a tal cosa y la escena, en su conjunto, le produjo cierto cosquilleo en el centro del pecho.

—Tienes un baño muy bonito —le confesó la castaña antes de meterse en la cama.

—Creo que es la primera vez que dices algo bueno de mí —señaló mientras la observaba taparse—. Y ni siquiera es de mí, es de mi baño.

—Algo es algo. Deberías valorarlo igual —le indicó—. Además, no puedes competir con esa columna con chorros de masaje.

—¿La has usado?

—No. A veces soy un poco torpe con las cosas y no quería estropearlo.

—Podrías haberme llamado para enseñarte cómo va.

—Cuando me he dado cuenta de esa genialidad ya estaba desnuda.

—Podrías haberme llamado.

Insistió y una nueva sonrisa apareció en sus labios. Poco a poco se iba sintiendo con más confianza e iba dando pequeños pasos más seguros para mostrarle sus intenciones. Y no sabía si Emily realmente era consciente de ello, pero ella estaba dispuesta a continuar por ese camino porque la idea de ser solo amigas no era algo que entrase en su mundo.

Se giró para apagar la luz, pero Emily la detuvo pidiéndole un momento y ella volvió a recuperar su posición.

—Quería darte las gracias por lo que hiciste la otra noche.

—Me las diste esa misma noche —le recordó con una pequeña sonrisa.

—Fui demasiado simple —aclaró la castaña—. No tenías que hacerlo, pero lo hiciste y ni te imaginas lo mucho que me ayudaste.

—No tiene importancia. Lo haría de nuevo.

Emily le dedicó una media sonrisa y agachó la mirada. Ella la observó detenidamente y se fijó en que acariciaba el filo de la manta mientras su ceño se mantenía fruncido.

—Sonia y yo estuvimos juntas algo más de un año —le informó sin levantar el rostro—. No fue una buena relación. Ahora que no estamos juntas realmente pienso que fue horrible —confesó apoyando la cabeza contra el cabecero de la cama—. Fui un poco su diversión y a la vez intentaba amoldarme. Lo peor de todo es que ejercía una atracción brutal y aún siento que tiene poder sobre mí —dijo mirándola—. Nos acostamos hace poco y créeme cuando te digo que

jamás me había sentido tan asqueada conmigo misma.

Emily acababa de abrirle su corazón y sus sentimientos. Toda aquella nueva información entró de golpe en su cabeza, creando una nueva oleada de preguntas con las que tendría que luchar. Pero no era el momento y, a pesar de no poder encontrar las palabras adecuadas para reconfortarla, hizo un esfuerzo y pensó que igual algo de contacto físico le vendría bien. Agarró su mano, la acarició y la apretó con suavidad. Ese simple gesto provocó que la castaña sonriese y que ella se sintiese un poco más aliviada ante su nueva crisis de no saber qué hacer.

—No siempre tomamos las mejores decisiones —dijo sin soltar su mano y conectando con su mirada—. Pero al menos tú eres consciente de ello. Eso es un gran paso.

Volvió a sonreírle y, antes de que pudiera decirle algo más, todo su sistema se paralizó al ver que Emily se aproximaba hacia ella, recortando la distancia entre sus cuerpos y acelerando, en apenas unas milésimas de segundo, su corazón. Se tensó al ver que inclinaba el rostro y cerró los ojos porque creyó que sería la solución para controlar tal despliegue de emoción. Hasta contuvo la respiración para no estropear el momento. Pero todo ese revuelo, provocado por un simple movimiento, acabó extinguido al sentir que dejaba un beso en su mejilla. Sus pulmones soltaron el aire lentamente y abrió los ojos para ver su sonrisa de cerca antes de que volviese a su posición. Le dio las buenas noches y ella, tras unos segundos, repitió las mismas palabras, apagó la luz y se refugió bajo las sábanas.

15

Despertó antes que Emily y cogió algo de ropa en silencio antes de abandonar su habitación y cambiarse en el salón. Echó un último vistazo a la cama, la castaña seguía entregada a los brazos de Morfeo y a ella se le escapó una sonrisa de forma inconsciente. Le encantaba la escena y, aunque nunca había pasado por algo así y no sabía lo que suponía, prefirió dejar sus pensamientos aparcados y abandonar la habitación, dejándola descansar.

Decidió hacer lo que Emily siempre hacía cada mañana para ella, prepararle el desayuno. Para ello tuvo que salir de casa porque siempre desayunaba fuera, incluidos los fines de semana. Compró un par de cafés, zumo natural, tostadas, bollería y un poco de fruta. Nunca la había visto tomar la primera comida del día, así que optó por la elección más fácil, hacerse con un poco de todo para no fallar.

El tiempo fuera de casa lo pasó pensando en esa última conversación que mantuvieron antes de dormir. Se dio esos minutos para que su mente recrease una y otra vez el momento porque, en cuanto volviese a compartir espacio con ella, quería estar lo suficientemente despejada como para no darle más vueltas. Emily seguía siendo Emily y aunque sus intenciones con ella parecían ir por otro camino y su ex seguía merodeando, ¿qué iba a hacer? ¿Darle de lado por haberse convertido en su amiga? ¿Qué diría eso de ella? ¿Qué clase de persona sería? Una muy horrible, desde luego.

Metió la llave en la cerradura, soltó un poco de aire para terminar de mentalizarse y nada más entrar, desde su posición, la mirada de Emily se clavó en ella. Estaba sentada en el sofá y parecía estar recién levantada porque aún llevaba su pijama puesto.

—He ido a por el desayuno —le informó antes de cerrar la puerta—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Negó con la cabeza y caminó hasta el salón para dejar las bolsas sobre la mesa baja.

—¿Has traído para todo el edificio? —le preguntó la castaña con la voz un poco ronca.

—No sé qué desayunas —aclaró antes de sentarse a su lado—. Hay de todo, adelante.

La animó a empezar a comer, pero Emily se dedicó a observar mientras sacaba todo lo que había comprado de las bolsas. Le cedió uno de los cafés y le propuso traerle algo de leche, pero se negó y descubrió que lo tomaba como ella. Café solo y con un poco de azúcar. Se decantó por la tostada y la miró algo curiosa porque tomó su misma opción.

—¿Vas a copiar mi desayuno? —le preguntó.

—No me gusta lo dulce para desayunar —respondió la castaña, eliminando así la bollería y la fruta de golpe.

Decidió guardar silencio porque Emily no parecía tener ganas de mantener una conversación. Y no sabía si era de esa clase de personas que hablan poco recién despiertas o tanto silencio guardaba relación con su vida sentimental. Le hubiese gustado tener el poder de leer la mente y averiguar en qué estaba pensando aunque, si lo pensaba bien, igual no era la mejor de las ideas, ya que podría encontrarse con escenas poco deseadas entre Emily y su ex.

—¿Qué haces los sábados? —le preguntó la castaña atrayéndola de nuevo a la realidad y sorprendiéndola con ese intento de comenzar una conversación.

—Salgo a desayunar. Doy algún paseo, quedo con Marina y por las noches suelo salir a tomar unas copas —resumió—. ¿Y tú?

—Últimamente es todo universidad. Así que me quedo en casa.

Le respondió antes de dar un mordisco a la tostada y ella se quedó con ganas de preguntarle qué hacía cuando estaba con la tal Sonia. ¿Cuáles serían sus planes en pareja? Pero sabía que aquel, muy posiblemente, no sería un tema agradable para Emily, así que se guardó la curiosidad para ella misma y se centró en seguir desayunando.

—¿Quieres que hagamos hoy algo juntas? —preguntó en un intento de pasar algo más tiempo con ella—. Ninguna de las dos trabajamos —le recordó.

—¿Es que no me has escuchado?

Emily se lo preguntó con una sonrisa de medio lado y fue entonces cuando entendió que eso de quedarse en casa no era por gusto propio, era más una obligación. Se regañó mentalmente por ser tan insistente y porque Emily parecía no tener ganas de hablar. Estaba claro que la escena, que compartieron la noche anterior en su cama, en la que le abrió parte de su corazón, no tenía nada que ver con la actual. Quizás la castaña se arrepentía y quizás ella se equivocaba. Quizás ni siquiera habían llegado a ese peldaño de ser amigas.

—Pero puedo estudiar durante todo el día y, si esta noche no sales, podemos vernos —le sugirió Emily captando de nuevo su atención.

—Esta noche no salgo.

—Vaya, qué casualidad.

Se encogió de hombros y sonrió antes de dar un sorbo de café. Emily siguió observándola durante unos largos segundos y ella tuvo que girar el rostro unos centímetros, encontrándose directamente con su azul, para intentar descifrar qué era lo que quería. Consiguió una sonrisa, pero no dijo nada y le apartó la mirada para centrarse en el desayuno. Intentó pensar en cómo retomar una nueva conversación, pero su mente seguía dándole vueltas al tema Sonia y a ellas dos siendo solo amigas. Y eso que intentó quemar todos esos cartuchos antes de volver al piso. Se moría de ganas de sacar el tema, pero Emily se levantó y le informó de que iba a cambiarse de ropa. Quizás, y sin quererlo, esa acción le había librado de tener una conversación complicada, una de esas que ni siquiera sabía cómo enfrentar. Además, una conversación sobre ese tema seguro que acabaría incomodando a las dos. No tenía sentido entrar en ese debate y se pasó la mano por la cara para librarse de esa idea lo más pronto posible.

—Te he dejado el pijama en la cama.

La voz de Emily la trajo de vuelta a la realidad, dejando, por un momento, sus pensamientos a un lado. Asintió con la cabeza y se levantó del sofá para coger las llaves del coche mientras la castaña cogía su mochila.

—Olvídate. No vas a llevarme a casa —le aclaró Emily—. He dicho que no —insistió antes de que pudiera decir una sola palabra—. Mira, es de día —dijo señalando la luz que entraba por la ventana—. Hace buen tiempo y el paseo me vendrá bien.

—Pero...

—Me vendrá bien —repitió sus últimas palabras y acabó cediendo.

—¿A qué hora voy? —preguntó mientras observaba cómo se abrochaba la chaqueta—. A tu casa —le recordó en cuanto sus miradas volvieron a conectar.

—A las ocho y media creo que está bien —respondió tras unos segundos—. No, mejor a las nueve —rectificó.

—¿Crees que te apetecerá algo de cena en particular? Esta noche me toca invitar a mí.

Tras unos segundos, posiblemente pensando la respuesta, Emily le soltó un «sorpréndeme» con guiño incluido y se giró para desaparecer de allí sin darle tiempo a insistir.

*****

El ruido de alguien golpeando su puerta le hizo desconcentrar la atención de los apuntes y

se giró para recuperar el móvil. Lo había metido entre los cojines del sofá para evitar la tentación y perder un tiempo maravilloso de estudio. Comprobó que faltaban unos minutos para las nueve, así que aquella tensión que sintió, al pensar en la posibilidad de que fuese Sonia, desapareció y dio paso a una pequeña sonrisa al pensar en Lena. Se estaba acostumbrando a que despertase esa emoción en ella y le gustaba. Mucho. Se apresuró a levantarse y, cuando abrió la puerta, y la encontró tras ella, su sonrisa creció.

—Llegas pronto.

—Doce minutos —dijo Lena tras comprobar su reloj—. ¿Quieres que me vaya y vuelva cuando sean las nueve en punto? —cuestionó alzándole una ceja.

—Es una opción.

—Hace un frío terrible en la calle —le informó la morena con seriedad—. Y es posible que me roben la cena —señaló alzando la bolsa que llevaba—. ¿De verdad quieres arriesgarte?

—Puedo coger la cena y tú volver más tarde.

La observó fruncir el ceño y a continuación agachar la vista para comprobar de nuevo su reloj.

—Once minutos —le informó Lena—. Yo me estoy congelando y el calor de tu piso se está escapando por tener la puerta abierta.

—No pasa nada —comentó con tranquilidad—. Llevo un chándal muy calentito. En cambio tus vaqueros parecen bastante fríos.

—Eso tiene fácil solución. Me pondré de nuevo tu pijama de unicornios.

—Siento decirte esto, pero está en la lavadora.

Lena la miró en silencio y ella se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta.

—Yo tengo el poder. Tengo la cena y es sorpresa, ¿recuerdas?

Bajó la vista hacia la bolsa y aunque intentó averiguar el contenido le fue imposible. Volvió a mirarla y su gesto reflejaba una victoria absoluta. Tenía que reconocer que la había pillado y que la acababa de dejar sin palabras para debatir. Se movió, recortó la distancia entre ellas, Lena la miró algo confusa y ella sonrió antes de agarrarle la mano y comprobar ella misma la hora en su reloj.

—Diez minutos. Pasa.

Soltó su mano y Lena examinó su rostro antes de entrar. Ella sonrió de nuevo a sus espaldas y la observó caminar hasta la barra, que separaba la cocina del salón, y dejar las bolsas sobre ella. Cerró la puerta y sus ojos se clavaron de nuevo en ella.

—Voy a recoger un poco este desastre —dijo señalando la mesa cubierta casi en su totalidad por libros y apuntes.

—¿Te echo una mano?

—Ten cuidado, aunque parezca que esté todo desordenado, en realidad tiene su lógica.

La morena asintió con la cabeza e inmediatamente se puso a recoger con ella. Se fijó en cómo guardaba todo con cuidado y tal y cómo ella le decía. Le pidió que dejase el portátil allí, para poder conectarlo a la televisión después, y se hicieron con todo su material de estudio para llevarlo a su habitación.

—¿Qué has traído de cena? —preguntó tras dejar todo, de camino al salón.

—Es sorpresa, ¿recuerdas?

—¿Y hasta cuándo tengo que esperar? Me muero de hambre —le confesó.

—¿Del uno al diez?

—Veinte.

—Eso es mucha hambre.

—Tanto como para comerme lo que sea.

Lena le clavó la mirada, aguantándose una sonrisa, y ella rodó los ojos sin poder evitar curvar los labios.

—Eres una malpensada.

—¿Yo? —cuestionó rápidamente Lena muy sonriente—. No he dicho absolutamente nada.

—Pero lo has pensado.

—¿Ahora eres capaz de leer la mente?

La ignoró, se giró y se dirigió a la cocina para preparar todo lo necesario para la cena. Cuando sus miradas volvieron a cruzarse Lena se encontraba apoyada en la barra, mirándola muy sonriente.

—¿No vas a contestar a mi pregunta?

—¿Debería hacerlo? —soltó con ceja alzada incluida.

Cruzó el lugar sin volver a mirarla y dejó todo sobre la mesa baja mientras sentía su mirada clavada en ella. La había sentido otras veces, pero ahora era diferente, podría decir que un poco inquietante. Sus pensamientos hicieron que desconectase completamente de la escena y, al incorporarse, a punto estuvo de que sus cuerpos chocasen. Hasta tuvo que colocar las manos en sus brazos para lograr un poco de estabilidad.

—El estudio te deja fatal, ¿eh? —bromeó Lena.

—Igual es tu presencia.

Se le escapó esa frase que podía llegar a interpretarse con un claro doble sentido. No se refería a que su cercanía la intimidaba, más bien quería ponerse encima esa armadura del principio que tanto valor estaba perdiendo a cada día. Esa que le decía a gritos a la morena «apártate». Pero la amplia sonrisa de Lena le dejó bastante claro que se había llevado esas palabras a su terreno. Y, tras unos segundos de absoluto silencio, se hizo a un lado para buscar espacio y sentarse en el sofá. Distribuyó los platos y los cubiertos y Lena se sentó justo a su lado.

—¿Lista? —le preguntó la morena sonriente, señalando las bolsas de comida.

—Venga.

Le dio un ligero empujón porque se moría de curiosidad y quería saber ya qué es lo que iban a cenar. Lena no tardó en complacerle y comenzó a sacar los recipientes de las bolsas. No vio el contenido de ellos hasta que los abrió y, aún así, no le quedó muy claro.

—¿No te gusta? —cuestionó Lena.

—¿Qué es? —preguntó mirándola directamente.

—Es Hindú.

—Jamás lo he probado —confesó antes de volver la vista a la comida—. ¿Está bueno? —cuestionó.

—¿Crees que te traería algo que no estuviese bueno? —le preguntó Lena algo ofendida —. ¿Qué clase de invitada sería?

—Una muy horrible —le dejó claro.

Se centró en contemplar unos segundos más todos los recipientes y estuvo a punto de rechazar y hacerse ella algo de cena por su cuenta, pero la morena la animó hasta convencerla. Le explicó todos los platos y, tras conocer los ingredientes, llegó a la conclusión de que sobre la mesa no había nada que no le gustase. Probó por primera vez en su vida la comida hindú y Lena sonrió antes de soltar un «sabía que te iba a gustar». Se levantó para conectar el portátil a la televisión y así empezar con su particular plan de cena y película o serie. Compartir esos momentos con ella estaba convirtiéndose en algo que empezaba a gustarle mucho. Tanto era así,

que podría haber estado toda la noche repitiendo el mismo plan una y otra vez. Pero, tras acabar la película y, tras todo el día estudiando, su cuerpo se resintió. Se sentía bastante cansada y hasta cierto dolor punzante apareció en el cuello y en los hombros.

—¿Te duele?

—Un poco —contestó acariciándose la nuca—. Es de...

—Estudiar. Lo sé —terminó Lena su frase por ella—. ¿Qué tal si te doy un masaje?

—¿Tú? —cuestionó—. ¿Ahora eres masajista? —bromeó.

—No tengo un título oficial, pero estuve dando clases el año pasado —le contestó Lena.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

—Tuve que acompañar a Marina. Mi amiga es muy enamoradiza y tuvo un flechazo con una chica que daba clases de masajes —resumió encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto tiempo estuviste?

—Tres meses.

—¿Y funcionó?

—No doy masajes así como así a la gente, pero creo que se me da bastante bien.

—Me refiero a lo de Marina con la masajista —le aclaró haciéndole sonreír.

—No. Estuvieron juntas solo un par de semanas.

La observó levantarse, pensando que su noche acabaría ahí. Pero acabó frunciendo el ceño porque Lena extendió la mano hacia ella, animándola a levantarse.

—Deja que te de ese masaje —le pidió sonriente—. No te vas a arrepentir.

Analizó su gesto y sonrió al verla bufar.

—¿Qué pierdes? Absolutamente nada —le insistió la morena.

—Está bien.

Se rindió, aceptó su mano y Lena la guió hasta su propia habitación. Le propuso un masaje de cuello, hombros y espalda y le pidió que se tumbase directamente en la cama mientras ella iba a por algo al baño que le sirviera para dar el masaje.

—Así no te relajarás igual —dijo la morena en cuanto apareció de nuevo en su habitación, tras ver que seguía sentada en el filo de la cama, tal y cómo la había dejado segundos atrás—. He encontrado crema corporal. Huele muy bien.

—¿Te gusta registrar los baños?

Bromeó para ganar algo de tiempo porque realmente seguía dudando y no sabía si aceptar aquel masaje o no.

—Es por tu propio beneficio —señaló dejando el bote sobre la mesita de noche—. ¿Puedes confiar un poquito en mí? —le pidió mientras se quitaba el reloj—. Gracias —dijo al ver que se quitaba el calzado y tumbaba—. Creo que necesitaré algo de piel para extender la crema.

—¿Es tu excusa para verme desnuda? —le preguntó sonriente.

—No voy a verte desnuda. Solo tu espalda. Es lo más puro y casto del mundo.

—Date la vuelta.

Le soltó la frase tras dudar unos largos segundos y Lena sonrió y obedeció de forma inmediata mientras en su mente aparecía un «qué demonios estás haciendo, Emily» a la vez que se deshacía de la camiseta y del sujetador. Se apresuró a tumbarse de nuevo y antes de decirle que estaba lista dedicó unos segundos para mentalizarse. Aquella increíble mujer iba a ver, de forma directa, más de ella y por un momento pensó en su amiga Sara y en lo mucho que gritaría y preguntaría al enterarse de los últimos acontecimientos.

—Voy a tener que hacer algo que igual no te parece bien —dijo Lena en cuanto le dijo

que ya podía girarse de nuevo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó un poco en alerta.

—Tengo que subirme sobre ti para poder hacerlo mejor.

—¿Y a qué esperas? —cuestionó—. No voy a quedarme sin masaje por esa tontería.

La morena sonrió, se quitó las botas y se subió con cuidado a la cama. Sonrió al pensar en las caras de sus amigas en cuanto les contase todo, pero esa sonrisa desapareció de golpe al sentir a Lena sentada sobre su trasero.

—Vamos a deshacernos de esto —le dijo inclinándose sobre su cuerpo, sintiendo la presión, para quitarle la almohada—. Así estarás más cómoda —le aseguró dejándola a un lado —. ¿Estás bien?

—Sí.

—Se me hace raro que estés tanto tiempo en silencio desde que nuestra relación ha cambiado.

—¿El masaje no es para que me relaje?

—Es para tu dolor muscular —le recordó Lena—. Pero relajarte también es un buen objetivo.

Se tensó un poco porque sus palabras y la situación hicieron que su mente divagase hacia otras posibles escenas. Unas en las que acababa bastante relajada. Mucho. Volvió a moverse y dio un pequeño respingo en cuanto sintió sus manos en el pelo. Lena le pidió perdón por no haberle avisado y se lo apartó para tener la zona libre.

—¿Qué haces? —preguntó curiosa al escuchar música.

—Supuestamente es una lista de música relajante —contestó Lena dejando el móvil sobre la mesita—. Voy a echarme un poco de crema en las manos para calentarla y empezamos —avisó.

Se mentalizó y preparó para burlarse un poco de sus clases de masajista, pero todo quedó en su cabeza en cuanto sus manos hicieron contacto con su piel. Lena sabía muy bien lo que hacía y ella se regañó internamente por haber dudado en aceptar su oferta. Era increíble lo bien que sus manos trabajaban en su piel y hasta logró que se le escapase un sonido placentero.

—Qué rápida —bromeó Lena.

—No tengo capacidad ni para contestarte ahora mismo —confesó antes de soltar un «Dios santo»—. ¿Por qué no me habías dicho esto antes?

Escuchó su risa y seguidamente sintió sus manos en los hombros. Aquello provocó que volviera a soltar un nuevo suspiro y se centró en disfrutar todo lo posible. Pero volvió a tensarse un poco, de forma involuntaria, en cuanto sus manos comenzaron a bajar lentamente por su espalda. Sintió un poco de frío y a la vez un placer increíble. Ahora mismo le importaba bien poco estar debajo de ella, medio desnuda y expuesta.

—Joder —soltó al sentir que Lena presionaba con algo de fuerza su baja espalda.

—¿Te he hecho daño?

—Todo lo contrario —respondió en un hilo de voz.

Siguió por toda su espalda intercambiando movimientos y, de nuevo, volvió a sus hombros y al cuello. Cuando se centraba en esas zonas sentía un poco más de presión sobre su propio cuerpo y no sabía si era por toda la situación o por sus hormonas, pero estaba empezando a sentir cierta atracción, llegando incluso a reconocer cierto calor en su bajo vientre.

—Cuando quieras paro.

—¿Qué tal nunca?

Volvió a escuchar su risa y no sabía si su pregunta realmente era porque quería parar,

pero es que se sentía demasiado bien y no tenía las fuerzas para que sus palabras detuvieran ese momento tan increíble. Así que guardó silencio y las manos de Lena siguieron acariciando su piel. Sintió que echaba un poco más de crema y sonrió mordiéndose el labio inferior porque aquel simple gesto era una señal clara de que iba a disfrutar un rato más.

En algún momento su relajación llegó a tal extremo que ni sintió que todo había acabado. Fue la voz de Lena, en un tono suave, y una ligera caricia en su mejilla lo que le hizo volver a la realidad.

—Perdón —dijo la morena en primer momento—. Pero quería avisarte de que me voy —le indicó mientras sentía que la tapaba.

—¿Ya? —preguntó y Lena sonrió mientras se ponía de nuevo el reloj.

—Es un poco tarde.

—Quédate —le pidió aún medio adormilada.

—¿Quieres que me quede?

Hizo un sonido de afirmación, cerró los ojos de nuevo y, segundos después, sintió que el colchón, al otro lado, se hundía un poco.

*****

Había vuelto a pasar la noche con Emily. Concretamente en su cama y con la particularidad de que la castaña decidió, tras el masaje, no ponerse la camiseta de nuevo. Sabía que se debía al estado de relajación en el que había entrado, pero eso provocó que ella, hasta que logró quedarse dormida, se sintiera en tensión.

Accedió a quedarse a dormir porque le encantaba pasar tiempo con ella y que su confianza fuese creciendo, pero su cuerpo lo pasó un poco mal y hasta tuvo que alejarse todo lo posible de ella y darle la espalda. No quería provocar una situación incómoda e incluso fingió seguir dormida cuando sintió que Emily se despertaba.

—No me estás escuchando nada, ¿verdad? —le preguntó Marina.

—Te escucho —respondió—. Pero también sé pensar a la vez.

—¿Y en qué piensas tanto?

Su amiga lo preguntó sonriente y se llevó la taza de café a los labios. La observó dar un sorbo y giró el rostro para ver a la culpable de que su cabeza llevase tantas horas echando fuego. Emily servía un par de desayunos y ella recordó lo bien que se sintió al tocar su piel el sábado por la noche. La escena que estaba viviendo ese lunes por la mañana era completamente diferente.

—Emily y yo nos hemos convertido oficialmente en amigas.

—¿Te ha regalado un collar de corazón partido por la mitad? ¿Una pieza de puzzle? ¿Una pulserita? —preguntó burlándose.

—Marina, esto es serio —dijo clavándole la mirada, provocando que la sonrisa de su amiga desapareciera unos segundos—. Resulta que encuentro una chica que me gusta de verdad, que es capaz de conseguir que haga tonterías para obtener un poco de su atención y, ¿para qué? Para convertirnos en amigas. Se me dan genial las mujeres —soltó irónica, negando con la cabeza.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? ¿Tienes motivos o son simplemente ideas tuyas?

—El viernes por la noche durmió en mi casa —le confesó sin andarse con rodeos—. En mi cama —aclaró—. Y me dio un beso, pero fue en la mejilla —recalcó, fijándose en que el ceño de su amiga se fruncía un poco—. El sábado fui a su casa y ella acabó medio desnuda y yo encima.

—Esto se pone interesante —apuntó Marina acercándose un poco más a ella.

—Le di un masaje —aclaró—. Y fui una imbécil porque ni siquiera fui capaz de provocarla un poco. Llegué muy convencida a su casa porque quería conseguir alguna pista. Algo que me dijese que ella también podría estar interesada en mí como algo más, pero no conseguí absolutamente nada —resumió—. Bueno, sí. Un buen calentón.

Su aclaración hizo que su amiga riese y ella también acabó haciéndolo. No le quedaba otra cosa que reírse de todo lo que estaba ocurriéndole.

—Joder, Marina. Me puso muy cachonda y solo le di un maldito masaje —le confesó—. El día que me bese, si es que eso ocurre algún día, me provoca un orgasmo directo.

—Fíjate para lo que has quedado.

—Cada vez que me movía encima de ella quería que fuese de mil formas distintas y mi mente no paraba de imaginarlas. Fue agotador.

—¿Encima de ella? —cuestionó su amiga.

—Me subí encima para darle el masaje.

—Muy buena —alabó Marina sonriente.

—Es la mejor forma, ¿no? —cuestionó contagiada por su sonrisa.

—¿Y ella qué te dijo?

—Repetía «Dios mío», «Joder» y gemía.

Su amiga rompió a reír y ella volvió a recordar aquellos sonidos, que Emily dejó escapar mientras sus manos recorrían su piel, y se tensó un poco.

—Me estoy poniendo nerviosa de recordarlo —confesó abriéndose un botón de la camisa.

—¿Y cómo acabó la noche?

—La tapé, sin intentar ver nada —aclaró rápidamente—. Y me despedí, pero ella me pidió que me quedase a dormir. Así que me metí en su cama y me alejé todo lo posible para no sentir que estaba a escasos centímetros e intentar que mis hormonas se relajaran.

—Es admirable viniendo de ti.

—¿Admirable? —cuestionó.

—Has dormido tres veces con ella y solo has conseguido un beso en la mejilla. Imagina que no fuese Emily, ¿qué harías ahora?

—Besarla. Y si me rechaza pues... Pasar de ella.

—¿Y qué vas a hacer?

—Joderme —contestó sin pensárselo un segundo—. Esa chica es increíble. No voy a darle de lado porque las cosas no avancen como a mí me gustaría.

—Así que vas a seguir intentándolo.

Se encogió de hombros para evitar contestar en palabras un «qué remedio» y dio un sorbo a su café antes de girar el rostro de nuevo y contemplar por unos segundos a Emily. Esta vez la camarera le sorprendió a ella porque, cuando sus miradas conectaron, su azul ya estaba fijo en ella y mantuvo el contacto visual hasta que uno de sus compañeros la reclamó. Ella se permitió el lujo de observarla durante unos segundos más y acabó soltando un pequeño suspiro porque, aunque habían recortado bastante la distancia invisible entre ellas, sabía que aún estaban muy lejos y que aquello, que tanto deseaba, seguía siendo un imposible.

16

—No. Ni de coña —dijo tras abrir la puerta de casa.

—Ni de coña lo tuyo.

Sara evitó que cerrase la puerta y entró directamente seguida de Bea y Carmen.

—Tengo que estudiar. Os lo he dicho mil veces por mensajes —les recordó algo desesperada y molesta.

—Y también tienes que cenar —apuntó Bea con una caja de pizza en las manos.

—Y socializar un poco —le siguió Carmen.

Las observó desde su posición acomodarse en el salón y cerró la puerta tras mentalizarse de que aquello estaba ocurriendo de verdad. Sus amigas habían aparecido en su casa por sorpresa, rompiendo de golpe con su concentración y con su momento de estudio. También sabía que no se marcharían hasta que se viesen complacidas, así que, pensando con algo de claridad, decidió ceder cayendo en la cuenta de que cuanto antes acabasen, antes se marcharían.

Observó que habían traído cervezas, pero ella rechazó el plan incluso antes de que se la ofrecieran. Cogió un vaso y una botella de agua y caminó hasta la mesa para unirse. Se sentó en el sofá y permaneció atenta a la conversación. Contaban una anécdota que les acababa de ocurrir de camino a su casa. Algo relacionado con una persona disfrazada de extraterrestre y un señor corriendo detrás gritándole mientras sostenía una escoba en alto.

—Al ataque, señoritas —dijo Sara en cuanto abrió la caja de la pizza.

Todas cogieron un trozo y, durante unos segundos, el silenció se adueñó por completo del salón. Pero fue muy breve porque su móvil vibró y se iluminó sobre la mesa y ella se maldijo internamente por no haberlo guardado. A Carmen le dio tiempo a cotillear la pantalla y le dedicó una sonrisa en cuanto sus miradas conectaron.

—¿Nada que decir? —le preguntó su amiga mientras ella cogía el móvil para guardarlo en el bolsillo.

Respondió con un simple «no» y aquello inquietó al resto.

—¿De qué no hay nada que decir? —preguntó Sara mirándolas a ambas.

Carmen se encogió de hombros, respetando su decisión de no decir nada, y se centró en su trozo de pizza. Pero ella era muy consciente de que aquello no acabaría ahí, así que decidió soltarlo para no alargar más la velada y cenar rápido.

—Era un mensaje de Lena.

—¿Te mandas mensajes con ella? —preguntó sonriente Bea.

—¿Qué pasa? —cuestionó un poco a la defensiva—. ¿Tiene algo de malo?

—Tiene mucho de genial —respondió Sara.

Sus amigas asintieron y ella dio un mordisco a su trozo de pizza para dejar de hablar, aunque eso no pareció importar demasiado.

—¿Y de qué habláis? —preguntó muy curiosa Sara—. ¿O es que directamente no habláis? ¿Os mandáis fotos subidas de tono?

Aclaró su pregunta y ella la miró con la ceja alzada. A Carmen y a Bea la pregunta les pareció graciosa, pero ella se inquietó un poco al recordar lo que vivió y sintió el sábado por la noche. No hubo nada subido de tono en el masaje que le dio, pero aún así su sistema reaccionó de forma curiosa. Se movió inquieta en el sofá al recordarlo, pero también al pensar en fotos de ese estilo con ella. Su mente viajó al domingo por la mañana, haciéndole revivir la imagen de las

piernas de Lena al desnudo. Se despertó antes que ella y con muchísima vergüenza se puso la ropa, que se había quitado la noche anterior, y salió de la habitación para lavarse la cara e intentar despejarse un poco. Cuando volvió a su cuarto la encontró de pie con los vaqueros en las manos. La miró unos segundos, le dio los buenos días, y sus ojos descendieron a esa parte de su anatomía que acababa de ser descubierta. Tenía unas piernas increíbles y tuvo que obligarse a despegar la vista de ellas en cuanto Lena se sentó en la cama para ponerse las botas.

—¿Hay fotos o no? —insistió su amiga.

—Claro que no —respondió dándole un ligero empujón.

—Qué aburrida —soltó Sara mirándola con desagrado—. Deberías dejar ya de pensar en que no quieres nada con ella y esas chorradas absurdas —le indicó señalando con un dedo.

—¿Debería? —cuestionó clavándole la mirada—. ¿Cómo? Sonia sigue rondando por mi vida.

—Emily, le estás dando a esa tipa más importancia de la que merece —señaló Bea.

—No es algo que quiera —señaló cambiando el foco de su mirada hacia su otra amiga—. Es muy reciente. ¿De verdad Lena merece este desorden? Porque yo creo que no.

—¿Y por qué no dejas que lo decida ella? —cuestionó Carmen.

Ignoró la pregunta, se centró en cenar, pero el silencio resultó demasiado incómodo. Así que acabó retomando la conversación, aunque la realidad era que quería darle punto y final.

—No me interesa de esa forma —confesó—. No quiero nada con nadie. Además, Lena no me atrae —dijo, aunque de repente sintió, como por arte de magia, sus caricias en la espalda y un pequeño escalofrío la recorrió—. Me gusta compartir tiempo con ella porque me hace sonreír.

—¿Y eso no es lo más genial del mundo?

La pregunta vino por parte de Bea e hizo que el silencio de nuevo se instaurase en el lugar. La dejó sin palabras, sin una respuesta coherente para debatir. Se le quedó mirando y su amiga le dedicó una pequeña sonrisa antes de cambiar de conversación. Ellas dejaron el tema Lena aparcado y volvieron a retomar la historia del extraterrestre, pero ella se quedó pensando en la respuesta a esa pregunta.

*****

Emily y ella llevaban días casi sin verse. Compartían unas palabras en la cafetería y poco más. La notaba ausente, poco habladora y cansada. No sabía qué le ocurría realmente porque siempre le decía que era por culpa de los exámenes, pero a ella se le clavó la duda y pensó que quizás había algo más. Algo como Sonia.

Intentó no pensar más en ese tema y se movió algo inquieta al verla avanzar hacia ella con la bicicleta. Decidió esperarla después del trabajo porque si Emily no tenía tiempo para nada, ella conseguiría algunos minutos fuese como fuese.

—¿Qué haces aún por aquí?

—Estaba esperándote —respondió mientras veía cómo se ponía los guantes que le regaló —. ¿Qué tal si dejas la bici y te llevo yo?

—Imposible.

—Pero...

—No puedo, Lena —la cortó—. Y no me digas que deje la bicicleta aquí porque la necesito, he quedado con unas compañeras de clase mañana.

—Yo puedo llevarte con tus compañeras —se ofreció.

—No eres mi taxista.

Volvió a rechazar su oferta y se inquietó al verla lista para empezar a pedalear.

—Espera —le pidió agarrando el manillar—. Déjamela.

—Lena, tengo prisa.

—Confía en mí.

Emily cerró los ojos unos segundos, como si estuviera pensándose eso de confiar en ella, pero finalmente acabó haciéndose a un lado y la dejó hacer.

—Yo te llevo. Sígueme.

—¿Dónde vas? —le preguntó la castaña algo confusa, pero siguió sus pasos.

—Tengo el coche justo ahí —señaló mientras tiraba de la bicicleta.

La escuchó quejarse un par de veces más, pero no le hizo caso y siguió avanzando. No se detuvo hasta que llegó a su objetivo. Sacó la llave del coche del maletín y Emily se posicionó a escasos pasos de distancia, cruzada de brazos y observando en todo momento lo que hacía.

—¿La vas a subir al techo? —quiso saber captando su atención.

—No tengo nada para poder sujetarla ahí arriba —respondió mientras abría una de las puertas traseras—. Aquí irá más segura.

—Espera, ¿qué vas a hacer? —le preguntó la castaña deteniendo sus movimientos.

—Meterla, ¿no está claro? —cuestionó sonriente.

—¿Vas a meter la bicicleta en el coche?

—Joder, Emily. El estudio te está dejando fatal, ¿eh?

—Vas a ensuciarlo todo.

—Ya lo limpiaré —señaló antes de coger la bicicleta en peso y meterla dentro.

Le costó unos cuantos movimientos porque nunca había hecho algo así y tuvo que ingeniárselas para poder encajarla y que entrase del todo. Cuando lo consiguió se alejó un poco para mirar satisfecha su obra y, justo después, buscó sus ojos azules. Emily le devolvió la mirada y negó con la cabeza.

—Estás fatal —le aseguró.

—¿Por qué? —cuestionó sonriente—. ¿Por querer pasar un poco de tiempo contigo?

Le encantó volver a ver su sonrisa y solo por ese simple gesto ya le valió la pena la hazaña. Y le encantó tanto que decidió ir más allá y se acercó a ella sin desconectar sus miradas.

—¿Lo llevas? —le preguntó ofreciéndole la llave.

—¿Quieres que lleve tu coche?

Asintió con la cabeza y Emily sonrió un poco nerviosa.

—Estás loca. Ni siquiera sabes cómo conduzco.

—Me gusta cumplir con mi palabra —apuntó—. Pero no hagas que me arrepienta antes de tiempo.

Volvió a verla sonreír e insistió para que cogiese la llave. Emily acabó aceptando y soltó un poco de aire antes de caminar hasta el otro lado del coche. Ella se subió de copiloto y desde su asiento vio cómo entraba y se preparaba.

—Puedes mover los espejos o el asiento. Hay gente que le molesta, pero a mí no me importa.

—Así está bien —aseguró Emily antes de ponerse el cinturón de seguridad—. ¿Estás segura de esto?

—Lo estaba. Pero me estás haciendo dudar —bromeó—. Anda, arranca. Te recuerdo que ibas con mucha prisa.

Centró la mirada al frente para no ponerla nerviosa y, segundos después, puso el coche en movimiento y se incorporó al tráfico. Lo hizo suave y tranquila y aquellos nervios, que ella misma le había creado, desaparecieron al ver su fluidez al volante.

—¿Cómo llevas el estudio?

—Fatal. Horriblemente fatal —recalcó Emily.

—Si puedo ayudarte en algo...

—¿Puedes presentarte por mí a los exámenes?

—Creo que eso no te serviría de ayuda.

Giró el rostro y vio una pequeña sonrisa en sus labios mientras sus ojos seguían clavados en el tráfico, completamente concentrados.

—Pero puedo hacer otras cosas —sugirió y se fijó en que su sonrisa aumentó un poco.

No logró ninguna palabra por su parte y volvió la vista al frente. Sonia apareció de nuevo en sus pensamientos y la idea, de que estuviera merodeando por su vida, creció en su cabeza.

—¿Qué cosas? —le preguntó Emily en cuanto un semáforo en rojo le hizo detenerse.

—Podría sorprendente con un menú diferente para cenar y un nuevo masaje.

—¿Para ti hacer otras cosas es hacer lo mismo que ya has hecho?

—Seguro que se me ocurre algo.

—Seguro —ironizó la castaña.

—¿Dudas de mí?

—Para nada.

—¿Qué tal si quedamos el viernes? —le propuso.

—Imposible.

—Podemos hacer como la vez anterior —dijo negándose a ese imposible—. Estudias durante todo el día y después cenamos.

—El viernes me marcho después de trabajar. No estaré en la ciudad.

—¿El sábado? —insistió.

—Paso todo el fin de semana fuera. Volveré el domingo tarde.

Se quedó sin palabras, sin argumentación y con unas ganas increíbles de seguir insistiendo. Pero Emily se negó tres veces y consideró que era más que suficiente. Cuando la castaña volvió a incorporarse al tráfico su mente siguió divagando. Estaba muy claro que se había atascado. Sus planes para acercarse a ella no habían funcionado, se habían convertido en amigas y ahora además Emily pasaba de quedar con ella. Todo apuntaba a que el siguiente paso no le iba a gustar nada porque iba a suponer estar lejos de su vida. Podría parecer estúpido, cuando semanas atrás ni se conocían, pero le daba pena romper lo que habían creado poco a poco y, sobre todo, no seguir conociéndola.

*****

—Te aseguro que vas a hacer el ridículo —le aseguró Marina interponiéndose entre ella y la puerta del coche.

—No me importa.

—Lena, soy tu amiga y no voy a dejar que hagas esto.

—Según tú llevo semanas haciendo el ridículo —le recordó cruzándose de brazos—. ¿Qué ha cambiado ahora?

—Me dijiste que erais amigas. ¿Por qué sigues esforzándote?

—¿Acaso debería alejarme de ella porque no puedo conseguir un polvo? —cuestionó seria—. Creía que era yo la de ir sin sentimientos por la vida.

—No se trata de eso.

—¿Y de qué se trata, Marina?

Le clavó la mirada con intensidad. Estaba muy interesada en lo que pudiese decirle, aunque en realidad ella acabaría haciendo lo que le diese la gana. Nada le iba a impedir no hacer lo que tenía en mente. Emily estaba estresada con la universidad, llevaba todo el fin de semana

fuera y ella la echaba mucho de menos. Se animó a sorprenderla por un simple mensaje recibido minutos atrás. Le pilló por sorpresa y con Marina en casa. No imaginó que Emily le avisase de su vuelta a la ciudad, pero se sintió muy agradable y su sistema enteró decidió actuar. Se cambió a toda prisa mientras su amiga intentaba frenarla, incluso la siguió hasta el coche.

—Es posible que todo esto acabe haciéndote daño. Yo solo intento evitarlo —apuntó Marina.

—No tienes que intentar nada —soltó con brusquedad—. Y ahora apártate que tengo prisa.

Marina le dedicó una última mirada de advertencia, pero finalmente acabó haciéndose a un lado. Se subió al coche y desapareció sin decirle una sola palabra más. Tenía bastantes frentes abiertos en su cabeza como para dejar que uno nuevo se colase. No necesitaba que su amiga le advirtiera de algo que ella misma había intuido. Era consciente de que todo lo relacionado con Emily podría estallarle directamente en la cara, pero le resultaba imposible apartarse de ella y no intentar todo lo que estuviera en su mano.

Cruzó la distancia que separaba sus casas en un tiempo récord y sonrió un poco nerviosa al detener el coche justo en su puerta. Tenía muy claro que lo que pensaba hacer era una locura, pero tenía la total seguridad de que Emily acabaría sonriendo y a ella, verdaderamente, le importaba bien poco hacer el ridículo como bien decía Marina.

Cogió el móvil, soltó un poco de aire antes de iniciar el primer paso de su plan, y entró en su chat de conversación para hablarle.

Lena: ¿Sigues en tu casa?

Esperó impaciente e intentó averiguarlo por su cuenta al observar las ventanas, pero le resultó imposible descubrirlo. Por suerte su móvil vibró unos segundos después y no tuvo que esperar mucho para conocer la respuesta.

Emily: Aquí sigo, sí. ¿Ocurre algo?
Lena: Asómate a la ventana.

El corazón se le aceleró al enviar el último mensaje, abrió las ventanillas del vehículo, encendió la radio, subió el volumen al máximo y salió del coche para colocarse en la acera. Llegó con cierta dificultad al punto que había escogido mentalmente para iniciar la canción, pero antes de que Emily se asomase por la ventana ella estaba más que preparada y se unió rápidamente a las primeras frases de *Shallow* de Lady Gaga. No podía ver su rostro con claridad, pero sí fue consciente de que no solo la observaban sus ojos azules. Vecinos y gente que pasaba por allí detuvieron sus vidas por un momento para contemplar aquella locura. Cantar nunca fue lo suyo y mucho menos con la tensión añadida de estar siendo observada por desconocidos.

—¡Lena, para!

La advertencia de Emily la pilló justo en mitad del estribillo, pero decidió seguir un poco más porque le parecía de muy mal gusto dejar a Lady Gaga a medias. Su segundo toque de atención fue el que le hizo detener la actuación por completo porque aquel «como baje te arrastro de la oreja» le pareció más que suficiente para su sentido del ridículo.

Recibió unos cuantos aplausos de los allí presentes y ella les saludó sonriente antes de apagar la radio y cerrar bien el coche. Subió a su piso y encontró su puerta abierta, así que entró sin tocar y Emily, que estaba de pie y cruzada de brazos justo en mitad del salón, le clavó la mirada inmediatamente.

—¿Qué ha sido eso?

—Una interpretación magistral de *Shallow* —respondió tras cerrar la puerta—. Bueno, un cuarto porque no me has dejado llegar ni al segundo estribillo.

Emily comenzó a sonreír y esa ligera tensión, que había estado sintiendo a raíz de su advertencia, se diluyó un poco.

—Estás fatal.

—Te dije que te sorprendería —señaló con una sonrisa.

—Lo has logrado, sí —aseguró Emily—. ¿Quieres cenar?

—No. Ya comí algo en casa. Pero puedo ir a comprarte algo si quieres.

—Cené en el autobús de camino —le aclaró.

—Entonces creo que mejor te dejo descansar.

—También he dormido —apuntó la castaña—. Puedes quedarte un rato, no me importa. Pero quiero deshacer la maleta. ¿Vienes?

Se lo preguntó inclinando la cabeza hacia el pasillo, dándole a entender que el escenario era su habitación. Aceptó con una sonrisa y Emily encabezó el recorrido. Pensó en Marina y en lo que le dijo antes, en eso de hacer el ridículo. Ahora, después de todo, reconocía que un poco de vergüenza sí que sintió, pero habría estado dispuesta a pasar el doble con tal de verla sonreír.

Se sentó en el filo de la cama y dedicó unos segundos a observarla sin querer romper con el momento. Llevaban días sin verse y empezaba a entender qué era eso de echar de menos a alguien.

—Es posible que te hagas viral por internet —aseguró Emily.

—No jodas. ¿Crees que me ha grabado alguien? —preguntó un poco alarmada.

—Es muy posible.

—Mierda —susurró algo nerviosa—. Bueno, en realidad no tiene importancia. Ha valido la pena —aseguró convencida.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Lo dijo bastante convencida y la sonrisa que le dedicó Emily terminó de dejarle claro que su espectáculo en la calle había valido la pena. Por alguna extraña razón le encantaba hacerla feliz.

—Estás muy callada —apuntó Emily, haciendo que el silencio se rompiese, captando así y su atención.

Sonrió sin saber qué decir, ya que no creía que fuese muy oportuno confesarle lo aburrido que había sido no hacer planes juntas y lo mucho que había estado pensando en ella. ¿Demasiada intensidad? Aunque claro, acababa de interpretar a la gran Lady Gaga sin temblarle la mano.

—Se me hace raro que estés tan en silencio —insistió y no le quedó más remedio que buscar cualquier frase que soltar.

—A veces hay que saber cuándo callar —dijo y, de forma inmediata, su mente la abofeteó internamente ante tal estupidez.

—Pues eso no te pega mucho, la verdad. Aunque claro, tampoco te veía interpretando una canción en mitad de la calle —bromeó, haciéndole sonreír—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

—Siempre he querido explorar mi talento musical.

—¿Sabes lo que es el talento? —cuestionó Emily para picarla.

—No voy a entrar en tu juego, señorita —apuntó—. He hecho una actuación magistral y no vas a destrozar mi satisfacción personal.

—¿Habrá alguna próxima vez? —le preguntó con rapidez—. Es para evitar estar en casa.

Se le escapó una sonrisa y pensó en lo directa que Emily siempre había sido con ella desde el primer momento. Aprovechó que dejó la conversación ahí y ella centró la mirada en intentar sacar algo de información a través del equipaje que estaba deshaciendo. No había mucha cantidad. Un neceser, algo de ropa interior y un par de camisetas. ¿A dónde iba alguien con esa combinación? No había ningún pantalón, pijama o abrigo. Se tensó ante la primera idea que cruzó por su cabeza. Había pasado el fin de semana con Sonia. En esa situación no necesitaba más prendas.

—Creo que voy a irme ya —dijo levantándose.

—¿Tan pronto? —cuestionó Emily nada más alzarse—. ¿No vamos a ver un capítulo?

—En realidad me duele un poco la cabeza.

Mintió y no se sintió nada bien al hacerlo. Pero empezó a sentirse un poco estúpida porque acababa de hacer una locura para captar su atención y hacerla sonreír y era otra con la que Emily compartía su tiempo y sentimientos. Así que pensó que no tenía nada más que hacer allí y abandonó su piso tras soltar un «nos vemos mañana» sin la emoción que la había caracterizado en otros momentos.

17

Pasó una noche terrible pensando en Emily y en las numerosas posibilidades vividas con su ex durante el fin de semana y llegó a la conclusión de que, aunque no le sentó muy bien el hecho de que hubiese pasado esos días con Sonia, ella no estaba ahí para juzgarla ni para echarle en cara nada. Estaba en un proceso de conseguir poco a poco que, aquella chica que tanto interés le había despertado, se fijase más en ella.

—Hoy estás muy callada —señaló Marina mientras bajaban en ascensor a la planta de abajo.

—¿Por qué todas me decís lo mismo? —cuestionó clavándole la mirada—. No puedo estar todo el día siendo un maldito payaso.

Lo soltó justo cuando las puertas se abrieron y ni siquiera le dio tiempo a su amiga para que le contestase algo. Caminó con paso firme y decidido hasta la cafetería e hizo el mayor esfuerzo del mundo para no buscar con la mirada a Emily. Se había planteado como meta el ser más dura y no ir detrás de ella para variar. Un poco de dignidad no le vendría mal.

Se sentó en la mesa de espaldas a la barra para alejarse de la tentación y observó a su amiga sentarse como si fuese lo más interesante del mundo. Debía centrar su atención en cualquier cosa que no fuese Emily.

—Hoy te toca a ti ir a por el café —señaló Marina.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque empiezo a estar cansada de ser tu camarera y así te regalo un par de minutos con tu castaña favorita —comentó—. De nada.

Se cruzó de brazos y su amiga la miró con el ceño fruncido. No sabía qué estaba pasando por su cabeza, pero podía apostar a que no era nada bueno. Iba a empezar con su particular interrogatorio en unos segundos y ya no sabía si sería mejor enfrentarse a ella o a Emily.

—Hiciste el ridículo interpretando una serenata en su portal, ¿verdad? —cuestionó Marina—. Por eso ahora ni eres capaz de mirarle a la cara. Te lo dije —recalcó.

—No hice ningún ridículo.

Lo soltó a la defensiva y con su verdad. Sabía que su plan fue bastante llamativo, pero le funcionó y consiguió su objetivo. Captar su atención y hacerle sonreír. El ridículo llegó después, justo cuando a su mente le dio por plantear la posibilidad de que hubiese pasado el fin de semana con su ex.

—Yo creo que sí que lo hiciste —insistió su amiga—. Por eso hoy tenemos un servicio especial.

Y no le dio tiempo a preguntarle de qué hablaba. Emily apareció bandeja en mano con un par de cafés y ella se quedó petrificada en la silla.

—Espero no haberme equivocado trayendo lo de siempre —dijo mientras dejaba las tazas sobre la mesa.

—Está perfecto así, gracias.

Aclaró con una pequeña sonrisa y Emily le dedicó una completa mientras su mirada se clavaba en la suya. Y ya está. No hizo falta nada más para que se derritiera ahí mismo. Delante de todos y sin importarle qué pensarían.

—Hoy no me has dado los buenos días —comentó la camarera y ella se sintió un poco incómoda.

—Se me ha hecho tarde esta mañana y he salido con prisa de casa.

Le mintió de nuevo y ya iban dos veces en menos de veinticuatro horas.

—Os dejo disfrutar del café.

Emily lo dijo forzando una sonrisa. Y sabía que había sido así porque conocía muy bien la forma en la que se curvaban sus labios. En sus inicios le había dedicado unas cuantas falsas e irónicas y reconocía, muy bien, cuando le salían de verdad. Se sintió mal por ello y agachó la vista al café para intentar ganar tiempo ante las preguntas que su amiga le soltaría a continuación.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿A qué te refieres? —cuestionó para arañar unos segundos más y pensar en cómo decirle que sí que estaba haciendo un poco el ridículo.

—¿Desde cuándo es Emily la que viene en tu busca?

Y no lo había visto así y por eso se sorprendió y extrañó a partes iguales. Era ella la que se había acercado. Incluso le preguntó por esos buenos días que solía mandarle desde que era conocedora de su teléfono. ¿Era su forma de decirle que podía seguir acercándose? ¿O ella misma había decidido dar sus propios pasos?

Se giró en la silla para poder localizarla y la encontró de espaldas preparando unos cuantos cafés. Ahora se sentía el doble de estúpida por haber pensado que sería buena idea ignorarla. ¿Cómo era tan imbécil? Eso no funcionaría y tampoco sería capaz de cumplirlo. No cuando su triunfo diario consistía en que la dueña de esos ojos azules la mirasen.

Se encaminó con toda la prisa del mundo hacia la barra y quedó a la espera de que atendiese a un par de clientes. Emily la localizó al instante y se movió hacia su posición sin hacerle esperar y sin que tuviese que pronunciar su nombre.

—¿Quieres otra cosa? —le preguntó y ella frunció el ceño bastante confundida—. Para desayunar —le aclaró.

—No. Aún tengo café esperándome —comentó—. ¿Qué haces esta tarde? —soltó sin andarse con rodeos.

—Ya sabes que tengo clase.

—Me refiero después.

—Pues supongo que llegaré a casa, me haré la cena y me pondré a ver cualquier cosa hasta que mi cuerpo diga basta —resumió—. ¿Quieres proponerme algo?

—Quiero que me lo propongas tú.

Sonrió ante sus palabras y le encantó que esa vez si fuese sincera.

—Me gustaría hacer algo que te guste a ti o que me llevases a uno de tus sitios favoritos —sugirió ante su silencio inmediato—. Venga, no seas aburrida —insistió.

—No soy aburrida —se defendió y la acusó señalándole con un dedo.

—Pues demuéstramelo.

Decidió no tirar la toalla aferrándose a esos pequeños pasos que Emily acababa de dar y se ilusionó al ver que una nueva sonrisa aparecía en sus labios. Lo había conseguido.

—¿Puedes ir a recogerme a la universidad?

—Por supuesto.

—Entonces nos vemos allí a las siete y media —acordó—. Y no hace falta que vayas tan arreglada.

—¿Tan arreglada? —cuestionó.

—Sí. No es necesario que vayas con traje —le aclaró la castaña.

—¿Es tu forma de decirme que prefieres que vaya en cazadora de cuero?

Lo soltó con la ceja alzada y media sonrisa y no se le escapó el detalle de ver que sus

labios se curvaban sutilmente. Decidió tomarse ese gesto como un sí y, segundos después, dejó la barra y volvió a la mesa junto a su amiga mucho más confiada y con una carga extra de entusiasmo tras haber conseguido que aceptase su propuesta.

*****

Su clase acabó antes de tiempo, pero una compañera la retuvo al salir del edificio para preguntarle un par de dudas sobre una asignatura. No le importaba tener que hacerlo. El problema era que había quedado con Lena y aquella charla no parecía querer acabar. Forzó una sonrisa pensando en la mejor frase para dar por finalizado el encuentro y solo le quedó el viejo truco de mirar la hora en la pantalla del teléfono. Se despidió con un «lo siento, me están esperando» y caminó hacia la zona de los aparcamientos con más prisa que de costumbre. ¿Por qué? Pues porque no quería hacerla esperar. O igual es que le apetecía hacer un plan con ella. Lena le hacía sentirse bien y, siempre, le sacaba una sonrisa. Eso era algo bastante destacable, la verdad. No había sido consciente de lo bien que le sentaba su presencia hasta que, esa misma mañana, sus ojos no fueron a su encuentro. Por eso, sin pensarlo demasiado y sin andarse con rodeos, decidió servirles el café. Y, aunque pudiera resultar extraño, sintió que algo no estaba como siempre. Lena parecía distinta y tuvo que volver a la barra sin obtener respuesta o algo de información que le aclarara la situación. No obstante fue recompensada rápidamente con su visita segundos después y una propuesta algo particular.

—Se me ha hecho algo tarde, lo siento —dijo disculpándose nada más encontrarse con ella.

—No te preocupes —señaló Lena con una sonrisa.

La guió hasta el coche y, al ir justo detrás de ella, se fijó en el conjunto que llevaba puesto. Había optado por una cazadora y sonrió al recordar la conversación que mantuvieron en la cafetería. No le quiso dar el placer de decírselo a la cara, pero sí, esa prenda le sentaba bastante bien. Al igual que los vaqueros, algo ajustados, que marcaban su figura. Negó con la cabeza en un absurdo intento de librarse de esos pensamientos y decidió entrar en el vehículo en cuanto Lena abrió. Soltó un pequeño suspiro antes de ver cómo ocupaba el asiento de al lado y se puso el cinturón sin decir una sola palabra.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Lena.

Ella negó con la cabeza de forma inmediata, pero no pareció suficiente para convencerla.

—Estaba pensando en cosas de la universidad.

Mintió. Y lo hizo porque no sabía cómo de bien podría quedar confesarle que la había estado analizando físicamente segundos antes. Se regañó mentalmente porque no debería estar pensando en esas cosas cuando su vida estaba tan ajetreada. Pero decidió no darle más vueltas a nada más y disfrutar del plan que había estado ideando para las dos.

—¿Esa de ahí es Sara? —le señaló Lena a través del cristal mientras bajaba la velocidad del coche.

—Eso parece —susurró—. Pero es raro. Ella no vive por aquí y, que yo sepa, no se le ha perdido nada por esta zona.

—¿Quieres que me pare y la recojamos?

—¿No te importa?

Lena negó con la cabeza y ella abrió la ventanilla en cuanto tuvieron a Sara al alcance.

—¿Se te ha perdido algo por aquí?

Sonrió al ver el respingo de su amiga ante su pregunta y, segundos después, caminó hacia el coche con gesto de enfado. Algo que cambió en cuanto se dio cuenta que estaba compartiendo espacio con Lena.

—Vaya. Te veo muy bien acompañada —soltó y ella ya empezó a arrepentirse de haberse parado.

—¿Quieres subir?

—¿Estás segura de eso? —le cuestionó su amiga sonriente.

—No mucho, la verdad —contestó—. Te diré que ni siquiera ha sido idea mía.

—Por eso Lena cada vez me cae mejor y tú peor —señaló Sara antes de abrir la puerta trasera y meterse dentro—. Un placer volver a verte.

Su amiga lo soltó dirigiéndose en exclusiva a su compañera y, de forma totalmente correcta, le devolvió el saludo antes de ponerse en marcha de nuevo. Le indicó a Lena que siguiese todo recto y que más adelante le informaría del cambio de dirección.

—Y contadme, parejita —dijo Sara, recalcando bastante la última palabra—. ¿A dónde vais?

—¿De dónde vienes tú? —cuestionó, devolviéndole una pregunta.

—Yo he preguntado primero —aclaró su amiga—. ¿No piensas responder? Está bien —dijo resignada—. Lena, ¿dónde vais?

Cambió la receptora de sus preguntas y ella cerró los ojos porque la muy payasa nunca se rendía.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Llevas el coche —insistió Sara.

—Ya, pero el plan es idea de Emily.

—Así que de Emily. Interesante —señaló su amiga y sintió que le tiraba un pequeño pellizco en el costado—. Espero que dejes el listón bien alto, que se note que se nos da bien el tema citas.

—No es una cita —apuntó con rapidez, buscando incluso la mirada de su amiga—. Solo vamos a dar una vuelta —justificó y Sara sonrió mientras negaba con la cabeza—. Lena, puedes parar aquí mismo.

—¿Qué? Si aún queda para llegar a mi casa.

—Andar es beneficioso para la salud.

Lo soltó sin dejar de mirarla y, segundos después, Lena detuvo el coche. Su amiga se despidió amablemente de la conductora y a ella le dedicó un «tú y yo tenemos que hablar» antes de bajarse y cerrar la puerta. Se mantuvo a la espera hasta que la vio empezar a caminar y le indicó a Lena que podía retomar el trayecto. Le dio un par de indicaciones y, pasados unos minutos, le volvió a pedir que detuviese el vehículo.

—Por tu cara diría que no has estado por esta zona —señaló al bajarse del coche.

—No mucho, la verdad.

—Tranquila, no te voy a secuestrar.

—Es posible que no me importase —soltó Lena y ella acabó apartándole la mirada.

¿Se había sentido intimidada con esa frase? Era posible, sí. Pero es que también era normal. La gente no suele soltar ese tipo de información tan a la ligera.

—Tenemos que cruzar por aquí —dijo para indicarle y para intentar dejar su mente en blanco.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Lena cuando detuvo sus pasos de golpe y sin avisar.

—Creo que igual me he equivocado. Es posible que el plan no te guste —aclaró.

—Ni siquiera sé lo que es.

—Ya. Pero no te pega —afirmó—. Deberíamos volver. Buscaremos otro sitio.

Intentó girarse para volver sobre sus propios pasos, pero Lena la detuvo agarrándola de

una mano. Podría haber forzado y provocar que ese contacto entre ellas se rompiese, pero acabó agachando la mirada para observar mejor esa unión y para sentir que era agradable.

—Quiero descubrir qué es lo que has pensado para nosotras.

Lena lo dijo de forma segura y ella volvió a conectar con su mirada para descubrir que estaba sonriéndole. Acabó regalándole una pequeña sonrisa de vuelta y, cuando soltó su mano, sintió un ligero vacío. ¿Era eso posible? ¿Qué demonios le estaba pasando? Seguramente todo sería fruto del cansancio acumulado.

—Pues aquí estamos —dijo al detenerse delante de la puerta del lugar.

—¿Unos recreativos? —cuestionó Lena y ella asintió un poco nerviosa—. Me encantan.

—¿En serio? No me mientas.

—No te miento —aclaró la morena muy sonriente—. Disfrutaba muchísimo de pequeña cuando venía a estos sitios.

Sonrió al ver su ilusión y se sintió increíblemente bien por haber acertado en la elección del plan. Dedicó unos segundos a observarla y le encantó ver cómo miraba de un lado a otro nada más entrar.

—¿A qué quieres que te dé una paliza primero? —preguntó Lena.

—¿Tú a mí? —cuestionó—. Vas a flipar.

Alardeó y caminó directa hacia las típicas máquinas de encestar balones en canastas. Recordaba lo buena que era a ese juego y quería dejarle claro, desde el primer momento, que no se andaba con tonterías.

—¿Preparada?

—Preparadísima —aseguró la morena.

Ambas introdujeron la moneda a la vez en sus respectivas ranuras y se concentró como si aquella victoria fuese a costarle la vida. Era muy competitiva. Demasiado. Tanto que no dejó de intentar conseguir puntos hasta el último segundo.

—¡Toma ya! Ciento veinte puntos. Te dije que te machacaría —dijo Lena presumiendo de su hazaña—. ¿Tres cientos sesenta? —cuestionó al ver su marcador—. Eso es imposible. Esa máquina está trucada.

Sonrió orgullosa e incluso se cruzó de brazos mientras la veía examinar su zona de juego, totalmente convencida de que había algún truco. Hasta la retó a una nueva partida, pero cambiando las posiciones. Volvió a ganar de nuevo y esa vez Lena ni se molestó en comparar las puntuaciones. La animó a buscar otro juego y acabaron frente a una máquina que consistía en lanzar unas pelotas contra unos payasos y derribarlos. Era trabajo en equipo, así que ahí no había competición entre ellas.

—Eres malísima —bromeó mientras lanzaba y se fijaba en que Lena no acertaba en nada —. Jugando sola podría conseguir los mismos puntos que estando de pareja contigo.

La morena dejó de jugar y ni siquiera se dio cuenta, solo fue consciente de ello cuando la agarró desde la espalda, impidiéndole así derribar más payasos.

—Anda, venga. A ver cómo de buena eres ahora.

—Eso es trampa —dijo sonriente—. Suéltame —le pidió mientras intentaba librarse ella misma del amarre, pero le fue imposible y comprobó en primer plano cómo el tiempo de juego se agotó—. Tienes un mal perder increíble —señaló nada más ser liberada.

—Para nada —aseguró—. Vamos a esa.

La morena señaló una máquina con pistolas que había justo detrás. Sintió que cogía su mano y ni se atrevió a decir una sola palabra, dejó que la escena fluyera porque quería comprobar si se sentía igual de bien que cuando lo hizo en la puerta del lugar. Y sí. Era extraño y

bastante confuso, pero sentir el contacto de Lena, de forma tan directa, despertó cierto cosquilleo en la palma de su mano y consiguió que sonriera.

—Te vas a enterar —comentó la morena tras soltarla e introducir una moneda para cada una—. Estas sí que se me dan de puta madre.

Vaciló sonriente y ella, de nuevo, activó todos sus sentidos para no perder esa batalla. Y sí, le daba algo de pena Lena, pero a ella no le gustaba perder y tampoco le parecía bien dejar ganar a la gente simplemente por pena.

—Mierda —soltó la morena cuando la partida finalizó.

—No te mortifiques —comentó posando una mano sobre su hombro—. Solo te he sacado cuarenta puntos de diferencia.

Sonrió en cuanto sus ojos se clavaron en los suyos y le apartó la mirada solo para examinar el lugar y encontrar el siguiente reto. Pero se quedó en un intento porque Lena decidió por ella y la animó a seguirla. Esa vez lo hizo sin agarrar su mano y tuvo que reconocer que sintió que le faltaba algo.

—Eres estúpida, Emily. Céntrate —dijo para sí misma.

No quería dejarse arrastrar por ese tipo de pensamientos ni ilusionarse por nadie. No era el momento.

—¿Qué me das si te saco un peluche?

La observó detenerse en la típica máquina de gancho y se detuvo a su lado para observar la situación. Estaba bastante llena, así que intuía que sería difícil obtener un premio porque la garra no encajaría bien, eso contando que quisiera cerrar a la primera.

—Quiero el dinosaurio —señaló y Lena la miró con una ceja alzada.

—Es el más complicado.

—También es el más bonito.

Se justificó con total sinceridad. Y es que aquella réplica en miniatura de un cuello largo en color verde era una auténtica monada.

—¿Qué me ofreces a cambio si te lo consigo?

Insistió con su propuesta anterior, ya que ni le había contestado, y se quedó en silencio unos segundos buscando la mejor respuesta.

—¿Por qué debería ofrecerte algo a cambio?

—Porque obtendrías el dinosaurio más bonito del lugar —contestó Lena cargada de confianza y optimismo—. Si lo consigo tendrás que darme a cambio lo que yo quiera —propuso ante su silencio—. Me lo tomo como un sí.

Ni siquiera le dio tiempo a aceptar y, aunque pudo negarse justo después, no lo consideró necesario. ¿Qué podría pedirle a cambio Lena? ¿Una nueva salida las dos juntas? ¿Otra nueva cena en su casa? Las preguntas empezaron a amontonarse en su cabeza, pero todo se quedó en segundo plano cuando la vio quitarse la cazadora para pedir que se la aguantara, descubriendo lo bien que le sentaba aquella camiseta ceñida. Y sí, ya la había visto en otras ocasiones fuera del ámbito profesional y de esos trajes tan bonitos que solía ponerse, pero no creía haberse fijado tan bien.

—¡Sí!

Se sobresaltó ante su enérgica exclamación, ya que había estado concentrada en otras cosas y sonrió al descubrir que había conseguido sacar el peluche a la primera.

—Soy la mejor —dijo Lena alardeando ya con el dinosaurio en las manos.

—Estas cosas son pura suerte.

—¿Quieres quedarte sin el peluche? —le cuestionó alzando una ceja.

Se lo arrebató de las manos con un «es mío» y le gustó verla sonreír ante aquel robo improvisado. Le devolvió la cazadora y al desprenderse de ella se dio cuenta que llevaba su perfume impregnado ahora en sus manos.

—¿Te apetece ir a cenar? Conozco un sitio buenísimo.

—Hoy soy yo la que propone las cosas, ¿recuerdas?

Se lo recordó y una nueva sonrisa apareció en sus labios. Podría haber dado por finalizada la salida, pero le apetecía seguir compartiendo más tiempo a su lado y en casa no tenía nada mejor que hacer. Así que pensó que alargar la noche sería su mejor opción.

18

El timbre de casa la despertó y, al mirar y comprobar la hora en el móvil, se llevó la sorpresa de que aún le quedaba media hora de estar tirada en la cama. No sabía quién se había atrevido a tal cosa, pero odiaba a esa persona con todas sus fuerzas. Se levantó al escuchar que ahora cambiaban de método y empezó a desesperarse con cada golpecito contra la puerta.

—No podía ser otra —soltó molesta tras abrir y descubrir que era Sara.

—Buenos días a ti también.

La miró con cara de pocos amigos y, sin decirle una sola palabra, la observó adentrarse en su piso con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué haces aquí tan temprano? Me has despertado —señaló por si no le había quedado claro.

—Tenemos que hablar.

—Podemos hablar en cualquier otro momento del día.

—No. Tú ahora te vas a trabajar, luego tienes universidad y esto es urgente —aclaró Sara.

—Está bien. Cuéntame qué te ha pasado.

Se resignó y se dirigió al baño para empezar a asearse. Total, esa media hora de descanso, que aún le quedaba, sería imposible de recuperar.

—No. No. Cuéntame tú —apuntó su amiga mientras se lavaba la cara.

—¿Yo? —cuestionó y la vio asentir—. ¿Has venido tan temprano para...?

Dejó la pregunta sin terminar en el aire, aunque ya intuía a qué se refería.

—Para que me cuentes tu cita ayer con Lena.

—Eres insufrible.

Lo soltó con toda la sinceridad del mundo y a su amiga aquellas palabras le hicieron bastante gracia, ya que una enorme sonrisa decoró su rostro de forma inmediata.

—Cuéntame.

Sara insistió y ella salió del baño sin querer decir una sola palabra, pero su compañera no parecía querer dejar ahí el tema, así que la siguió hasta su habitación.

—No fue una cita —dijo para dejarle claro el único detalle del que quería hablar.

—Ya, claro.

Escuchó esas palabras casi susurradas y le clavó la mirada con intensidad antes de coger la ropa para empezar a vestirse.

—¿Por qué no me cuentas tú qué hacías en esa zona ayer?

Cambió el destinatario del interrogatorio y fue su turno de sonreír al ver su gesto.

—Estaba dando un paseo.

—Un paseo —repitió nada convencida.

—Así es, sí —insistió Sara con bastante rapidez—. Por cierto, esos pantalones te hacen un culo estupendo —aclaró en cuanto cambió el pijama por el vaquero—. ¿Pretendes captar la atención de cierta morena?

—Me los he puesto mil veces —dijo y acabó bufando ante la tonta sonrisa de su amiga —. ¿Qué hacías por esa zona? —insistió.

—Nada. Solo quedé con Alma —contestó deprisa, sin querer darle importancia y su cabeza empezó a funcionar a toda prisa para intentar recordarla—. Ahora tú. Cuéntame qué tal con Lena.

—¿Alma? ¿La chica que iba detrás de ti y tú pasabas de ella porque creías que era aburrida?

—No sé de qué me estás hablando.

—Venga ya, Sara. Hiciste una presentación en el ordenador con los pros y los contras.

Sonrió ante su gesto de fastidio y terminó de vestirse antes de volver al baño para peinarse porque sí, ahora la conversación le interesaba bastante pero tenía un trabajo al que llegar a tiempo.

—¿Qué hicisteis? —preguntó desde la distancia y dio un respingo en cuanto su amiga se presentó un segundo después delante de ella.

—Te lo voy a contar a cambio de que tú me cuentes tu cita con Lena.

—No fue una cita —recalcó—. Pero está bien.

Le interesaba muchísimo el tema como para dejar escapar esa oportunidad.

—¿Y bien? —insistió mientras se recogía el pelo en una coleta.

—Seré clara y directa y espero que tú seas igual conmigo —aclaró su amiga—. Nos acostamos.

—¿Qué? —soltó sorprendida—. ¿Así sin más?

—Hay que aprovechar el momento, Emily.

—¿Cuántas veces habéis quedado? —cuestionó cruzándose de brazos y clavándole la mirada—. Tú nunca te acuestas con alguien en la primera cita.

—Siempre hay una primera vez —comentó y ella alzó una ceja pidiéndole, con ese simpe gesto, más información—. Está bien. Nos hemos visto solo unas cinco veces.

—¿Por qué no nos has contado nada? ¿Por qué no me has contado nada? —rectificó—. Estás pesadísima con el tema Lena y tú llevas media vida saliendo con una chica que no te interesaba lo más mínimo —aclaró.

—¿Qué puedo decir?

Negó con la cabeza mientras su amiga sonreía y pensó en lo pesada que estaba siendo con que le diese una oportunidad a Lena mientras ella estaba viviendo el inicio de algo con otra persona y totalmente en secreto.

—Está feo guardar ese tipo de cosas a tus amigas —dijo saliendo del baño para ir a por su mochila—. Así que espero tener un informe detallado de todo a primera hora de la tarde.

—¿Qué tal tu cita con Lena?

—No fue una cita —insistió y fue el turno de Sara de alzar una ceja—. Estuvimos en los recreativos.

—Si quieres ver sus habilidades con las manos invítala mejor a tu cama.

—No quiero nada con ella —aseguró—. ¿Qué? —soltó al ver su sonrisa.

—Nada, nada —contestó su amiga alzando las manos—. ¿Y qué tal os fue en los recreativos?

Contestó con un simple y escueto «bien» y prefirió guardarse la respuesta detallada porque no solo se lo pasó bien, se lo pasó muy bien. No recordaba haber estado tan a gusto y tranquila con alguien desde hacía tiempo. Lena fue amable, atenta y divertida y tuvo algunos detalles que no pasaron desapercibidos. Como por ejemplo el hecho de que cogiese su mano en un par de ocasiones, algo bastante simple, pero a lo que su sistema respondió con entusiasmo.

—Solo bien no es una respuesta —señaló su amiga mientras ella comprobaba que llevaba todo lo necesario en la mochila—. Explícate un poco.

—Fue divertido.

—Joder, Emily. Haznos un favor y no perdamos más el tiempo.

Se giró con la mochila colgada en la espalda y descubrió a su amiga con los brazos cruzados.

—¿Te gustó compartir ese tiempo con ella?

¿Le gustó? Bastante, la verdad.

—No estuvo mal —contestó con menos entusiasmo porque no quería que su amiga se montase una historia diferente en su cabeza.

—Tu sonrisa tonta me dice que estuvo bastante bien.

Cambió el gesto de su cara de forma radical al descubrir que, involuntariamente, una estúpida sonrisa había aparecido en sus labios al recordar a Lena.

—Venga, Emily. Somos amigas. Cuéntame.

—Estuvo genial —reconoció y ambas sonrieron—. Lena es una mujer increíble. Amable, atenta y hace que me olvide de todo lo vivido con Sonia.

—Tienes que dejar de pensar en ella.

—Ayer no pensé en ella —reconoció—. Estar con Lena me viene bien, pero no quiero nada con ella.

—¿Por qué?

—Porque no quiero y no estoy preparada —confesó.

—Joder, Emily. No pierdes absolutamente nada por conocerla más a fondo —aseguró Sara—. ¿Qué podría pasar?

—Podría salir tremendamente jodida, otra vez —aclaró y sintió algo de emoción al recordar lo dura que había sido su última relación.

—O también podrías salir tremendamente agradecida —le indicó su amiga—. ¿Crees que Lena tiene alguna posibilidad?

Negó con la cabeza y se movió con algo de prisa tras comprobar la hora y darse cuenta de que se le estaba echando el tiempo encima.

—¿Ninguna?

Su amiga insistió incluso agarrando su mano para que frenase aquella despedida inminente.

—Sí que tiene posibilidades —aseguró Sara muy sonriente y contagiándole la sonrisa.

—Pero, ¿qué dices? —soltó a la defensiva—. Ya te he dicho que no.

—Tu gesto te delata. A mí no puedes engañarme.

—No tienes ni idea —señaló.

—Tú sí que no tienes ni idea.

Le clavó la mirada para hacerle ver lo confundida que estaba, pero se le escapó una nueva sonrisa y la muy imbécil de su amiga aplaudió con una felicidad desbordante.

—Me alegro tanto por ti —dijo Sara—. Esta vez te va a ir genial, ya verás.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó sin perder la sonrisa.

—A callar —le ordenó, incluso poniendo un dedo sobre sus labios—. Y vámonos que con la tontería vas a llegar tarde a trabajar.

La empujó con suavidad tras soltarle un «tremenda imbécil» y salieron de su piso juntas mientras ella buscaba en el fondo de la mochila los guantes de bicicleta que Lena le regaló al principio de toda aquella aventura. Sonrió inconscientemente y pensó en cómo se presentaría hoy delante de ella. ¿La sorprendería con alguna de sus iniciativas? Esperaba que sí.

*****

Comprobó la hora y se desesperó un poco ante la posibilidad de que Emily hubiese salido ya del edificio. No había tenido oportunidad de encontrarse con ella ese día y había pensando en

esperarla fuera para compartir unos minutos.

—¿De verdad no quieres que te lleve?

Marina insistió y ella cayó en la cuenta de que seguía ahí y que no estaba sola con sus pensamientos.

—¿Qué haces aún aquí? —cuestionó—. Y ya te he dicho que no. Me las apaño sola.

—¿Y por qué la esperas aquí fuera? ¿Acaso tienes miedo? Me has asegurado que la cita de anoche no fue mala. ¿Me estás mintiendo?

—La cita de anoche fue genial —aseguró sin dudar—. Pero prefiero esperarla aquí y no agobiarla en horas de trabajo.

Escuchó que susurraba un «increíble» y le clavó la mirada con intensidad.

—¿Qué? Llevas semanas intentando pegarte a ella como un mono tití —apuntó su amiga —. ¿Ahora vienes con que no quieres agobiarla?

—No lo entiendes —señaló.

—Desde luego que no.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntó antes de volver a comprobar la hora—. Viene por ahí —le informó en cuanto sus ojos se encontraron desde la distancia—. Venga, lárgate.

—¿Tienes miedo a que te vea cómo eres con ella?

Su amiga se lo soltó sonriente y ella sintió verdadero terror. ¿Cómo era posible que la hubiese descubierto? Esa mujer tenía un sentido extra.

—Seguro que pones cara de tontorrona y eres incapaz de borrar la sonrisa —aseguró Marina.

—Lárgate.

Insistió e incluso la empujó en dirección al sitio en el que solía aparcar el coche pero o ella se había vuelto una floja o su amiga se había apuntado en secreto al gimnasio. No fue capaz de moverla ni un solo centímetro.

—¿Qué tal, Emily?

La pregunta de su amiga hizo que dejase todo movimiento y se centrase en aquella chica que había conseguido lo imposible con ella, que le interesase alguien de verdad.

—¿Qué hacéis aquí?

—Yo te estaba esperando y Marina ya se iba —respondió con rapidez, clavándole de nuevo la mirada a su amiga.

—¿Qué tal si tomamos algo?

Frunció el ceño en cuanto su compañera soltó esa pregunta y rezó lo imposible para que Emily rechazase la propuesta.

—Es que voy con la bici y...

—No importa —cortó Marina—. Yo llevo a Lena a por su coche y pasamos después a por ti a tu casa.

—¿Aún no te han arreglado el pinchazo?

Emily se lo preguntó directamente y ella recordó lo oportuno que fue aquel percance la pasada noche. Su plan de ir a cenar tras los recreativos quedó olvidado en cuanto descubrió que tenía un pinchazo. Y no. No sabía cambiar una maldita rueda. Así que solo le quedó la opción de llamar a la grúa.

—Me dijeron que pasase a las siete —aclaró.

—Perfecto. ¿Nos vemos después en tu casa?

Marina lo propuso sin consultárselo y lo que más le sorprendió fue que Emily aceptase sin ningún tipo de problema. Justo después se despidió de ambas y la observó prepararse para

subirse en la bicicleta. Se quedó tan estática con lo que acababa de ocurrir que tuvo que avanzar con rapidez para alcanzarla en cuanto se movió unos metros.

—¡Emily! —exclamó su nombre y la observó detenerse justo después—. No tienes que aceptar, Marina es una pesada.

—No hay problema. Me apetece quedar —dijo con una sonrisa.

—¿Seguro? —cuestionó no muy convencida—. Puedo librarme de ella.

—Eso ha sonado muy mafioso —señaló y ambas sonrieron—. Nos vemos luego.

Se lo aseguró cargada de confianza y le puso una mano sobre la solapa de la chaqueta antes de girarse y ponerse a pedalear de nuevo. Volvió a quedarse clavada en el sitio, pero esa vez por la descarga tan agradable que acababa de sentir con su contacto. Sonrió acariciando la misma zona que ella había tocado y fue incapaz de apartarle la vista hasta que la perdió entre las calles de la ciudad.

—Joder, sí que estás pilladísima —soltó Marina a su lado.

—Vamos a por mi coche.

Lo dijo tras regalarle una nueva intensa mirada y caminó por delante de ella tras escuchar cómo se reía. A la simpática de su amiga todo aquello le hacía mucha gracia, pero ella no entendía el motivo.

—¿Quieres pasar por un ramo de flores? —preguntó Marina dejándola fuera de juego—. Para regalárselo a Emily después —aclaró ante su gesto.

—Que te jodan.

—Me vendría muy bien, la verdad.

—Pues queda con Noah y déjanos en paz a Emily y a mí.

—Hemos roto —soltó su amiga antes de abrir el coche.

—¿Qué? —cuestionó confusa y tuvo que meterse con rapidez dentro del vehículo porque su amiga arrancó el motor de golpe—. ¿Cómo que habéis roto? ¿Por qué no me has dicho nada?

—No seas dramática —le pidió Marina—. Ocurrió anoche.

—¿Y cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —le indicó antes de incorporarse al tráfico—. No teníamos título de pareja como tal —aclaró—. O sea, que no era nada serio. Y nada, nos dimos cuenta de que no encajábamos tan bien como pensábamos.

La miró esperando algo más de explicación, pero ni una sola palabra más apareció en los labios de su amiga. Se guardó un «¿y ya está?» porque, aunque tenía mucha curiosidad por saber cualquier mínimo detalle, tampoco sabía si era correcto insistir en un tema así. Marina no parecía muy afectada, la verdad. Pero era posible que por dentro fuese un aluvión de sentimientos enfrentados. Le apartó la mirada pasados unos segundos, pensó en lo jodido que sería estar en su posición e imaginó que lo mejor, en una situación así, sería estar con gente que la animase. Quizás por eso su amiga había propuesto aquel plan esa tarde. Sonrió con algo de pena y posó una mano sobre su hombro mientras conducía.

—Eres una buena amiga —aseguró.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marina sonriente.

—Solo quería que lo supieras.

Lo soltó encogiéndose de hombros y ambas volvieron la vista al frente. Se quedó con ganas de hacer algo más por ella, pero era bastante patosa en ese tipo de situaciones y prefirió callarse y dejar que todo fluyese. Con suerte conseguirían que Marina esa noche se distrajera y no pensase tanto en lo ocurrido con su vida sentimental.

*****

Se comprobó una vez más delante del espejo del baño y se movió el pelo a un lado antes de asegurarse que el maquillaje estaba correcto. Había optado por algo sencillo, la línea del ojo, un poco de sombra y los labios de rojo. Como conjunto había elegido unos vaqueros negros ajustados, una camiseta corta del mismo color, una sobrecamisa de franela del mismo tono pero con cuadros que hacían juego con el color de su pintalabios. Se echó colonia tras dar por finalizado su atuendo y frunció el ceño extrañada cuando el timbre de casa sonó. No esperaba a nadie. Bueno sí, a Lena y Marina, pero pensó que le mandaría un mensaje o la llamaría por teléfono.

—No hacía falta que... ¿Qué haces aquí? —preguntó tras abrir la puerta y descubrir que era Sara.

—¿No puedo venir a ver a mi amiga? —le cuestionó—. ¿A dónde vas?

—He quedado —contestó sin andarse con rodeos—. He quedado con Lena —aclaró al ver su gesto de querer saber más.

—Te has arreglado a conciencia.

—¿Qué dices? Voy normal.

Lo intentó decir de la forma más convincente posible porque, aunque había dicho la verdad e iba bastante sencilla, también era cierto que dedicó algo más de tiempo en pensarse el atuendo.

—Además, no pienses cosas raras porque también viene una amiga suya.

—¿Vais a por un trío?

—Eres imbécil.

Dejó el tema ahí porque, justo en ese momento, le llegó un mensaje al móvil. Comprobó que era Lena, avisando de que ya estaban abajo. Le pasó la información a su amiga y ambas salieron del piso mientras ella era acosada con mil preguntas. Sara no perdía la oportunidad para sonsacarle lo que fuese en cualquier momento.

Nada más poner un pie en la calle las descubrió fuera del coche de Lena hablando tranquilamente. Ya había recogido su vehículo y sonrió al recordar lo frustrada que se sintió la morena cuando su plan de cena se fue al traste al descubrir el pinchazo en la rueda.

—¿Por qué no me habías dicho que era tan guapa?

Frunció el ceño ante la pregunta de su amiga y también por haberle cortado el paso poniéndose justo delante.

—La amiga de Lena —le aclaró al ver que no respondía—. Es jodidamente guapa —recalcó.

—De todas dices lo mismo —le recordó.

—Es más guapa que Lena —aseguró Sara.

—Ni de coña.

Lo soltó sin pensar y se dio cuenta de lo que acababa de decir debido a la sonrisa de su amiga. Odiaba cuando ella misma se traicionaba.

—Paso de ti —dijo antes de ponerse a caminar hacia el coche.

—Oh, venga ya. No seas así, Emily —le pidió Sara siguiendo sus pasos—. Está bien que te des cuenta de las cosas y las reconozcas.

La ignoró por completo y, nada más llegar al alcance de las otras dos, las saludó y, de forma inconsciente, sus ojos le dedicaron más tiempo a Lena. No le había dado tiempo a cambiarse, pero no le importaba. Le encantaba lo bien que le sentaba un traje.

—Hola, Lena. ¿Qué tal? —le preguntó Sara directamente con dos besos incluidos—. ¿Y tú eres?

Se dirigió a Marina y ella cerró los ojos intentando controlar las ganas de empujarla y sacarla de la escena cuanto antes. Las observó presentarse y se fijó en que Lena sonreía y decidió no dejarse llevar por la cara dura de su amiga.

—¿Nos vamos?

Se lo preguntó a Lena y, cuando su mirada se centró en ella, le devolvió la sonrisa. La observó asentir con la cabeza y, segundos después, animó a su compañera para que se subiera al coche. Lo que no esperó, en ningún momento, es que Sara, por cuenta propia, se uniese al plan.

—¿Qué haces? —le susurró en cuanto Lena puso el coche en marcha y la radio empezó a sonar.

—¿Qué hago? —cuestionó su amiga—. Estás completamente loca si piensas que voy a perderme esto.

—Te odio.

—Y yo te amo. La combinación perfecta.

Negó con la cabeza y decidió mirar a través de la ventanilla. No tenía ningún problema en compartir tiempo y espacio con ella, pero a veces era demasiado entusiasta y cotilla y no quería que la pusiera en algún tipo de aprieto.

—Oye, Marina —dijo Sara captando la atención de la chica—. ¿Tú también vives en la ciudad?

—Sí. Cerca de Lena. Alguien tiene que cuidar de ella —aseguró con una sonrisa y ella también sonrió al ver el gesto de fastidio de la aludida.

—Me pasa exactamente igual con Emily.

Fue su turno de mirarla mal y la muy tonta le dedicó una sonrisa completa y una ligera palmada en el muslo.

—¿Y cuántos años tienes?

Su amiga siguió con el interrogatorio y ella le propinó un golpe en la pierna con la mano para que se cortase un poco.

—Treinta. ¿Y tú?

—Veintisiete. Nos llevamos solo tres añitos —apuntó Sara y ella se echó el pelo hacia atrás en un gesto de intentar calmarse.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Pretendía tontear con Marina? Esperaba que no. No quería tener que soportar tal cosa. Además, su amiga le acababa de confesar, horas atrás, que ya estaba intentando algo con otra. Así que decidió relajarse y dejar que esas dos siguieran haciéndose ese cuestionario de revista para adolescentes mientras ella se centraba en observar cómo Lena conducía. Nunca se había fijado porque siempre le tocaba ir de copiloto y resultaría raro estar observándola. Pero ahora, desde su posición atrás, podía mirarla con tranquilidad. Y sí. Le sentaba bien conducir. Le parecía una imagen bastante atractiva. Mujer de pelo largo en traje llevando un coche llamativo por el tráfico de la ciudad. Podría ser la escena de un anuncio perfectamente, pero prefería recrearlo solo para ella, la verdad.

Se sorprendió cuando el vehículo se detuvo. ¿Había pasado demasiado tiempo perdida en sus pensamientos? Posiblemente. Pero eso le había ayudado a ignorar las preguntas de Sara. Tenía toda la noche por delante y era consciente de que su mente necesitaba un descanso previo.

—¿Estás bien? —le preguntó Lena tras bajarse todas del coche, quedándose ellas dos un poco más atrás.

—Lo estoy —contestó mirándola a los ojos—. Estoy bien, de verdad —aseguró al ver que su mirada parecía buscar algo más.

La observó asentir y su amiga gritó su nombre desde la puerta del local.

—Siento su incorporación —señaló.

—¿Por qué? Me cae muy bien —le indicó Lena sonriente.

—Es muy pesada, ya lo verás.

Se lo dejó claro y decidieron caminar hacia ellas porque Sara, a ese ritmo, iba a quedarse sin voz por repetir con tanta insistencia el nombre de ambas. Bajó la mirada y, al observar la mano de Lena, se quedó con las ganas de volver a sentir su contacto. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo? Le pasó igual esa misma tarde cuando se despidieron. Por eso tuvo que buscar su calor tocándola, aunque la tela de la chaqueta le estorbó bastante.

—Vaya. Este sitio es increíble —dijo nada más poner un pie dentro del local.

—¿Nunca habías estado aquí?

Negó con la cabeza y sus ojos empezaron a viajar por todo el lugar. La decoración era increíble. Todo lleno de colores vivos y llamativos. Los asientos eran acolchados, había mesas con sillones corridos y hasta la imitación de un pequeño carrusel en mitad del sitio. También se fijó en el techo, decorado con un material que hacía crear que estuviese cubierto de nubes y la iluminación, que había puesta en exclusiva para esa función, daba la sensación de que había tormenta.

—Han ido atrás —le indicó Lena al darse cuenta, solo con la mirada, de que estaba preguntando por las otras dos—. Es igual que esto, pero hay una mesa de billar y un par de máquinas.

Caminaron hacia esa zona en concreto y al localizar a Marina y Sara descubrió que no parecía importarles lo más mínimo su no presencia. Se habían sentado juntas y sonreían mientras charlaban.

—¿Crees que...?

Lena dejó la pregunta sin terminar en el aire, observando a sus dos amigas y ella le devolvió la mirada tras unos segundos.

—No creo —contestó, sabiendo que se refería a la posibilidad de algo entre ellas—. ¿Tú crees que sí?

—No estoy segura.

Se dedicaron una amplia sonrisa y terminaron de recortar la distancia con las otras dos. Segundos después llegó una camarera y, ante su indecisión, dejó que Lena, que ya había estado ahí, pidiera por ella.

—¿Este es el sitio al que venís a ligar? —soltó Sara.

—Es un buen sitio la verdad —aseguró Marina sonriente.

Giró el rostro unos centímetros, para ver el gesto de Lena. También sonreía y ella se preguntó si seguía viniendo a ese sitio para el mismo cometido. ¿Debía importarle? Pues no. Pero tenía mucha curiosidad.

—Hace tiempo que no venimos —aseguró Lena dejándola más tranquila, aunque sin saber muy bien el motivo—. No desde que empezaste con Noah.

Abrió un poco más los ojos ante aquella información. Recordaba que Marina tenía algo con alguien, pero no sabía hasta qué punto. Y tampoco sabía si lo descubriría esa noche, ya que la aludida le clavó la mirada con intensidad a Lena, señal de que acababa de meter la pata.

—Y no desde que empezaste a conocer a Emily —señaló Marina, devolviéndosela—. Por cierto, Noah y yo no tuvimos nada serio y ya es pasado —aclaró mirando a Sara.

—El pasado es pasado —señaló su amiga sin querer darle más importancia.

A ella poco le importaba todo aquello, la verdad. Su mente se había quedado en el hecho de que Lena no había vuelto a ir a ese sitio a ligar desde que empezó a conocerla. Era una

tontería porque no tenían nada, pero era llamativo. ¿De verdad tenía tanto interés en ella? Le hubiese encantando hacerle un interrogatorio ahí mismo, pero no era el momento y, además, la camarera llegó con sus bebidas. Eran cuatro cócteles y le gustó el hecho de que Lena le dejase probar del suyo también para que decidiera el que más le gustaba.

—¿Echamos un billar? —propuso Sara.

—Es que Lena es muy mala jugando a todo, prefiero quedarme aquí con ella.

—Soy buenísima al billar —aseguró la aludida.

—Eres pésima —aseguró Marina—. Vamos tú y yo.

La amiga de Lena se lo dijo directamente a Sara y ella sonrió porque su forma, poco sutil de decir que quería quedarse a solas, funcionó correctamente. Sara tendría vía libre con Marina, algo que no acababa de convencerla, pero estaba dispuesta a sacrificarse.

—Igual no es buena idea dejarlas a solas —apuntó Lena en cuanto se marcharon.

—¿Por qué? Son mayorcitas —aseguró viendo cómo su amiga pasaba por el lado de Marina, acariciándole la cadera a su paso—. No es nuestro problema.

Y lo dijo más para concienciarse ella misma. Porque aquellas dos parecían haber congeniado bastante bien y muy rápido y no quería pensar en cómo su amiga volvería a despertarla al día siguiente.

—¿Y tú? ¿Alguna vez has llegado a congeniar con alguien así de rápido? —preguntó Lena—. Perdón, acabo de meter la pata.

—No te preocupes.

Intentó quitarle importancia y, sobre todo, borrar los pensamientos que acababan de llegar a su mente. Porque sí, había congeniado con alguien así de rápido. Con Sonia. Pero aquello no terminó nada bien y tampoco quería seguir dándole importancia. Aún así sentía que Lena merecía saber algo más sobre el tema.

—Con mi ex —aclaró tras unos segundos—. Fue bastante intenso desde el principio. Pero ya ves que eso no significa nada. ¿Y tú?

—Nada que destacar.

—Venga ya, ¿te da vergüenza hablar de eso conmigo?

—Para nada —contestó la morena inmediatamente—. Es solo que no he tenido suerte.

—No te creo para nada. Seguro que eres una ligona. Lo sabes y lo sabemos —aseguró—. ¿Acaso no te has dado cuenta cómo te están mirando esas dos de la derecha?

La observó contener una sonrisa y, de forma disimulada, ambas miraron a las chicas que llevaban rato mirando en su dirección. No les culpaba. Lena era bastante atractiva y llamaba mucho la atención.

—¿Qué harías a continuación? —preguntó interesada y tuvo que hacer una aclaración porque no parecía entender muy bien la pregunta que acababa de lanzar—. ¿Te gustaría acercarte a ellas?

Ni siquiera sabía por qué le estaba haciendo ese tipo de preguntas. ¿Quería saber su respuesta si fuese afirmativa? Tenía sus dudas.

—No quiero acercarme.

—¿Por qué? —insistió fingiendo una sonrisa.

—Porque estoy donde quiero estar.

Lena lo dijo sin inmutarse y sin dejar de mirarla a los ojos y a ella algo empezó a hacerle cosquillas por dentro. La había dejado fuera de juego y sin saber qué contestarle y, de repente, la gente que las rodeaba empezaba a estorbarle. Quería compartir algo más de intimidad con ella.

—¿Qué te parece si vamos a otro sitio? Me gustaría llevarte a un lugar —aclaró—.

Bueno, tendrías que conducir tú.

—Eso está hecho.

—Voy a avisar a Sara, creo que he visto que entraba al baño.

Aprovechó el momento de levantarse y de tener que pasar por detrás para hacer contacto con su hombro. Dio un ligero apretón y le gustó y le sorprendió a partes iguales que Lena le cogiese la mano. Se quedó parada mientras se la sostenía y se levantaba y aguantó el tipo porque estaban tan cerca que sus cuerpos casi se rozaban.

—Pago y te espero en el coche, ¿vale?

Asintió como respuesta y la observó alejarse mientras ella se regañaba internamente ante las reacciones que estaba experimentando. ¿Pero qué demonios le estaba ocurriendo?

19

El hecho de que Marina propusiera una quedada conjunta esa tarde le fastidió cualquier plan, pero ahora ni se acordaba de eso porque la propia Emily le ofreció irse a otro sitio las dos solas. Ni le preguntó por el lugar y tampoco le importaba. Le valía solo con estar con ella y se moría de ganas de acercarse un poco más, por eso le fue inevitable no coger su mano cuando la posó en su hombro para volver a comprobar lo increíblemente bien que le sentaba su contacto directo. Necesitaba experimentar su calor de la forma más cercana posible y vio la oportunidad perfecta cuando ella dio el primer paso.

—Arranca.

Emily se lo pidió nada más entrar en el coche y ella le clavó la mirada porque parecía que había ocurrido algo.

—No quieres saberlo —aclaró sin que le preguntase—. Bueno sí, mereces saberlo.

Sonrió ante su cambio repentino y la observó moverse en el asiento para que sus miradas conectasen mejor.

—Tu amiga y la mía estaban liándose en el baño.

—Vaya. No pierden el tiempo.

—Y tanto. Joder. Se acaban de conocer —señaló Emily—. ¿No pueden controlarse e irse a casa?

Sonrió ante su molestia y puso el coche en marcha mientras veía que se ponía el cinturón de seguridad.

—Hay veces que es difícil controlarse.

Pensó en todas las ocasiones en las que había tenido ganas de besarla sin importarle el sitio o que estuvieran rodeadas de más gente y cayó en la cuenta de lo suertuda que era su amiga. Lo consiguió a la primera y sin despeinarse. Dejó sus pensamientos a un lado cuando Emily le indicó el camino y decidió centrarse en conducir. El silencio que las envolvía era totalmente contrario a lo agradable que se había sentido en el local. Tampoco era incómodo, pero prefería escuchar su voz que aquellos temas aleatorios en la radio.

Se sorprendió que le pidiese que aparcase cerca del puerto, ya que nunca le había mencionado el lugar y ambas salieron del coche a la vez para encontrarse justo delante.

—Es por ahí.

Emily señaló una zona que quedaba entre una pequeña playa y una fortificación antigua y algo destruida que hace años debió ser un faro. Localizó un estrecho camino y la castaña la guió hasta un banco que daba hacia el mar. La observó sentarse primero y ella la imitó unos segundos después.

—Es de mis sitios favoritos de la ciudad —le aclaró Emily—. Pero no vengo mucho porque me pilla algo lejos en bicicleta.

—Puedo traerte cuando quieras —aseguró y le encantó verla sonreír.

—Nunca he venido con nadie.

—¿Con nadie? —cuestionó—. ¿Soy la primera chica a la que traes aquí?

Emily asintió y ella prefirió no insistir en preguntarle si alguna vez había llevado a su ex. Estaba segura de que sería algo de mal gusto y que le haría cambiar el humor. Y no. No estaba dispuesta a tirar el agradable momento que estaban compartiendo a la basura.

—Si te lo estás preguntando, tampoco vine aquí con Sonia.

Resolvió su duda en una frase y pensó en que, aunque no habían congeniado igual de rápido que sus amigas, se les daba bien entenderse sin tener que pronunciar palabra alguna.

—Debería haberte traído con mejor tiempo. La temperatura no es muy agradable.

—¿Tienes frío? —preguntó y se fijó en que se acariciaba los brazos con ambas manos.

—Estoy bien. No te preocupes.

—No me mientas, está feo —aseguró y ambas sonrieron—. Te dejaré mi chaqueta.

—No. ¿Estás loca? No quiero que te resfríes por mi culpa.

—No me pasará nada —aseguró.

—Olvídalo. No la voy a aceptar.

Emily lo dejó bien claro y que la mirase con una ceja alzada provocó cierto hormigueo en su sistema. Le gustaba ese gesto en ella y todo lo que le producía.

—Pero puedes pegarte un poco. Algo de calor humano no me vendría mal.

Sonrió ante su propuesta y no tardó ni un segundo en cumplir con lo que le acababa de pedir. Se pegó todo lo posible sin tener que medirse, ya que se lo había pedido ella misma, y aprovechó para impregnarse de su olor y de su calor. ¿Cómo era posible sentirse tan bien solo con un simple acercamiento? Sintió su cabeza apoyada en el hombro y pensó en las increíbles ganas que tenía de seguir avanzando y poder tener más de ella, pero cayó en la cuenta de que observar el mar a su lado en plena noche también le valía.

—Tienes buen gusto para elegir sitio favorito.

—¿Tú crees? —cuestionó Emily y ella hizo un ruidito con la garganta para afirmarlo sin tener que pronunciar palabra—. Podemos compartirlo si quieres.

—Me parece genial.

Sonrió sin tener que contenerse, ya que Emily seguía apoyada en su hombro y no podía ver la cara de tonta que tenía. ¿Cómo había llegado al punto de disfrutar con un plan tan sencillo? Ella era de salir a tomarse un par de copas para acabar dejándose llevar por el deseo. Aquella chica, que ahora mismo tenía a su lado, había conseguido que cambiara por completo su objetivo. Ya no necesitaba ese tipo de encuentros casuales, prefería mil veces compartir cualquier momento con ella. ¿Era cursi? Posiblemente sí. Pero era la verdad. ¿Debía confesárselo? Igual era demasiado y no quería que se asustase y que volviesen de nuevo a la casilla de salida, esa en la que ella no salía muy bien parada. Era por eso por lo que actualmente prefería ir con pies de plomo y no lanzar tantas indirectas.

Se le escapó un bostezo y, de forma inmediata, sintió frío en su hombro, ya que Emily levantó la cabeza y le clavó la mirada.

—¿Tienes sueño?

—Que va. Estoy bien —aseguró.

—No me mientas, está feo.

Emily le repitió las mismas palabras que ella misma había usado minutos atrás y le fue inevitable no sonreír.

—Anda, vámonos ya —le pidió levantándose inmediatamente del banco—. Ha sido una idea horrible traerte.

—¿Qué dices? —cuestionó poniéndose justo a su lado—. Me ha encantado que me hayas traído aquí. Ha sido especial.

Soltó esas últimas palabras sin pensarlas y se avergonzó un poco. Pero no le importó en cuanto la miró tan sonriente. Bajó la vista inconscientemente hacia su boca, ya que le llamó la atención que se mordiera el labio inferior y se puso algo nerviosa, ya que nunca se habían quedado en silencio mirándose así. El corazón empezó a latirle un poco acelerado porque por su

mente cruzó la idea de robarle un beso justo en ese magnífico escenario, pero Emily acabó agachando la mirada y ella soltó un poco de aire para liberar la tensión que había sentido segundos atrás.

—¿Nos vamos?

La castaña se lo preguntó tras haber iniciado el camino de vuelta al coche y ella asintió sin decir una palabra.

El trayecto a su piso fue casi en completo silencio. Las únicas voces que se escuchaban eran las de un par de locutores de radio que comentaban distintos temas. A ella no le importaba mucho lo que aquellas personas estuvieran hablando, pero decidió centrarse en eso para no pensar demasiado en el momento que habían vivido frente al mar. Quería creer que Emily la había mirado de forma diferente. ¿Qué había pasado? ¿Cómo se había producido el cambio? No había hecho nada diferente.

Contuvo un bostezo ante un semáforo en rojo y se maldijo mil veces porque su estúpido cansancio había sido el causante de que la noche acabase. Logró aparcar justo al lado del piso de Emily y giró el rostro para sonreírle antes de pensar en qué decir para despedirse.

—Creo que deberías quedarte en mi casa —le soltó sin darle tiempo a nada—. A dormir —aclaró—. Estás cansada y no me entusiasma la idea de pensar que vas a conducir sola hasta tu casa.

—¿Estás segura?

Se lo preguntó aunque por dentro se moría de ganas.

—Segurísima. Si tienes un accidente, que yo he podido evitar, no podré perdonarme —apuntó con seriedad—. Así que vamos, hay un pijama de unicornios que te está esperando.

Sonrió ante su comentario y ambas salieron a la vez del vehículo. Caminó detrás de ella y se metió en el ascensor siguiendo su estela. Una vez dentro la observó en silencio buscar las llaves en el bolsillo del pantalón y, cuando Emily alzó la vista, la pilló de lleno mirándola.

—Menuda cara tienes —apuntó sonriente.

—¿Qué pasa con mi cara? —cuestionó antes de mirarse en el espejo.

—Estás agotada.

Resopló al verse y comprobar que Emily tenía razón y se pasó las manos por el rostro en un intento absurdo de mejorar su aspecto. No dio resultado, obviamente, pero al abrir los ojos encontró su mirada clavada en ella y ambas se sonrieron a través del espejo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron no tardaron ni un segundo en salir y mucho menos en llegar a su puerta. Emily abrió, se metieron dentro y el agradable calor del interior la reconfortó y le hizo tener más ganas de meterse en la cama.

—Perdona el desorden. No me ha dado tiempo a recoger esa jungla.

Miró la mesa del salón y comprobó que sí, que había unos cuantos papeles y carpetas por medio, pero nada de lo que alarmarse.

La siguió hasta su habitación y se quedó a la espera de que Emily le buscase el pijama y se lo entregase. Sonrió cuando descubrió que de verdad iba a volver a dejarle el de unicornios.

—Al final me lo voy a quedar —amenazó.

—Olvídate de eso —apuntó Emily rápidamente—. Solo puedes llevarlo en mi casa.

—Pues entonces voy a tener que venir más a menudo a dormir aquí.

—No veo el problema.

Sus palabras y su seguridad la dejaron algo desconcertada y ni siquiera fue capaz de encontrar una frase con la que contestarle. Sus miradas seguían conectadas y tuvo que tragar saliva porque el azul de sus ojos la observaba de la misma forma en que lo había hecho en su

lugar especial frente al mar.

Fue su turno de apartarle la mirada y lo hizo para observar el pijama que tenía en las manos. Ambas estaban en una posición parecida, pero ninguna parecía tener la iniciativa para dar el siguiente paso.

—Creo que voy a ir al baño a cambiarme.

—Puedes hacerlo aquí —dijo Emily y ella se puso increíblemente nerviosa—. Yo lo haré en el baño, así de paso me desmaquillo.

Tras su aclaración fingió una sonrisa. El nerviosismo, que aún seguía rondando por su cuerpo, no le permitió reaccionar de otra forma.

Reaccionó soltando aire de forma pesada en cuanto desapareció de su campo de visión y le tentaron las ganas de llamar a Marina y contarle lo que estaba viviendo, ya que no sabía si eran suposiciones suyas. Pero tuvo que olvidarse de esa idea puesto que era bastante tarde. Así que se centró en cambiarse y sonrió al verse vestida de nuevo con ese pijama tan llamativo.

Dobló su ropa con cuidado y la puso sobre la cómoda y se metió en la cama a esperar que Emily volviese. Se entretuvo con el móvil porque le parecía de muy mal gusto irse a dormir sin esperarla y volvió a sentir algo de nerviosismo cuando escuchó que la puerta del baño se abría.

La observó entrar segundos después a la habitación y le sonrió antes de avanzar para meterse en la cama y taparse.

—Aquí se está mejor que en ese banco al lado del mar —señaló Emily.

Le dedicó una nueva sonrisa y guardó las ganas de debatir su afirmación, ya que pensó que igual era demasiado intenso y prefirió callar.

—¿Y bien? ¿Qué ibas a decirme? —cuestionó y ella frunció el ceño sorprendida ante la rapidez con la que había leído su expresión—. Ibas a decir algo —insistió.

—No tiene importancia.

—¿Es que ahora te da miedo hablar conmigo? —preguntó Emily sonriente—. ¿Dónde quedó aquella chica que me amenazaba con usar un megáfono en plena cafetería?

Contuvo la sonrisa todo lo posible ante aquel recuerdo y negó con la cabeza antes de armarse con el valor necesario para decirle lo que pensaba.

—A mí me da igual el sitio, me basta con estar a tu lado.

Se lo dijo sin apartarle la mirada y sintió que el corazón empezaba a latirle el doble de rápido. Incluso aceleró un poco más el ritmo al ver su creciente sonrisa dibujando sus labios.

—La otra noche no hiciste uso de tu premio —dijo Emily dejándola bastante confusa—. Cuando sacaste a Don Dino a la primera.

Aclaró sus palabras señalando el peluche que se encontraba justo en su mesita de noche. Le hizo gracia que le hubiese dado un lugar privilegiado y que no lo hubiese dejado tirado en cualquier sitio.

—Aún estás a tiempo de reclamarlo.

—¿Es que acaso tiene fecha de caducidad? —preguntó curiosa y la observó asentir muy segura—. ¿Desde cuándo?

—Desde ahora mismo —respondió, haciéndole sonreír—. Es más, caduca esta noche.

—¿Y puedo pedir lo que quiera?

—Lo que quieras —le aseguró.

Su mirada volvía a ser distinta y esos nervios, tan jodidamente traicioneros, aparecieron de nuevo. ¿Qué demonios le estaba pasando? Sentía que iba a contrarreloj y el hecho de que Emily siguiese mirándola así no ayudaba mucho. Incluso la vio girarse un poco para que sus ojos conectasen de forma más directa.

—¿Qué tal un abrazo?

Soltó lo primero que se le vino a la cabeza al sentirse acorralada y el ceño fruncido de Emily la dejó un poco confusa. ¿Acaso había ido demasiado lejos? Era tan solo un abrazo.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó la castaña tras unos largos segundos de absoluto silencio y ella asintió—. Está bien. Pues que sea un abrazo.

Se movió para ser ella la que la abrazase y a medio camino pensó que igual debería haber sido más valiente y haber apostado por pedirle un beso. Aunque seguramente se hubiese negado y tampoco tenía ganas de pensar toda la noche en su estúpida idea. Así que la envolvió entre sus brazos con algo de fuerza, lo justo y necesario para hacerlo más sentido, y aprovechó para impregnarse todo lo posible de su olor y calor. Nunca la había sentido así de cerca y de forma tan directa y pensó en qué otras acciones podría realizar para ganar más acercamientos así.

Pasados unos segundos se separó de forma perezosa y viajó con la mirada directamente a sus labios. Creyó ver que Emily imitó su mismo movimiento, pero solo fue durante un segundo. O quizás era su cabeza imaginando cosas absurdas. Así que le deseó buenas noches y se giró en su lado del colchón para intentar conciliar el sueño, aunque sabía que lo tendría difícil después de los últimos acontecimientos.

*****

Los golpes contra la puerta de casa volvieron a despertarla esa mañana y decidió contar hasta tres antes de enfrentarse a Sara. Sabía que era ella, no tenía duda alguna. Estaba convencida de que venía a informarle de todo lo ocurrido la noche anterior. Escuchó un murmullo a su lado y sonrió al recordar que Lena estaba ahí. Milagrosamente no se había despertado, así que se levantó con mucha prisa y abrió con toda la rapidez que pudo para que su amiga no siguiera insistiendo y acabase despertándola.

—Tenemos que hablar.

Su amiga lo soltó en cuanto abrió la puerta y entró directamente sin tan siquiera mirarle a la cara.

—Buenos días a ti también —soltó con ironía después de cerrar.

—Ni te imaginas lo que pasó anoche.

—Me hago una idea —dijo a media voz.

—Creo que he encontrado al amor de mi vida.

Sara lo dijo cargada de seguridad y ella la miró sonriente antes de moverse por la cocina para preparar café. Era más temprano que el día anterior, así que le daría tiempo a tomarse una taza antes de irse.

—¿Y qué hay de Alma? —le preguntó curiosa—. La chica con la que estabas quedando —le recordó.

—Ya sé quién es Alma —señaló Sara rápidamente—. Pero no vamos a pensar más en ella. Vamos a centrarnos en lo importante. En Marina.

Negó con la cabeza y pensó en la rapidez con la que su amiga había cambiado de objetivo. Increíble.

—Joder, ¿cómo no me habías dicho que era tan guapa?

Le insistió con la misma pregunta que el día anterior y decidió ignorarla mientras su concentración se centraba en hacer el café.

—Es que ni te imaginas lo que ocurrió.

Repitió lo mismo que minutos atrás y ella dispuso una taza para cada una encima de la pequeña barra que había en mitad de la cocina y que hacía de separación con el salón.

—Os liasteis —soltó y sonrió al ver su gesto sorprendido y su ceño fruncido—. Os vi en

los baños del local cuando fui a avisarte de que nos íbamos ya —aclaró—. Por eso tuve que hacerlo por mensaje. Fue bastante incómodo ver cómo os metíais mano delante del espejo. ¿Es que no tenéis casa para hacerlo?

—Es que luego fuimos a su casa a hacer otras cosas.

Fue el turno de Sara de sonreír al ver su gesto de sorpresa. ¿De verdad habían ido tan rápido?

—Sí. Es lo que estás pensando —señaló su amiga—. Marina y yo follamos anoche. Mejor dicho, hemos estado follando durante toda la noche —recalcó sonriente—. Concretamente hasta hace una hora —dijo tras comprobar la hora en el teléfono.

—Perdón, ¿qué?

Aquellas últimas palabras no salieron de la boca de ninguna de ellas dos, fue Lena quién las soltó tras aparecer en el salón vestida ya con su traje del día anterior. Una pena que su amiga la hubiese privado de verla despertar con su particular pijama destinado ahora solo a ella.

—Vaya, parece que no fuimos las únicas afortunadas —dijo Sara sonriente.

—No. Nosotras no hicimos nada —señaló con rapidez.

—Nada de nada —aclaró Lena.

—¿Y a qué narices estáis esperando?

Su amiga soltó aquella pregunta y ella se sintió bastante incómoda en la escena. No era lo mismo que hablase de forma directa cuando estaban solo ellas dos a estar acompañada también con Lena.

—Creo que necesito más información sobre Marina y tú.

Lena lo dijo obviando la pregunta de Sara y sonrió al ver que su amiga fingía cerrarse una cremallera imaginaria en los labios.

—¿Por qué? —protestó Lena.

—Porque eso debe contártelo tú amiga. Yo tengo que hablar con la mía.

Los ojos de Lena la buscaron intentando encontrar algo de apoyo en ella, pero solo se encogió de hombros como respuesta y, segundos después, observó a Sara acompañándola hacia la puerta con un «venga que se te hace tarde para ir a trabajar» que les hizo sonreír.

—Joder, Emily. Lo de anoche fue increíble —soltó su amiga tras cerrar la puerta—. Nunca había conectado así con alguien —aseguró antes de volver a su lado.

—Me alegro por ti —dijo con sinceridad—. Pero ten cuidado. No metas la pata.

—¿Por qué tengo que tener cuidado?

—Porque es amiga de Lena.

—¿Y?

—Porque no quiero que eso pueda afectar a nuestra relación.

—¿Qué relación? —cuestionó Sara con rapidez—. Lo digo muy en serio —aclaró muy segura—. ¿Qué clase de relación tenéis y por qué no habéis follado aún?

—No tengo ni idea.

—¿De qué no tienes idea? ¿Del tipo de relación o por qué no os habéis acostado ya?

—¿De ambas cosas?

Lo dijo cargada de sinceridad y sin querer darle más vueltas. Sabía que había soltado una pequeña bomba y se lo confirmó la sonrisa traviesa en sus labios.

—Creo que somos amigas.

Se lo confesó así tras recordar los momentos vividos la noche anterior. Se intentó acercar a Lena porque en más de una ocasión sintió unas ganas increíbles de besarla y acabó tirando la toalla en el último intento en su cama cuando le dijo que podía pedir lo que quisiera. Lena optó

por un abrazo y la desilusión que sintió le hizo ver lo mucho que quería acercarse más.

—¿Amigas? —cuestionó Sara con el ceño fruncido—. Lena ha tenido intenciones contigo desde el minuto uno.

—Ayer estuve receptiva, créeme.

—¿Le enseñaste una teta?

—No seas imbécil —le pidió aguantándose una sonrisa.

—La cuestión es, ¿no decías que no querías nada con ella?

Su amiga sacó a debate lo que tanto se había repetido y ella soltó aire de forma pesada mientras intentaba encontrar la respuesta.

—No sé qué es lo que quiero —confesó.

—Pues sí que lo tienes jodido —señaló Sara—. En este tiempo te has negado más que Judas y ahora me sorprendes con que anoche querías acostarte con ella.

—Eso no es tan así.

—Ah perdona, es que tú haces el amor.

Su amiga bromeó y ella le tiró una servilleta que tenía justo al lado.

—No merezco a alguien como ella.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué me refiero? Ya la has visto. Es perfecta —señaló—. Y yo soy un puto desastre.

—¿Y qué pasa si eres un puto desastre?

Sara soltó aquella cuestión y a ella le hizo gracia que no negase la palabra con la que acababa de definirse, sinceridad ante todo.

—Yo también soy un puto desastre —aclaró—. Pero he sido bendecida por las diosas bolleras y pienso disfrutar del regalo que me han mandado envuelto en el cuerpo y alma de Marina —señaló haciéndole sonreír—. Tú deberías hacer lo mismo.

Suspiró tras echarse el pelo hacia atrás y su amiga la miró sin dejar de asentir, como si ese gesto fuese a convencerla de algo. ¿Qué demonios debía hacer? Dejarse llevar sonaba demasiado bien, ¿pero debía arrastrar a Lena a su mundo?

*****

Estuvo bastante ocupada durante todo el día y el poco tiempo que pasó en la cafetería se encontró con que Emily parecía llevar un día más ajetreado aún que el suyo. Ni siquiera tuvieron tiempo de saludarse verbalmente, solo pudo hacerlo desde la distancia levantando la mano y sonriéndole. Pero eso no iba a impedir tener su dosis de pasar tiempo con ella. Así que se apresuró a terminar su trabajo lo antes posible y salió corriendo hacia el exterior para ejecutar su plan antes de que Emily abandonase el edificio.

—Vaya. Esto me resulta familiar.

Fue el saludo de la castaña nada más aparecer en su campo de visión.

—¿No te apetece? —cuestionó.

—Trae eso ahora mismo —le contestó, haciéndole sonreír.

Había optado por comprar helado. Y sí, repetía el gesto. Pero a Emily no parecía importarle lo más mínimo, así que se dedicó a sonreír mientras veía su indecisión reflejada en el rostro intentando escoger la tarrina.

—Dios, está increíble —confesó la castaña al probar del primer recipiente.

—He querido ser un poco innovadora y he pensado que pistacho era una buena opción.

—Me quedo con él. El de fresa para ti.

—No es de fresa. Es sandía.

Lo aclaró y el gesto de Emily le hizo gracia. La indecisión volvió a su rostro, al igual que

la sonrisa de sus labios.

—Sigo apostando por el de pistacho —le aseguró tras probar la otra opción.

—Deja que lleve tu bicicleta —pidió para que pudiese saborear mejor el helado.

—¿Y si nos sentamos un momento en ese banco?

Emily se lo propuso señalando con la mano y a ella le encantó ese cambio de escenario. La vez anterior tuvo que ir haciendo malabares para llevar la tarrina y la bicicleta a la vez. Así que asintió sonriente y caminaron a la vez hasta llegar al lugar propuesto.

—De esta forma no peligra la integridad de tu traje cuando empiece a derretirse —le aseguró y le hizo gracia que recordase lo cerca que estuvo de mancharse aquella vez.

Se sentaron juntas y, durante unos segundos, solo se dedicaron a degustar aquel placer azucarado. Quería comentarle cosas sobre lo mucho que le gustó que la llevase a su sitio especial y agradecerle el hecho de haberle dejado dormir en su casa, pero Emily se adelantó ante cualquier inicio de conversación.

—¿Has hablado con Marina?

—Poca cosa. He estado bastante liada.

—¿Y qué piensa de lo ocurrido?

—Sara no ha querido hablar estando yo delante, ¿por qué debería yo desvelarte el punto de vista de Marina?

Soltó aquella pregunta con el objetivo de picarla un poco. Durante el tiempo que llevaban conociéndose pudo descubrir que Emily parecía una chica en la que poder confiar, así que sabía que no la pondría en un aprieto en contra de su amiga si le contaba cualquier tipo de información.

—¿Y por qué no?

—Vaya. Eres muy elocuente —bromeó mientras la veía disfrutar de su helado—. Pero bueno, seré buena persona y te contaré algo —dijo y guardó unos segundos de silencio para crear expectación—. Marina está encantada con Sara.

Lo resumió de la forma más simple y directa posible y ambas sonrieron.

—Es sorprendente que hayan encajado tan bien y tan rápido.

Asintió con la cabeza mientras se llevaba una cucharada a la boca y pensó en la forma correcta de decirle lo que había estado rondando por su cabeza toda la mañana.

—No sé cómo decirte esto —señaló en primer lugar—. Pero no me gustaría que lo de ellas afecte lo nuestro.

Y no usó palabras para descifrar qué tenían porque no conocía terminó con lo que catalogarlo. Llevaban tiempo conociéndose, pero ahí seguían, en la misma casilla del tablero y sin avanzar. ¿De verdad se habían convertido en amigas? Porque podía jurar que en sus ojos, la pasada noche, vio algo más.

—Tranquila —dijo Emily muy segura—. Lo que pase entre ellas no afectará a lo nuestro.

Usó sus mismas palabras y se apuntó mentalmente que debía darle un par de vueltas a cómo poder hablar con ella sobre eso sin que resultase incómodo.

—¿Qué te parece si quedamos este fin de semana? Podemos ir al cine —propuso—. Creo que estrenan una de Scarlett Johanson y siempre es un acierto verla en la gran pantalla.

—Me encantaría —aseguró Emily y una gran sonrisa apareció en su propio rostro—. Pero no voy a estar en la ciudad.

Decepción inmediata. Eso fue lo que sintió. Había pasado de una gran oleada de felicidad al mayor de los bajones en apenas un segundo.

—Es más, tengo que irme ya porque debo hacer la maleta.

La vio levantarse del banco nada más comprobar la hora en el teléfono y no fue capaz de poner a su mente a funcionar porque se había quedado estancada en que era el segundo fin de semana que pasaba fuera. Se quedó con ganas de preguntarle a dónde iba y con quién, pero esas cuestiones se quedaron perdidas en algún punto de su garganta, ya que lo único que hizo fue ver cómo tiraba la tarrina del helado antes de subirse a la bicicleta y despedirse para ponerse a pedalear antes de perderse por las calles de la ciudad.

20

—No sé ni para qué he quedado contigo.

Lo soltó bastante molesta, pero a Marina no parecía importarle lo más mínimo. Y eso que había sido su idea la de quedar el domingo por la tarde para tomar algo. Llevaban unos veinte minutos sentadas en la terraza de una agradable cafetería y podía asegurar, sin miedo a equivocarse, que había cogido el móvil más de treinta veces. Increíble.

—Si vas a estar solo pendiente del móvil prefiero dejar lo de este café para otro momento.

Logró captar la atención de su amiga y su gesto fruncido hizo que se enfadase un poquito más. ¿De verdad no se daba cuenta de lo que estaba haciendo? La había estado ignorando desde el segundo uno y ni siquiera sabía a qué se debían tantos mensajes en ese corto intervalo de tiempo.

—¿A ti qué te pasa?

—¿A mí? —cuestionó—. Eres tú la que me ha sacado de casa y ahora no levantas la cabeza de la pantalla.

—Tenía una conversación pendiente con Sara —le aclaró.

—¿Pendiente? ¿Acaso habéis dejado de hablar?

La observó controlar una sonrisa y ella suspiró sonoramente antes de que dejasen los cafés sobre la mesa. Cogió su taza y dio un sorbo y cerró los ojos en cuanto el móvil de su amiga volvió a sonar, avisando de que tenía un nuevo mensaje.

—Tranquila. Ya le he dicho que estaba contigo.

—Genial. Ahora me odiará —protestó.

—Es posible.

Marina lo soltó para bromear, pero a ella no le hizo nada de gracia el hecho de que pudiese caerle mal a la mejor amiga de Emily.

—Por cierto, ¿qué tal estuvo la peli de Scarlett?

Días atrás le contó el plan que quería proponerle a Emily, la cuestión era que no le había actualizado la situación, así que seguía pensando que habían pasado el sábado juntas.

—No lo sé —contestó y se encogió de hombros—. Supongo que tendré que descubrirlo más adelante —soltó resignada y el gesto de su amiga le indicó que necesitaba más información —. No fuimos al cine. Emily no está en la ciudad y yo preferí quedarme en casa.

—Podrías haberme avisado. No te dije de hacer nada porque pensaba que estabas con ella.

—No, gracias. No quiero ser la tercera en discordia en tu nueva relación.

—No seas imbécil —señaló su amiga—. Además, no tengo una nueva relación, aún.

Aclaró eso último con una sonrisa en los labios y ella le apartó la mirada porque, aunque se alegraba mucho por ella, estaba empezando a sentir un poco de envidia con lo bien que le habían salido las cosas a Marina.

—El problema es que no sé dónde está —confesó tras conectar sus miradas—. No me lo dijo y yo no me atreví a preguntarle.

—¿Por qué?

—Porque creo que está con su ex —contestó y decirlo en voz alta causó más efecto de lo que pensó, ya que no esperó sentir esa oleada de frustración—. Lleva dos fines de semanas

yéndose de viaje y, por lo que pude percibir la vez anterior, no necesita mucho equipaje.

—¿Y ya das por hecho que está con ella?

—¿Con quién iba a estar? —preguntó interesada, ya que su amiga quizás le ofrecía otro punto de vista.

—Pues no lo sé —le contestó encogiéndose de hombros y ella suspiró al ver que no iba a tener otra perspectiva—. Pero igual estás sacando conclusiones precipitadas.

—O igual estoy siendo una estúpida.

—O igual estás siendo una estúpida —repitió su amiga.

Levantó una ceja ante su descaro y se dejó caer contra el respaldo de la silla. Aquella quedada no estaba ayudándole en nada.

—Tienes que dejar de ser una cobarde —soltó Marina—. Debes hablarlo con ella.

—No sé si me agrada la idea de saber la verdad.

—Hay que ser valiente.

—¿De dónde has sacado eso? —cuestionó—. ¿Venía escrito en ese maldito azucarillo?

Su amiga sonrió ante sus palabras, pero ella no se inmutó lo más mínimo. Detestaba su situación actual y odiaba con todas sus fuerzas esos mensajes escritos en los sobrecitos de azúcar, al igual que los de las servilletas.

Negó con la cabeza porque Marina esa vez no estaba siendo de ayuda y su vista se clavó de forma inmediata en su propio móvil, que había dejado encima de la mesa. Era una notificación y algo dentro se le despertó al descubrir que era un mensaje de Emily. Le había escrito esa misma mañana, pero la castaña no le contestó. Así que llevaba horas sin saber de ella y eso también hacía que la frustración hubiese estado creciendo en su interior.

—Ahora yo debería llamarte la atención por estar con el móvil.

—Es Emily —le aclaró antes de leer su mensaje.

Decía que acababa de llegar a casa y que no le había contestado porque su teléfono había decidido quedarse sin batería sin motivo alguno y sin avisarle.

—¿Y bien? —preguntó su amiga tras unos segundos.

—Creo que voy a irme.

—Sí que te hace perder las bragas —comentó Marina—. Ah no, que aún no habéis llegado a ese punto.

Frunció el ceño pretendiendo demostrar su molestia, pero la verdad es que le hizo gracia y acabó sonriendo.

—¿Sabes? Está bastante feo que me dejes tirada —apuntó su amiga mientras se levantaba.

—Ambas sabemos que en realidad te estoy haciendo el favor del mundo —señaló—. Estás deseando ir a ver a Sara y perder las bragas.

Repitió su misma expresión y ambas acabaron sonriendo. Marina le dijo que ella se encargaba de la cuenta, así que decidió no perder más el tiempo y se dirigió con algo de prisa hasta el coche. En el trayecto pensó en llevarle algo para sorprenderla, pero era domingo y no tenía muchas opciones disponibles por el camino. Así que optó por detenerse en una gasolinera y probó suerte. Sonrió al ver una cestita decorada repleta de varios tipos de chocolates y se felicitó por haber sido afortunada.

Al salir del establecimiento se fijó en una furgoneta de una floristería y pensó en la posibilidad de que estuvieran repartiendo. Se acercó al conductor y, tras una corta conversación y un par de billetes extra, consiguió encargar que llevasen, en ese mismo momento, seis ramos de flores variadas al piso de Emily.

Condujo despacio para ganar tiempo y no aparecer antes que su pedido y al llegar a la calle de Emily se desesperó porque tuvo que dar varias vueltas para buscar aparcamiento y, durante ese tiempo, por su cabeza pasaron distintos escenarios. Ni siquiera la había avisado de que iba a verla y empezó a pensar en que igual estaba acompañada. ¿Debía avisarle aunque ya estuviera plantada de pie en la puerta de su edificio? ¿O debía arriesgarse? Comprobó el móvil por última vez y descubrió que Emily no le había vuelto a decir nada, aunque claro, ella ni siquiera le había contestado.

Soltó aire de forma bastante sonora y pensó en las palabras de Marina. Debía ser valiente. No era capaz de preguntarle a Emily si había estado pasando tiempo con su ex, pero tenía la oportunidad de descubrir si seguía con ella en su piso tras el viaje.

Contó hasta tres y se forzó a seguir el camino. Optó por subir las escaleras para ganar algo más de tiempo y comenzó a sentir cómo los nervios se adueñaban de ella con cada paso que recortaba. Al llegar a su puerta intentó poner el sentido del oído a la máxima capacidad, pero no logró escuchar nada. Así que volvió a contar de nuevo, esta vez hasta diez, y tocó al timbre mientras pensaba en si aquello era una buena idea.

Emily estaba tardando más de lo habitual, o esa era su percepción. Y estuvo a punto de retirarse, pero la puerta por fin se abrió y sonrió de forma inevitable cuando vio su sonrisa inmediata.

—Qué sorpresa —dijo Emily tras unos segundos.

—¿Te viene mal mi visita?

Se lo preguntó por precaución y porque no quería encontrarse dentro con algo que pudiese hacerle daño.

—Para nada. Entra —dijo animándola a hacerlo—. Solo estaba intentando acomodar media docena de ramos de flores que acaban de llegar —aclaró haciéndole sonreír.

Le dejó pasar al interior y suspiró aliviada al descubrir que estaba sola. ¿De verdad era necesario sentir tanta tensión? ¿Era eso lo que se sentía cuando alguien te gusta de verdad?

—Esto es para ti.

Emily recibió sonriente la cestita que acababa de comprar y se maldito internamente porque debería haber pensado en algo más elaborado.

—Empezaba a echar de menos estos detalles tuyos.

—¿De verdad? —cuestionó sorprendida.

—¿Por qué tendría que mentirte?

Se encogió de hombros y su sonrisa provocó que un creciente hormigueo empezase a surgir cerca de su pecho.

—Solo es una tontería —dijo señalando la cestita—. Debería haber pensando en otra cosa.

—¿Una tontería? —le cuestionó—. Pues no quiero imaginarme qué tipo de regalos haces en serio —bromeó—. Es perfecto.

Emily soltó esas dos palabras cargadas de sinceridad y ella tuvo que controlar la sonrisa. La conversación estaba provocándole sensaciones muy agradables. Suponía que se debía al hecho de haberle echado de menos, pero ahí estaban, removiendo cada centímetro de su sistema.

—Tengo que deshacer la maleta. ¿Me acompañas?

Se lo propuso inclinando la cabeza hacia su habitación y ella asintió mientras recuerdos de una escena anterior aparecieron por su mente. No quería volver a obsesionarse con algún detalle, como le había pasado con el poco equipaje que descubrió la vez pasada en su maleta, pero también se moría de ganas por pasar tiempo con ella. Así que no le quedó otra que hacer de

tripas corazón y caminar detrás como si ella fuese un simple ratoncillo detrás del flautista de Hamelin.

*****

Se sentó en la cama, ya que esa posición le permitía observarla en todo momento y no estorbar en su labor. El contenido de la maleta fue disminuyendo mientras la conversación fluía. Eran temas sin importancia pero, después de ese fin de semana sin verse, era agradable de igual forma. Lo que ocurría era que, en su interior, la curiosidad por saber dónde había estado y con quién, sobre todo con quién, la inundaba por completo. Nunca había sido una persona celosa porque directamente nunca se había encontrado en una postura así. Y tampoco sabía si eran celos. Creía que en realidad era el sentirse o no ridícula. Ahí si le daba la razón a Marina. Porque no le importaba hacer locuras por ella, pero le consumía pensar que, mientras ella intentaba por todos los medios acercarse todo lo posible, otra estuviera consiguiendo su afecto y atención.

—¿Nada destacable este fin de semana? —le preguntó Emily tras dejar algo en el baño.

—Que va.

—¿No has hecho nada?

Negó con la cabeza y pensó en las horas que había estado pensando e imaginando qué habría estado haciendo fuera de la ciudad.

—¿Nada de nada? —le insistió.

—Salí a tomar un café con Marina, pero poco más —resumió—. ¿Y tú?

Aprovechó aquella oportunidad para conseguir información y se tensó un poco por la inminente respuesta.

—Poca cosa, la verdad.

La observó desaparecer de la habitación tras coger unas cuantas prendas de la maleta y supuso que iba a llevarlas a la lavadora. Así que, en ese poco tiempo, se dedicó a pensar en cómo continuar con la conversación para averiguar un poco más.

—¿No ha sido un viaje divertido? ¿O es que era una excusa para librarte de mí?

Bromeó en cuanto apareció por la habitación de nuevo y Emily sonrió mientras negaba con la cabeza.

—He ido al pueblo —dijo mientras cerraba la maleta, ya vacía, y la quitaba de la cama para apartarla a un lado—. Mi madre tuvo un pequeño accidente. Por eso he estado fuera ambos fines de semana.

—¿Está bien? ¿Qué le ha pasado? —preguntó interesada.

La castaña asintió con la cabeza, se descalzó y se metió en la cama junto a ella, imitando su postura, apoyando la espalda contra el cabecero.

—Se cayó y se hizo daño en la mano, pero está bien —aclaró.

Se sintió un poco mal por sentirse aliviada ante el pequeño accidente de su madre. Pero es que aquella nueva información despejaba bastante su mente y alejaba de forma considerable sus dudas y, sobre todo, a su ex.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Emily, atrayéndola de nuevo al presente y alejándola de sus pensamientos—. Lo de encargar media floristería —aclaró.

Se encogió de hombros y sus ojos azules se centraron en su rostro.

—¿Sabes que me gusta de ti? Creo que eres una persona muy sincera —señaló la castaña —. Además, he aprendido a convivir sin tu silencio —apuntó y su ceño se frunció un poco—. Nunca te callas —aclaró sonriente.

Le contagió la sonrisa y le apartó la mirada unos segundos mientras su mente intentaba pensar si era buena idea confesarle la verdad. Seguía dudando y el hecho de estar haciendo el

ridículo seguía al acecho. Pero volvió a mirarla, se dio cuenta de que seguía esperando una respuesta más elaborada y no pudo negarse.

—Solo quería verte sonreír.

Una bonita sonrisa apareció de forma instantánea en los labios de Emily y ella se sintió el doble de satisfecha.

—Has sido todo un descubrimiento —aseguró la castaña sin mirarla.

—¿Qué pasa? ¿Nunca han hecho algo así por ti? —cuestionó.

—Desde luego que no.

Se quedó con las ganas de preguntarle algo más, pero creyó intuir que aquel no parecía un tema muy agradable para ella. Así que decidió guardar silencio y pensar en las dos opciones que tenía. Una era la de intentar sacar otro tema de conversación. La otra era aún más simple. Consistía en despedirse y dejarle descansar.

—Te utilicé.

Fue Emily la que dio pie a una nueva conversación y, aunque siempre le hacía ilusión descubrir que quería un poco más de su compañía, aquellas dos palabras la dejaron lo suficientemente confusa para no tener respuesta y seguir en silencio mientras sus ojos conectaban de nuevo.

—Para librarme de Sonia, de mi ex —aclaró—. Aquella cita que organizaste en la playa fue mi forma de escapar de ella. Días antes apareció por aquí, volvimos a discutir, nos acostamos y me dijo que volvería ese día. Así que te dije de quedar porque no sabía cómo enfrentarme a la situación.

Su confesión provocó que un nudo se le instalase en la garganta. Sintió algo de rabia pero, sobre todo, también pena. Porque para ella aquella cita no cita fue todo un triunfo y descubrió que en realidad fue el plan b.

—Lo siento. Sé que fui una imbécil y una cobarde. No me siento nada orgullosa.

—No importa —dijo forzando una sonrisa—. Pero prefiero que la próxima vez me lo cuentes directamente —le pidió intentando no parecer afectada.

—Lo siento muchísimo.

—No pasa nada, de verdad —insistió en contra de lo que estaba sintiendo—. Para eso están las amigas. Para ayudarse y esas cosas.

—¿Amigas? —cuestionó Emily con el ceño ligeramente fruncido.

—Es lo que somos, ¿no?

Preguntó mientras el nudo en su garganta aumentaba de tamaño. No quería recibir un segundo golpe esa misma noche porque estaba completamente segura que la dejaría fuera de combate y sin fuerzas. Se había mentalizado que al menos serían amigas, o que podrían llegar a serlo en un futuro. Por eso, aquella breve pregunta, la puso contra las cuerdas en milésimas de segundo.

—Pues no lo sé —dijo Emily clavándole la mirada, provocándole unas ganas increíbles de desaparecer—. Pero yo a mis amigas no quiero besarlas.

—¿Qué? —susurró confusa.

La observó morderse el labio inferior y su sistema al completo se aceleró. ¿Estaba Emily dirigiéndose a ella? No tenía muy claro si aquello era una declaración de intenciones porque en su cabeza ni siquiera había entrado esa posibilidad. Pero tuvo que dejar de pensar y centrarse en controlar la respiración cuando la vio acercarse a ella. Sintió su mano en el cuello y tragó saliva porque la unión del azul de su mirada, mucho más intenso, y su sonrisa, a escasos centímetros de su rostro, provocó un nerviosismo sin precedentes en todo su ser.

Se fijó en que su vista bajó hacia sus labios y su corazón empezó a latir de forma acelerada. Demasiado. Nunca se había sentido así. Jamás una mujer le había provocado aquel desorden con tan solo la idea de un beso. Intentó decir algo porque el silencio estaba provocando que el latir de su corazón se sintiera por todo su cuerpo y estaba segura que, de seguir así, iba a sufrir un infarto. Pero Emily no le dejó decir nada porque recortó la distancia que las separaba y unió sus labios con los suyos.

Le costó adaptarse a su suavidad y calidez y dudó unas milésimas de segundo. Podría parecer un sueño, pero cerró los ojos y una embestida suave le hizo actuar y unirse a aquel dulce contacto. Emily la besó con calma y sin apartar la mano de su cuello. Su tacto solamente estaba centrado en esa pequeña parte de su cuerpo, pero ella la sentía por todos lados, en cada centímetro. Se dejó besar siguiendo su ritmo, embriagada en aquella satisfacción hasta que, pasados unos segundos, sintió que sus labios se separaban de los suyos. Fue entonces cuando tomó el control y se inclinó hacia ella, buscando más contacto y alargando el beso un poco más.

Sintió la sonrisa de Emily en sus labios y poco después se separó de ella de forma perezosa, aunque sin apartar la mano de su cuello y haciendo que sus frentes se apoyasen la una en la otra.

—Joder —susurró y su risa, inmediata, le hizo cosquillas—. Ni te imaginas las ganas que tenía de besarte —confesó.

Emily se separó totalmente de ella y examinó su rostro. Le sonrió y, antes de que pudiera decir una sola palabra más, se subió a horcajadas sobre sus piernas y agarró su rostro, esta vez con las dos manos, para volver a besarla.

Le devolvió el beso sin entender a qué se debía aquel gran paso. Su mente se dedicó los últimos días a intentar asimilar que su relación nunca llegaría a lo que ella realmente quería pero Emily, en tan solo unos segundos, tiró aquellos pensamientos a la basura.

La castaña se movió contra su cuerpo, haciendo que su contacto fuese aún mucho más directo y ella acabó soltando un pequeño gemido cuando le mordió, de forma suave, el labio inferior. Fue la propia Emily la que cogió sus manos y se las puso en las caderas. Ella estaba tan fuera de juego que apenas se reconocía. Su acción estaba causando en ella un efecto de pausa del que sabía que no era dueña. Inclinó el rostro al sentir sus labios avanzar por el cuello y cerró los ojos con fuerza en un intento absurdo de controlar todo lo que estaba sintiendo. Igual su inmovilidad alertó un poco a Emily, ya que se separó, cortando toda acción, y le clavó la mirada mientras su cuerpo sentía el frío de su ausencia.

—¿Quieres esto? —le preguntó la castaña directamente.

—Claro que quiero —respondió de forma inmediata.

Sonrió con su contestación, se inclinó para dejar un nuevo beso en sus labios, y volvió a despegarse. La sonrisa no desapareció de sus labios y su mirada era muchísimo más atrayente. Aquella combinación estaba matándole y no le ayudaba en nada porque limitaba sus movimientos. Pero todo cambió en cuanto Emily se deshizo de su propia camiseta. Su pecho, oculto únicamente por un sujetador de color negro, provocó un fuego instantáneo que arrasó todo su sistema. Agarró sus caderas con algo más de fuerza y tiró hacia su cuerpo. Buscó su boca y la besó tomando todo el control. Acarició su espalda y fue su turno de seguir explorando con los labios más partes de su piel. Dejó besos por su cuello y subió hacia su oreja. La mordió con suavidad y Emily se retorció entre sus brazos antes de volver a conectar sus labios. Sus besos se fueron volviendo más intensos y húmedos y sus manos decidieron seguir investigando. Acarició sus brazos y subió hasta sus hombros. Su piel estaba caliente y la animó a continuar. Descendió por sus clavículas y acabó deteniéndose en la parte libre de su pecho, esa que no cubría el

sujetador.

La castaña se despegó un poco de ella y la miró directamente a los ojos. Quería tanto de ella que no sabía por dónde empezar. Pero Emily se lo puso fácil y, mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba, debido a su respiración agitada, fue ella misma la que se deshizo de su sujetador. Los grados de temperatura aumentaron en su sistema y en aquella habitación.

Emily no le apartó la mirada y ella tampoco lo hizo, pero siguió con el camino, que había dejado a medias, y acarició con suavidad el contorno de su pecho. Sonrió ante un suspiro y provocó que gimiera al capturar ambos en sus manos. Apretó con suavidad y Emily volvió a gemir antes de buscar sus labios. La besó con intensidad e incluso la agarró por la nuca para hacerlo mucho más intenso.

Estaba completamente rendida al más puro deseo e intuía que a su compañera de escena le estaba pasando algo parecido. Jamás hubiese imaginado que la noche fuese a acabar así y se le escapó una pequeña sonrisa al pensarlo. Eso hizo que el beso se interrumpiera, pero lo retomó inmediatamente y rodeó el cuerpo de la camarera con un brazo para empujarla suavemente sobre el colchón y así colocarse encima. Emily se dejó hacer y le apartó un mechón de pelo tras la oreja mientras se apoyaba con los brazos y así no echar todo el peso sobre ella.

—Besas muy bien —señaló la castaña.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

—¿Te gusta llevar las riendas? —le preguntó mordiéndose el labio inferior y sintiendo cómo colaba una mano bajo su camiseta para acariciar directamente su espalda.

—Eso posible.

—Pues es posible que tengamos un problema —señaló Emily.

Sintió sus manos sobre su trasero y presionó para que se pegase del todo a ella. Su azul cada vez era más oscuro y a ella eso de llevar las riendas ya empezaba a importarle poco. Muy poco. Siempre había jugado partiendo de esa base, pero deseaba tanto a aquella mujer que sus propias reglas ya no le importaban.

—Yo me adapto. ¿Y tú?

Emily se lo preguntó mientras ascendía con una de las manos, colándola bajo la camiseta, hasta llegar a su pecho. Su tacto provocó una descarga en todo su sistema y buscó su boca rápidamente para volver a besarla, pero la castaña se apartó, impidiéndoselo.

—Te acabo de hacer una pregunta —le recordó ante su mirada desconcertada.

—Haré lo que quieras.

—Me acabas de poner el doble de cachonda.

Emily se lo confesó haciéndole sonreír y le devolvió ese beso frustrado.

—Levántate —le pidió la castaña en un susurro—. Levántate.

Insistió y solamente le quedó obedecer. Se puso a horcajadas sobre ella, pero Emily le pidió que se levantase del todo y fuera de la cama. Fue a protestar, pero cuando vio el deseo reflejado en sus ojos y su ceja alzada, todo lo que sintió en su interior fue querer complacerla. Salió de la cama, se puso justo en frente y se fijó en que se incorporaba un poco, apoyándose con los codos, para así poder verla mejor. Se quitó la camiseta, intentando desconectar de su mirada lo mínimo posible, y tuvo que reconocer que le encantó sentir que estaba siendo observada y deseada.

Se deshizo de las botas y de los vaqueros de la forma más rápida posible, quedándose únicamente en ropa interior. No sabía si quería más, apostaba a que sí, pero por el momento decidió detenerse y le pidió silencio a Emily al ver que pretendía protestar con su avance de nuevo hacia ella.

Se arrodilló al filo de la cama y acarició hacia arriba sus piernas, sintiendo su calor, a pesar de llevar aún puesto el pantalón. Se contagiaron la sonrisa y siguió su camino hasta desabrocharle el botón. Tiró de la prenda con suavidad y mucha lentitud y, cuando se deshizo del todo de ella, comenzó a dejar besos por su piel. Se centró en sus piernas, que las tenía a escasos centímetros, y le encantó sentir que su piel se erizaba. Subió hasta sus caderas, repartiendo allí también unos cuantos besos y su cuerpo se movió buscando más de aquello que estaba ofreciéndole. Sonrió al tener ese poder sobre su cuerpo y con mucha lentitud tiró de la única prenda que le quedaba y la dejó completamente desnuda.

Se fijó en que su respiración se volvió un poco más descontrolada, pero sus ojos seguían clavados en sus movimientos. No la detuvo, a pesar de que ambas sabían lo que venía a continuación. Así que se lo tomó como un sí y se colocó entre sus piernas, las agarró y conectó una última vez con su azul antes de inclinarse sobre su centro de placer. Dejó un beso sobre su monte de Venus y siguió ascendiendo por su vientre hacia arriba. Sonrió al escuchar su bufido y cómo se desplomaba del todo sobre el colchón.

—No hace falta que calientes más, Lena.

Se lo dejó claro, haciéndole sonreír de nuevo, pero olvidó sus palabras rápidamente y decidió centrarse en su pecho. Se dio cuenta de la sensibilidad que tenía en esa zona porque su piel se erizó de forma inmediata y se retorció debajo de ella al sentir sus labios en ellos. Lamió y arañó un poco con los dientes y fue su turno de moverse inquieta al sentirla gemir.

Emily buscó su rostro con una mano y la animó a seguir ascendiendo. La besó con muchas ganas e incluso se deshizo de su sujetador de una forma magistral. Jadeó al sentir que recorría su pecho con las manos y hasta tuvo que parar unos segundos el beso porque el calor estaba empezando a ser bastante significativo. Y eso que, prácticamente, aún no habían hecho casi nada. Pero no le mintió a Marina cuando le dijo que podría correrse con un simple beso de ella. Es que lo que le despertaba aquella mujer no tenía ni nombre. Era algo fuera de lo normal.

—Fóllame ya —le susurró Emily directamente contras los labios.

Una descarga atravesó toda su espalda y quiso bromear con eso de querer llevar las riendas. Pero lo vio completamente innecesario cuando ella misma había perdido aquella facultad segundos atrás.

Unió sus labios con los suyos de nuevo, se apoyó sobre la cama con un brazo y con la mano que tenía libre comenzó a descender por su piel, acariciándola en el proceso. Coló un par de dedos entre sus pliegues, Emily suspiró y ella embistió su boca con más ganas al descubrir su humedad y su calor. El cuerpo de la castaña se movió contra su mano, buscando más contacto y ella decidió obedecer, aunque no se lo hubiese pedido con palabras. Estimuló su clítoris con movimientos lentos y dejó de besar sus labios para volver a probar la piel de su cuello. Repitió aquel ligero mordisco en la oreja, que tanto provocó a Emily minutos atrás, y aprovechó para entrar dentro de ella con un par de dedos. La escuchó gemir inmediatamente y la ola de calor en su interior creció.

Se despegó unos centímetros de ella, para así poder ver mejor su rostro y comenzó a entrar y salir de su interior con un ritmo pausado. Quería alargar todo lo posible aquel momento, pero también se moría de ganas de ver cómo llegaba el orgasmo.

Emily buscó su mirada y la atrajo de nuevo, agarrándola por la nuca, para besar sus labios y ella aumentó el ritmo de sus embestidas. La escuchó y la sintió jadear contra su boca y cerró los ojos para concentrarse más y no perder el ritmo. Emily apretó su brazo y segundos después sintió que oprimía los dedos en su interior. Siguió un poco más y no se detuvo hasta escuchar un gemido ahogado y sentir que se tensaba debajo de ella.

La observó mientras salía de su interior. Tenía los ojos cerrados y una sutil sonrisa decoraba sus labios. Nunca la había visto sonreír así porque nunca habían vivido esa escena, pero estaba segura de una cosa. Esa sonrisa era de sus favoritas.

—Dame un segundo —le pidió Emily.

—Todos los que quieras.

Se inclinó hacia ella y dejó un beso corto en sus labios. Eso hizo que abriese los ojos y que, como consecuencia, su azul volviera a mirarla. Se quedó unos segundos solamente mirándolos, sin decir una palabra. Mentiría al decir que era experta en vivir momentos así. Porque sí, había tenido unas cuantas amantes, pero nunca había compartido algo así con nadie.

—Ahora te toca a ti —dijo Emily con media sonrisa, cortando el momento.

—No tienes que hacerlo.

—¿No? —cuestionó alzando una ceja—. ¿Estás segura? Porque yo me muero de ganas de devolvértelo.

Ni siquiera la dejó responder. La castaña la empujó suavemente, provocando que su espalda hiciera contacto directo contra el colchón, y se subió encima. Aquella escena ya le parecía lo suficientemente sensual como para alterar todo su sistema, pero Emily comenzó a moverse, haciendo presión directa contra su centro de placer, sintiendo su calor y su humedad a pesar de estar aún con las bragas, provocando que perdiera la poca cordura que le quedaba.

Se agarró de su cintura y la ayudó a moverse contra ella misma. Intentó incorporarse un poco, para poder besarla de nuevo, pero Emily la detuvo y la empujó de nuevo contra el colchón. Bufó frustrada, haciéndole sonreír y ahogó un gemido al sentir sus manos sobre los pechos. La castaña los apretó con suavidad mientras sus caderas seguían moviéndose y acabó echando el cuello hacia atrás ante el aumento del calor instaurado en su bajo vientre.

Sintió besos ascendentes por el cuello y abrió los ojos al sentir la presión de su cuerpo contra el suyo. Su pecho se movía algo más acelerado y agarró el rostro de Emily con ambas manos para besarla de nuevo. Los besos se volvieron más húmedos e intensos y hasta acabó jadeando al sentir un ligero mordisco en su labio inferior.

—Pídemelo —dijo Emily separándose de su rostro, apoyándose con ambas manos sobre el colchón.

Sonrió un poco incrédula con aquella petición, pero se dio cuenta que lo decía de verdad y que no tenía intención de continuar hasta que no se lo dijese.

—Sí que te tomas en serio lo de mandar —bromeó.

—En tus manos está el alargar este orgasmo toda la noche o alargar toda la noche con muchos orgasmos.

Aquellas palabras provocaron una excitación mayor en ella, ya que su segundo planteamiento encajaba perfectamente con la idea que tenía en la cabeza. Así que recortó la distancia entre sus rostros, inclinándose un poco hacia adelante, y se mantuvo ahí unos segundos, provocando que la tensión aumentase un poco más.

—Hazme todo lo que quieras.

Observó su sonrisa de cerca, dejó un beso en sus labios y se tumbó de nuevo en el colchón, dándole así más firmeza a sus palabras. Su mirada azul volvió a oscurecerse un poco más y comenzó a besar su piel desde su cuello hacia abajo. Se inquietó un poco en cuanto llegó a sus caderas porque Emily se detuvo unos segundos, pero solamente era para que fijase su mirada en ella ya que, cuando lo hizo, siguió con su labor y se deshizo de su ropa interior antes de continuar con aquel camino de besos.

Era consciente de que le iba a hacer una jugada parecida a ella y que pasaría totalmente

de la zona que más reclamaba su placer. Quizás fue por eso por lo que se sorprendió tanto al sentir el contacto directo de sus labios en sus pliegues. Jadeó, sus caderas se levantaron pidiendo más y la sintió colocarse entre sus piernas. Echó la cabeza hacia atrás porque le era imposible contener aquel placer y gimió al sentir cómo exploraba con la lengua su humedad. La camarera la presionó por las caderas, para evitar que se moviese demasiado y se mordió el labio para contener los jadeos mientras Emily seguía en su labor de darle placer. Se aferró a las sábanas en un esfuerzo de poder aguantar todo lo posible, pero supo que estaba perdida al sentir que, además de seguir torturándola placenteramente con la lengua, también entró dentro de ella con un par de dedos. Embistió aumentando el ritmo a cada segundo y se rompió en mil pedazos al no poder contenerse más.

Sabía que no había sido su mejor marca en la cama, pero siendo consciente de todo lo que Emily provocaba en ella, tampoco se sentía tan mal. Al menos no iba a llevar encima colgada la etiqueta de «correrse por un beso».

Sintió que la castaña se tumbaba justo a su lado y esperó unos segundos para girar el rostro y mirarla. La descubrió sonriente y con la mirada clavada en ella.

—Muy bueno eso de correrte rápido para poder tener más orgasmos —señaló Emily—. Bien jugado.

—Ha sido mi primera vez —dejó claro—. Mi primera vez tan rápido —aclaró ante su ceja alzada.

—Típico.

—Te vas a enterar.

La amenazó sonriente, se subió encima, Emily sonrió y no le dio tiempo a réplica porque volvió a conectar sus labios. Aquellos besos eran demasiado adictivos y pretendía saciarse de ellos hasta que la noche diese fin al descubrimiento de sus cuerpos.

21

Limpiaba las mesas de la terraza mientras su mente recreaba momentos vividos la noche anterior. Compartir espacio con Lena provocó que se dejase llevar del todo empujada por el más puro deseo. Sonrió y se mordió el labio para intentar disimular y agradeció enormemente que ningún cliente hubiese hecho acto de presencia en aquella zona. Siguió divagando y escenas de su cuerpo desnudo encima de ella se hicieron hueco en sus recuerdos. Cerró los ojos unos segundos y suprimió esas imágenes porque abarcaban demasiado contenido sexual y se centró en recordar sus besos. Besaba increíblemente bien y se maldijo por haberla echado esa mañana con tanta prisa. Ambas tenían que trabajar y el único contacto que tuvieron fue un corto beso antes de meterse en la ducha. Lena insistió en esperarla e ir juntas al trabajo, pero ella se negó rotundamente porque no le gustaba depender de nadie y más tarde necesitaría su transporte de dos ruedas para asistir a un par de clases en la universidad.

—Hola.

Se sobresaltó con su saludo y le clavó la mirada molesta, pero solo consiguió que sonriera.

—¿Te he asustado? —preguntó Lena sonriente.

—Te has despertado graciosa, ¿eh?

—Y eso que me has echado de tu casa.

—No te he echado —señaló antes de ponerse a limpiar otra mesa—. Tenía prisa —aclaró —. ¿Y tú no tienes que trabajar?

—Tengo tiempo aún para que mi camarera favorita me sirva un café —le respondió Lena —. Y sí, eres tú.

—Pues estoy ocupada.

Ignoró su petición y siguió con la tarea de dejar lista la terraza. Se cambió de mesa y la morena la siguió, incluso la ayudó a mover un par de sillas.

—No tienes que hacer esto —indicó—. Es mi trabajo.

—No me importa echarte una mano.

Lena lo dijo con una sonrisa en los labios y caminó hasta ella, recortando, de forma considerable, la distancia entre ellas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó echándose un poco hacia atrás, captando rápidamente sus intenciones—. Aquí no —dijo antes de dejarle contestar.

—No hay nadie.

—¿Y qué?

Se lo preguntó justo tras acabar de limpiar una mesa y, al no obtener respuesta, caminó hacia la parte trasera de aquella terraza. Ese era el sitio elegido en el que dejaba siempre la bicicleta. Alejado de los clientes y de cualquier mirada.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo que alguien nos pille dándonos un beso? —le cuestionó—. Es ridículo, Emily.

Lena la siguió, algo con lo que ella contaba, y se giró, deteniendo así los pasos de ambas, en el punto exacto. No le contestó, al menos no con palabras. La observó unos segundos y la agarró con suavidad del cinturón del pantalón y tiró hacia ella. Conectó sus labios con los suyos y la morena se unió inmediatamente a su ritmo. Se separó de ella un tanto obligada y su mirada se clavó de nuevo en su sonrisa.

—Esto te gusta más, ¿verdad?

—Muchísimo más —le aseguró Lena.

Le contagió la sonrisa y agachó la mirada para coger su mano antes de hablar.

—No me da miedo que nos pillen besándonos —aclaró tras alzar el rostro—. Pero no sé cómo puede reaccionar mi jefe y no quiero perder el trabajo. No me vendría nada bien algo así.

—Así que me has traído hasta este rinconcito para hacerlo.

—Chica lista —apuntó sonriente.

Lena dejó el maletín sobre el sillín de su bicicleta y se acercó de nuevo a ella, arrinconándola contra la pared. Intentó disuadirla, ya que leyó perfectamente sus intenciones pero, en cuanto sus labios volvieron a conectar, se dejó llevar sin poder pensar en nada más. Sintió sus manos en las caderas y ella subió las suyas para poder acariciarle el cuello. Buscó más contacto con su cuerpo y, cuando Lena incrementó la intensidad del beso, tuvo que separarse de forma perezosa.

—Suficiente —susurró sonriente.

—Un poco más —pidió Lena alargando el beso.

—Para —dijo con firmeza, sin perder la sonrisa y poniendo una mano encima de su pecho para despegarla un poco.

—¿Nos veremos luego?

—Sabes perfectamente dónde trabajo y vivo. No es que pueda ocultarme de ti —bromeó.

—Quiero saber todo de ti.

La morena se lo dijo sin apartarle la mirada y ella se sintió de nuevo arrinconada, aunque esta vez sin pared y sin su cuerpo, solo por sus palabras. No sabía el grado de autenticidad expuesto en aquella frase y prefirió sonreírle antes de darle ella misma el maletín. No se arrepentía de lo que había pasado entre ellas, pero ¿estaba preparada?

El fin de semana en casa de sus padres le dio para pensar largo y tendido sobre la situación. No tenía claro si estaba lista para tener algo con otra persona, pero se dio cuenta de que Lena la atraía bastante y que, si debía dejarse llevar con alguien, ella era una buena candidata. Había sido amable y detallista con ella desde el principio y empezó a despertar las hormonas en su cuerpo sin que ella ni siquiera se diese cuenta. Y no fue consciente de que igual estaban estancadas hasta que le confesó que pensaba que eran amigas. Habían llegado a la misma conclusión, debido a su negatividad de seguir dando pasos pero, justo en ese momento, se dio cuenta de que de verdad quería algo más. Quería besarla y experimentar cómo era estar con ella de forma más íntima. Así que por eso no le dio más vueltas y se lanzó directa y sin rodeos y sin querer que fuese la propia Lena la que diese el primer paso. El deseo fue el protagonista absoluto durante la noche y, la verdad, no se arrepentía. Y sí, quería seguir por ese camino, pero también era consciente de que debía ir paso a paso y actuar de forma prudente. Aún sentía que tenía cosas sobre las que pensar y seguía debatiendo en su cabeza si estaba bien eso de arrastrar a Lena con ella. Pero, ¿cómo iba a poder resistirse a su sonrisa y a sus increíbles detalles? Era completamente imposible.

*****

—¿Qué tal llevas la mañana?

Alzó sorprendida la vista de la pantalla porque su concentración era tan alta que ni siquiera había escuchado que su puerta se abría. Se encogió de hombros como respuesta y volvió al trabajo mientras Marina avanzaba hasta el escritorio.

—El silencio siempre es un buen compañero, sí.

Le clavó la mirada y su amiga dejó un vaso desechable en su mesa.

—Me han dado esto para ti —le informó sin darle tiempo a preguntarle nada—. Una camarera castaña que al parecer se ha quedado esperándote. Tranquila, ya le he dicho que te han pasado un trabajito urgente de última hora.

Dejó el teclado, cogió el vaso y se acomodó un poco en la silla. La mañana empezó increíblemente bien. Despertó con Emily y los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior no paraban de materializarse en su cabeza. Sonrió inconscientemente antes de dar un sorbo al café y, cuando su mirada conectó con la de su amiga, esta la miraba extrañada y con el ceño fruncido.

—Emily y yo hemos avanzado.

—¿Te ha dejado que le acaricies la cabecita? —bromeó Marina.

—Sí. Y también unas cuantas cosas más —respondió antes de dar un nuevo sorbo de café, creando un poco de incertidumbre—. Nos hemos acostado.

Marina soltó un «¿Qué?» de forma instantánea, se impulsó hacia adelante en la silla y se apoyó sobre la mesa con ambos brazos.

—¿Cómo ha pasado??

—No lo sé —contestó sonriente—. Aún no sé cómo ocurrió. Pero pasó y fue más increíble de lo que había imaginado.

Su amiga sonrió y ella se mordió el labio inferior para evitar que su sonrisa creciese demasiado.

—¿Y qué más?

—No te voy a dar detalles —señaló rápidamente.

—Tampoco los quiero —aclaró Marina—. Sé en qué consiste. Estamos en el mismo bando, ¿recuerdas? —bromeó haciéndole sonreír—. ¿Qué pasó después?

—Me quedé con ella. Dormimos juntas.

—Eso es una buena señal.

—Ya habíamos dormido antes juntas —le recordó.

—Sí, pero como amigas.

Asintió y se echó hacia atrás en la silla. Ni siquiera se había parado a pensar en ese detalle. Ya habían compartido algo así, sí. Pero, ¿era ahora diferente?

—¿Habéis repetido esta mañana?

—No. Teníamos que trabajar y yo tenía que volver a casa para darme una ducha y cambiarme.

Marina no recibió esa nueva información con la misma ilusión que la anterior, provocando que se tensase un poco. Ella también pensó que volverían a compartir un momento de caricias por la mañana, pero no fue así y cierto grado de desilusión se instauró en su sistema.

—¿Qué? —preguntó tras el silencio de su amiga.

—Nada.

—Habla.

Se echó hacia adelante y su amiga suspiró antes de hablar.

—¿Crees que estáis en el mismo nivel?

—¿De qué nivel hablas?

—Yo tengo muy claro que Emily para ti no es un simple polvo —le aclaró Marina—. Pero, ¿y tú para ella?

Le mantuvo la mirada unos segundos mientras su mente intentaba encajar la pregunta. No lo consiguió, así que se levantó y caminó los pasos que la separaban de la ventana, como si allí fuese a encontrar la respuesta a sus dudas.

—No lo sé —susurró sin apartar la vista de la calle—. No lo sé —repitió en voz alta tras

girarse y mirar a su amiga.

—Pregúntaselo.

—¿Cómo voy a preguntarle eso? —cuestionó volviendo a su silla.

—¿Y por qué no? Los grandes fracasos de las relaciones son por no hablar las cosas y dejarlo todo bien claro.

—¿Ahora eres una experta?

—Mis relaciones han fracasado por otros motivos, pero no por falta de entendimiento —le aseguró muy convencida—. Las cosas se hablan, Lena. No tengas miedo.

—No lo tengo —aseguró rápidamente.

La mirada de su amiga le dejó bastante claro que no estaba muy convencida. Intentó buscar las palabras adecuadas para darle más peso a su afirmación, pero no lo consiguió porque realmente sí que tenía un poco de miedo. Sentía que habían alcanzado el máximo nivel en cuanto a lo físico y ahí se manejaba bastante bien, pero le quedaba pendiente la asignatura de aquello que no se podía tocar, los sentimientos. No sabía qué pensaba Emily al respecto y le daba pánico tener que preguntárselo y, sobre todo, asimilar su respuesta si pensaba en la posibilidad de que su relación se basase únicamente en sexo.

*****

—¿Qué te parece esta? —le preguntó Sara enseñándole una blusa de color azul—. Mejor en negra, ¿verdad?

Se encogió de hombros y su amiga la miró molesta antes de devolver ambas prendas a sus respectivas perchas y seguir su camino por la tienda.

—Recuérdame el motivo por el cual te he invitado a cenar.

—Porque me querías de ayudante —apuntó y Sara asintió con la cabeza—. Pero en realidad te da igual, solo quieres que alguien te acompañe y te dé conversación.

—Tu sinceridad a veces me sobra mucho.

Sonrió y caminó junto a ella. Su amiga comenzó un nuevo tema de conversación. Algo relacionado sobre su jefa y cómo llevaba toda la semana intentando ligar con la chica nueva que había contratado y su mente desconectó unos segundos. Sara se dio cuenta de que sus pensamientos estaban fuera de allí y detuvo toda acción y le clavó la mirada.

—¿Dónde tienes la cabeza?

—Sobre los hombros.

—No ha tenido ni un poquito de gracia —apuntó su amiga.

—Estoy dándole vueltas a temas relacionados con la universidad.

Rodeó a Sara y caminó hasta el siguiente pasillo de la tienda. Tenía demasiadas cosas en la mente como para responder a su pregunta. Así que decidió que lo mejor sería huir de ella y de su mirada. Aunque también era consciente de que eso solo le serviría para ganar unos segundos.

—¿Llevas bien el estudio? —le preguntó Sara.

—No puedo quejarme —contestó sintiéndola de nuevo justo a su lado—. Ya lo haré cuando esté en plena época de exámenes—. ¿Qué tal con Marina?

Se lo preguntó bastante interesada y porque sabía que sería su tema favorito del momento. Así, mientras hablaba, ella podía intentar ordenar el lío que tenía montado en la cabeza.

—Ese es el tema estrella de la tarde —aclaró su amiga—. Así que lo dejaremos para cuando vayamos a cenar—. ¿Qué tal tú con Lena?

Había estado esperando esa pregunta desde que pasó por su casa para recogerla. Y, aunque imaginó mil escenarios y conversaciones diferentes para cuando le tocase vivirla en

directo y en persona, los nervios afloraron en su sistema sin previo aviso y sin intenciones de abandonar.

—¿Por qué te interesa tanto Lena? —cuestionó mirando una camisa, intentando disimular la importancia del asunto debido a los últimos acontecimientos.

—¿Y cómo no iba a hacerlo?

Su amiga le devolvió una pregunta y ella volvió a sonreír antes de cambiar el foco de visión a otra nueva prenda.

—Es sexy —apuntó Sara al exponer ante las dos un vestido rojo muy llamativo—. Deberías comprarlo para llevártela a la cama.

Se mordió el labio inferior para evitar una gran sonrisa y escondió ligeramente el rostro de su vista antes de seguir inspeccionando el vestido.

—¿Por qué crees que quiero llevármela a la cama?

Se lo preguntó para seguir el juego al sentirse con ventaja y dejó la prenda en su sitio antes de girarse y mirarla directamente.

—¿Y por qué no ibas a querer hacerlo? Creía que ya habíamos avanzado un poco en este tema.

—No voy acostándome con la primera mujer que se cruza por mi camino.

—Pero es que Lena se ha cruzado ya un par de veces por tu camino —señaló Sara.

—Ahí tienes razón.

La observó sonreír victoriosa y, antes de que pudiera decirle algo más, decidió seguir llevando las riendas de la conversación.

—Pero no necesito un vestido para llevármela a la cama —apuntó, leyendo perfectamente en el rostro de su amiga sus ganas de querer intervenir—. Ya lo he hecho.

Se hizo a un lado para dejar que otra chica pasase y caminó hacia el lado contrario antes de ver la cara de confusión de Sara. Sonrió con algo de malicia porque le encantaba dejarla así y que fuese detrás para sonsacarle información. Disfrutaba enormemente de su vena cotilla.

—No me jodas, Emily.

Escuchó a su amiga justo tras ella y se le escapó una sonrisa. Sabía que, ahora mismo, por su cabeza estarían pasando toneladas de preguntas.

—¿Cómo demonios me ocultas eso? ¿Cómo te atreves a hacerme algo así? —le preguntó Sara agarrándola del brazo para que se girase y así poder mirarse de forma directa a los ojos—. Es ilegal. Está escrito en el manual de las mejores amigas.

Se le escapó la risa y decidió ignorarla para hacerle rabiar un poco. Le encantaba hacerlo.

—No te lo he ocultado —señaló—. Es solo que aún no te lo había dicho.

La observó rodar los ojos y, un segundo después, se posicionó delante de ella con los brazos cruzados para impedir que siguiera escapando.

—Así que has decidido darle una oportunidad. Al final va a resultar que sí que eres una chica lista.

—No sé si darle esa oportunidad.

Soltó esa frase tras agachar el rostro y casi en un susurro. Ni siquiera se atrevía a pronunciarla en voz alta.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó Sara—. Emily, mírame —le pidió y cumplió de forma inmediata.

—Es que no tengo claro si debo dejar que entre en mi vida porque aún siento que tengo todo patas arriba —confesó con sinceridad—. E igual la cagué acostándome con ella. Pero estuve pensando durante todo el fin de semana en todo lo que hemos vivido y compartido y en las ganas

que tenía de besarla que me fue imposible no ir más allá en cuanto apareció en mi casa —aclaró.

—¿Y te gustaría repetir?

Su amiga se lo preguntó con gesto sugerente, obviando la primera parte de su corto monólogo y ella acabó sonriendo por su ocurrencia y por lo bien que se lo había pasado en la cama con Lena.

—Sí, claro que me gustaría repetir —recalcó ante el gesto de su amiga—. ¿Contenta?

—Contentísima —le aseguró—. ¿Cómo es en la cama?

—No voy a responder a eso.

Lo dijo muy convencida y segura y la esquivó para cambiar de sección. Aunque más bien lo hizo para intentar buscar otra zona con un poco de aire fresco, ya que pensar en Lena y en lo vivido la noche anterior, le hizo entrar en calor.

—¿Vas a buscar un modelito para provocarla?

—¿De qué estás hablando?

—No lo sé. Dímelo tú.

Su amiga señaló con la cabeza justo el estante que tenía detrás y, al girarse, descubrió que estaba en la zona de ropa interior.

—Ese conjunto de color rojo es perfecto —le aseguró—. Deberías llevártelo y proponerle una noche de orgasmos. Te has hecho mucho de rogar y la pobre merece una recompensa.

—No me he hecho de rogar. Es que no quería nada con ella.

—Pues sorpresa —soltó Sara con chasqueo de dedos delante de su cara incluido—. No seas sosa y compra eso como regalo para ambas —dijo antes de darle una palmada en el culo.

—Eres imbécil.

Protestó con una sonrisa y su amiga le replicó diciéndole que así la amaba. Echó un último vistazo al conjunto de ropa interior y se mordió el labio inferior pensando en si debería hacerle caso a su amiga. Podría ser una opción divertida y atrevida para ver la reacción de Lena, pero igual era demasiado. Ni siquiera sabía si iban a volver a acostarse porque algo en su cabeza seguía atormentándola y no dejándole disfrutar el momento.

22

Que los exámenes le agobiaban hasta decir basta era algo que sabía muy bien. El sentir que le faltaba tiempo y que no llegaría a estudiarlo todo era el tema principal en su cabeza durante esos días. El estrés que le generaba siempre le pasaba factura. Su cuerpo se resentía y sus relaciones sociales también. Se aislaba del mundo, encerrándose en sí misma, recordando lo memorizado y estudiado hasta caer agotada. ¿Sus descansos? Solo cuando trabajaba y aún así su mente seguía dándole vueltas y vueltas a cada punto del temario. Había alargado todo lo posible el ponerse en serio con el estudio y, ahora, le estaba pasando factura. Siempre intentaba llevar el temario algo preparado al día, pero nunca cumplía esa promesa. Sus amigas le decían que era demasiado exigente y que se lo tomaba muy a pecho, pero ellas no entendían que no podía pasar por una segunda matrícula en ninguna asignatura. No podía permitírselo.

Salió del sitio en el que dejaba la bicicleta y caminó con bastante prisa para huir de allí lo antes posible y encerrarse y seguir estudiando. No tenía tiempo que perder. Cerró los ojos unos segundos al ver a Lena apoyada contra un coche y forzó una sonrisa cuando la vio acercarse. Ella no tenía culpa de que fuese un caso perdido. Además, también estaba el hecho de que, aunque no tenía del todo claro cómo avanzar con ella, la echaba de menos. No habían vuelto a quedar de verdad desde que se acostaron en su piso. Se habían visto, sí. Pero en la cafetería o en los alrededores del edificio. Y sí, no solo extrañaba sus ocurrencias y comentarios, también sentía la necesidad de volver a explorar su cuerpo. Aún así era consciente de que no podía bajar las barreras en ese momento porque tenía un enorme temario esperando en casa y necesitaba avanzar todo lo posible para esa noche poder irse a dormir tranquilamente.

Lena la saludó con una de sus increíbles sonrisas y ella, de forma inmediata, sintió que el suelo temblaba a sus pies. ¿Cómo era capaz de provocarle eso? ¿En qué momento se dejó afectar de esa manera? Se puso más recta para intentar guardar la compostura y se repitió en su cabeza que debía irse ya porque tenía que empezar a subrayar temas como loca, como si ese fuese su único objetivo en el mundo.

—Hoy no nos hemos visto en todo el día.

—Yo he estado en el sitio de siempre —señaló antes de prepararse para pedalear y no caer en esa aura magnética que tenía y que tanto empezaba a gustarle.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lena agarrando el manillar de la bicicleta para detener su marcha—. ¿Estás enfadada? He tenido una reunión y después mil cosas que acabar.

—No estoy enfadada —aseguró—. Pero tengo prisa.

—Te puedo llevar en coche —se ofreció la morena con una nueva sonrisa.

Negó con la cabeza, puso un pie sobre un pedal y miró bastante nerviosa la mano de Lena aún sobre el manillar.

—Tengo prisa. ¿No lo entiendes?

—Solo quería verte unos minutos.

Lena se lo confesó antes de quitar la mano, forzando una pequeña sonrisa y girándose para por fin dejarla. Pero algo en su cabeza le gritó «eres increíblemente imbécil, Emily» y tuvo que agarrarle del antebrazo para frenarla.

—Lo siento —dijo tras encontrarse de nuevo con su mirada—. No es justificación, pero cuando estoy de exámenes puedo ser la mayor capulla del mundo. Solo quiero llegar a casa y ponerme a estudiar.

—Si quieres puedo llevarte la cena.

—Lena...

—Es solo llevarte la cena —le aclaró con rapidez—. Tendrás que comer.

—Y comeré, pero si vienes ya me vas a entretener.

Ambas sonrieron, ya que esa frase daba mucho a la imaginación. Y más después de cómo se habían acercado y entretenido la última vez.

—Pero si solo vas a perder un minuto en abrir la puerta y coger la bolsa —insistió la morena.

—¿Y tú no cenarías conmigo? —cuestionó con una ceja alzada.

—No quiero entretenerte —le aclaró—. O igual sí.

Volvió a sonreír porque la muy tonta había usado su misma referencia.

—Puedo ser rápida.

—Para —pidió sin perder la sonrisa—. Y olvídalo —señaló lo más seria posible—. Te prometo que voy a estudiar muy duro para que tengamos un rato esta semana, pero no puedo. Es imposible. ¿Nos vemos mañana en la cafetería?

Lena volvió a sonreír, pero no le convenció del todo. Así que subió la mano hacia su nuca, la atrajo hacia ella y la besó sin importarle nada más. Lo cortó al sentir que su cuerpo empezaba a pedirle más y observó, de primera mano, que ahora su sonrisa sí era de verdad.

—¿Qué ha sido eso?

—Un beso —contestó devolviéndole la sonrisa—. La gente se lo suele dar.

—¿Toda la gente? —bromeó la morena—. Pues creo que he estado perdiendo el tiempo.

Le dio una ligera palmada en el brazo, se colocó el casco bien y Lena volvió a poner la mano sobre el manillar, captando de nuevo su atención.

—Avísame de que llegas a casa.

—Eso creo que es de primero de relación —señaló sonriente.

—No lo sé. Nunca he tenido una.

Negó con la cabeza sonriente y le prometió que lo haría. No sabía cómo, pero aquella chica llevaba tiempo sacándole sonrisas totalmente espontáneas. Una pena que no hubiese llegado antes que Sonia. Se habría librado de muchísimas estupideces y marcas que aún seguían doliendo.

*****

Emily y ella llevaban días sin verse de verdad. Porque sí, la veía cada día en la cafetería y los minutos antes de entrar y de salir de trabajar. Pero ya está. No había más. Y eso para ella, después de lo ocurrido, era un atraso increíble. Tenía la enorme necesidad de unir su tiempo con el suyo. Quería volver a repetir su plan estrella porque cenar y ver una película o serie había superado lo que solía hacer antes de ella. Salir a tomar una copa ya no le motivaba en absoluto porque no necesitaba cubrir esa parte que había sentido tan vacía. Emily la llenaba, por muy cursi que sonase.

Bufó, apagó la televisión y apoyó la cabeza contra el sofá. Suspiró de forma dramática y ni se molestó en mirar el móvil porque Emily le había informado de su táctica de estudio. Lo ponía en silencio, lo escondía debajo de la almohada, alejado de ella todo lo posible, y solo lo cogía antes de dormir para contestar algunos mensajes. Pero aún era demasiado temprano. El reloj no marcaba ni las nueve de la noche y ella solo quería que ya fuese el siguiente día para poder verla y que ese calendario de exámenes pasase ya. Por primera vez en su vida tenía un fuerte interés por una chica y había tenido la maravillosa desgracia de que fuese tan responsable y que primase sus estudios antes que cualquier otra cosa.

Miró molesta hacia la puerta cuando el pitido del portero automático le avisó de que alguien estaba tocando su portal y caminó con desgana porque solo podía ser Marina. Y no es que no le gustase la compañía de su amiga, es que estaba segura de que le hablaría de lo bien que le iba con Sara y le repetiría eso de que debía tener una conversación real con Emily. Una en la que ambas expusieran de verdad lo que querían. Pero tuvo que dejar atrás sus pensamientos porque el corazón le latió algo raro al ver a la castaña a través de la cámara. Le dio paso rápidamente y abrió la puerta para esperarla allí. Se dijo a sí misma un par de veces «Lena, tranquila», pero no le sirvió absolutamente de nada. Sonrió como una idiota en cuanto la vio caminar hacia ella y le encantó que le devolviese el gesto. Bajó la vista a sus labios cuando la tuvo enfrente y recibió un beso extremadamente cálido.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó sin perder la sonrisa en cuanto sus labios se separaron.

—Te prometí un rato juntas y merezco un descanso —le contestó Emily antes de alzar la bolsa que llevaba—. Y he traído la cena. ¿Puedo pasar?

—Debes.

Su sonrisa creció y se hizo a un lado para que pudiera acceder al interior. Cerró la puerta y dedicó unos segundos a observarla.

—¿Lo dejó aquí? —le preguntó Emily antes de dejar la bolsa sobre la mesa baja del salón —. ¿Qué haces mirándome? —cuestionó sonriente.

—Déjalo ahí —le contestó antes de caminar hacia la cocina.

—¿Por qué no contestas mi pregunta?

Lo escuchó muy bien, pero decidió ignorarla mientras preparaba los platos y los cubiertos. Sintió un pellizco en su costado y sonrió al ver su cara de querer una explicación.

—Solo te miraba. No hay nada más —contestó por fin—. ¿Algún problema con eso?

—Ninguno. Pero preferiría que me dieras un beso, la verdad.

Dejó las cosas sobre la mesa de la cocina y fue directa hacia ella. Le agarró el rostro con ambas manos y la besó muy lento y con algo de lengua. Que le siguiese el ritmo le encantó, pero mucho más lo hizo el que le agarrara por la cintura para pegarla a su cuerpo. Tiró de su labio con suavidad antes de cortar el beso y Emily inició uno nuevo mucho más intenso. Se dejó arrastrar por aquella agradable y caliente sensación y avanzó hasta provocar que Emily chocase contra la encimera. Gimió directamente contra su boca y su sistema entero se aceleró por arte de magia. Quería volver a tocarla y sentirla y se moría de ganas por saber si a ella también le pasaba igual.

—La cena se va a enfriar —dijo despegándose unos segundos de sus labios.

—Y yo me estoy calentando —soltó Emily haciéndole sonreír de forma inmediata—. ¿Qué es más importante, Lena? ¿La cena o yo?

—¿Qué has traído para cenar?

Bromeó y la castaña le alzó la ceja para advertirle, pero a ella le subió un poco más la temperatura. Sus gestos tenían una capacidad increíble de provocarle mil cosas diferentes. Volvió a sus labios y Emily la recibió rápidamente y sin volver a decir nada. Le quitó la chaqueta, la tiró a un lado y acarició su cuerpo aún por encima de la camiseta. Quería ser paciente y tener calma para disfrutar todo lo posible de aquella nueva sesión de sexo con ella, pero Emily no parecía estar pensando lo mismo, ya que tiró de su camiseta hacia arriba y dejó expuesto su pecho totalmente desnudo. La observó morderse el labio inferior y, justo después, soltó un gemido cuando cubrió uno de sus pechos con la boca. Lo besó, lo lamió y jugó con su pezón antes de hacer lo mismo con el otro.

Aprovechó que la castaña volvió a sus labios y se deshizo también de su camiseta y de su

sujetador con su ayuda. Imitó sus caricias en su pecho y añadió un poco más. Descendió con la mano hacia su entrepierna y la tocó por encima del pantalón vaquero. Emily se arqueó ante su contacto y ella sonrió porque le encantaba estar provocándole esas cosas. Quería subirle la temperatura todo lo posible, pero no pudo seguir con su cometido porque, en un rápido movimiento, la castaña consiguió que intercambiaran posiciones. Jadeó por la sorpresa y al ver su mirada recordó que a Emily también le gustaba llevar el mando. Su azul la miraba con una intensidad increíble y controló la respiración cuando la atrapó entre la superficie y su cuerpo, poniendo ambos brazos a sus lados para que no intentase hacer lo mismo que ella.

Emily atacó su boca de nuevo y volvió a jadear cuando coló una pierna entre las suyas. Se movió para buscar más contacto y gimió cuando sintió que la tocaba directamente con la mano.

—¿Quieres esto? —le preguntó Emily directamente contra sus labios—. ¿Quieres o no? —insistió y se apartó un poco cuando intentó besarla—. Estoy esperando una respuesta.

La castaña se lo dijo con media sonrisa y ejerció un poco más de presión antes de apartar la mano de su sexo.

—Quiero —contestó y su sonrisa creció antes de volver a besarla.

Le siguió el beso y protestó cuando Emily volvió a cortarlo sin importarle en absoluto la petición que acababa de soltar. Pero se le escapó media sonrisa al ver la suya antes de sentir que colaba la mano en su ropa interior. Gimió ante su tacto y se agarró a la formica mientras sus ojos azules la miraban atentamente. Que su mirada estuviese clavada en su rostro la estaba poniendo el doble de cachonda y su pulso, bastante acelerado, se lo confirmó. Jadeó echando la cabeza hacia atrás y se mordió el labio inferior al sentir que besaba su cuello. Descendió hacia su pecho, dedicándole unos minutos de atención y su temperatura corporal empezó a ser algo insoportable. Ambas parecían necesitar más y Emily la sorprendió bajándole el pantalón y subiéndole una pierna para que rodeara su cintura. Eso a la castaña le permitía un mejor acceso a su interior y ella acabó susurrando su nombre entre jadeos La besó cargada de ganas, entró en ella con dos dedos y, desde el segundo uno, sus movimientos fueron firmes y directos. Tuvo que aferrarse a sus hombros para intentar controlar todo lo que estaba sintiendo y acabó soltando un «joder» antes de dejarse llevar del todo y correrse. Se abrazó a su cuerpo y sintió que salía de su interior a la vez que dejaba un beso en su cuello. Eso era nuevo. Muy nuevo. Nunca se había permitido disfrutar unos segundos tras un orgasmo y con Emily ya iban dos veces.

Y también era la segunda vez que sentía tantas ganas de devolverle el placer a otra persona. Sus últimos encuentros sexuales, antes de conocerla, se habían basado en lo contrario. Ella era la que daba el placer primero y después se marchaba sin esperar nada a cambio porque hacía tiempo que había dejado de sentir ese deseo de ser tocada. Pero Emily le había traído de vuelta todo eso y sonrió antes de besarla y colocarse bien el pantalón. La agarró por el cuello para hacer el beso más profundo y sintió sus manos de forma directa en su espalda. Le erizó toda la piel y se regañó mentalmente para no dejarse arrastrar de nuevo porque lo que buscaba era el placer de Emily.

—¿A dónde vamos? —le preguntó la castaña cuando tiró de su mano.

—A mi cama.

—Esa debería ser la respuesta para todo.

Emily bromeó haciéndole sonreír y, cuando llegaron a su habitación, la besó mientras la arrinconaba contra la cama. Le gustó tener el control y que su compañera se dejase hacer. Hasta en eso parecían entenderse bastante bien.

La empujó para que cayese sobre el colchón y le encantó muchísimo ver su sonrisa

mientras se acomodaba apoyándose en los codos para que sus miradas conectasen mejor. Se echó sobre ella con cuidado y comenzó un camino de besos por todo su cuerpo. Sus labios. Su cuello. Su clavícula. Sus pechos. Su vientre. Se detuvo, clavando la mirada en su rostro, y decidió desabrocharle el pantalón sin que sus ojos desconectasen en ningún momento. Se moría de ganas de seguir recorriendo su piel y se dio prisa en quitarle la ropa que le quedaba para dejar más besos en su cuerpo.

Empezó a besar sus piernas mientras las acariciaba con las manos y escuchó un corto suspiro al llegar a sus muslos. Apretó con suavidad y le abrió un poco más las piernas antes de ascender con la lengua muy lentamente. Se detuvo para mirarla y su azul intenso hizo que una ola de deseo la golpease con fuerza. Volvió a sus muslos, repartió unos cuantos besos húmedos y arañó con los dientes antes de subir hacia su sexo. Emily gimió y movió las caderas y ella la agarró, deteniéndole los movimientos, antes de pasar la lengua entre sus pliegues. Repitió la acción un par de veces y se puso cachonda solo con sentir cómo disfrutaba de su atención. Alternó lamidas con pequeñas succiones y se centró en su clítoris antes de sentir que enredaba una mano en su pelo. Aquel gesto la animaba a seguir, aunque ella no había pensando en despegarse en ningún momento, pero tenía que confesar que ese gesto alteró sus hormonas un par de grados más. Aumentó un poco el ritmo y entró directamente con dos dedos en su interior para provocarle un orgasmo mayor. Emily gimió como respuesta y ella intensificó todo un poco más al sentir que su mano en su pelo se lo exigía. Segundos después la soltó, alzó la cadera y sintió que su interior aprisionaba sus dedos antes de decir su nombre entre jadeos y caer de nuevo sobre la cama.

Se quedó unos segundos observándola desde su posición y verla allí tumbada en su cama le gustó demasiado. Se incorporó, se dejó caer a su lado y, de forma inmediata, su azul buscó su mirada.

—Quiero uno igual cuando acabe los exámenes.

—Lo tendré muy en cuenta —dijo sonriente antes de que Emily reclamase sus labios de nuevo.

*****

Se tumbó en la parte más larga de la *chaise longue* y cerró los ojos unos segundos para disfrutar del momento. Había aprovechado la semana al máximo en lo que a estudiar se refería para poder quedar con Lena y aquel esfuerzo jamás le había sido tan recompensando. No había ido a su piso con la idea de tener sexo, pero surgió y lo hizo de una forma tan increíble que aún sonreía al recordarlo. Tampoco esperó que la morena le pidiera que se quedase esa noche allí. Ni que compartieran la ducha y que le ofreciera uno de sus pijamas antes de cenar. Y no, no podía negarse. Le encantaba demasiado compartir tiempo con ella.

—¿Ibas a empezar un capítulo sin mí? —preguntó Lena tras aparecer en el salón.

—Jamás te traicionaría.

—Eso espero.

La morena lo dijo con una sonrisa antes de sentarse a su lado, pero a ella le pareció que estaban demasiado lejos, aunque solo tuviesen unos centímetros de distancia entre ambas.

—Aquí hay sitio para las dos —dejó caer y sonrió cuando sus ojos la miraron.

—¿Quieres que me tumbe contigo?

—Te estoy ofreciendo la oportunidad en bandeja de plata. Es cosa tuya que quieras aprovecharla.

Recibió una nueva sonrisa y abrió la manta, con la que se había tapado minutos atrás, para dejar que se metiera. Sonrió satisfecha y se abrazó a su cuerpo en cuanto Lena se tumbó a su

lado y dejó que fuese ella misma la que pusiera el capítulo de la serie. Sintió su mano en su cabeza, acariciándole el pelo, y soltó un poco de aire ante lo increíblemente bien que se sentía.

—No te vayas a dormir —le pidió Lena.

—No prometo nada —aclaró antes de pegarse un poco más a su cuerpo—. ¿Qué haces? —preguntó abriendo los ojos cuando Lena detuvo el capítulo.

—Será mejor que dejemos la serie para otro momento. Es hora de dormir.

—No seas aguafiestas —protestó alzando una ceja—. Estoy viendo la serie.

—¿Con los ojos cerrados? —cuestionó la morena divertida.

—Estoy escuchando la serie.

Reformuló sus palabras y ambas sonrieron.

—No seas cabezota —le pidió la morena.

—Mira quién habla.

—¿Perdón? He tardado mil años en meterte en mi cama —soltó Lena—. Eres extremadamente cabezota.

—No seas desagradable con esos comentarios —dijo a pesar de saber que la morena bromeaba—. No te pegan nada.

—¿Por qué lo dices?

—No eres como esa clase de tías —aclaró.

—¿Esa clase de tías?

—Sí. De las que solo buscan sexo —aclaró y frunció el ceño al ver su gesto.

Se incorporó un poco para poder verla mejor y Lena le dedicó media sonrisa antes de intentar retomar el capítulo, pero ella le quitó el mando para impedírselo.

—¿Qué ocultas? —cuestionó—. ¿Hay algo que quieras comentar?

—¿Qué te voy a ocultar? Me has visto absolutamente todo —le respondió la morena sonriente.

—¿Solo buscas sexo en tus relaciones? —cuestionó y, de forma inmediata, empezó a sentir una extraña sensación en el estómago—. No te preocupes —dijo al ver que perdió la sonrisa—. Nos entendemos y disfrutamos bastante bien en la cama.

—Emily...

—No pasa nada, de verdad —aclaró cortando sus palabras—. Este tipo de relaciones también son agradables —indicó con media sonrisa algo fingida.

—¿De qué tipo de relaciones hablas?

—Ya sabes, amigas que follan —contestó fingiendo que aquella conversación no estaba afectándole—. Es práctico, saludable y no tienes que calentarte la cabeza en exceso.

Lena le apartó la mirada tras su breve explicación y ella decidió dejar el tema ahí porque no sabía si estaba preparada para seguir la conversación. ¿Era posible sentirse decepcionada por algo que ni siquiera había tenido? La morena era la pareja perfecta. No tenía duda alguna. Pero ella no sabía si se sentía preparada para dar un paso más y Lena, con aquella corta conversación, parecía que tampoco buscaba algo serio. Aunque si era verdad que le sorprendía bastante, ya que las acciones que había tenido con ella le habían dicho todo lo contrario. En cambio, ahora, su silencio le gritó con bastante fuerza que se detuviese.

23

Mentiría si dijese que la conversación del día anterior con Emily no la había dejado tocada. Había tenido la oportunidad perfecta para decirle lo que sentía y quería, pero no pudo. El miedo y la poca práctica la frenaron. Jamás le había confesado a nadie sus sentimientos porque nunca había experimentado tal cosa, nunca había tenido algo así de real. Y, ahora que lo tenía, prefería ser una cobarde y su amiga para follar y nada más.

—¿Me vas a contar que te pasa ya? —le preguntó Marina tirándole una bolita de papel.

Aceptó su invitación de tomar un café con la idea de intentar despejar la mente, pero no lo estaba consiguiendo y sabía que su amiga no pararía hasta que le confesara la verdad.

—No he dormido bien.

Le contestó omitiendo parte de información, pero le dijo la verdad porque no había dormido nada bien a pesar de que Emily y ella habían vuelto a compartir colchón. Y despertó aún peor porque, tras esas horas de sueño, la castaña despertó y la sintió algo ausente y desconectada de ella.

—¿Algo que contarme? —insistió Marina.

Negó con la cabeza y dio un sorbo a su café sin perder el detalle de que su amiga seguía con la mirada clavada en ella.

—Tengo ganas de abofetearme —soltó y el ceño de Marina se frunció inmediatamente—. La he cagado.

—Creo que necesito algo más de información.

Negó con la cabeza y soltó aire de forma pesada mientras intentaba ordenar en su mente todo lo sucedido.

—Emily estuvo anoche en mi piso —dijo y vio a su amiga asentir con la cabeza, animándole a continuar—. Hemos estado días sin quedar porque ella está de exámenes, pero se organizó y al final sacó tiempo para pasar la noche juntas.

—Eso está muy bien —le aseguró Marina mientras asentía con la cabeza—. Responsable y organizada. ¿Qué más?

—Tuvimos sexo. Muy bueno —aclaró y se le escapó una sonrisa al recordarlo—. Y luego nos dimos una ducha juntas y nos tumbamos a ver algo —resumió ante su atenta mirada.

—¿Pero? —cuestionó su amiga.

—Tuve la oportunidad perfecta para decirle lo que siento y quiero con ella, pero no dije nada y ahora se piensa que solo quiero sexo.

—Eres imbécil.

—Soy imbécil.

Lo soltó muy frustrada y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Y qué vas a hacer? —quiso saber su amiga.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Qué tal decirle la verdad?

—No puedo.

Negó con la cabeza para reafirmar sus palabras y su amiga le tiró otra bolita de papel.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no me salen las palabras —contestó devolviéndole el ataque.

—¿Y por qué no te salen?

—No lo sé —soltó molesta—. Igual es que nunca he tenido que hacerlo —confesó.

—Espera, ¿nunca le has dicho a una chica que quieres estar con ella? —cuestionó su amiga bastante incrédula—. Joder, Lena. Lo has tenido muy fácil —señaló—. Mueve el culo y se valiente.

—¿Para qué?

—¿Cómo qué para qué? De verdad que eres imbécil.

—Emily solo quiere sexo —aclaró.

—¿Eso es lo que te ha dicho? —preguntó Marina y ella asintió con la cabeza—. ¿Con esas palabras?

—No directamente —contestó recordando la conversación—. Pero quedó bastante claro.

—¿Igual de claro que ella piense que tú también quieres solo sexo cuando la realidad es otra?

La miró con el ceño ligeramente fruncido y su amiga le soltó un «de nada» bastante convincente y cargado de seguridad. Se colocó mejor en la silla y su vista se clavó en su móvil, que estaba sobre la mesa y se acababa de iluminar. Era un mensaje de Emily, diciéndole que había acabado sus clases y que volvía a su pequeño refugio a seguir estudiando. Sonrió de forma inconsciente al leerlo porque no sabía cómo había ocurrido, pero ese tipo de mensajes se habían vuelto algo rutinario en sus vidas y a ella le estaba empezando a gustar mucho.

—Es ella, ¿verdad? —le preguntó su amiga—. Esa cara de imbécil te delata.

—¿Puedes dejar de decirme imbécil?

—Cuando dejes de serlo.

Le dedicó una sonrisa forzada y decidió ignorarla unos segundos para contestarle a Emily. Algo sencillo y rápido, un «no le des mucha caña al cerebro», pero suficiente para hacerle ver que ella también estaba al otro lado.

—Os falta comunicación —soltó Marina—. Ya os ha pasado antes con lo de creer que solo erais amigas y al final fíjate —señaló—. No creo que Emily quiera solo sexo.

—¿Sara te ha dicho algo?

Se lo preguntó bastante interesada porque su amiga tenía una buena fuente de información a su lado y tenía que aprovecharse.

—Sara y yo no estamos en una fase muy habladora —aclaró sonriente—. Follamos mucho —aclaró ante su gesto—. Pero ambas sabemos lo que la otra quiere. Lo dejamos claro desde el principio.

—¿Y qué es lo que queréis?

—Follar y conocernos en el proceso.

—¿Así de fácil? —cuestionó con una ceja alzada.

—Así de fácil —aseguró su amiga—. Comunicación, Lena.

Se lo repitió enfatizando las últimas palabras y ella suspiró porque se sentía igual de imbécil que al principio de la conversación. ¿Cómo demonios iba a comunicarse con la chica que de verdad había captado su atención si nunca lo había puesto en práctica?

*****

Se despidió de una compañera de clase de camino a los aparcamientos para coger la bicicleta y su mente comenzó de nuevo su pequeño bucle originado el día anterior. Su noche con Lena había sido perfecta hasta que salió, por su culpa, la maldita conversación. Esa en la que las colocaba en la casilla de solo sexo. Y no sabía el motivo por el cual aquello estaba afectándole tanto, pero lo hacía. Y le jodía. Y mucho. Y no sabía por qué, pero tampoco quería que la distancia apareciese entre ellas, aunque ese mismo día, nada más despertar, ella misma lo

ocasionó no recibiendo sus besos y caricias como de costumbre. Y fue por eso por lo que se hizo con el móvil y le escribió un mensaje. Quería saber que seguía allí a pesar de todo y Lena no tardó en contestar, provocando que su sistema se relajara un poco. Aquella mujer era increíble y ella, por mucho que se lo hubiese estado negando, no quería solo sexo. ¿Cómo iba a poder dejar escapar la oportunidad de conocer de verdad a alguien así? Sería una completa estúpida de manual. Pero Lena no parecía pensar igual, aunque le extrañaba que se hubiese molestado tanto en acercarse a ella si solo quería unos cuantos orgasmos. Se resignó y decidió guardar en su mente todas esas cuestiones para cuando se fuese a dormir.

—Mierda —susurró al levantar la vista y descubrir que Sonia estaba junto al aparcamiento de las bicicletas.

—¿Aún sigues llevando ese trasto?

Ignoró su pregunta y se dio prisa en quitarle el candado a su vehículo de dos ruedas para salir de allí cuanto antes.

—¿No quieres hablar conmigo?

—¿Desde cuándo eres tan inteligente?

Le devolvió una pregunta y se arrepintió en ese mismo momento al ver su sonrisa y recordar lo mucho que le gustaba molestarla y recibir ese tipo de ataques. Jamás lo entendería.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —le preguntó su ex agarrándose del manillar.

Bajó la vista a su acción y le dio rabia que se tomase esa libertad.

—Apártate.

—¿Y qué pasa si no lo hago? —le cuestionó con media sonrisa.

Le clavó la mirada bastante molesta y la rabia en su interior creció un poco más al ver lo mucho que a Sonia parecía estar divirtiéndole la situación.

—Tengo cosas que hacer.

—Aún no hemos hablado de la mujer que había en tu piso —dijo su ex ignorándola por completo—. ¿Quién era?

—No te importa.

—¿Te la estás tirando?

—He dicho que no te importa.

—La verdad es que está buena —señaló Sonia—. Siempre has tenido muy buen gusto —alardeó sonriente—. ¿Vais en serio? Podríamos divertirnos las tres.

Sonia lo dejó caer con muchísima tranquilidad y ella tiró de la bicicleta para intentar subirse y dejar la conversación allí. Pero su ex no parecía pensar igual y agarró con más fuerza el manillar, reteniéndola.

—Eres repugnante —espetó con rabia.

—Y aún así sigues queriendo follar conmigo —vaciló Sonia y se acercó más a ella.

—¿De qué estás hablando?

—Por eso estás siempre tan enfadada —le respondió agarrándole el rostro con una mano —. Porque aún sientes cosas por mí.

Se libró de un rápido movimiento del amarre en su cara y la empujó para que se apartara, pero solo consiguió una nueva sonrisa creída y que recortase más la distancia entre ellas.

—No puedes evitarlo, Emily.

—No te quiero en mi vida —dejó claro y con la emoción reflejada en los ojos ante la frustración y la situación que estaba viviendo.

—Pero tu cuerpo no dice lo mismo, ¿verdad?

Sonia le soltó aquello y, de forma inmediata, sintió su mano sobre la suya. Bajó la vista

hacia ese contacto y tuvo que controlar su reacción al sentir algo de calor y un ligero escalofrío.

—¿Qué tal si buscamos un sitio ahora mismo? —le preguntó su ex acercándose un poco más—. Estoy un poco cachonda.

Y aquella confesión meses atrás le habría hecho perder la cordura y la dignidad. Pero entonces pensó en Lena y en lo increíblemente bien que la trataba y le dio asco su propia reacción del pasado y al permitir que Sonia estuviera tocando su mano. Así que la apartó con rabia y la empujó con fuerza para dejarle claro que se estaba equivocando.

—No vuelvas a tocarme —le advirtió antes de subirse a la bicicleta.

—Algún día me cansaré de venir a buscarte. Yo no perdería el tiempo haciéndome la dura.

—Ni aunque fueras la última mujer en la tierra volvería a tus brazos —dejó claro, pero a la estúpida de su ex le hizo gracia y ella cerró los ojos unos segundos antes de empezar a pedalear.

—Ten cuidado. Está empezando a llover.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó de Sonia y a su maldito cerebro le volvió a parecer buena idea traer escenas pasadas de Lena. La morena esperándola con el paraguas y convenciéndola de que dejase la bicicleta para llevarla a casa y asegurarse de que llegaba bien. Algo que Sonia nunca había hecho con ella a pesar de haber sido pareja. Dejó escapar un par de lágrimas por haber tenido tan mala suerte y que alguien que solo quería sexo la tratase mejor que su ex pareja y pedaleó más rápido y con más fuerza para intentar dejar de pensar.

*****

Emily la sorprendió apareciendo en su piso sin avisar y ella, como siempre, la esperó en la puerta, bastante ansiosa por verla. Y no, no había esperado aquella visita, no cuando la castaña la había avisado de que iba a estudiar, pero le encantó que decidiera hacerle una visita y solo deseaba que se alargase un poco para poder arañar más tiempo a su lado. Su sonrisa, que había aparecido desde que la vio a través de la pantalla del portero automático, desapareció al verla más de cerca. Estaba empapada y agachó el rostro en cuanto sus ojos conectaron y captó un reflejo de humedad en ellos, posiblemente por causa de las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada, adelantándose unos pasos para encontrarse antes—. Emily, ¿estás bien? —insistió agarrando su rostro con cariño, provocando que su azul la mirase—. Dime algo.

—Me ha pillado la tormenta —le contestó tras sorberse la nariz—. ¿Puedo entrar en tu casa? Tengo algo de frío.

Le echó un brazo por encima y la acompañó hacia el interior sin importarle que su ropa pudiera mojar la suya.

—He dejado la bicicleta encadenada dentro del recinto. No sé si molesta.

—¿Qué te parece si le echo un vistazo mientras tú te das una ducha caliente y te cambias de ropa?

—Eso sería genial —le aseguró Emily con media sonrisa.

—Pues siéntete libre de coger y usar lo que quieras. Ya sabes dónde está todo.

Le acarició con cariño la mejilla y le regaló una sonrisa antes de coger las llaves de casa y las de la bicicleta y salir para ver dónde la había dejado mientras ella se daba la ducha. El camino hacia el ascensor, y el trayecto en él, lo hizo pensando en qué podría haberle pasado. Había recibido esa misma tarde un mensaje de ella y nada le había dado una pista de que algo pudiese estar yendo mal. Tampoco es que supiese mucho de su vida. Solo de su trabajo, de sus estudios, un poco de sus amigas y un poco también de Sonia.

Al salir del ascensor dejó atrás esos pensamientos y se centró en encontrar su bicicleta. La localizó encadenada al hierro de la ventana del cuarto del conserje y decidió buscarle un nuevo sitio porque no sabía si a sus vecinos les haría gracia encontrarla allí. Y como no tenía dónde dejarla decidió subirla al ascensor para hacerle un hueco en su propio piso. Le costó un poco meterla, porque no estaba acostumbrada a manejarla, pero lo hizo y, en el corto camino hacia su piso, a su mente le dio tiempo para pensar de nuevo en qué le habría pasado. Quizás había tenido algún problema con alguna de sus amigas, o quizás simplemente se había agobiado con los exámenes.

Abrió la puerta, colocó la bicicleta en la entrada y cerró antes de dedicar unos minutos más a pensar en el motivo. Pasado ese tiempo se centró en lo importante; en Emily. Escuchó el agua de la ducha, dejándole bastante claro que aún seguía en el baño y decidió prepararle algo para cenar. No sabía hacer absolutamente nada decente, así que no quiso jugársela y preparó un par de sándwiches vegetales. Los dispuso en una bandeja y apareció en el salón a la vez que ella. Sonrió al verla con uno de sus pijamas y la animó a sentarse con un gesto de cabeza.

—Gracias —dijo Emily en cuanto las dos tomaron asiento.

—No tienes que dármelas —aseguró y vio una pequeña sonrisa en sus labios, aunque su gesto seguía siendo triste—. He subido a tu amiga a casa —indicó señalando el sitio en el que había dejado su bicicleta.

—¿Estás loca?

—Tranquila. El ascensor me ha ayudado —bromeó y disfrutó de su sonrisa de nuevo—. ¿Qué ha pasado?

Su azul se humedeció de forma instantánea y ella tuvo unas ganas increíbles de abofetearse por haber provocado tal cambio.

—Lo siento. No pretendía molestarte —aclaró.

—No pasa nada —señaló Emily antes de tomar aire y soltarlo lentamente—. Me he encontrado con Sonia justo cuando salía de la universidad —le confesó y todo su interior se tensó de golpe—. Me estaba esperando en el sitio en el que sabe que dejo la bici. Ha sido una estúpida y una descarada. Muy Sonia, la verdad.

Contuvo las ganas de preguntar al no saber si era lo correcto y porque tampoco sabía si quería saber más. Aquella sensación era otra nueva novedad en su vida. ¿Qué era exactamente lo que estaba sintiendo? ¿Rabia? ¿Miedo? ¿Una mezcla de ambas cosas? No tenía ni idea y tampoco podía pedirle un tiempo muerto para intentar averiguarlo.

—No sé porqué sigue teniendo poder sobre mí —le confesó Emily y ella sintió que algo en su interior se rompía—. Mi cuerpo sigue reaccionando a ella.

Giró la cara para dejar de mirarla y poder controlar la carga de emociones que estaba sintiendo y, por primera vez, desde que empezó a conocerla, se maldijo un poco por haber dado tal paso. Si hubiese seguido siendo la misma Lena nada de la relación con Emily y Sonia le estaría afectando ahora mismo. Pero tampoco la tendría justo a su lado, abriéndose a ella, porque no habría permitido tanto acercamiento y eso era lo que menos le gustaba. Porque a pesar de todo, y de sentirse tan perdida por no saber manejar lo que estaba ocurriéndole, conocerla de verdad había sido una de las mejores cosas de su vida.

—Es increíble que tú, sin querer nada más, te hayas comportado mejor que ella en todo el tiempo que estuvimos juntas.

Su corazón se aceleró un poco al escuchar sus palabras y pensó en que no tendría una oportunidad más perfecta para confesarle que sí que quería algo más. Pero, ¿era correcto decírselo ahora? Volvió a girar la cara, para mirar directamente su rostro y la pilló soltando un

pequeño suspiro y echándose el pelo hacia atrás.

—Igual sí que quiero algo más.

Lo soltó sin más, sin querer darle más vueltas y sintiendo que el corazón le latía a mil por hora. Sus ojos azules la miraron confusa y empezó a sentirse un poco estúpida.

—¿Qué quieres decir con algo más?

—Pues algo más —contestó bastante nerviosa.

—Dijiste que solo sexo.

—Yo nunca dije eso —señaló con rapidez.

—Sí. La otra noche justo aquí en tu piso.

—Nunca lo dije —repitió y Emily le apartó la mirada—. Es posible que interpretaras mi silencio de esa forma, pero no es así.

Terminó de soltar lo que tenía guardado y, de repente, sus nervios crecieron por dos. Ya estaba todo dicho. No le quedaba nada guardado y todo dependía de ella.

—¿Me estás diciendo que quieres tener una relación conmigo? —le preguntó Emily devolviéndole la mirada.

—Yo no lo podría haber dicho mejor.

Intentó bromear, pero su pequeña sonrisa se borró cuando la vio levantarse del sofá y caminar unos pasos por el salón. No había que ser demasiado inteligente para entender que no había encajado aquellas palabras tan bien como a ella le hubiese gustado.

—No puedes estar diciendo esto en serio —le dijo la castaña de golpe—. Mi vida es un maldito desastre. Lo has visto.

—Yo solo he visto a una chica que trabaja y estudia para conseguir lo que quiere —debatió y la observó negar con la cabeza—. ¿Cuál es el problema? ¿Sonia?

—¿No me has escuchado? —le cuestionó—. Sigo reaccionando a ella —le aclaró—. ¿Qué clase de suicida eres?

—Una que solo quiere verte sonreír.

—Joder, Lena.

La observó moverse de nuevo inquieta por el salón y decidió levantarse para enfrentarla y poder ser más directa con lo que sentía y con sus palabras.

—Soy un poco novata en esto —confesó a medias antes de detenerse justo frente a ella, ya que decirle que nunca había tenido una relación de verdad le pareció demasiado para el momento—. Pero sí. Quiero estar contigo y no solo por el sexo. Y quiero cuidarte y hacerte sonreír todo lo que pueda.

—Lena, yo no sé si puedo tener ahora mismo una relación y tampoco sé si puedo darte lo que mereces.

—No tienes que darme nada —señaló con rapidez—. Está bien así. Lo que tenemos está bien.

—No puedes aceptar migajas. Mereces muchísimo más.

—No son migajas —debatió inmediatamente—. Sé lo que hay y lo acepto.

—¿Aceptas que siga sintiendo algo por mi ex? —le cuestionó—. Porque no me parece nada justo.

—¿La sigues queriendo? —preguntó y esas milésimas de segundo fueron las más eternas de toda su vida.

—Claro que no —le contestó Emily—. No quiero tenerla cerca y tampoco verla.

—Pues supongo que tu cuerpo, en algún momento, se olvidará de ella.

Se lo dijo tremendamente convencida y la castaña le giró la cara para lanzar un suspiro y

morderse el labio inferior. Sabía que estaba siendo algo insistente, pero estaba muy segura de lo que quería y no iba a dejar escapar la oportunidad después de lo mucho que le había costado dar ese paso. Le agarró el rostro con ambas manos e hizo que su azul volviese a conectar con sus ojos.

—No sé si puedo —le confesó Emily sin dejarle decir nada.

—Puedes intentarlo.

Sus palabras hicieron que la castaña dibujase media sonrisa en sus labios y ella se relajó de golpe.

—Esto es una locura.

—Una locura de las buenas —señaló convencida y respiró del todo cuando su sonrisa creció—. Prometo ser una novia ejemplar.

—Lo tienes muy fácil teniendo a Sonia de referencia.

Su broma les hizo sonreír a ambas y ella aprovechó para acercarse un poco más y besarla. Emily aceptó sus labios inmediatamente y su cuerpo entero se cubrió de pequeñas descargas. No sabía qué había pasado, pero suponía que era por el hecho de haber sido esa persona valiente que se enfrentaba a lo que quería y lo conseguía.

—Entonces... —dejó caer tras cortar el beso, pero quedándose muy cerca de su rostro.

—Volvámonos locas.

Tras la confirmación de Emily atrapó de nuevo sus labios, vibró con una carga extra de felicidad y le encantó sentir su sonrisa en el beso. La recompensa por ser valiente no podría haber sido mejor.

24

Suspiró agobiada y cerró los ojos unos segundos para intentar concentrar toda su atención y terminar cuanto antes el trabajo que aún le quedaba. Le habían cambiado el esquema por completo de su último artículo sin previo aviso y tenía que correr, más que nunca en su vida, si quería entregarlo a tiempo. Incluso rechazó la invitación de Marina esa mañana para bajar a la cafetería. Se moría de ganas por ver a Emily, y más después del gran paso que dieron, pero tiró de responsabilidad y prefirió escribirle un mensaje contándole lo sucedido.

—Adelante —dijo sin apartar la vista de la pantalla cuando escuchó que tocaban la puerta.

—Pareces otra detrás de esa pantalla.

—Emily, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendida, clavándole la mirada y con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Servicio personalizado.

La castaña alzó el vaso desechable que traía y caminó hasta ella para dárselo. Le dedicó una sonrisa completa tras aceptarlo y se quedó esperando un beso.

—¿Dónde vas?

—Ya he cumplido con mi cometido —contestó Emily—. Ahora me voy. No está bien que te moleste mientras trabajas.

Dejó el café sobre el escritorio y, desde la silla, agarró su mano y tiró con suavidad hacia ella.

—¿No vas a darme un beso? —cuestionó tras encontrarse con su azul.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Nunca pierdo el tiempo contigo.

Observó la sonrisa de Emily en primer plano y tiró un poco más de su mano para terminar de acercarla y sentarla sobre sus piernas.

—Se te da muy bien tratar a las mujeres, ¿dónde lo aprendiste?

—Es de nacimiento.

Lo dijo cargada de seguridad y pudo ver una nueva sonrisa en sus labios antes de posar una mano en su cuello e incitarla a que la besase. Emily se unió rápidamente a su invitación y ella aprovechó la cercanía para aferrarse un poco más a su calor. Colocó una mano en su pierna y la otra en su espalda y comenzó a dejar un rastro de caricias mientras sus labios seguían explorándose.

—Tienes trabajo —le susurró Emily tras separarse unos segundos.

—¿Por qué fastidias el momento? —protestó.

—Porque alguna de las dos tiene que ser la responsable de la pareja.

Sus palabras le hicieron sonreír y a la vez le provocaron un pequeño cosquilleo en el pecho. Nunca había tenido pareja y nunca la habían tratado como tal, así que no sabía cómo funcionaba todo aquello pero, si de algo estaba segura, es que le encantaba escuchar que Emily las uniese en una misma palabra.

—Ahora mismo odio mucho que seas tan responsable —dijo tras ver cómo se levantaba.

—Ya me lo agradecerás en un futuro.

Otra sonrisa y otro cosquilleo. Tampoco le había dado nunca importancia a la palabra futuro. Abarcaba demasiadas incógnitas y quebraderos de cabeza. Pero Emily, con su frase, dejó

abierto un nuevo camino para su significado. Un futuro con ella sonaba increíblemente bien.

—¿Vas a tener algún rato libre para mí estos días? —preguntó para conseguir unos segundos más a su lado—. Sé que tienes que estudiar y no quiero quitarte tiempo —aclaró—. Pero igual podríamos cenar una noche juntas. Tienes que comer, eso no me lo puedes discutir. Tu cerebro necesita energía.

—Te iba a decir que sí de todas formas, pero muy buena tu argumentación —señaló la castaña muy sonriente—. Tengo examen el miércoles y el...

—Viernes —terminó por ella y su sonrisa aumentó.

—El del miércoles es de cuatro a siete de la tarde —le informó retomando la conversación—. Así que supongo que estaré en casa como mucho a las ocho.

—Y yo estaré como mucho a las ocho menos diez.

Emily sonrió otra vez y le encantó sentir el calor de sus manos cuando le acarició el cuello.

—Hay un japonés increíble que quiero que pruebes.

—Perfecto —aceptó la castaña—. Llamaremos para que nos lo traigan a casa porque voy a estar besándote todo el rato y no quiero miradas envidiosas.

Fue su turno de sonreír y Emily le dio un corto beso antes de deslizar las manos hacia sus hombros.

—Pues siento fastidiarte la idea, pero no tienen servicio a domicilio.

—No me jodas —protestó la castaña.

—Porque no quieres. Yo ahora mismo tengo mucho tiempo.

—Tu escritorio no dice lo mismo —le indicó señalando la pila de papeles que había sobre él.

—Esta situación nos fastidia a ambas por igual —señaló y Emily soltó un suspiró algo dramático.

—Iremos a por la cena y luego le pondremos remedio a esta situación.

Recibió una pequeña palmadita en el brazo antes de separarse del todo y ella le robó un beso a traición. Intentó retenerla un poco más, pero la puerta se abrió de golpe y tuvo que cancelar su plan. Marina, la persona que las había interrumpido, sonreía viendo la escena y se tensó unos segundos ante la idea de qué pudiera pensar Emily. No sabía si el hecho de que las pillaran con las manos en la masa era de sus cosas favoritas. Pero se relajó en cuanto la castaña le dedicó una sonrisa a su amiga y se despidió de ella con un corto e intenso beso.

*****

Giró el rostro unos segundos para observar a Lena y pegó un pequeño brinco en el asiento cuando un pitido le recordó que estaba al volante. Clavó los ojos en la carretera y suspiró aliviada al darse cuenta de que aquel toque de advertencia no iba con ella. Que la morena le hubiese dejado llevar su coche, por segunda vez, solo le confirmaba que no había apostado mal por ella. Y podría parecer simple y absurdo, pero el bagaje que había tenido con su antigua relación no le dejaba pensar en otra cosa. En que las cosas más simples y absurdas podrían ser una gran muestra de confianza.

—Ya no te escucho quejarte por haber salido de tu piso.

Sonrió con las palabras de Lena y detuvo el coche ante un semáforo en rojo.

—¿Tengo que darte las gracias? —cuestionó mirándola a los ojos.

—De nada.

Le hizo sonreír y le dio un ligero empujón y Lena, en lugar de protestar, se inclinó hacia ella y le dio un beso.

—Cuando pruebes esta comida japonesa —le dijo señalando las bolsas que llevaba sobre sus piernas—. Me darás las gracias de verdad.

—Ya lo veremos.

—Ya lo verás —la retó sonriente.

Volvió la mirada al frente y a su mente volvió la escena de Lena en su portal con la puerta del piloto de su coche abierta, esperándola. Le había costado muchísimo convencerla para ir a recoger la cena a ese restaurante del que ya le había hablado. Usó muchos «no te vas a arrepentir» y un par de «te va a venir bien tomar un poco de aire» y unos cuantos «no vamos a tardar nada». Pero realmente la convenció cuando le entregó las llaves antes de dejar un beso en su mejilla. Sonia había intentado sacarla de casa muchas veces durante la época de exámenes y alguna que otra vez lo consiguió, pero siempre con planes que no encajaban en su organización y que le hacían perder demasiado tiempo.

—¿Qué tal con tu amiga Marina? —preguntó muy curiosa, ya que no habían hablado nada acerca de lo ocurrido en su oficina.

—Se sorprendió —le contestó y giró el rostro unos segundos para ver su sonrisa—. No tenía mucha fe en que tú y yo tuviésemos algo —le aclaró.

—¿No le caigo bien?

—No es eso —le respondió la morena rápidamente—. Digamos que no confiaba mucho en mis capacidades —bromeó y fue su turno de sonreír—. Mira, ahí tienes un hueco.

Lena le señaló un sitio para aparcar y ella apartó todo pensamiento de su cabeza para centrarse. El trayecto había sido perfecto y no quería estropearlo en el último momento. Llevaba en sus manos un coche relativamente nuevo y la presión de la confianza que Lena había depositado en ella era un plus añadido que le hacía tomárselo todo más en serio, no es como si estuviera al volante de la furgoneta vieja y estropeada de su padre en el pueblo. De cara al exterior podría parecer la persona más tranquila del mundo y llena de confianza, pero por dentro estaba temblando. Posicionó el coche correctamente, comprobó los espejos y, antes de empezar a estacionar, miró como mil veces todo lo que había a su alrededor. Lena no parecía estar nada pendiente de lo que hacía y se lo agradeció en silencio porque no le venía nada bien añadir más presión a la situación. Echó marcha atrás, comprobó de nuevo las referencias e introdujo el vehículo entre dos antes de respirar aliviada al ver que no había sido tan complicado. Su gran trabajo le hizo pecar en confianza y decidió cuadrar un poco mejor el coche para rozar la excelencia. Pero aquello fue el mayor error cometido porque no esperó que su propio orgullo se la jugase de esa forma.

—Mierda —susurró al escuchar un crujido.

Se quedó paralizada y segundos después miró a Lena. Sus ojos la encontraron con el ceño fruncido y el cinturón a medio quitar.

—No sé qué ha sido —confesó con el corazón latiendo a mil por hora.

—Creo que ha venido de la parte delantera.

Ni siquiera le dio tiempo a decir nada más porque Lena salió fuera para comprobarlo. Siguió sus pasos con mucha prisa y, cuando llegó a ella, se fijó en que miraba una parte concreta del coche. Le había dado al paragolpes delantero con un muro muy pequeño que quedaba a su derecha y del que no había sido consciente.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —dijo intentando controlar los nervios.

—No pasa nada —le dijo la morena tras agacharse y ver el daño mejor—. No tiene importancia.

—Pagaré el arreglo —aseguró y, por una vez en todo el tiempo en que llevaban

conociéndose, sintió miedo porque no quería que se cabrease con ella—. Tú solo dime que...

—No pasa nada —le repitió Lena tras alzarse—. Es solo un arañazo —señaló antes de dedicarle una pequeña sonrisa.

—Yo creo que es más que un arañazo —apuntó—. Y tu coche es nuevo. Muy nuevo —recalcó.

—No deja de ser un arañazo y un coche.

Lena se lo dijo con toda la tranquilidad del mundo e incluso le agarró una mano para darle un ligero apretón. No había duda en que su reacción le estaba sorprendiendo demasiado.

—¿No te enfadas? —preguntó sin dejar de mirarla para no perderse ningún detalle.

—¿Debería?

—Sí —aseguró—. Sonia se enfadó una vez conmigo porque me apoyé y escuchó el ruido de la chapa. No quiero imaginar la que hubiese liado si llego a hacerle algo así a su coche.

La morena soltó su mano, pero solo para cogerla en peso y subirla sobre el capó. Se le escapó una sonrisa y se apoyó con las manos para buscar la estabilidad que Lena, en ese rápido movimiento, le había robado.

—Me importa muy poco lo que tu ex hubiese hecho —le indicó mirando directamente a sus ojos—. Me gusta mi coche, por supuesto que sí —señaló—. Pero no voy a enfadarme porque le hayas hecho algo accidentalmente —aclaró—. La cosa hubiese cambiado si te llego a ver con un bate de béisbol rompiendo un cristal o un faro —bromeó haciéndole sonreír.

—Eres perfecta.

Se le escapó la confesión y sonrió inquieta por su propio descuido.

—Lo sé. Llevo años conociéndome.

Lena le quitó importancia a sus palabras con otra broma y ella, de nuevo, le agradeció en silencio que no dijese nada más. No le importaba decir las cosas a la cara, es más, lo acababa de hacer, pero con ella todo parecía demasiado intenso e increíblemente rápido.

*****

—¿Solo una? —preguntó al ver a Lena con una tarrina de helado, esperándola en la puerta del recinto en el que ambas trabajaban.

—No me apetece —le contestó con una pequeña sonrisa—. Pero si me apetece acompañarte unos minutos antes de que vuelvas a encerrarte en tu pequeña fortaleza.

Le devolvió la sonrisa y negó con la cabeza antes de aceptar el helado justo antes de que Lena cogiese su bicicleta en una sincronización perfecta. Aún le seguía pareciendo increíble haber aceptado ser su pareja. Y no porque la morena no lo mereciera, se había convertido en la compañera perfecta en apenas unas semanas, es que jamás pensó volver a sentirse preparada para algo así en tan poco tiempo.

—¿Cómo llevas el examen de mañana?

—Me acabas de fastidiar el momento —contestó con la cucharilla a medio camino de la boca.

—Pues disfrútalo porque luego te esperan horas y horas de apuntes —le dijo sonriente.

—¿De qué vas? —protestó con una sonrisa imposible de suprimir.

—Solo te acerco a la realidad.

—Pues no me gusta tu realidad.

Dejó de mirarla y se centró en disfrutar de su helado mientras caminaban lentamente hacia su casa. Que Lena hiciera eso le parecía una de las cosas más absurdas del mundo porque luego tenía que volver a por su coche, pero le encantaba que lo hiciera, que le demostrara que no solo ella tenía ganas de pasar tiempo a su lado.

—¿Quieres que vaya a recogerte a la universidad después del examen? —le propuso tras detenerse en un semáforo.

—No. Iré en bici.

—No me cuesta nada ir a por ti.

—Prefiero que no —señaló antes de probar una nueva cucharada y giró el rostro para ver cómo Lena le dedicaba media sonrisa—. ¿Ocurre algo?

La observó negar con la cabeza, pero el hecho de que sus ojos no volviesen a mirarla le dio la pista suficiente para seguir arañando un poco más.

—No me gustan los secretos ni las medias verdades —advirtió captando su atención—. Así que ya puedes estar hablando.

Lena suspiró y se apartó a un lado para dejar pasar a un pequeño grupo. A ninguna parecía importarle que el semáforo hubiese cambiado de color y ahora les diera paso.

—Jamás pensé que diría algo así —susurró la morena y ella se acercó un poco más para buscar su mirada.

—Estoy esperando que confieses —la animó intentando hacerle cosquillas en el vientre por encima de la camisa.

—No tengo cosquillas —le confesó cogiendo su mano.

—No me lo creo —dijo librándose de su amarre para volver a coger la cucharilla y seguir disfrutando del helado—. Lo comprobaré mañana —indicó con un claro doble sentido que le hizo sonreír—. Sigo esperando.

—Es que si voy a recogerte pasaré más tiempo contigo.

Lena lo soltó de golpe y en sus labios apareció una tonta sonrisa incapaz de controlar. Se inclinó hacia ella, pasó la mano por detrás de su nuca y la animó a acercarse para besarla. Conectó con sus labios de una forma extremadamente lenta y todo en su interior sucumbió al calor que Lena despertaba en cada centímetro de su cuerpo.

—El helado de chocolate está mucho más rico así —aseguró la morena tras separarse de sus labios.

—Eres una lista —apuntó sonriente—. Pero iré y volveré en bicicleta —aclaró y Lena le dedicó una mueca graciosa.

Su propuesta era muy tentadora, pero ir en su apreciado medio de transporte era su rutina particular para concienciarse antes de enfrentarse a cada examen. Le servía para descansar la mente los minutos antes y para despejarse de todo una vez acabado.

—¿Irás después a mi casa? —le preguntó Lena.

—¿Qué me ofreces?

—¿Qué tal liberar tensiones?

—Me lo pensaré —soltó con fingida indiferencia.

—Una pena. Ayer compré una tarrina gigante de helado de brownie.

—¿Con trocitos? —preguntó y a la morena se le escapó media sonrisa antes de asentir con la cabeza—. Eres lo peor.

—Curioso. Ayer me dijiste que era perfecta.

Se mordió el labio para aguantar la sonrisa y se centró en el helado, sintiendo su mirada en todo momento.

—Sabes que el que calla otorga, ¿cierto?

—Cállate —le pidió sin dejar de sonreír—. Y toma, deshazte de esto —dijo entregándole la tarrina vacía.

—Me mandas callar y trabajar. Eso no está bonito.

—Lo que no está bonito es que me estés entreteniendo —señaló alzando una ceja.

—No veo a nadie reteniéndote.

Lena vaciló con media sonrisa y ella decidió devolvérsela. Recortó por completo la poca distancia que las separaba y tiró de su cinturón con suavidad, pegando su cuerpo con el suyo. Miró sus ojos desde tan cerca y la tensión se hizo muy palpable en apenas un par de segundos.

—Qué valiente —ironizó antes de bajar la vista hacia sus labios—. A ver cómo te portas mañana.

Le dio una palmadita en el centro del pecho antes de ponerse el casco y arrebatarle la bicicleta de las manos para subirse. Lena protestó e intentó buscar ese beso que había quedado en el aire, pero ella se apartó, rechazándolo. Su gesto le dejó muy claro que no le había gustado nada aquella jugada y, aunque se moría de ganas por probar de nuevo sus labios, decidió sacar todo el autocontrol que le quedaba y le lanzó un beso al aire antes de comenzar a pedalear para volver a casa.

*****

Se escondió en el hueco de su cuello y dejó escapar un gemido al sentir que Emily apretaba su espalda con las manos mientras ella incrementaba el ritmo de los movimientos en su interior. Escuchó un gemido y un «joder, Lena» que la animó a intentar conseguir ofrecerle todo el placer posible. Buscó sus labios, los besó con muchas ganas y sacó los dedos para prolongar la llegada del orgasmo y acariciar sus pliegues con lentitud.

Emily protestó y se arqueó contra su cuerpo buscando ese contacto tan directo del que se le había privado y ella sonrió antes de dejar un leve mordisco en su cuello. Un nuevo gemido y se centró en su clítoris antes de descender los besos hacia su pecho. Sintió una de sus manos enredarse en su pelo, disfrutó enormemente de su respiración agitada, tiró con suavidad de su pezón y se puso el doble de cachonda al escuchar otro de sus gemidos ahogados. Buscó su mirada antes de entrar de nuevo en su interior y, de forma inmediata, Emily movió las caderas, demandando más. Y, tras haberla provocado con cambios de ritmos constantes, decidió por fin darle el orgasmo acelerando las embestidas poco a poco y haciéndolas lo más profundas posibles. Sintió la presión en sus dedos y no dejó de moverlos hasta que se corrió. Cuando salió de su interior lo hizo dejando un suave beso en sus labios justo antes de acomodarse a su lado.

Clavó la mirada en su rostro, para no perderse ningún detalle de su expresión y disfrutó de su creciente sonrisa antes de que su azul conectase con ella.

—No has jugado nada limpio —le aclaró Emily haciéndole sonreír.

—Tú tampoco conmigo —recordó por si se le había olvidado que ella había actuado igual minutos antes.

—Yo no te he cortado el orgasmo.

—Creo que no hemos estado en la misma cama —bromeó y se inclinó para besarla, para no dejarle debatir—. Ahora mismo vuelvo.

Se levantó con mucha prisa y se dirigió a la cocina para sacar del congelador el helado del que le había hablado el día anterior. Había descubierto, por pura casualidad, que a Emily le encantaba disfrutar de aquella bomba azucarada. La suerte que tuvo tras ver *Cartas a Julieta* la recordaría de por vida.

—Así que lo del helado era verdad —dijo Emily nada más verla con la tarrina y un par de cucharillas.

—Claro que era verdad —apuntó fingiendo estar ofendida—. ¿Por quién me tomas? Soy una mujer de palabra.

Le cedió las cosas y se sentó justo a su lado, apoyando ambas la espalda en el cabecero

de la cama. Dejó que la castaña lo probase primero y sonrió con su sonido de placer.

—De verdad que eres perfecta. ¿Dónde te habías metido todos estos años?

Sonrió con su pregunta y probó el helado para ganar unos segundos e intentar no contestar. Le gustaba muchísimo que Emily opinase eso de ella, pero no tenía muy claro que podría pensar de verdad si se enterase de cómo había sido antes de conocerla. Y no es que se arrepintiese de ello. No le hacía daño a nadie y siempre iba con la verdad por delante. Pero era bastante diferente a su versión actual y ni siquiera ella era capaz de entender cómo había ocurrido todo tan rápido. Su amiga Marina le echaba la culpa al amor y aunque ella, en un primer momento, se había burlado de aquella afirmación, ahora el tema no le hacía tanta gracia.

—¿Cómo se siente el estar rozando la libertad? —preguntó para tomar el control de la conversación—. Tu último examen es el jueves, ¿cierto?

Emily asintió con la cabeza y se tomó unos segundos más antes de contestar para tomar otra cucharada de helado.

—Sabes muy bien cómo se siente —le dijo sonriente.

Y sí, claro que lo sabía. Por eso hasta le daba pena su situación. Durante la universidad se lo pasó bastante bien, pero el tema de los exámenes era algo que no quería volver a experimentar en la vida.

—Y dime, ¿qué harás cuando termines la carrera? —preguntó interesada—. ¿Qué pasa?

Le lanzó otra pregunta porque no supo interpretar su gesto y Emily suspiró antes de volver a sonreír.

—Las conversaciones de cama son muy novedosas para mí —le aclaró la castaña y sonrió nerviosa porque para ella era igual—. No lo tengo muy claro. Pero es posible que trabajar en vuestra revista sea una opción para empezar. Supongo que por eso acepté el empleo en la cafetería sin tan siquiera pensarlo. Iba a estar más cerca de lo que quería y me lo propuse como una motivación extra —confesó.

—Veo que tienes muy claro tu objetivo.

—Claro sí, pero no seguro —indicó—. Aún me queda camino por recorrer.

—¿Quieres que hable con alguien?

—No —contestó Emily con rapidez—. Por favor, no hagas nada —insistió—. Siempre he conseguido todo con mi esfuerzo y no quiero que eso cambie.

—No haré nada —aseguró—. Te lo prometo —aseguró al ver su gesto poco convencido —. Pero tú tienes que prometerme que, si alguna vez necesitas una ayudita, me lo pedirás a mí.

—Te lo prometo.

Emily se lo dijo transmitiendo una gran confianza y a ella ni siquiera le dio tiempo a hacer una nueva intervención porque sus labios la buscaron rápidamente. Se dejó llevar por ese beso y suspiró cuando la castaña lo cortó, pero apoyó su frente contra la suya antes de acariciarle la mejilla y besarla con algo más de intensidad. Que todo era demasiado nuevo para ella era más que evidente, pero cada día le gustaba más y su única idea era la de seguir descubriendo más cosas al lado de esos ojos azules.

25

Los días, hasta el último examen de Emily, habían pasado muy lentos. Demasiado. Se moría por vivir su relación con más tiempo y ver cómo fluiría todo sin la presión que la castaña había estado viviendo en las últimas semanas. Quizás por eso el corazón se le aceleró un poco cuando recibió un mensaje pasadas las siete de la tarde, hora en la que ya habría terminado todo. Pero lo que leyó la dejó desilusionada y completamente derrotada en el sofá de casa. Emily le informó de que por fin había acabado, pero que unas compañeras la habían convencido para salir a cenar y tomar unas copas para celebrarlo. Y se alegraba por ella y su libertad, claro que sí. Pero eso suponía alargar un poco más las ganas que tenía de verla.

Soltó un gran suspiro y se tumbó en el sofá mirando al techo. ¿Cómo había acabado así? Era increíble que una sola persona le hubiese hecho querer y disfrutar de otras cosas. Ir de bar en bar y buscar a una chica que la distrajera entre copas ya no era una opción. Ahora mismo su prioridad era pasar la noche junto a Emily. Sonrió incrédula con su nueva versión y soltó un «joder» sobresaltada cuando el portero automático sonó. Se levantó sin muchas ganas porque no esperaba a nadie y su corazón volvió a latir un poco descontrolado al ver a Emily tras la cámara. Le dio paso sin perder un solo segundo, la esperó en la puerta, como muchas otras veces, y se le escapó una gran sonrisa nada más verla caminar hacia ella.

—No te esperaba —confesó en cuanto la tuvo delante.

—¿Quieres que me vaya?

—Obviamente no —respondió y agarró su mano para meterla en el piso.

Cerró la puerta una vez dentro y le sorprendió la prisa con la que Emily la arrinconó contra la pared y la besó. Saboreó algo de alcohol en sus labios y sonrió antes de apartarse unos segundos para poder ver su azul de nuevo.

—Has bebido.

—Chica lista. Pero te he enviado un mensaje diciéndotelo, así que no me sorprende nada tu audacia.

Ni siquiera le dio la oportunidad de debatirlo, ya que sus labios volvieron a colisionar con los suyos y ella dejó que toda esa carga de sensaciones la arrastrasen hasta donde quisiera.

Sintió sus manos colándose por debajo de la camiseta y se removió un poco al sentirlas frías. Pero Emily se ocupó de borrar aquella sensación con una tanda nueva de besos más intensos y necesitados. Gimió cuando apretó su pecho e intentó tomar algo de control, pero no consiguió nada porque al parecer leyó sus intenciones perfectamente y efectuó más presión contra su cuerpo, limitándole bastante todo movimiento.

—He venido a por ti —le susurró la castaña contra los labios.

—Me he dado cuenta.

Bromeó sonriente y ladeó un poco la cabeza para que Emily tuviera acceso a su cuello.

—Quiero que vengas con nosotras esta noche.

Buscó su mirada de nuevo y su ceño fruncido contrastó con su sonrisa.

—De fiesta —aclaró Emily—. He pedido a mis amigas que me dejen aquí para venir a buscarte. Me apetece divertirme, pero quiero que también estés tú.

—¿Quieres presentarme oficialmente? —preguntó sonriente.

—Se mueren por vernos juntas —le contestó devolviéndole el gesto—. Y mis compañeras de universidad quieren saber si les digo la verdad.

—¿Qué verdad?

Emily volvió a besarla, dejando la pregunta en el aire y ella buscó, por todos los medios no dejarse llevar, pero aquella chica, en muy poco tiempo, había descubierto puntos claves en su anatomía muy estratégicos que ni ella misma conocía. Sintió un pequeño mordisco en su cuello y una de sus manos descender directamente para colarse en su pantalón. Movió las caderas en respuesta y volvió a recibir un par de besos más antes de que acariciase su sexo muy lentamente. Jadeó e intentó controlar la respiración y su sonrisa ladeada le dio la pista para saber lo que ocurriría a continuación. La besó con el doble de ganas y Emily comenzó a mover los dedos entre sus pliegues antes de centrarse en su clítoris. Se separó de sus labios, clavó su mirada en la suya y, mientras aumentaba el ritmo, dejó escapar un par de gemidos.

Intentó besarla de nuevo, pero Emily se apartó para impedírselo y siguió mirándola mientras le daba placer. El calor, la escena y su azul, tan increíblemente intenso, estaban llevándola a la locura más absoluta y acabó echando la cabeza hacia atrás para terminar de dejarse llevar. El orgasmo arrasó con toda su anatomía y, segundos después, sintió sus labios acariciando su cuello. Sonrió mientras Emily se abrazaba a ella y no le dio tiempo a terminar de recuperarse cuando sus hormonas volvieron a revolucionarse por culpa de su petición.

—Tócame.

La miró envuelta completamente en deseo y la empujó con su propio cuerpo hasta que tocó con la espalda la pared. Emily le sonrió mordiéndose el labio y ella la besó antes de bajarle la cremallera de la chaqueta y quitársela. Se pegó todo lo posible para retomar el contacto de sus labios y el de su cuerpo y coló una mano por la camiseta hasta llegar a su sujetador. Tiró de la tiranta hacia abajo y apretó uno de sus pechos, provocando que un gemido se escapase de su garganta. Reclamó sus labios con el doble de intensidad y movió las manos con rapidez para desabrocharle el cinturón y el pantalón. Coló la mano y le encantó descubrir lo húmeda que estaba. La acarició por encima de la ropa interior y las caderas de Emily buscaron más contacto al moverse contra ella.

Dejó un suave mordisco en su labio inferior y se despegó de ella para así poder tirar de su pantalón y de sus bragas a la vez, dejándola completamente desnuda a la altura de los muslos. Se pegó de nuevo a ella, la besó y acarició su sexo con toda la mano. Emily la agarró de la nuca para hacer que el contacto de sus labios fuese más intenso y ella comenzó a incrementar el ritmo de sus caricias. Pero no parecía ser suficiente y soltó su amarre para ella misma bajarse un poco más la ropa y subir la pierna, apoyándola contra su cuerpo. Esa postura le permitía un mejor acceso y no tardó nada en cumplir con su petición silenciosa. Entró en su interior y Emily gimió antes de pasarle la lengua por los labios, provocándola un poco más. La embistió con más fuerza, incluso con todo el cuerpo, y sus jadeos, cada vez que entraba y salía de ella, dieron paso a un aumento de ritmo. En otro momento habría hecho que la sesión durase más, pero aquel encuentro era uno de esos tremendamente necesitados y desesperados. De los que buscan una descarga rápida. Y fue por eso por lo que aceleró los movimientos todo lo posible y hasta tuvo que apoyar la cabeza sobre su hombro para no pensar en su propia excitación cada vez que Emily gemía. Sintió la presión en sus dedos y dejó un beso en su cuello antes de subir hacia su oreja y darle un pequeño mordisco. Se corrió justo después, pronunciando su nombre, y salió de su interior antes de que Emily bajase la pierna y se apoyase del todo contra la pared para recuperarse. Le recolocó la ropa y observó su media sonrisa antes de coger su chaqueta del suelo y que sus ojos azules la mirasen.

—Les he dicho que eras jodidamente guapa y muy perfecta —le confesó haciéndole sonreír, recordándole la conversación perdida.

—Muy buena carta de presentación.

La observó sonreír y, al ver que se movía, se quedó quieta, esperándola. Emily posó ambas manos en los laterales de su cuello y tiró con suavidad para unir de nuevo sus labios. Le dedicó un beso mucho más tranquilo y pausado que los anteriores y acabó deseando un poco más cuando cortó de golpe el contacto.

—Dime que vas a venir.

—¿A dónde supuestamente tengo que ir? —preguntó confundida.

—¿En serio? ¿Los orgasmos te borran la memoria? —le cuestionó sonriente—. Conmigo y mis amigas de fiesta.

—Pensaba que era una excusa para venir.

—Claro que no —le aseguró cogiéndole una mano—. ¿Vienes?

—Deberíamos ser un poco responsables porque ambas trabajamos mañana —recordó y Emily puso una mueca graciosa—. Además, es tarde. La última vez que miré el reloj eran casi las once y media.

—¿Siempre has sido así de aburrida?

Sonrió ante su protesta y negó con la cabeza antes de pensárselo un poco más. Sabía que no era buena idea, pero Emily había ido hasta allí para proponerle el plan y además había añadido a amigas y conocidas a la lista, haciendo su relación mucho más real. Así que al final soltó un «está bien» que hizo que Emily la besase de nuevo antes de darle unos minutos para cambiarse de ropa.

*****

Cuando llegaron al local sus amigas y compañeras ya estaban allí y tiró de la mano de Lena en cuanto las vio. Sortearon a unas cuantas personas y, en cuanto las tuvo delante, se le escapó una sonrisa al ver cómo todas, de forma muy poco sutil, le echaron una mirada de reconocimiento a la morena. Una de ellas hasta alzó la copa, dándole la razón en lo que había dicho sobre ella. Y es que había que ser muy ciega y estúpida para no darse cuenta de lo guapa e increíble que era esa mujer. Aún ni siquiera se creía la suerte que había tenido de encontrarla en una situación tan insostenible para ella. No sabía a quién debía darle las gracias, pero se las daba de corazón.

Acompañaron al resto a una zona más reservada y apartada y Lena se encargó de pedir una copa para cada una. Se mordió el labio inferior mientras la observaba y pensaba en las ganas que tenía de volver a tener un encuentro con ella bajo las sábanas. Sonrió cuando sus miradas hicieron contacto y espero impaciente su encuentro inminente.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó directamente sobre su oído.

—Muy bien —aseguró la morena antes de sentir una mano en su cintura y entregarle una de las copas—. A esta invito yo.

—Perfecto. Yo me haré cargo de la ronda de chupitos que vendrá a continuación.

Capturó sus labios tras dejar que diera un sorbo de su bebida y le encantó descubrir su sonrisa mientras se besaban.

—Espero algunos más de estos en la intimidad próximamente.

Lena se lo dijo en el oído y ella sintió un escalofrío por toda la espalda.

—Y yo espero que seas una chica legal porque creo que has enamorado a más de una.

Bromeó tras ver más de una mirada poco sutil hacia ellas, sobre todo hacia Lena, y disfrutó de su sonrisa antes de inclinarse y besar de nuevo sus labios. La noche acababa de empezar y ella ya tenía problemas para controlar la necesidad que tenía de más.

—Soy muy legal —le aseguró Lena y ella dejó una mano en su cuello, sintiendo su calor.

—Me encantas muchísimo.

Lo confesó sin más, sin adornos y animada por el alcohol que circulaba por su sistema. Pero no se arrepintió y mucho menos cuando la sonrisa de Lena creció de forma instantánea y sus ojos se iluminaron con un brillo especial.

—Eso es algo muy sorprendente porque hace un tiempo ni querías decirme tu nombre.

Sonrió al recordar lo dura que había sido con ella al principio y se mordió el labio inferior tras pensar en lo mucho que habían cambiado las cosas. Subió los brazos y los cruzó tras su cuello sin que sus miradas desconectasen en ningún momento y sintió sus manos aferrarse a sus caderas. Se acercó un poco más, volvió a unir los labios a los suyos, para volver a disfrutar de esa agradable sensación, y el cambio de canción hizo que la gente se animara un poco más. Giró el rostro para buscar a sus amigas y deseó no haberlo hecho. Sonia estaba allí y la miraba muy atentamente desde el otro lado del local.

—Tú a mí también me encantas muchísimo.

Volvió la vista a Lena, que acababa de reformular sus propias palabras, y su estado actual, por haber visto a su ex pareja, no le permitió disfrutar del momento. Le dedicó media sonrisa y bajó los brazos antes de despegarse un poco y decirle que iba al baño. En ningún momento había caído en la posibilidad de encontrarse con ella en presencia de Lena. Y fue algo muy estúpido por su parte, ya que ese local era frecuentado también por su ex y ella no supo convencer a sus compañeras de ir a otro sitio. Podría haberse negado y haberse quedado en casa con Lena, pero esa noche le apetecía salir para celebrar y tampoco iba a estar toda la vida intentando ocultarse. Aún así, sentir su mirada clavada en ella no le ayudaba en nada. Así que caminó con mucha prisa haciéndose hueco entre la gente y entró en el primer cubículo vacío que encontró. Se tomó unos segundos para analizar la situación y se dio cuenta de que tenía toda la culpa de sentirse así. Pero es que le era bastante imposible no recordar los malos momentos que había vivido con su ex y cómo acabó dejándola por otra. Se sentía miserable y estúpida y, aunque sabía que no debía darle más importancia, eso era justo lo que estaba haciendo.

Controló el aire en los pulmones, lo soltó lentamente y abrió la puerta para acabar con aquel drama estúpido y seguir disfrutando de la noche junto a Lena. Pero todo quedó apartado en un segundo plano cuando observó a su ex apoyada contra la pared, esperándola.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —preguntó Sonia, interponiéndose en su huída.

—Apártate —dijo con dureza y la observó sonreír—. ¿No me has escuchado?

—¿Qué pasa? ¿Quieres volver a sus brazos?

Se lo preguntó borrando la sonrisa de sus labios y caminó para arrinconarla contra la pared.

—Os he estado observando.

—Has sido muy sutil, sí —dijo clavándole la mirada—. ¿Te has divertido?

—Preferiría divertirme de otra forma, la verdad.

Volvió a sonreír y ella bufó molesta antes de intentar salir de aquella encerrona, pero Sonia se lo impidió otra vez poniendo un brazo entre ella y la pared.

—¿Vais en serio? —le preguntó muy interesada—. No has tardado nada en cambiarme por otra.

—¿Perdón? —cuestionó—. Fuiste tú la que me cambiaste por otra, ¿tengo que recordártelo?

—Estoy arrepentida.

—No me importa.

—Podemos intentarlo de nuevo —dijo Sonia sin importarle sus palabras—. Se nos daba

genial estar juntas.

Su ex lo dijo muy segura e incluso se atrevió a subir una mano hacia su mejilla, pero ella le apartó la cara con brusquedad porque no quería volver a comprobar el efecto que causaba en ella.

—No puedo creer que hayas dicho eso. ¿De verdad crees que se nos daba genial estar juntas? —cuestionó—. Porque, ahora que he salido de la mierda de relación que teníamos, me he dado cuenta de lo tóxica que era —soltó con rabia—. Me anulabas como persona. Solo me querías para pasearme.

—El sexo era muy bueno.

—Que te jodan.

Lo soltó con mucha rabia y la empujó para salir de allí, pero su ex podría llegar a ser la persona más pesada del mundo cuando se lo proponía y se lo demostró inmediatamente. La agarró del brazo, la empujó contra la pared y le agarró del rostro para que sus ojos conectasen.

—Esa tía es igual que yo.

—Ya quisieras parecerte a ella —espetó enfadada y empujándola para que la soltase.

—Repites el mismo patrón —aseguró Sonia convencida—. Chica guapa, viste bien y con ropa cara. Seguro que tiene un cochazo y es mayor que tú —resumió—. He acertado, ¿verdad? —cuestión sonriente.

—Ella no es como tú —debatió tras unos segundos—. Es atenta y se preocupa por mí, cosa que tú no hiciste ni una vez en todo el tiempo que estuvimos juntas. Es la chica perfecta.

—¿Cuánto tiempo crees que estará a tú lado la chica perfecta? ¿No lo has pensado? —le preguntó tras su silencio y a ella se le frunció el ceño—. ¿Crees que la chica perfecta va a estar mucho tiempo con alguien como tú? Emily, por favor. Vives de alquiler en un piso de mala muerte, tienes un trabajo de mierda y ni siquiera has acabado la carrera —soltó y a ella, como consecuencia, se le oprimió la garganta—. Hazte un favor y búscate a alguien que esté a tu altura.

Quiso contestarle, pero no pudo. Se quedó sin palabras y se apartó una lágrima de la mejilla con mucha rabia. Sonia sonrió de nuevo y ella la volvió a empujar para salir del baño, lográndolo por fin. Cruzó el local y, cuando llegó al sitio en el que estaban Lena y sus amigas, se mentalizó durante unos largos segundos antes de intervenir. Todas parecían estar pasándoselo bastante bien y ella lo único que quería era salir de allí para refugiarse en su piso de mala muerte.

—Me voy a casa.

Se lo dijo a Lena directamente en el oído y salió de allí sin despedirse de nadie más. No quería ver ni estar con nadie porque no quería pagar con otra persona la rabia que estaba sintiendo. Y es que de nuevo había dejado que Sonia le afectase y, aunque ya no era algo físico, le permitió hacerle daño.

—Emily, espera.

Escuchó la voz de Lena, pero siguió avanzando sin saber a dónde ir. Solo añadiendo más distancia entre ellas.

—Emily, ¿qué ocurre? —le preguntó nada más llegar a su alcance y agarrar su brazo con suavidad para detenerla—. ¿Qué te ha pasado? —insistió tras su silencio.

—Nada. Solo quiero irme a casa.

—¿Nada? —cuestionó Lena—. Nos lo estábamos pasando genial.

—Pues vuelve dentro y sigue pasándotelo genial.

Se soltó de su amarre y siguió caminando, pero Lena no se dio por vencida y retomó los pasos a su lado.

—No es igual si tú no estás —le dijo la morena y ella controló sus emociones porque su enfado seguía creciendo y sabía que necesitaba estar a solas—. Cuéntame qué ocurre —le insistió—. Es evidente qué te pasa algo.

—No me pasa nada, joder —soltó tras detenerse y pudo ver la incomodidad en su rostro —. Solo quiero irme a casa, ¿qué parte no entiendes?

Retomó su huída aún sin saber a dónde ir y sacó el móvil del bolsillo del pantalón para poder localizar un taxi.

—Déjame que te lleve —le pidió Lena—. Por favor.

Se le humedecieron los ojos con sus palabras y asintió tras agachar el rostro. A pesar de su estúpida actitud, Lena seguía siendo Lena. La mujer perfecta. Igual Sonia tenía razón y estaba escalando demasiado alto y debía poner los pies en el suelo. ¿De verdad merecía a alguien así? Empezaba a dudarlo mucho. Por alguna razón había creído que podía tener al lado a alguien como ella. Alguien que la cuidase y la mirase como Lena lo hacía.

26

Intentó no darle muchas vueltas a lo ocurrido la pasada noche, pero no lo consiguió. Sonia y sus palabras volvían a su cabeza una y otra vez. Y también Lena, aunque de otra forma. Ella había sido amable y respetó su espacio durante todo el trayecto a su casa. Ni siquiera le volvió a preguntar y hasta puso la radio para que no fuese tan jodidamente incómodo. Pero lo fue. Al igual que también lo fue el no despedirse de ella con un beso. Sabía que no había actuado bien, pero es que aquella conversación en el baño la dejó más marcada de lo que pudo pensar en un primer momento.

Y ya no era algo físico, lo comprobó en cuanto su ex hizo contacto con ella. Su cuerpo no reaccionó igual que en el pasado e igual ella también se dio cuenta y por eso decidió hacerle daño verbal y psicológicamente. ¿Cómo había sido capaz de estar con alguien así? ¿De verdad había sido tan estúpida e imbécil? ¿Por qué no le hizo caso a sus amigas cuando le insistían en que debía analizar las cosas con perspectiva? Suponía que se debía a las ganas que tenía de que esa relación funcionase porque, por muy extraño que pareciese, Sonia le pareció una buena compañera al principio. Y, cuando todo empezó a desequilibrarse, no supo ponerle freno y pensar en lo mejor para ella. Una estúpida e imbécil de manual, sí señor.

Suspiró y se apartó un mechón de pelo tras la oreja al acabar de limpiar una de las mesas de la terraza de la cafetería y al girarse, para seguir con la siguiente e intentar pensar en otra cosa, observó que Lena se acercaba. Tomó aire, cerró los ojos e intentó mentalizarse porque no le apetecía nada tener una conversación. Y sí, Lena merecía que hablasen, pero no quería seguir actuando mal con ella y sabía que eso, muy posiblemente, sería lo que ocurriese.

—Buenos días.

Forzó una sonrisa ante su saludo y repitió sus mismas palabras antes de que la distancia entre ellas se redujera.

—¿Qué tal va esa resaca? —le preguntó Lena, obviando su pésimo comportamiento de la noche anterior, dándole así un respiro.

—Perfectamente. Solo fueron un par de copas.

Le quitó importancia, siguió con la siguiente mesa y la morena acompañó sus pasos. Días atrás la escena hubiese sido bastante diferente, ya que le habría contestado con más interés y sin intentar ocultarse de su mirada.

—¿Quieres que comamos juntas?

—Tengo cosas que hacer.

—No te robaré mucho tiempo, te lo prometo —le aseguró Lena y ella negó con la cabeza —. Solo será comer —insistió—. Además, ya has acabado los exámenes.

—Aún así tengo cosas que hacer.

—Y aún así también tienes que comer.

La morena lo dijo en tono de broma y, cuando alzó la vista, la encontró con una pequeña sonrisa agradable en los labios. Había tenido una suerte increíble conociéndola, pero Lena no había sido tan afortunada descubriéndola a ella.

—He quedado con mis amigas y este fin de semana creo que iré a ver a mis padres.

Usó la mentira como argumento y le dolió ver cómo la curva en sus labios desaparecía. Pero es que sabía que su estado actual se la jugaría porque aún seguía queriendo estar sola y su compañía no le ayudaría a despejar el lío de su cabeza. ¿Era egoísta? Sí. Pero no sabía cómo

hacerlo y lo único que se le vino a la cabeza fue intentar poner distancia entre ellas. Tampoco era justo para Lena, era muy consciente de ello y por eso se sentía increíblemente miserable. Se odiaba por estar haciéndole algo así y tuvo que contener las ganas de llorar delante de ella. No era el momento ni el lugar para montar una escena.

—Podemos ir a merendar o podemos vernos más tarde para ir a cenar —insistió Lena—. O puedo pasar por una pizza y quedarnos en tu piso. No me importa el plan.

—Mejor otro día.

—Pero...

—Otro día.

Cortó sus palabras y, cuando su mirada se desconectó de la suya, algo se le clavó en el pecho. Estaba haciéndole daño a quien menos se lo merecía. Y todo por Sonia y, sobre todo, por ella. Así que, por unos segundos, decidió dejar la mente en blanco y se acercó a ella, cogió su mano, sus ojos volvieron a mirarla y le dedicó una pequeña sonrisa antes de unir los labios con los suyos. ¿Era correcto? No lo sabía. Solo era consciente de lo perdida que se sentía y que algo en su interior le gritaba que no debía dejar escapar a Lena.

*****

—Hoy estás un poco ausente —dijo Marina tras dejar las dos tazas de café sobre la mesa.

—Anoche me acosté tarde.

—¿Algo interesante que confesar?

Su amiga se lo preguntó tremendamente interesada y con gesto pícaro y ella suspiró antes de dar un sorbo. Interesante era, pero no en el sentido en el que se estaba imaginando. Ojalá hubiera sido así. Las cosas serían muy diferentes y ella no habría sufrido un rechazo tan directo de Emily esa misma mañana. Era como si hubiesen vuelto al principio del todo, a esa casilla del tablero en la que no conseguía avanzar, pero ahora era peor. Muchísimo. Y también dolía.

—¿Relacionado con Emily y un colchón? —bromeó Marina y dejó la taza antes de echarse el pelo hacia atrás y ganar algo más de tiempo.

Estaba un poco agobiada porque, tras el inicio de noche tan increíble que habían compartido, todo se torció sin explicación alguna. Se quedó fuera de juego después de que Emily volviese del baño e intentó descifrar qué podría haber pasado en ese tiempo que estuvieron separadas. Y, después de mil escenarios posibles en su cabeza, siguió sin entender nada. Y las relaciones sentimentales eran muy novedosas para ella, pero aquello también. Intentó pensar en si había hecho algo para que el comportamiento de Emily cambiase tanto en apenas unos minutos. Solo recordaba haberle confesado que a ella también le encantaba. Era imposible que esa confesión hubiese hecho cambiar la situación de esa forma cuando solo fue una contestación a sus propias palabras. ¿A quién iba a sentarle mal ser correspondida? Ella seguía siendo una completa novata, pero aún así pensaba que era muy absurdo.

—Ocurrió algo muy extraño —dijo y su amiga se acercó un poco más arrastrando la silla, al parecer supo leer bien que aquel tema era importante.

—¿Te pidió algo diferente en la cama?

—¿Qué dices? —soltó frunciendo el ceño—. No tiene nada que ver con el sexo —señaló para dejárselo muy claro.

—Entonces creo que no me interesa —aclaró Marina y ella levantó una ceja—. Es broma. Venga, cuéntame.

Negó con la cabeza y evaluó la situación. Pensó en no contarle nada por haberse hecho la lista, pero es que necesitaba hablarlo con alguien para ver si le ayudaba a entender lo ocurrido y así darle un poco de tregua a su mente.

—Estuvimos con unas amigas suyas en un pub del centro, celebrando que habían acabado los exámenes —dijo en primer lugar, poniéndola en contexto—. Y estábamos increíblemente bien, pero fue al baño y cuando volvió ya era otra.

Eso era lo único claro que había sacado de todo lo ocurrido tras pasar toda la noche dándole mil vueltas al asunto.

—Define otra —le pidió Marina.

—Pues antes de eso estaba muy animada e incluso bastante cariñosa —señaló, recordando alguna de las escenas—. Ella fue la que vino a buscarme a casa para que las acompañase, quería presentarme a sus amigas —aclaró—. Y nada, lo dicho. Todo bien hasta que volvió del baño y me dijo que se iba. Sin más.

—Igual dijiste algo que no le gustó —apuntó su amiga.

—Le dije que me encantaba muchísimo.

—¿Crees que es posible que se haya asustado?

—Ella me lo dijo antes —contestó y Marina se quedó a medio camino de decirle algo—. ¿Qué? Suéltalo.

—La verdad es que me he quedado sin palabras.

Bufó sonoramente tras su frase y se dejó caer contra el respaldo de la silla. Había esperado encontrar en su amiga alguna explicación lógica o con cierto sentido, pero su silencio solo le provocó más inquietud.

—¿Has probado a hablar con ella?

—Claro que sí —contestó algo molesta.

—¿Seguro? Mira que no eres muy habladora en temas así.

—Que no sepa hablar sobre mis sentimientos y actual situación no quiere decir que no me preocupe o me interese saber cómo está o qué le ha pasado —argumentó con rapidez—. Son cosas distintas —aclaró y su amiga levantó ambas manos en símbolo de que no estaba buscando ningún enfrentamiento—. Así que sí. Intenté hablar con ella anoche mismo, pero me aseguró que no le pasaba nada y hasta se quiso ir sola a casa. Al final tuve que pedirle por favor que me dejase llevarla.

Marina asintió con la cabeza y ella tuvo que apartarle la mirada porque empezó a sentir que se le humedecían los ojos y no quería romperse. ¿Eso era estar conociendo a alguien de una forma más directa? ¿Sentir ese aluvión de sentimientos era lo habitual? No quería arrepentirse de haber dado el paso sentimental más grande de su vida, pero joder. Dolía. Y mucho. Y lo hacía porque no sabía qué hacer por ella. Es que ni siquiera sabía qué le había pasado.

Se inclinó sobre la mesa cuando la pantalla de su móvil se iluminó y la desilusión se vio reflejada en su rostro al descubrir que era una alerta por mal tiempo y no un mensaje de Emily.

—Estás muy pillada por ella, ¿verdad? —cuestionó Marina.

—¿A qué viene eso?

—A que se te nota demasiado y, la verdad, me sorprende —le aclaró—. Y también me alegra que por fin hayas asentado la cabeza. Estabas muy perdida en la vida.

—¿Es que no has escuchado lo que te he dicho? —preguntó algo molesta.

—Sí. Y no le des tantas vueltas. Es solo un bache —aseguró su amiga—. Esas cosas pasan. Peleillas y roces tontos. Tú asegúrate de hablarlo y ya está. Es así de fácil.

—Así de fácil.

Lo dijo a media voz antes de clavarle la mirada con intensidad y se preparó para levantarse y marcharse de allí. Marina seguía sin ayudarle y Emily llevaba desaparecida todo el rato que llevaba en la cafetería. Apostaba lo que fuese a que estaba huyendo de ella y de

cualquier tipo de encuentro que pudiera ocasionarse.

—Vamos a pensar un poco —la animó su amiga, posando una mano en su pierna—. ¿Qué más sabemos?

—Nada. No sé nada más, joder —soltó intentando no pagar con ella el caos en su cabeza —. Me ha dicho que hoy no podía quedar porque ya había hecho planes con sus amigas y el fin de semana se va a ir a ver a sus padres.

—¿Y si le ha pasado algo a alguna amiga suya o a algún familiar?

—¿Tú crees?

—Es una posibilidad —señaló Marina.

—¿Y por qué no me lo dice?

—Si es algo relacionado con una amiga... Es posible que la chica le haya pedido que no diga nada —contestó y ella asintió con la cabeza no muy convencida, aunque podría ser una opción—. Y en el tema familiar igual Emily es muy reservada.

—Pero yo soy su novia —le recordó con rapidez—. ¿No se supone que debe haber confianza para contar lo que sea?

Le lanzó la pregunta, pero Marina solo se encogió de hombros y ella acabó agachando la vista a su café. Aquella conversación no le había servido absolutamente de nada. Solo le quedaba enfrentarse de nuevo, y de forma directa, a la situación, pero el miedo que sentía, ante una posible discusión, frenaba todos sus impulsos. ¿Cómo demonios iba a conseguir desvelar el misterio de lo ocurrido?

*****

Cuando llegó del trabajo se dio una ducha, se puso ropa cómoda, cogió una pequeña manta y se acurrucó en el sofá tras poner algo en la televisión de fondo. Sabía que su mente no se iba a concentrar en ver nada, así que ni se molestó en buscar algo interesante. Recuerdos de la pasada noche habían estado en su cabeza durante todo el día y la conversación con Sonia no dejaba de atormentarla. Una y otra vez. Sin descanso y sin tregua.

Suspiró, cerró los ojos y fue Lena la que apareció en sus pensamientos. Sabía que no estaba actuando correctamente. La morena había sido un soplo de aire fresco en su vida y ella era la tormenta que había trastocado la suya. Estaba pasándolo mal por su ex, por cómo le había abierto los ojos, y Lena estaba sufriendo por ella, por su culpa, porque no entendía qué estaba ocurriendo. Y no era justo. Debía ser esa persona lanzada y directa que siempre era, pero, por primera vez en mucho tiempo, se sintió arrinconada y sin una clara decisión.

Alguien tocó en su puerta y rompió con sus pensamientos de golpe. No le apetecía ver a nadie y por eso hizo el mínimo ruido posible y se inclinó hacia la mirilla para comprobar quién era. Era Lena y un calor agradable se instauró en su pecho de forma inmediata. Con ella se sentía bien y a salvo. Pero, aunque quería lo que le ofrecía, la necesidad por querer estar sola era más grande.

Apoyó la frente contra la puerta y suspiró mientras su mano subía hacia el pomo. Cerró los ojos con fuerza y su cuerpo decidió actuar por libre. Abrió, su mirada se clavó en su rostro inmediatamente y ella comenzó a sentir la humedad en sus ojos. Se apartó de la puerta y caminó de vuelta al sofá en un intento de controlar las emociones en esos cortos segundos. Ni siquiera sabía por qué se sentía así y se acomodó en el mismo sitio en el sofá antes de sentir el ruido de la puerta cerrándose. La observó sentarse justo a su lado, muy pegada a ella, y Lena colocó una mano sobre su pierna que le provocó una sensación bastante agradable.

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza a su pregunta y su mirada empezó a provocar cierto nerviosismo en

todo su sistema.

—¿Por qué no hablas conmigo? —le insistió y bajó la cabeza para ocultarse un poco—. Aún llevo el megáfono en el coche, no me hagas ir a por él.

Lena bromeó y a ella se le escapó una sonrisa. Seguía siendo perfecta. Se preocupaba por ella, a pesar de los desplantes y malas contestaciones, y hasta le sobraban energías para sacarle una sonrisa. Increíble.

—No me pasa nada —mintió fingiendo una sonrisa, pero ni siquiera fue capaz de mirarla.

—¿Por qué suena tan poco creíble?

Sintió su mano en su rostro y en su mente empezaron a atropellarse todas las preguntas que habían estado surgiendo en las últimas horas, convirtiéndolo todo en un verdadero caos. En uno de esos que son imposibles de controlar.

—Emily, mírame —le pidió—. ¿Qué está pasando?

No le salieron las palabras por mucho que lo intentó, así que decidió actuar y se movió para abrazarla. Lena le correspondió de forma inmediata y ella se permitió el lujo de sentirse en paz de nuevo mientras sus manos acariciaban su espalda con cariño. Dejó un beso en su cuello y la morena la apretó un poco más contra su propio cuerpo. No había nada sexual en la escena, pero decidió iniciar una ronda de besos bastante sugerentes por su piel para hacerle olvidar y que no le preguntase más sobre qué estaba pasando. Era una acción de cobardes, lo sabía. Pero necesitaba un descanso y que Lena estuviera en su casa queriendo saber lo ocurrido no le ayudaba en nada.

—No. No. Para —le pidió la morena tras besar sus labios con intensidad—. No quiero esto. O sea, sí que lo quiero —aclaró—. Pero primero quiero que hables conmigo.

—No hay nada de lo que hablar.

—¿Y por qué estás así? Merezco una explicación —le exigió con razón—. Emily, joder. No puedo seguir así.

Se lo dijo antes de agarrar su rostro con ambas manos, haciendo que sus miradas conectasen de nuevo y no permitiendo que se ocultase. Sus ojos la miraban con una capa cristalina y ella tuvo que hacer el mayor esfuerzo del mundo para no romper a llorar. Pensó en las palabras adecuadas y correctas pero, de nuevo, no las encontró y Lena seguía esperando algo que le resolviese lo ocurrido. ¿Y qué debía hacer? ¿Mentirle otra vez? ¿Soltar lo que pensaba y sentía? ¿Dejar que las cosas fluyeran y ver qué podría pasar? ¿O arrancar todo de raíz?

—Habla conmigo.

Lena se lo pidió casi en un susurro y ella se sintió totalmente arrinconada. No debía seguir arrastrándola. No lo merecía.

—Creo que me he equivocado —confesó emocionada y, de forma inmediata, observó cómo el ceño se le frunció—. No debí empezar una relación justo en este momento. No estoy preparada.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Lena tras soltar su rostro.

—Que mereces a alguien mejor.

—Tú eres ese alguien mejor.

—Para. No necesito halagos —dijo cortándola y se separó de ella todo lo posible para que su cercanía no influyera en su recién tomada decisión—. Siento haberte animado a tener algo más serio, pero creo que lo correcto es que nuestros caminos se separen. Es lo justo.

—¿Estás cortando conmigo?

Asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra más, y se limpió una lágrima de la mejilla. El silencio se instauró de golpe en aquellas cuatro paredes y se sintió fuera

de lugar porque Lena seguía allí y no la enfrentó. Con Sonia los gritos y las acusaciones siempre tomaban el control absoluto de la ruptura pero ella, una vez más, le demostró la increíble mujer que era y que no se la merecía.

—Hace tiempo me dijiste que no me pegaba nada ser esa clase de chicas que buscan solo compañía para una noche y ya está —dijo Lena captando toda su atención—. Pues yo lo era —confesó dejándola muy confusa—. Nunca he tenido una pareja como tal porque todo me resultaba tremendamente complicado y nadie me había provocado tanto interés como para intentarlo. Pero entonces llegaste tú y todo eso cambió. Por primera vez en mi vida me apetecía conocer a alguien y ni siquiera me planteé no hacerlo.

—No es posible —susurró.

—Pues lo es —le aseguró con rapidez—. Tú has sido mi primera novia y siento si soy un poco patosa con ciertos temas, pero supongo que lo entenderás —le dijo con una pequeña triste sonrisa.

La confesión de Lena la había dejado totalmente descolocada, ¿cómo era posible que alguien sin experiencia en relaciones fuese así de increíble? ¿Y cómo iba ella a permitir que su descontrolada vida y ola de sentimientos enfrentados la arrastrase hacia lo más profundo?

—Emily. Contigo he sentido algo de verdad —dijo captando de nuevo su atención—. Y quiero seguir sintiéndolo.

Negó con la cabeza mientras sentía el latido descontrolado de su corazón. Sabía que no estaba actuando bien y que estaba tomando la peor decisión de todas. Pero decidió no ser egoísta y pensó en lo mejor para Lena.

—Lo siento, pero no puedo —confesó tras unos segundos.

Le apartó la mirada con rapidez porque sabía que la rabia y la emoción iban a poder con ella. Y no es que le diese miedo que la viese llorar, es que sabía que el contacto directo con su mirada solo serviría para dar inicio a un llanto descontrolado. Pronunció su nombre, pero no le hizo caso. La escuchó suspirar y levantarse y pensó que por fin se marcharía y así podría soltar todo lo que estaba reteniendo. Pero no fue así. Lena no se dio por vencida y se acercó todo lo posible a su cuerpo antes de agarrarle el rostro con cuidado para que volviera a mirarla.

—Déjame quererte.

Se le escaparon un par de lágrimas y hasta le tembló el labio con su corta y directa frase. Nunca nadie había sido así con ella, pero por eso mismo sabía que su decisión de alejarla era la correcta. Así que se levantó, tomando toda la distancia posible y, tras unos segundos en los que sentía su mirada clavada en ella, caminó hasta la puerta para abrirla. Observó a Lena mirarla bastante confundida y le apartó la mirada antes de que se levantase. No quería ver cómo la persona perfecta abandonaba su vida y, además, por su culpa. Se paró justo frente a ella y retuvo con fuerza las lágrimas, pero le fue imposible porque la morena le acarició la mejilla con cariño.

—Tampoco sé cómo funciona el tema de las rupturas —le aseguró y con el tono de su voz pudo apreciar que también estaba algo emocionada—. Pero si necesitas algo, llámame.

Salió de su piso y ella se quedó unos segundos allí parada, sin hacer nada. Había roto con ella sin darle muchas explicaciones y no había recibido ninguna palabra más alta que otra y encima se despidió de ella de la forma más amable posible y ofreciéndose de ayuda. Cerró la puerta, se apoyó contra ella y se dejó caer a la vez que las lágrimas empezaban a salir de sus ojos sin tener que controlarlas. ¿Había hecho lo correcto? Ahora mismo no estaba muy segura, la verdad. Pero se aferró a que le estaba ofreciendo lo mejor porque no merecía que su primera relación fuese con una persona envuelta en tanto caos emocional.

27

No había esperado en ningún momento la ruptura, ni tampoco sentirse tan jodida. En el pasado se había reído de su amiga Marina por sufrir a causa de las mujeres, pero ahora no le parecía tan gracioso. Durante la época de exámenes de Emily había estado imaginando cientos de planes diferentes para hacer cuando aquel agobio y estrés desapareciese de la vida de su novia. Pero ahora no tenía planes ni novia y su sábado se había basado en pasarlo como alma en pena en su piso, deambulando de un lado a otro sin ningún objetivo. Y, tras el cansancio acumulado de estar recordando una y otra vez el momento de la ruptura, optó por tumbarse en el sofá y fue reproduciendo en el televisor lo primero que le salía en la plataforma mientras su vista, cada pocos minutos, viajaba al móvil que había dejado sobre la mesa baja. Esperó encontrar alguna señal de Emily a lo largo del día, pero no fue así y las ganas de llorar, con cada nueva comprobación, volvían a ella con demasiada frustración. Ni siquiera podía buscar una solución porque no sabía qué había pasado y por qué todo cambió de un momento a otro. Sin ningún tipo de aviso ni advertencia.

Giró el rostro tras escuchar el sonido del portero automático y se quedó completamente estática mirando hacia la puerta porque no sabía si había sido producto de su imaginación o la realidad, pero volvió a sonar y corrió más rápido que en toda su vida para comprobar quién era.

—Joder —soltó desilusionada tras observar a Marina a través de la cámara.

Le dio paso al interior y volvió a su sitio en el sofá tras dejar la puerta abierta. Comprobó otra vez el móvil. Emily seguía sin dar señales de vida y se dejó caer contra el reposacabezas antes de soltar un suspiro. No haber tenido experiencia en relaciones serias no estaba ayudándole nada para gestionar la situación, ya que su única idea era la de intentar contactar con ella, pero siempre se arrepentía en el último momento y acababa cancelando el mensaje o la llamada. Incluso se sentía ridícula por pensar en que Emily pudiese estar en la misma situación que ella, dado que la noche anterior le mandó un mensaje de buenas noches en un absurdo intento de que le dijese que todo había sido una broma de mal gusto, pero no ocurrió y el hecho de que la dejase en visto la rompió un poquito más.

—¿Qué narices haces en chándal? —preguntó su amiga nada más posicionarse delante de ella—. Es sábado.

—Sé el día que es —aclaró.

—Pues creo que no lo sabes muy bien —apuntó Marina—. Te dije que hoy era el cumpleaños de mi hermana y que íbamos a tomarnos algo juntas —le recordó.

—Se me fue de la cabeza.

Le apartó la mirada tras su corta frase y escuchó a su amiga protestar, pero no le dio nada de importancia y clavó la mirada en la película que ni estaba viendo.

—¿Qué demonios haces? —se quejó cuando Marina cogió el mando y apagó la televisión.

—Mueve el culo y cámbiate.

—No voy a mover nada —aseguró muy convencida.

—Joder, Lena. Es el cumpleaños de mi hermana. ¿Puedes hacer eso por mí?

Se quedó en silencio unos segundos, observando el gesto de su amiga y pensando en sí debería contarle lo ocurrido. Pero cayó en la cuenta de que era una tontería guardarlo, ya que, tarde o temprano, acabaría enterándose.

—Emily me ha dejado.

Lo soltó sin más y el semblante de Marina cambió por completo antes de sentarse a su lado.

—¿Por qué?

—Me dijo que no estaba preparada para una relación y que yo necesitaba a alguien mejor.

—¿En serio? —cuestionó su amiga y ella asintió con la cabeza—. Esa es una mierda de excusa.

—Así no ayudas. Aunque bueno, yo nunca he entendido por qué sufrías tanto con tus rupturas. Supongo que merezco todas tus burlas y comentarios hirientes.

—No seas mártir —le pidió su amiga—. Y no voy a putearte con ello. Ahora sabes cómo se siente.

—Es una mierda.

—Una muy grande.

Ambas se quedaron en completo silencio. Ella no tenía ánimo ni muchas ganas de seguir con ese tema de conversación y Marina, muy posiblemente, estaría debatiendo qué preguntas lanzarle primero.

Volvió a comprobar el móvil y soltó un «joder» tras comprobar que no había ni rastro de la castaña.

—Llevo todo el maldito día mirando el teléfono —aclaró a su amiga antes de mirarla—. Esto no es sano, ¿verdad?

—No mucho. Pero es bastante complicado de controlar.

—Y ahora, ¿qué hago?

Se lo preguntó buscando consejo, algo que le pudiese ayudar a salir de esa situación tan angustiosa en la que acababa de entrar.

—No hay una respuesta oficial para esta situación —le contestó Marina poniendo una mano sobre su hombro, intentando reconfortarla físicamente—. Pero todo se resume en intentar superarlo cuanto antes.

—Oh, qué genial —ironizó—. Solo tengo que superar cuanto antes mi primera ruptura amorosa. Suena bastante bien. Es una idea estupenda, ojalá se me hubiese ocurrido.

A Marina se le escapó una sonrisa instantánea y ella, sin tan siquiera quererlo, se la devolvió inconscientemente. Lanzó un pequeño suspiro al aire y se pasó la mano por el rostro algo desesperada. Ella no había encontrado solución o alternativa y Marina, su única ayuda, tampoco parecía tener idea. Y le sorprendía. Y mucho. Porque su amiga ya llevaba unas cuantas relaciones a la espalda y, lo mínimo que esperaba, es que tuviese claro cómo poder superar cuanto antes una situación así.

—Soy una pringada, ¿cierto? —preguntó resignada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es evidente —señaló—. No he sabido mantener la única relación que me ha importado de verdad.

—Es que esas cosas no dependen solo de ti.

—No sigas por ahí —le pidió.

—Es la verdad, Lena —aseguró su amiga—. No sabemos qué puede estar pasando por la cabeza de Emily.

Y eso era cierto. Totalmente. Ya le gustaría a ella saber qué estaba pasando por su mente para haber tomado esa decisión.

—Me jode que haya acabado así, yo solo...

Cortó su propia frase porque la emoción le llegó de golpe. Se limpió una lágrima del rostro con cierta rabia y se sintió algo incómoda por volverse tan vulnerable.

—Adelante, suéltalo.

Marina la animó poniendo una mano sobre su muslo y, cuando sus miradas conectaron, descubrió que su amiga la miraba con cariño y sin ningún tipo de burla.

—Me hacía feliz —confesó—. Quería que ella también lo fuese e igual suena algo egoísta, pero yo quería ser la persona que le provocase esa felicidad.

—Joder, Lena. Eso es muy bonito.

Se encogió de hombros porque no quería darle importancia y jugueteó con el filo de la camiseta mientras pensaba en todas las cosas que ya no podría decirle.

—¿Tienes idea de qué hacer ahora?

—¿Qué tal resignarme?

La volvió a mirar tras soltar esa pregunta y esperó que su amiga le diese otra alternativa, ya que esa no terminaba de convencerle.

—También puedes intentar recuperarla.

Marina cumplió exponiendo otro camino y ella intentó ser sensata.

—Me ha dejado sin haber hecho nada, ¿lo recuerdas?

—El tema parejas es algo muy complicado —dijo su amiga y ella la miró bastante confundida.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Pues que tienes dos opciones. Pasearte como un alma en pena o intentar recuperarla.

Le apartó la mirada no muy conforme con sus alternativas. ¿De verdad solo podía hacer eso? Suspiró, se dejó caer contra el respaldo del sofá y su amiga imitó su gesto en símbolo de apoyo. Nunca se había sentido tan perdida en la vida y de lo único que tenía ganas era de correr a su encuentro y que le dijese que todo era una broma, que nunca hubo una ruptura y que podían seguir siendo felices juntas. Se pasó ambas manos por el rostro y cogió el mando de la televisión para darle más volumen y que ese sonido hiciese más ruido que sus propios pensamientos.

*****

Habían pasado dos días desde la ruptura con Lena y seguía igual de rota. Su decisión no fue fácil y también sentía que, en parte, se arrepentía, pero seguía pensando en que era lo correcto, en que no se merecía a alguien así y que la primera relación de la morena debía ser especial, aunque justamente ella le había arrebatado eso. ¿Su único deseo? Volver a verla feliz. Habían compartido momentos únicos y estaba segura de que Lena podría brindarle eso mismo a la persona para la que estuviese destinada. Y no. No era ella. Ella solo era un ser totalmente descompuesto y con demasiados enfrentamientos en mente.

—¿Puedes dejar de estar tan ausente?

Levantó el rostro y contempló a Sara justo frente a ella. Le dedicó una pequeña sonrisa para conseguir que se relajara y solo consiguió que su amiga soltase un suspiro sonoro y se sentase justo a su lado.

—Cualquiera diría con tu cara que ya has acabado los exámenes.

—¿Qué pasa con mi cara?

—¿No te has mirado al espejo? —cuestionó Sara—. Pues mira, mejor que no lo hagas.

—Eres imbécil.

Protestó tras una sonrisa y su amiga comprobó el teléfono móvil. Bufó al no encontrar lo deseado y volvió a quejarse sobre la impuntualidad de la gente y lo mucho que lo odiaba. Habían quedado en casa de Sara para, desde ahí, ir todas juntas a una fiesta de cumpleaños. Pero el resto

no parecía llevar del todo bien eso de llegar a tiempo y a ella ese pequeño detalle la estaba dejando arrinconada contras las cuerdas, ya que no tenía a nadie que sacase conversación y Sara ya se estaba dando cuenta de que algo pasaba. Suponía que en su rostro se reflejaban las horas sin dormir pensando en Lena y en lo sucedido.

—Podrías haber avisado a Lena. Seguro que estarías más animada y yo estaría feliz de poder hacerle uno de mis increíbles cuestionarios. Tengo muchas cosas que preguntarle.

Agachó el rostro y se tomó un tiempo para controlar sus emociones. Sabía que no podía seguir ocultando su ruptura y, en parte, era consciente de que le vendría bien porque así sus amigas dejarían de preguntarle por ella, ya que había sido el tema estrella en las últimas conversaciones por teléfono. A través del móvil le resultó bastante fácil ocultarlo, aunque tampoco sabía por qué lo hacía. Bueno sí, sí que lo sabía. Sus amigas no se cortarían en decirle que había cometido un gran error y a ella no le apetecía tener que lidiar con ello.

—¿Por qué parece que estoy hablando con la pared?

Sara soltó aquello algo molesta y ella lo entendía perfectamente. No estaba muy operativa y, al conectar con su mirada, sintió que ya no le quedaba escapatoria alguna. Debía ser valiente y afrontar la situación.

—He dejado a Lena.

—¿Perdón?

Su corta, pero concisa, pregunta y su gesto le dejaron bien claro que no estaba muy de acuerdo con su decisión. Justo lo que había esperado.

—¿No te lo ha dicho Marina? —preguntó.

—No —le respondió con gesto confuso—. Esa maldita es muy leal a Lena —aseguró—. Aunque ya le dedicaré, la próxima vez que nos veamos, alguna que otra palabra al respecto —sentenció—. Pero, cuéntame. ¿Qué demonios ha pasado?

—No estoy preparada para una relación.

Prefirió decirle eso y no contarle que Sonia la enfrentó de nuevo y le hizo ver que no estaba lista en el plano sentimental.

—¿Pero por qué dices eso?

—Porque es la verdad —contestó sin dudar y su amiga frunció el ceño.

—No te creo.

Se encogió de hombros ante sus palabras y rezó internamente para que el resto llegase cuanto antes, no tenía ganas de seguir con esa conversación. Ya tendría tiempo de martirizarse, como cada noche, cuando se fuese a dormir y todos los recuerdos y escenas se proyectasen dentro de su cabeza.

—¿Por qué piensas eso?

Su amiga insistió y ella lanzó un suspiro sonoro antes de contestar.

—Porque no estoy estable emocionalmente —confesó—. Y Lena es increíble y no merece este desastre —aclaró.

—Déjate de tonterías.

—Déjate de tonterías, no —replicó—. Tú tienes la culpa —dijo acusándola y su amiga alzó una de las cejas, sorprendida—. Esto ya lo estuvimos hablando hace tiempo y tú me diste alas para que siguiera adelante. Y, ahora, míranos. En esta mierda de situación.

Sara se quedó en completo silencio y ella le apartó la mirada y la clavó en sus propias manos. Ahora también tendría que acarrear con la horrible sensación de haberle hablado mal a su mejor amiga. La noche empezaba genial.

—Lena era la chica perfecta para ti —soltó Sara, captando toda su atención de nuevo.

—No la conoces.

—¿Y? No me hace falta —señaló su amiga—. Habías vuelto a sonreír, y de verdad. Eso era lo importante.

Sintió una ligera emoción y tuvo que esconderse de su mirada. No quería romperse delante de ella. Ya lo había hecho en numerosas ocasiones a solas durante esos días y sabía cómo acababa. No quería volver a tener que probar cuánto aguantaba con el móvil en la mano sin llamar a Lena.

—¿Qué te dijo ella? ¿Se lo tomó muy mal?

Se sorbió la nariz y miró hacia arriba para que las lágrimas no cayeran de sus ojos.

—Fue perfecta hasta en eso —confesó—. Me dijo que la llamara si necesitaba algo.

—¿Y lo harás? —le preguntó Sara muy interesada—. ¿Le darás otra oportunidad cuando estés lista?

—Nunca estaré lista para ella —dijo quitándose una lágrima de la cara.

—¿De qué estás hablando?

—De que ella merece a alguien mejor.

Sara la miró confundida y con el ceño fruncido y ella solo se encogió de hombros. Eso era lo que pensaba y no iba a cambiar de opinión.

—No puedes estar hablando en serio.

—No he hablado más en serio en toda mi vida.

—¿Pero qué demonios te pasa por la cabeza?

Su amiga protestó e incluso se levantó del sofá. Alzó las manos, como si con ese gesto pudiese entender mejor la situación, y tuvo que aguantarse su propia opinión al respecto porque llamaron a la puerta y no le quedó más remedio que callarse y moverse para abrir. Pero antes de hacerlo la volvió a mirar y le dejó bien claro que no habían terminado de hablar. Pensó en la posibilidad de marcharse a casa porque sentía que necesitaba un descanso de todas las emociones que estaba volviendo a revivir, pero era consciente de que su huída provocaría preguntas a sus otras amigas y no quería tener que responder más cuestiones por el momento. Así que se levantó del sofá, se enderezó y puso la mejor de sus sonrisas fingidas para recibir al resto y empezar la noche cuanto antes. Con suerte conseguiría despejarse un poco y darle una tregua a su cabeza. Lo necesitaba. Y mucho.

*****

Sus amigas la llevaron a una fiesta organizada en la casa de un conocido a las afueras. No era muy de ese tipo de eventos, pero reconocía que la persona en cuestión se lo había currado. Había una decoración ambientada en los años setenta y algunos hasta habían optado por ponerse un atuendo adecuado a la época. Sonrió ante los bailes improvisados bajo la bola de discoteca brillante, compartió un par de chupitos con sus amigas y le aseguró en numerosas ocasiones a Sara que estaba bien y que dejara de preocuparse. Le gustaba estar rodeada de gente porque eso le permitía no venirse abajo, lo peor era cuando se quedaba a solas y a su mente le daba el capricho de trabajar el doble y pensar en Lena, en cómo había actuado con ella y en cómo estaría.

Y tras varias copas y unas cuantas comprobaciones a su móvil, para ver si se había puesto en contacto con ella, decidió alejarse un poco de la aglomeración que había en el interior de la casa. Se sentó en un pequeño banco de madera que había en el jardín y se sacó del bolsillo el teléfono. Debía apagarlo, eso era lo más sensato, ya que todo el mundo sabía que era una mala combinación con el alcohol. Y, justo antes de hacerlo, a su mente le dio por jugársela un poco. Buscó el chat de mensajes compartidos con Lena y releyó sus últimos mensajes. Eran chorradas

sobre dónde la invitaría a cenar la próxima vez. También había unos cuantos comentarios sobre una serie nueva que debían empezar y, el último y más duro, era uno en el que Lena le daba las buenas noches el día que rompieron y que ella ni siquiera contestó. Hasta para eso fue estúpida con ella. Pero es que pensó que lo más correcto y sensato sería poner tierra de por medio, aunque ahora no lo tenía tan claro.

Escribió un simple «hola» y lo borró rápidamente para que a su mente no le diese por querer actuar por voluntad propia. Parecía no tener el control de la situación. Y es que, aunque pensaba que estaba convencida de la decisión, de repente aparecían pensamientos intrusivos que le gritaban y abofeteaban con rabia. ¿Cuándo iba a dejar de sentirse así?

—¿Se te ha olvidado que has venido a una fiesta?

Giró el rostro tras escuchar aquella voz tan conocida y cerró los ojos unos segundos para armarse de paciencia. Encontrarse con Sonia esa noche no había entrado en sus planes. Desde luego que no.

—Una putada tener amigas en común, ¿cierto?

Su ex intentó bromear y hasta se permitió el lujo de sentarse a su lado, sin importarle en absoluto su opinión o que su gesto dejase bien claro que no quería verla ni tenerla cerca. Y sí, era una putada tener amigos y conocidos en común y estaba segura de que no sería la única y última vez que coincidieran en algún evento.

—No te ves tan feliz como la otra noche.

Le clavó la mirada tras aquellas palabras con tan poco tacto y se preparó para levantarse y alejarse de allí, pero Sonia la leyó rápidamente y puso una mano sobre su pierna para impedírselo.

—Tranquila. Vengo con la bandera blanca —le aseguró alzando las manos.

—Eso no te pega nada.

—Bueno, al menos me has hablado. Algo es algo —le dijo con media sonrisa—. Acompáñame un rato. No tengo ganas de discutir. Te lo prometo.

—Y yo no tengo ganas de verte la cara.

Quitó la mano de su pierna y se levantó para marcharse, pero Sonia de nuevo se lo impidió al colocarse delante.

—Emily, en serio. No quiero pelear, solo compartir un rato contigo.

—Y yo creo que ya hemos compartido suficiente.

—Espera —le pidió frenándola otra vez, provocando que sus cuerpos incluso entrasen en contacto, ya que chocaron ligeramente—. He estado pensando mucho los últimos días.

—Ya era hora de que pusieras tu cerebro a funcionar.

Soltó sin pensar y, justo después, cayó en la cuenta de que estaba entrando en su juego, que le encantaba provocarla y aún, después de tanto tiempo, seguía sin entender cuál era su objetivo.

—Siempre me ha encantado tu ironía —le confesó con una sonrisa su ex—. Fui una imbécil y una estúpida. No me comporté bien contigo y cuando te vi con ella, en aquel local, me di cuenta de que sigo enamorada de ti.

—Lástima que yo de ti no —dijo sin tener que pensárselo ni un segundo, sorprendiéndose ella misma de su gran seguridad.

—Joder, Emily —protestó agarrándola del brazo para evitar su huída.

—Suéltame ahora mismo.

—Lo siento —dijo obedeciéndola—. No pretendía molestarte.

—Pues lo estás haciendo estupendamente.

—He cambiado.

—¿Cuántas veces te he escuchado decir lo mismo? —cuestionó cruzándose de brazos.

—Pero ahora es diferente.

Sonrió irónicamente y negó con la cabeza mientras Sonia la miraba con gesto serio.

—No quiero perderte del todo —le aseguró—. Eres la mujer más increíble que he conocido.

—No me dijiste lo mismo la otra noche.

—Estaba celosa, ¿vale? Dame una tregua.

Se justificó con esa estúpida excusa y ella la miró con desagrado al recordar las palabras que le soltó antes de que todo se desmoronase. Esas en las que le aseguraba que Lena no estaría mucho tiempo con alguien como ella.

—Haznos un favor a las dos y deja de hacer el ridículo.

Soltó esas palabras y Sonia la miró completamente confundida. Aprovechó que bajó la guardia y salió de allí con mucha prisa. Ya había vivido con anterioridad conversaciones así. Siempre era lo mismo. La halagaba, decía que se había equivocado, que era otra y ella acababa cayendo como una auténtica imbécil de manual. Pero no. No iba a permitir que todo se repitiese de nuevo esa vez. Esa etapa de su vida ya había acabado y sabía que no debía volver a mirar atrás.

28

Centró toda su atención en un pájaro que tenía a unos cuantos metros y pensó en lo fácil que sería tener la habilidad de abrir las alas, volar y poner kilómetros de por medio sin tener que darle explicaciones a nadie por nada. En cambio tenía que hacer frente a su trabajo, a la hipoteca, a las facturas y, a lo más importante y doloroso y que tenía el protagonismo absoluto en su mente: a su primera y única ruptura sentimental. Reconocía que todo empezó como un juego por querer conocer a esa persona que le despertaba tanta curiosidad y que no parecía querer más trato con ella que el de servirle un café y ya está. Pero todo cambió porque ese interés creció y cambió a algo más. Un algo que se resquebrajó y se rompió sin darse cuenta.

—Esconderte de ella no te va a ayudar en nada —dijo su amiga sorprendiéndola, apareciendo en su campo de visión.

—No me estoy escondiendo de nadie.

Aseguró y Marina negó con la cabeza antes de recortar la poca distancia que las separaba para sentarse a su lado.

—¿Y qué haces aquí fuera?

—Aprovecho el buen día que hace —contestó mientras sentía la mirada de su amiga clavada en ella—. ¿Qué pasa? Deja de mirarme.

—Nunca sales aquí —le recordó Marina—. Y odias el café de las máquinas.

—Me he sacado un té.

La observó sonreír con su contestación y le apartó la mirada para intentar huir un poco de aquel interrogatorio improvisado. Porque sí, su amiga tenía razón. No tenía por costumbre salir a aquel lugar abierto rodeado de vegetación y compañeros que aprovechaban para fumar. Ella era más de pasar su tiempo libre en la cafetería, disfrutando de un buen café de verdad y no de polvos con agua.

—No has hecho nada malo. Lo vuestro no ha funcionado y ya está.

—¿Ese es tu súper consejo del día?

—No te he dado ninguno —contestó Marina sonriente—. Solo te he recordado lo ocurrido.

Se echó el pelo hacia atrás y, debido al movimiento, sus ojos se movieron hasta clavarse en la terraza de la cafetería. Había elegido un punto estratégico en el que, según su percepción, Emily no la vería, pero ella sí. Y lo confirmó en ese mismo momento al ver cómo atendía a un par de clientes. Su corazón se aceleró de golpe y el nerviosismo empezó a recorrerla por completo. Aún seguía sin entender cómo era posible que le provocase esas cosas. Y más después de haberla dejado. ¿Qué clase de poder tenía sobre ella y cuánto duraría?

—No huyes, solo la estás espiando.

—No la estoy espiando —aclaró con rapidez—. No es mi culpa que trabajemos en el mismo edificio.

—¿Y por qué no me dices todo eso mirándome a mí?

Giró el rostro y puso gesto de fastidio, pero a su amiga parecía que le divertía muchísimo la situación y no entendía el motivo.

—¿Estoy siendo muy ridícula?

—Lo fuiste en un principio —le respondió sonriente y ella soltó un suspiro sonoro—. Ahora simplemente eres un corazón roto.

—¿Todos los corazones rotos espían?

—Que conste que acabas de darme la razón —aclaró Marina en un primer lugar—. Y sí, creo que sí. Creo que todas investigamos un poco a nuestras ex parejas después de una ruptura —reconoció—. Es el poder de la tecnología y las redes sociales.

—Emily no tiene redes sociales.

—Mejor —señaló su amiga con rapidez—. Son un arma de doble filo.

—¿A qué te refieres?

—A que en ocasiones la gente comienza su nueva vida muy rápido y no suele ser agradable cuando sigues un poco tocada.

Asintió con la cabeza tras entender sus palabras y volvió la vista hacia la terraza de la cafetería. Emily esa vez no estaba y suspiró antes de comprobar el móvil. No sabía cuánto tiempo llevaba en ese bucle de desgastar la pantalla del teléfono para ver si había algún mensaje de ella, pero sí sabía que no terminaría pronto.

—Sigo sin entenderlo —soltó mirando a Marina—. Estábamos bien y, de repente, todo explotó.

—Igual deberías hablar con ella. Que te lo explique mejor.

—No sé si soy capaz de mirarle a la cara y no romper a llorar como una idiota —confesó —. Es posible que me tire de rodillas y le suplique.

Exageró para ponerle un toque de humor a toda la situación y ambas acabaron sonriendo.

—¿Lo harías?

—¿Perdona? ¿Con quién te crees que estás tratando? —cuestionó algo molesta—. Todo su barrio fue testigo de mi magistral interpretación de *Shallow*.

Su amiga le dedicó una sonrisa completa y sus ojos se la volvieron a jugar buscando a Emily. Estaba fuera de nuevo con otros clientes y el desquiciado de su corazón tomó de nuevo el control. Estaba segura de que, si seguía así, moriría muy joven.

—Tampoco es tan guapa —soltó para convencerse.

—A mí nunca me lo pareció. Es una chica normalita. Diría que del montón.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó.

—Del montón bueno —aclaró Marina y ella frunció más el ceño.

—¿Desde cuándo no tienes ojos en la cara?

—Te estaba intentando apoyar, imbécil.

—Emily me decía imbécil —confesó.

—Tranquila. Yo estaré encantada de decírtelo todas las veces que quieras.

La empujó como protesta y su amiga sonrió y le devolvió el ataque justo después. Se levantó, se alisó la camisa con las manos y esperó a que Emily desapareciese de su campo de visión para caminar hacia la puerta que conectaba con el interior del edificio. Aprovechar todos los segundos posibles para seguir viéndola le parecía de ser una pringada increíble. Pero no podía evitarlo, no cuando todo su ser se lo pedía.

*****

Sabía que Lena estaba evitándola. Y no la culpaba, en absoluto. Cada persona era diferente y las rupturas eran algo complicado que no solía llevarse muy bien. Y también en eso la morena era especial. Porque no la buscó, no intentó contactar con ella y ni siquiera se cruzaron en toda la semana. Se estaba tomando su espacio y, por consiguiente, también se lo estaba dando a ella. Y, para ser sincera, la verdad era que no estaba muy contenta con la medida que había tomado. Era consciente de que querer saber de ella era algo muy egoísta y mucho más cuando era la culpable de toda la situación, pero le era imposible no recordar la forma en la que sus

increíbles ojos la miraban y lo especial que la hacía sentir.

Dejar de pensar en ella era algo que su mente no llevaba muy bien. Lena se había convertido en su pensamiento estrella las veinticuatro horas del día. Y por eso mismo aceptaba todos los planes que sus amigas y conocidas le ofrecían. Se echó un último vistazo en el espejo y, antes de abrir la puerta, el corazón se le aceleró un poco ante la remota idea de encontrar a Lena justo detrás. Pero no. No fue así, como tampoco ocurrió todas las otras veces que lo pensó. Cerró, bajó las escaleras con rabia por sentirse así y tomó una gran bocanada de aire nada más pisar la calle.

—No me jodas —susurró al ver a Sonia apoyada sobre el coche, mirándola.

—Estás muy guapa —le dijo sonriente—. ¿Vas a algún sitio?

—Sabes perfectamente que sí.

Una de las amigas que tenían en común había organizado una reunión en un bar del centro. Algo tranquilo y con la intención de tomar un par de copas después. Y sí, Sonia confirmó su presencia. Y ella podría haber rechazado la invitación, pero tampoco quería que su relación con ella determinase sus reuniones y encuentros con el resto de gente. No iba a permitirle esa satisfacción.

—Venga, sube. Yo te llevo.

—No voy a subirme en tu coche.

—¿Qué problema tienes con él? —cuestionó su ex sonriente.

—Ninguno. Pero contigo sí.

Se lo dejó bastante claro, pero no se le borró la sonrisa de los labios y esperó un ataque a sus palabras, pero acabó sorprendiéndose ante su respuesta, ya que Sonia no dijo nada y solo abrió la puerta del copiloto, ofreciéndole entrar.

—Tranquila. No vamos a estar a solas. Voy a pasar a por Paula.

La miró durante largos segundos y después giró el rostro para observar el transporte público que tenía más cercano. Tenía la opción de esperar el autobús o de llamar a un taxi, cualquier cosa le valía.

—Solo vas a tener que soportarme unos minutos a solas y prometo no hablar nada —aseguró su ex y ella levantó la vista del teléfono móvil.

—¿Paula está en su casa?

Sonia asintió y ella accedió a subirse porque la chica vivía relativamente cerca y su ex siempre se había comportado bastante bien delante de la gente. Sus momentos de capulla integral y persona más insoportable del mundo solo los compartía en la intimidad con ella. El interior del vehículo le recordó a Lena. Se podía ver que ambas lo cuidaban, pero la diferencia era bastante clara. Sonia jamás le dejó conducir y ni en mil vidas hubiese metido su bicicleta en el interior. A veces llegó a pensar que le importaba más que ella y ahora estaba segura que, muy posiblemente, no se equivocaba.

La miró con el ceño fruncido al ver que se sacaba el móvil del pantalón, sin importarle lo más mínimo el tráfico, pero se aguantó las ganas de decirle algo porque no quería ni escuchar su voz.

—Paula dice que nos vemos allí.

Cerró los ojos y miró a través de la ventanilla. ¿Era la peor de las escenas posibles? Desde luego que sí. Pero ella misma se la había buscado. Por idiota y por imbécil. Seguro que Sonia no tardaría nada en intentar sacarla de sus casillas y hasta se mentalizó para ello contando con calma hasta diez. Siguió hasta veinte y llegó a treinta justo antes de volver a mirarla. Su ex conducía concentrada y sin intención alguna de molestarla. Algo verdaderamente increíble.

—Menuda suerte —dijo sonriente—. Aparcamiento justo en la puerta.

Miró la calle algo confusa desde el interior del vehículo y Sonia estacionó sin prestarle atención.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó directa en cuanto detuvo el coche, dándose cuenta de que no era el lugar acordado.

—Han cambiado el sitio —le contestó su ex—. Me lo ha comentado Paula en el anterior mensaje. ¿No te lo he dicho?

—No. No me lo has dicho —aseguró con algo de rabia.

Salieron del coche a la vez y su interior se puso en alerta. ¿Por qué un cambio así a última hora? ¿Por qué justo en uno de los restaurantes favoritos de Sonia? Sonrió con ironía y se abofeteó mentalmente porque no podía dejar de ser una estúpida que creía sus palabras.

—¿Qué ocurre?

—¿Me la estás jugando?

Se lo preguntó directamente tras detener sus pasos y su ex le sonrió, pero era diferente. No leyó soberbia ni nada de altanería en ella.

—Te he traído a cenar.

—¿Y se supone que ahí dentro están las chicas?

—Efectivamente —le respondió con tranquilidad—. ¿Por qué iba a mentirte?

—Sonia, mentir es tu deporte favorito.

Se lo dijo con dureza y, en lugar de recibir algún tipo de ataque verbal, su ex negó con la cabeza y le apartó la mirada unos segundos.

—Es normal que desconfíes de mí, pero estoy intentando ser mejor persona y mentirte no me ayuda en nada.

La animó con la mano a seguirla y, aunque tenía cierto recelo en hacerlo, acabó acercándose y entraron juntas al lugar. Su rabia aumentó cuando, en un primer momento, no reconoció a nadie, pero un par de manos, levantadas al fondo del local, hicieron que su malestar desapareciera de golpe. Sonia no le había mentido esa vez y ni siquiera hizo algún comentario de reproche. Algo que le solía gustar mucho hacer.

Su humor se relajó por completo tras un par de platos, unas cuantas copas y la agradable conversación mantenida a lo largo de la cena. Pero, a pesar de todo, le fue imposible no pensar en ella. Le habría encantado vivir el momento con Lena porque, aunque Sonia también estaba allí, las chicas eran increíblemente agradables y estaba segura de que se habría adaptado sin ningún problema. Pero no fue posible debido a su propia decisión de cortar con todo y volvió a sentir que la angustia crecía en su pecho con bastante descontrol. Quería volver a casa cuanto antes y por eso mismo rechazó ir a tomar unas copas y aceptó que Sonia, tras mucha insistencia y asegurarse de que alguien más las acompañaba, la llevase de vuelta a casa.

La dejó a ella como última parada, algo que esperaba, y salió del vehículo con prisa y muchas ganas de que desapareciese de una vez de su vista. Pero Sonia la siguió y se colocó justo frente a ella, frenando sus pasos e impidiéndole desaparecer para refugiarse en su piso cuanto antes.

—¿Qué quieres? —soltó molesta con su atrevimiento de no dejarla en paz.

—Tengo esto para ti.

Bajó la vista hacia sus manos, descubrió una pequeña caja en ellas y pensó en que no les quedaba nada que entregarse de vuelta.

—Ábrela.

La animó sonriente y la curiosidad le pudo más que no cumplir con su petición. Abrió la

tapa algo desconfiada mientras ella aún la sostenía y alzó el rostro para clavarle la mirada tras descubrir el misterio.

—Es para ti.

Sonia lo dijo sin perder la sonrisa y movió la caja hacia ella, pero se cruzó de brazos, rechazándola, y su ex bufó como respuesta.

—Hay muchas cosas de las que te gustan —aclaró, aunque se había dado cuenta perfectamente—. Regaliz rojo, surtido de gominolas, barritas de chocolate con galleta y caramelo, muffins y variedad de frutos secos —soltó con una nueva sonrisa—. Podemos probar un poco de todo mientras vemos alguna serie o película.

Negó con la cabeza y sonrió de forma irónica mientras veía que a su ex se le frunció el ceño. No parecía entender la situación. O igual es que no quería entenderla.

—¿Qué pretendes?

—Quiero que nos llevemos bien —le contestó Sonia con rapidez y ella cerró la caja sin llegar a cogerla en ningún momento—. Joder, Emily. Tenemos amigas en común. Habrá que poner de nuestra parte. ¿Siempre va a ser así?

Le apartó la mirada y pensó en que ahí tenía razón. Compartían amistades y lo más adecuado sería intentar mantener una relación lo más cordial posible.

—No tiene que ser ahora. Podemos ir poco a poco —insistió Sonia.

Volvió a mirarla y sus ojos mostraban un reflejo y una sinceridad que llevaba tiempo sin ver. Muchísimo. Posiblemente desde los inicios de su relación, cuando su ex fue la mujer capaz de conquistarla, esa que se perdió tras meses de engaños, mentiras y gestos desagradables.

—Yo no tengo prisa. Puedo esperar todo el tiempo que necesites.

Su tono seguía siendo amable e incluso se aventuró a subir una mano a su hombro para dejar una caricia cariñosa. Miró el gesto con desconfianza y al volver la vista a sus ojos los descubrió humedecidos.

—Tengo que pensarlo.

—Vale. Me parece lo más adecuado.

Reaccionó de una forma muy correcta, sorprendiéndola aún más, si es que eso era posible. Sonia había hecho muchas veces algo así durante su relación. Y sí, siempre le había funcionado porque se enamoró como una idiota y siempre creyó en sus palabras de perdón y de nuevas oportunidades. Y también cayó tras entender que su relación no iría a ningún sitio y hasta perdió la cuenta de las veces que se rindió a ella hasta que Lena entró de verdad en su vida.

—Quédatela —dijo Sonia ofreciéndole de nuevo la caja—. Como una pequeña ofrenda de paz.

Pensó en rechazarla, pero los pasos que su ex había dado provocaron algo en ella y lanzó un pequeño suspiro antes de agarrar el obsequio con ambas manos. Y no supo cuándo, pero bajó la guardia y Sonia lo aprovechó. Le agarró el rostro con ambas manos y la besó.

—¿Este es tu plan de llevarnos bien? —cuestionó molesta tras soltarse de su amarre con brusquedad, empujando la caja contra ella—. Pues así no funcionan las cosas.

—Joder, Emily. No puedo evitarlo.

—Pues no me importa. He sido una gilipollas al pensar que igual sí que querías que nos llevásemos bien.

—Es lo que quiero —dijo su ex rápidamente.

—¿Besándome?

—Podemos hacer ambas cosas —le contestó sonriente.

Cogió aire, se echó el pelo hacia atrás y se tomó unos segundos para pensar en las

palabras adecuadas para que le quedase claro de una vez por todas.

—No te quiero en mi vida.

—No lo dices de verdad.

—No he dicho una verdad mayor jamás —señaló con la mirada clavada en sus ojos—. Eres lo peor que me ha pasado. No he sido feliz contigo en ningún momento y de lo único que me arrepiento es de no haberme dado cuenta antes.

—Algo bueno te habré ofrecido.

—No lo creo. Solo me has causado dolor, angustia y una sensación extremadamente desagradable de inferioridad —dijo emocionada—. Por tu culpa he dejado escapar a una mujer increíble.

Esperó durante unos segundos algún tipo de respuesta más por su parte, pero no ocurrió. Por primera vez, en mucho tiempo, la había dejado sin palabras. Decidió dejarla allí plantada en mitad de la calle y subió a su piso sintiéndose mucho más libre y ligera, como si se hubiese quitado una tonelada de peso de encima.

*****

Después de días huyendo de cualquier encuentro posible con Emily, de no pasar por la cafetería, de calcular el tiempo exacto para no encontrarse en la puerta del trabajo, de noches sin dormir y consejos de Marina, decidió hacerle caso a su amiga de una vez por todas y salió en busca de esas respuestas que a su mente le era incapaz de encontrar por sí sola. Creía haberlo hecho todo bien con ella y sabía que no podía seguir pegada a la pantalla del teléfono. No era nada sano. Necesitaba entender qué había ocurrido para poder avanzar.

Sonrió con tristeza al volante al darse cuenta de lo mucho que había cambiado su vida. De pasar noches en locales para encontrar un poco de contacto, a estar hasta altas horas de la madrugada esperando un mensaje de una chica en concreto. Pero claro, Emily no era cualquier chica. Se lo había demostrado poco a poco y con cada pequeño gesto, con cada nuevo avance, con cada nueva sonrisa y con lo increíblemente agradable que se sentía siempre que estaba a su lado.

Según Marina eso era amor. Pero ella no podía asegurarlo porque nunca lo había sentido y era por eso mismo por lo que sentía esa angustia tan desagradable en mitad del pecho. Porque, si lo que sentía por Emily era amor, lo había perdido y jamás se había sentido tan confundida y sin saber cómo actuar.

Y quizás fue por eso y por un ataque completamente improvisado de confianza por lo que decidió coger el coche y no detenerse hasta llegar a la calle de Emily. Lo de pensar en subir a su piso o llamarla ya lo haría al detener el vehículo. Al menos había dado un paso. Un acercamiento. Quizás había sido la mejor decisión tomada en días. O eso pensó hasta que se acercó peligrosamente a su portal y, aún desde el coche, pudo verla junto a su ex. Se le humedecieron los ojos y al final se le escapó un par de lágrimas cuando las vio besarse. Apartó la mirada con rapidez porque no se sentía con fuerzas de seguir viendo la escena y aceleró para desaparecer cuanto antes y así poder refugiarse en su casa, el sitio del que no debería haber salido. Aquel viaje no le había servido de nada, pero al menos esperaba que se le quitase la manía de estar contemplando una estúpida pantalla cada segundo. Estaba claro que habían caminado en distintos senderos tras acabar la relación y ni siquiera necesitó que Emily le aclarara sus dudas verbalmente, la escena que contempló le dejó bastante clara la situación. Una en la que ella no encajaba y que le hacía sentirse como la persona más imbécil del mundo.

29

Encontrar a Emily en su portal junto a su ex fue uno de los golpes más fuertes recibidos en su vida. Un dolor que jamás pensó experimentar e igual pecaba de dramática, pero lo sentía así. Sentía todo su interior revuelto, una mezcla de rabia y decepción, y no le encontraba sentido ni lógica a nada. Le dolió tremendamente pensar en lo equivocada que había estado al imaginar que Emily también la veía a ella de la misma manera. Haber apostado por esa relación le había costado la mayor humillación sentimental del mundo y, por eso, decidió enfrentar la situación tomando la otra opción que tenía. Superarla. O al menos intentarlo. Porque sabía que le iba a costar, pero se esforzaría en conseguirlo.

—¿Estás cómoda? —le preguntó Marina tras dejar los cafés sobre la mesa.

—Estoy sentada. Así que yo diría que sí.

Ignoró el trasfondo real de la conversación y dio un sorbo a su taza mientras aguantaba la tentación de mirar hacia la barra. Había dado el gran paso de entrar en la cafetería para empezar su camino de superación pero, justo en ese momento, ya se estaba arrepintiendo un poco.

—Al menos has decidido volver aquí dentro y no espiarla desde los jardines. Eso es un gran avance.

Su amiga intentó bromear, pero a ella no le hizo nada de gracia. No tras descubrir la gran escena que vio en el portal de casa de la camarera.

—Puedes estar tranquila. Ya no voy a espiarla más —dejó claro y con total seguridad—. He decidido empezar a superarlo.

—¿Ya no vas a mirar el móvil cada dos segundos?

—Lo he dejado en mi despacho.

—Increíble.

Marina lo dijo sonriente e irónica y ella decidió no darle mucha importancia a su actitud. Sabía que sus comentarios formaban parte de intentar animarla o hacerle sonreír un poco, pero no le apetecía ninguna de las dos cosas y su amiga debió intuir algo porque le clavó la mirada con muchísimo interés y el ceño ligeramente fruncido.

—Fui a verla.

La observó asentir con la cabeza, animándola a seguir, pero decidió tomarse un par de segundos para prepararse antes de vocalizar lo ocurrido. Ni siquiera se sentía preparada para pronunciar en voz alta lo sucedido.

—Que hayas entrado de nuevo aquí y haber dejado el móvil arriba podrían ser pistas más que suficientes como parar entender que lo habéis arreglado —dijo su amiga adelantándose—. Pero tu cara me dice todo lo contrario.

—Debería no haber ido. Creo que es un buen resumen.

—¿Tuvisteis una discusión?

—Peor.

—¿Qué hay peor que eso?

Cuestionó Marina acercándose un poco más y su corazón se aceleró de golpe cuando por su campo de visión cruzó una de las camareras de la cafetería. No era Emily. Pero aquella falsa alarma la dejó, durante unos segundos, totalmente fuera de juego y con el cuerpo al completo en tensión. Lo de empezar a superarla le iba a costar. Y bastante.

—Está en la barra —soltó su amiga tras darse cuenta de lo ocurrido—. Y no creo que se

acerque, así que puedes estar tranquila.

—No le tengo miedo.

—Ya lo sé —señaló Marina—. Pero está bastante claro que sigue provocando cosas en ti.

Negó con la cabeza y dio un sorbo de café para intentar ganar un poco de tiempo y no tener que entrar en debate. Estaba claro que Emily seguía revoloteando por todo su sistema, pero no le apetecía decirlo públicamente. Eso no formaba parte de su nueva etapa de seguir adelante.

—¿Y bien? —retomó su amiga la conversación tras segundos de silencio.

—Fui en busca de respuestas —respondió mientras organizaba todo en su cabeza—. Quería poder aferrarme a algo, o al menos poder llegar a entenderlo —aclaró—. Pero no me dio tiempo a nada porque antes de detener el coche la vi junto a su ex.

—Explícame eso bien.

—Joder, Marina. No hay nada que explicar —protestó—. Las vi al lado de su portal besándose.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—Yo tampoco, créeme.

A su mente volvió la escena y las ganas de llorar volvieron con bastante fuerza. El hecho de no haberse sentido así nunca le estaba afectando y, el no saber gestionarlo, provocaba que todo su sistema colapsase. ¿Su cuerpo? Un maldito volcán a punto de entrar en erupción debido a la mezcla de sentimientos contenidos.

—Lo de volver con un ex es algo que suele pasar más de lo que debería.

—¿Eso tiene que hacerme sentir mejor? —cuestionó cruzándose de brazos.

—No. Pero da igual lo que diga. Ahora mismo nada podrá hacerte sentir mejor.

Soltó un «genial» cargado de ironía y la rabia, la angustia y la decepción hicieron una mezcla explosiva en su sistema y tuvo que retener con fuerza las lágrimas en sus ojos.

—Te sentirás mejor. Solo tienes que dejar que el tiempo haga su magia.

Marina intentó animarla e incluso puso una mano sobre la suya, pero acabó agachando el rostro para limpiarse con rapidez una lágrima.

—Me da igual que prefiera a otra —dijo tras contener la emoción para poder hablar—. Bueno, igual no —rectificó—. Me jode porque... Creo que la quiero de verdad y es la primera vez que me pasa algo así y es una putada —confesó con sinceridad—. Pero lo que más me duele es que sea por esa tipa. No merece a Emily. Le ha hecho daño y la ha tratado fatal. Ella merece muchísimo más.

—A veces somos muy imbéciles y apostamos por lo que no nos conviene.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?

—No creo que puedas hacer nada —respondió su amiga con toda la tranquilidad del mundo—. Es ella la que se tiene que dar cuenta de si ha tomado la mejor decisión o no.

—Tampoco me quedan fuerzas ni ganas para nada más, la verdad.

Su amiga dio una ligera palmada sobre su mano en un intento de mostrarle comprensión y su vista viajó directa al dispensador de servilletas. Llevaba mucho tiempo sin prestarle atención a esas estúpidas frases que adornaban cada papel y, en ese preciso momento, se regañó por haber caído. Aquel «A veces ocurre que lo que empieza como una locura, se convierte en lo mejor de tu vida» le reventó directamente en la cara. Porque esa frase, que en tiempo atrás hubiese considerado la cosa más absurda del mundo, era la definición perfecta de lo que le había ocurrido. Sus inicios con Emily habían sido una completa locura, pero podía asegurar, sin miedo a equivocarse, que esas semanas habían sido de lo mejor de su vida. Sin duda.

*****

Había vuelto a ver a Lena en la cafetería después de días sin su presencia por el lugar y su cuerpo reaccionó como nunca antes. Se paralizó al verla sentada de espaldas en su mesa habitual y hasta uno de sus compañeros le llamó la atención para que se pusiera de nuevo en activo. Se disculpó diciendo que se encontraba un poco mal y se refugió en la cocina hasta que pudo asegurarse de que ya no estaba ahí. Y no es que le tuviera miedo. Habían roto, como muchas otras parejas, y no pasaba nada. En algún punto debían volver a verse, ya que trabajaban en el mismo edificio. El problema era que en ningún momento esperó reaccionar de esa forma. No llevaba muy bien que su sistema reaccionara por cuenta propia y sin llegar siquiera a consultárselo. ¿Por qué se sentía así? Seguramente era debido al sentimiento de culpa que la invadía desde que decidió cortar la relación. Debía ser eso. O igual era que la idea de haberla cagado estrepitosamente resonaba cada día con más fuerza.

Soltó aire de forma pesada antes de recoger la bicicleta del sitio en el que siempre la dejaba y tiró de ella con desgana mientras su mente seguía dándole vueltas a lo que le había sucedido esa mañana en la cafetería. Quizás podría haber sido algo valiente. Quizá podría haberse atrevido a acercarse a ella y preguntarle qué tal estaba. Pero ahora era tarde para pensar en ese escenario y tampoco creía tener la fuerza necesaria para hacerlo.

Se paró antes de cruzar la puerta principal del edificio que daba a la calle y empezó a ponerse los guantes que le regaló Lena con la suficiente calma como para mentalizarse en que no debía darle más vueltas por el momento porque debía concentrarse en pedalear de vuelta a casa. Eso de tener un accidente no entraba dentro de sus planes.

Dio un último empujón al manillar para pasarse a la acera y, sin haberlo visto venir, chocó contra alguien. Al focalizar a la persona a la que acababa de agredir todo su mundo se paralizó, de la misma manera que le ocurrió en la cafetería horas atrás. Era Lena a la que casi se lleva por delante y, como muestra de ello, le acababa de dejar la marca de la rueda en el pantalón. ¿Cómo demonios había ocurrido? La puerta era lo suficientemente grande como para poder pasar dos o más personas sin llegar ni a rozarse. Pero, al parecer, el destino decidió reírse de ella y las puso a ambas en el mismo espacio y tiempo, solo que ella salía y Lena entraba.

—Lo siento.

Fue lo único que salió de sus labios tras varios segundos de mantenerse la mirada sin saber qué hacer o decir. Incómodo, como nunca antes lo fue.

Y Lena ni siquiera le contestó, agachó el rostro y decidió hacerse a un lado para seguir con su objetivo de adentrarse en el edificio.

Su mente se bloqueó ante aquella acción, ya que nunca había experimentado que la morena pasase de ella y le dolió que no tuviese ni una palabra que decirle, así que decidió actuar sin pensarlo mucho y dejó la bicicleta contra la pared y siguió sus pasos con un ritmo más acelerado para poder llegar a su alcance. Repitió su nombre varias veces, pero no obtuvo respuesta hasta que se atrevió a agarrarla del brazo con suavidad, logrando que se detuviera y que sus ojos la buscasen.

—Lo siento —repitió señalando la mancha que acababa de hacerle al pantalón—. Si me lo traes mañana me encargaré de llevarlo a una tintorería.

Fue lo único que se le ocurrió decirle y de forma inmediata se sintió la persona más absurda del mundo.

—No tiene importancia.

Lena lo dijo mientras miraba directamente al contacto que seguía ejerciendo en su brazo. ¿Le estaría molestando que la tocase? Eso era nuevo y, como no estaba segura, prefirió dejar de hacerlo y soltó su brazo sin querer hacerlo.

—Insisto con lo del pantalón.

—Y yo ya te he dicho que no tiene importancia.

Su voz, por una vez en todo el tiempo en que la había conocido, sonó extremadamente dura. Como si no quisiera estar manteniendo esa conversación, como si su presencia le molestase. Hasta tuvo que apartarle la mirada y agachar el rostro. Momento que Lena aprovechó para seguir su camino hacia el interior del edificio.

—No tiene que ser así —soltó y la observó detener sus pasos—. No tenemos que hacer como si nada hubiese pasado entre nosotras y llevarnos mal —aseguró.

La morena volvió a girarse, haciendo contacto directo, y algo dentro de ella empezó a revolucionarse. Se acababa de sacar esa propuesta de la manga porque ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Quizás por eso se le secó la garganta cuando la vio caminar de vuelta a su posición.

—¿Y qué propones?

Lena soltó esa pregunta y ella se quedó totalmente en blanco y arrinconada porque no tenía ni idea, no sabía qué responderle. Sus pensamientos se habían centrado en recrear una y otra vez los momentos vividos con ella y, sobre todo, la escena de la ruptura. Pero nunca llegó a pensar en el hecho de poder tener otro tipo de relación, al menos no ahora que todo estaba tan reciente.

—No lo sé —confesó a media voz.

—Estupendo —susurró Lena.

Creyó ver, de nuevo, sus intenciones de marcharse, ya que no tenía nada que ofrecerle, así que decidió seguir insistiendo para así retenerla unos segundos más. Había sido consciente de lo mucho que la echaba de menos pero, al tenerla delante, todo aumentó.

—Podríamos empezar por un, ¿qué tal estás?

Su ceño se frunció y, de forma inmediata, comprendió que no pensaba igual.

—No creo que quieras saberlo realmente —aseguró Lena y algo dentro de ella se resquebrajó, ya que era la culpable directa de su situación—. Ojalá me fuese tan bien como a ti.

La miró confundida porque no entendía esa frase y le molestó que pensase que para ella estaba siendo un camino de rosas.

—¿De qué estás hablando?

—Olvídalo —contestó la morena.

E intentó largarse de allí tras esa corta y simple contestación, pero volvió a detener su huída agarrando de nuevo su brazo.

—Entiendo que estés dolida, pero eso no te da derecho a asegurar que yo estoy bien.

La observó negar con la cabeza y, como no parecía tener intención de decir una sola palabra, decidió seguir llevando las riendas de la conversación.

—Las rupturas son duras —aseguró con seriedad—. Y también lo son para mí —recalcó.

Sus ojos se clavaron en la sonrisa irónica que marcaba en sus labios y aquello hizo que todo se volviese aún un poco más confuso. ¿De verdad pensaba que para ella no estaba siendo difícil? ¿En qué momento pudo entender algo así?

Se fijó en que quiso decirle algo, pero acabó mordiéndose el labio inferior, reteniendo las palabras y ella se aguantó las ganas de preguntarle qué estaba pasándole por la cabeza, pero prefirió callarse porque el encuentro no estaba siendo muy agradable y de lo único que tenía ganas era de desaparecer. Algo que parecía compartir con Lena, ya que se giró y se dirigió al interior del edificio sin que llegasen a decirse nada más. Ni un simple adiós.

*****

Caminaba al lado de sus amigas por pura inercia, ya que su mente seguía retenida y colapsada por Lena en exclusiva. Su último y único encuentro tras la ruptura la dejó con mal sabor de boca. Y sí, se lo merecía. Actuó mal y, como consecuencia, Lena acabó herida y tenía todo el derecho del mundo de no querer tener ningún tipo de trato con ella.

—Tienes que poner un poquito más de tu parte —señaló Sara tras entrelazar un brazo con el suyo—. Ya sabes, hablar con tus amigas y tal. Esas cosas que se suelen hacer para socializar.

—Algo que no me apetecía y para lo que he sido raptada.

Su amiga la miró con mal gesto, pero no quería ocultar la verdad. Sara, Bea y Carmen aparecieron en su casa y, con demasiada insistencia, acabaron convenciéndola para preparar algo de equipaje y pasar el fin de semana fuera, alejada de la ciudad.

—Era necesario —aclaró Bea—. Necesitas una intervención.

—Te va a sentar bien —aseguró Carmen.

—Mi plan de quedarme en casa viendo series era mucho más atractivo.

Lo dijo completamente convencida y las tres le clavaron la mirada como si hubiese dicho la mayor salvajada del mundo. Pero ella era feliz así. Refugiada en su piso y perdiendo la noción del tiempo con el transcurso de los capítulos.

—Nos lo agradecerás —dijo Sara y las otras dos asintieron con la cabeza—. Necesitas otro aire, ver las cosas con perspectiva. Y pasar el fin de semana con tus amigas te va a funcionar. Ya lo verás.

Lanzó un pequeño suspiro porque estaba claro que poco o nada importaba su opinión. Y la culpa fue suya, por no aguantar más con el secreto y acabar soltando lo ocurrido con Lena en el grupo de mensajería instantánea en el que estaban las cuatro. Estaba cansada de fingir e inventar contestaciones cuando le preguntaban por la morena, a excepción de Sara, que lo supo con algo más de antelación. Y también estaba segura de que tardaron muy poco en idear el plan. Y sí, también se lo agradecía porque sabía que se preocupaban por ella, pero es que prefería estar en su casa aislada del mundo.

—He estado mirando en internet y el sitio al que vamos tiene muy buenas reseñas —aseguró Bea—. Y justo hoy tienen música en directo. Eso es un plus.

—Si cantan bien, sí. Pero si son aficionados igual necesitamos tapones para los oídos.

Soltó esas palabras con la intención de bromear e intentar dejarse llevar por el plan que habían organizado, pero quizás no usó el tono adecuado, ya que los ojos de todas volvieron a clavarse en su rostro con algo de desconfianza.

—Solo bromeaba —aclaró.

—Así me gusta, déjate llevar.

Sara soltó aquello con una gran sonrisa y no soltó su brazo hasta que estuvieron en la puerta del local. No parecía gran cosa, al menos desde fuera. Pero tampoco podía esperar mucho más del lugar. El pueblo, aunque parecía algo grande, era tranquilo. Así que entendía que los locales no necesitaban tanta extravagancia como en la ciudad. Leyó el cartel con el nombre, Dalia, y lo susurró antes de seguir la estela del resto. Se sorprendió nada más entrar. Era más grande de lo que pensó y, la decoración, casi al completo de madera, le encantó. La noche de micro abierto ya había dado inicio y un joven bastante apuesto cantaba algo acompañado de una guitarra. Y, a pesar de toda la gente que había allí reunida, pudieron encontrar una mesa no muy alejada del escenario.

—¿Qué te parece? —preguntó Carmen nada más sentarse—. Nada mal, ¿verdad?

Asintió con la cabeza y al resto les sirvió como respuesta mientras sus ojos seguían inspeccionando el sitio. No estaba mal, claro que no. Pero tampoco estaba segura de si era mejor

que su plan de sofá y series.

—Nunca os he visto por aquí, ¿nuevas en el pueblo?

La voz de alguien que no reconoció captó su atención y al alzar el rostro descubrió que una joven camarera había llegado hasta ellas para tomarles nota.

—Aventura de fin de semana —respondió Sara.

—Y hemos visto que vuestro local tiene un gran número de reseñas positivas —apuntó Bea.

—Nos hemos esforzado bastante —aseguró la chica—. Bueno, en realidad todo el esfuerzo es de mi hermana, la jefa del sitio —les aclaró sonriente—. Es ella.

Les confirmó quién era apuntando hacia la barra y todas clavaron la vista en una mujer bastante guapa de pelo negro.

—Por cierto, está soltera.

La camarera les soltó esa información con una sonrisa y guiñando un ojo y a ella, en cualquier otro momento, quizás le hubiese interesado. Pero no ahora.

—Es una pena —dijo Sara—. Pero estamos aquí como intervención porque aquí mi amiga está en proceso de superar una ruptura —aclaró señalándola.

Le dio un empujón con el codo y a la muy tonta no se le ocurrió otra cosa que sonreír.

—No se hable más. Ronda de chupitos gratis.

La joven las invitó a todas a una ronda y apuntó también una cerveza para cada una mientras ella seguía mirando a Sara con gesto serio.

—¿Qué? —cuestionó su amiga tras unos segundos.

—La gente no tiene que enterarse de mi situación sentimental.

—Ese es el primer paso, aceptarlo.

—¿Podéis decirle que se equivoca? —preguntó a las otras dos.

—En parte tiene razón —aseguró Carmen.

—Decirlo en voz alta puede que te ayude a ir superándolo —aclaró Bea.

Suspiró de forma sonora para que entendiesen que no estaba de acuerdo en eso y decidió centrar toda su atención en el escenario, concretamente en un dúo que lo hacía bastante peor que el chico anterior. Pero todo le valía con tal de distraerse. Y lo consiguió tras unas cuantas rondas de cervezas y chupitos y conversaciones informales. Al final esa escapada iba a ser más productiva que el plan de resguardarse en su casa.

Se levantó para ir al baño y, tras observarse en el espejo, se dio cuenta de que estaba algo perjudicada. El alcohol había hecho efecto en su sistema y cerró los ojos unos segundos para intentar focalizarse. Algo que no fue efectivo y que causó que casi perdiese el equilibrio.

—Joder —dijo con una pequeña sonrisa.

Sacó el móvil del bolsillo para comprobar la hora y su cuerpo entero se quedó paralizado al descubrir que tenía una notificación en la aplicación de mensajería instantánea de Lena. Lo abrió lo más rápido posible y la decepción la arrasó al descubrir que había borrado el mensaje. Pensó en la posibilidad de llamarla o de escribirle pero, ¿de qué serviría? ¿Se atrevería siquiera a marcar su número después de la incómoda situación vivida días atrás?

Se limpió una lágrima del rostro de la que ni fue consciente y decidió salir del sitio porque sentía que empezaba a faltarle el aire. Fue hasta la mesa, en la que estaban sus amigas, cogió la chaqueta y les informó de que iba a salir un rato. Caminó hasta llegar a un pequeño parque que vieron mientras iban de camino al local y se sentó para intentar tranquilizarse. Nunca se había sentido tan desbordada de emociones, ni siquiera cuando salió con Sonia y vivía esa tóxica relación. Ahí sabía que estaba en algo que no le convenía, pero por estúpida seguía

aferrada. En cambio, con Lena, el quiero y no puedo batallaban día y noche en su cabeza. Porque sí, quería volver a compartir cosas con ella y sentirse tan especial como le hacía sentir, pero también sabía que no debía ser egoísta y debía dejar que encontrase a alguien que de verdad mereciera la pena.

—Joder, cualquier te sigue el ritmo —dijo Sara.

Alzó la cabeza y descubrió que sus amigas la habían seguido.

—¿Has pensado en apuntarte a atletismo? —bromeó Carmen.

—Es demasiado mayor para eso —apuntó Bea, haciéndole sonreír.

—No tenéis que estar aquí, en el local se está mejor.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y observó que Carmen y Bea se sentaban a su lado, pegándose para retener algo de calor las tres juntas mientras Sara se quedaba de pie.

—Tenía un mensaje de Lena.

Lo dijo sin más. No era necesario perder el tiempo cuando, tarde o temprano, sus amigas se lo acabarían sacando.

—¿Y qué decía? —preguntó Bea.

—No lo sé. Lo había borrado. Solo tenía la notificación.

—¿Qué crees que puede haberte dicho?

Fue el turno de Carmen de preguntar y ella se encogió de hombros como respuesta.

—¿Qué te gustaría que te hubiese dicho?

Sara soltó esa pregunta bomba y, de forma inmediata, su corazón empezó a latir con algo más de prisa.

—No deberíamos seguir hablando de ese tema —aseguró.

—Venga, Emily. Suelta lo que tienes dentro. Sácalo de una vez —la animó Sara y Carmen posó una mano con cariño sobre su muslo.

—No hay nada que soltar. Está todo bien.

Intentó ser la persona más convincente del mundo, pero no le sirvió de nada porque sus ojos empezaron a humedecerse.

—Pues no parece que digas la verdad —dijo Bea.

—Amén a eso —señaló Sara—. No te vamos a juzgar. Estamos aquí para apoyarte.

Le clavó la mirada e intentó controlar la respiración mientras pensaba en qué hacer. Sabía que sus amigas estaban ahí para ella, pero quizás no estaba preparada para escuchar sus propias palabras.

—Soy gilipollas —dijo, lanzándose de lleno y sus amigas guardaron silencio a la espera de que dijese algo más—. Por una vez en mi vida tengo alguien a quien le importo de verdad y yo, como la mayor imbécil del mundo, la echo de mi lado.

—Es una buena argumentación —aseguró Sara.

—Pero tampoco tienes que ser tan dura contigo misma —señaló Carmen.

—¿Cómo no? —cuestionó—. Le he hecho daño.

—Es lo que tienen las relaciones. A veces salen mal —dijo Bea.

Negó con la cabeza nada convencida con esa afirmación y soltó aire de forma pesada antes de echarse el pelo hacia atrás.

—¿Quieres estar con ella?

La pregunta de Sara la puso contra la espada y la pared y, de nuevo, su desquiciado corazón empezó a latir con más ritmo y fuerza.

—¿Quién no querría estar con ella?

Observó que sonreían con su respuesta y se puso de pie para poder ver mejor el rostro de

todas.

—Pero yo no...

—Deja de decir que no eres suficiente —aclaró Sara—. Ella te quiere a ti. Fin de la historia.

—Me quería —susurró agachando el rostro.

—¿De verdad crees que una tía que ha hecho una improvisación de Lady Gaga en mitad de la calle se ha olvidado tan pronto de ti?

Sonrió con su pregunta y con el recuerdo de Lena cantando a pleno pulmón.

—El caso es, ¿tú la quieres a ella?

Carmen habló para soltar otra de esas preguntas bomba y todo su sistema se puso en alerta. En lo más profundo de su ser, a pesar de todas las veces que se lo negó, sabía la respuesta. Llevaban muy poco tiempo conociéndose, pero sabía que necesitaría muy poco para colgarse del todo de Lena. Porque sí, había algo, por mucho miedo que le diese confirmarlo.

30

El fin de semana de intervención planeado por sus amigas le sirvió para terminar de convencerse en lo que realmente quería. Y eso era estar con Lena. Volver a compartir momentos y bromas, recrearse en lo increíblemente bien que le hacía sentirse estar a su lado y lo magnífico que había sido experimentar que cuidaban de ella. Y sí, la parte más física y cargada de deseo también era importante en la ecuación pero, por primera vez en su vida, no pesaba tanto, ya que el resto de cualidades y detalles habían tenido muchísima más carga emocional. Podría parecer extraño después de haber tenido unas cuantas relaciones, pero Lena le hizo ver que había otra forma de sentir y de estar en paz con alguien. Y, aunque aún se sentía con bastante inferioridad en respecto a lo que la morena merecía, estaba dispuesta a intentar arreglar la gran metedura de pata que hizo cortando con ella. ¿Lena la perdonaría? No lo tenía muy claro, puesto que su único encuentro no resultó ser muy agradable y pensar en ello la atormentaba demasiado, tanto que, durante todo la mañana, pensó en subir a su despacho para poder hablar las cosas, pero no fue capaz. Fue una auténtica cobarde y, cuando apareció junto a Marina en la cafetería, volvió a refugiarse en la cocina. Era el sentimiento de culpa más brutal que había experimentado en toda su vida.

Suspiró, agarró la bicicleta por el manillar y caminó para salir del recinto. Sonrió con nostalgia y tristeza al recordar las veces que Lena la había esperado en la puerta y contuvo la emoción al pensar en que eso ya no iba a ocurrir. No estaría allí mirándola sonriente con un helado, una petición o simplemente por acompañarla unos minutos. Ella misma se había buscado esa situación y hasta tuvo ganas de abofetearse al salir e intentar localizar su coche. Pero no estaba. Y ella tampoco.

Se puso los guantes, que ella misma le había regalado, y al alzar el rostro localizó a su amiga Marina. Y, sin saber muy bien el motivo de su reacción, corrió en su dirección tirando de la bicicleta, no deteniéndose hasta que estuvo a su lado.

—Hola —dijo a media voz, llamando su atención.

Sus ojos se clavaron en ella inmediatamente y sintió que no había hecho bien al acercarse. Su gesto se lo dejó bien claro. Su presencia no era de su agrado.

—¿Tienes un minuto?

Se lo preguntó con media sonrisa en un intento de ser lo más cordial posible, pero la chica se cruzó de brazos y supo que no iba a ser una de sus mejores conversaciones.

—Te doy treinta segundos.

Marina se lo dijo de forma tajante y ella tragó saliva antes de intentar organizar todo el lío que tenía en la cabeza. Debía ser rápida y concisa.

—¿Cómo está?

Se atrevió con esa estúpida pregunta que abarcaba tantos frentes, pero ambas sabían perfectamente de lo que hablaba.

—¿Cómo quieres que esté? —le devolvió una pregunta y frunció el ceño confundida—. Dime qué quieres escuchar. Así acabamos antes.

Directa, sin dudar y sin pestañear. Así fue su contestación.

—La verdad.

—¿La verdad? —cuestionó Marina y ella asintió—. Pues entonces tengo que darte la enhorabuena —dijo dejándola muy confundida—. Eres la primera chica que llega de verdad a su corazón, pero también la primera en destrozarla.

—Yo no...

—No, ¿qué? —cortó sus palabras y se acercó un poco más—. ¿No pretendías hacerle daño? Típico —dijo sin darle tiempo a contestarle algo—. Igual deberías haberlo pensado antes de dejarle entrar en tu vida.

—No lo planeé, ¿vale? —dijo a la defensiva, pero Marina le dedicó una sonrisa irónica —. ¿Qué? ¿Acaso tú llevas una agenda para organizar tu vida sentimental?

—A mí no tienes que convencerme de nada. Lo sabes, ¿verdad?

Marina la dejó sin palabras y le clavó la mirada con el doble de intensidad. Tenía toda la razón del mundo y enfrentarse a ella tampoco le serviría de nada. Así que se lanzó con lo único que le quedaba y con lo que más necesitaba por su parte.

—Ayúdame —le pidió y su gesto se volvió confuso—. Ayúdame a acercarme a ella.

—Ni de coña.

Se lo soltó descruzando los brazos y además se giró para abrir la puerta del coche con la clara idea de desaparecer de su vista cuanto antes. Pero ella fue mucho más rápida y se lo impidió cerrándola, provocando que su intensa mirada de nuevo se clavase en su rostro.

—Me siento terriblemente mal y no sé cómo hacerlo —confesó.

—Pues deberías sentirte peor —le soltó Marina con rabia—. Te vio besándote con tu ex.

—Eso es imposible —debatió inmediatamente.

—¿De verdad piensas que voy a creerte a ti antes que a mi amiga?

—Pero es que no tiene sentido, yo no...

—En tu portal.

Susurró un «mierda» y el gesto de Marina le dio la información necesaria para darse cuenta de que lo habían interpretado mal. Demasiado mal.

—No es lo que pensáis —dijo con firmeza e intentado mostrar la suficiente confianza en sus palabras para que la creyese—. Entiendo que no quieras creerme y que Lena siempre estará por delante —aclaró—. Pero te prometo que fue ella la que me besó. Yo me aparté y le dejé bien claro que no la quería en mi vida.

Lo dijo cargada de emoción y hasta tuvo que controlarse para que las lágrimas no hicieran acto de presencia, pero sí sintió la humedad previa al llanto en los ojos. El haberse mostrado vulnerable ante ella hizo que la expresión de Marina se relajara un poco.

—No podéis juzgar algo por unos segundos.

Se limpió una lágrima de la mejilla y Marina soltó un pequeño suspiro mientras su mirada se volvía cada vez más relajada y amable.

—No es solo unos segundos, Emily. La echaste de tu vida.

—Lo sé, joder —soltó frustrada—. Pero es que ella merece mucho más.

—Creo que ella es lo suficientemente adulta como para saber lo que merece o no.

—Estaba confundida —confesó—. Y aún ni siquiera sé si debe tener a alguien como yo en su vida —aseguró con tristeza.

—¿Entonces qué quieres? —le preguntó directa—. ¿Pedirle volver o refugiarte en esa inseguridad que arrastras para seguir apartándola?

—Quiero estar con ella.

Contestó con toda la seguridad que pudo reunir y soltó un pequeño suspiro antes de dibujar una pequeña sonrisa en sus labios. Había dado el paso de confesar públicamente lo que quería, y no solo a sus amigas. Era consciente de que tenía mucho que hacer para reparar el daño causado y para terminar de hacerse valer y confiar en que sería capaz de ser la mujer que Lena merecía.

*****

Tenía toda la atención centrada en un juego de móvil que se descargó la pasada noche. Uno muy simple y absurdo en el que el objetivo era el de unir frutas del mismo estilo para convertirlas en otra de mayor tamaño. Lo más simple del mundo y también sumamente entretenido, tanto que le servía para despejar un poco la mente y no pensar en Emily durante todas las horas del día, algo que, en un primer momento, consideró que sería pasajero. Pero estuvo muy equivocada y, después de días con el corazón roto, su órgano vital seguía en las mismas y sus esperanzas de salir a flote cada vez se reducían más. No sabía qué más hacer para salir de la situación que le estaba tocando vivir.

—Estás muerta —dijo Marina nada más aparecer, dejándola bastante confusa con aquellas dos palabras—. No vas a conseguir unir esos dos melones para conseguir la sandía —aclaró señalando la pantalla del móvil antes de sentarse frente a ella.

—¿Tú también juegas?

—Es bastante entretenido —contestó su amiga encogiéndose de hombros—. ¿A dónde demonios me has traído? —preguntó examinando el lugar.

Le mandó la ubicación a Marina desde casa antes de salir y tras una corta y concisa búsqueda en internet. Quería ir y descubrir un sitio nuevo para que sus sentidos tuvieran algo en lo que entretenerse y en lo que estar pendiente. Estímulos nuevos que le ayudasen a despejarse un poco.

—Me han comentado que sirven un buen café.

Mintió porque su amiga no necesitaba saber la verdad. No era necesario y tampoco tenía ganas de seguir siendo una estúpida ridícula incapaz de superar un amor tan breve.

—Y puedes pedir desde el móvil. ¿Qué te apetece?

Se lo preguntó pasándole su propio teléfono y, tras unos segundos, su amiga seleccionó su bebida y se lo devolvió para que acabase el pedido.

—¿Cómo lo llevas?

La miró sin saber qué responder y Marina pareció entenderlo rápidamente.

—Es normal que sea duro. En realidad, es lo lógico —le indicó.

—¿Es lógico que siga doliendo? Tampoco tuvimos una relación tan larga.

—No hay un esquema a seguir en relación a las rupturas —aclaró su amiga—. Cada cual necesita su tiempo y su proceso.

—El otro día me encontré con ella.

Cambió el rumbo de la conversación, pero no el tema, ya que seguía siendo el mismo; Emily.

—Vamos, cuéntame —le pidió Marina.

Suspiró y se dejó caer contra el respaldo de la silla en el momento exacto en el que el camarero llegó con sus bebidas. Un par de cafés especiales, receta exclusiva del lugar.

—Nos chocamos en la puerta del trabajo —dijo en cuanto se quedaron a solas—. Ella intentó mantener algún tipo de conversación conmigo, pero yo fui bastante estúpida y me siento fatal por ello. No te burles de mí —le pidió.

—No voy a burlarme de ti —aseguró su amiga.

—Días después le escribí un mensaje diciéndole que sentía haber actuado así y que la echaba de menos, pero lo borré inmediatamente.

—Lo dicho, no voy a burlarme de ti —le repitió Marina—. No serás la primera ni la última que le escriba a su ex. Siempre pasa.

—Pues ella no me ha escrito.

Lo dijo casi en un susurro y con la voz temblorosa. ¿De verdad había significado tan poco para Emily? ¿No la echaba ni un poquito de menos? Bajó la vista a su taza de café para intentar controlar la emoción y, un segundo después, sintió la mano de su amiga sobre la suya.

—Yo también me encontré con ella el otro día —le confesó—. Bueno, en realidad fue ella la que se acercó a mí.

—¿Qué quería? —preguntó confundida.

Hasta lo que ella sabía, Emily y su amiga no habían tenido más trato del que mantuvieron la noche que salieron juntas con Sara incluida. Quizás era justo con eso, algo relacionado con la mejor amiga de la castaña.

—Me pidió que la ayudase a acercarse a ti.

Frunció el ceño ante su contestación y empezó a sentir que el corazón le latía algo acelerado, como si esa corta frase lo hubiera reanimado de un largo letargo.

—¿Y por qué iba a pedirte ella tal cosa? —cuestionó—. La vi besándose con su ex. Está claro que tienen algo.

—No estoy tan segura de eso.

—¿A qué te refieres? —preguntó interesada.

—No fue consentido. Su ex se lanzó a besarla y ella la apartó.

—Ya, claro.

Lo dijo con sonrisa irónica incluida y negó con la cabeza antes de dejar de mirar a su amiga unos segundos.

—No quiero que pienses que me estoy posicionando de su lado —aclaró Marina—. Yo siempre estaré en tu equipo. Ya lo sabes —aseguró, captando de nuevo su atención—. Pero no sé, parecía bastante sincera.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

—Ahí yo no puedo ayudarte.

—Joder, Marina. Eres mi amiga —protestó.

—Por eso mismo —apuntó—. No voy a decirte lo que tienes que hacer porque luego, si sale mal, no quiero que tengas ganas de cortarme la cabeza.

Sonrió con su aclaración y dio un sorbo a su café mientras en su cabeza empezaba una nueva batalla campal. Desde que la vio besándose con su ex tuvo claro que era el momento de echar totalmente el freno y aceptar la derrota, pero ahora su amiga le abrió una puerta de posibles escenarios. Aunque claro, si Emily realmente quisiera estar con ella, ya habría intentado algo, o al menos eso era lo que ella habría hecho. Pero no hubo ningún tipo de acercamiento. Así que era muy posible que hubiese engañado a Marina, aunque tampoco veía a Emily capaz de tal cosa.

—¿Qué tal si salimos esta noche? Podemos ir al Arkadia, como en los viejos tiempos —propuso.

—¿Como en los viejos tiempos? —repitió su amiga—. ¿Me estás diciendo que quieres salir a ligar y a tener un encuentro con la primera que capte tu atención?

—¿Qué pasa? ¿Qué problema hay? —cuestionó a la defensiva.

—Creo que no deberías hacerlo —le indicó—. No estás preparada y tampoco quieres hacerlo.

—No tienes ni idea —aseguró.

—¿Estás segura? ¿Acaso no te ha hecho dudar ni un poquito la información que te he dado?

—Si quisiera volver conmigo ya me lo habría dicho. ¿Tú la ves por aquí? —preguntó a la defensiva—. Así que si no está con su ex y no me ha buscado, creo que está bastante claro que

no me quiere de vuelta en su vida.

—¿Entonces por qué me pediría ayuda para acercarse a ti?

Su amiga se lo preguntó con tranquilidad y con una ceja alzada y ella se quedó sin argumentos.

—¿Vas a venir esta noche o no?

Cambió el giro de la conversación porque no le apetecía pensar en el hecho de que Emily no había tenido el valor de acercarse a ella ni con una simple llamada o mensaje.

—En realidad pensaba quedar con Sara porque llevamos días sin vernos, pero iré contigo.

—Así me gusta. Demuestra tu lealtad.

*****

Caminaba al lado de Marina sin prestarle demasiada atención a lo que estaba contándole. Era algo relacionado con el trabajo y un encargo de última hora y a ella aquello le importaba muy poco. Había tomado la decisión de avanzar y no quedarse estancada en ese bucle en el que Emily la lanzó tras cortar con ella. Sabía que necesitaba salir, volver a tener una vida en la que su mente no estuviera en un estado de estrés absoluto. Y, aunque no estaba muy convencida de su decisión, se forzó a ello y se animó a hacerlo unas cuantas veces delante del espejo mientras se preparaba para esa noche.

—Tú la entrevistaste una vez, ¿verdad?

Giró el rostro para intentar recapitular todas las palabras de su amiga, pero le fue imposible porque se había perdido demasiado en sus propios pensamientos y no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—No me estás prestando atención —se quejó Marina, parando sus pasos y haciendo que ambas se detuvieran a un par de metros de distancia del local al que habían decidido ir.

—Sí que lo estoy haciendo —aseguró—. Pero me he despistado un momento.

Su amiga la miró con mal gesto e incluso se cruzó de brazos, señal de que no estaba nada satisfecha con su actitud.

—Venga, yo pago la primera ronda.

—Tú pagas todas las rondas —puntualizó Marina—. Podría estar acostándome con Sara y, en cambio, estoy aquí contigo, soportando que me ignores.

—Lo siento, ¿vale? No volverá a ocurrir —aseguró.

—Eso espero.

Su amiga descruzó los brazos y retomó el camino y ella lanzó un pequeño suspiro antes de unirse a su paso.

—¿De quién estabas hablando?

Se interesó por esa pregunta lanzada al aire segundos atrás.

—De Diana Rojas —contestó Marina—. Dicen que es un poco estúpida.

—Yo diría que tiene un carácter particular —aseguró—. Pero sabe muy bien trabajar en la cama.

—Espera. ¿Te has acostado con Diana Rojas?

Sonrió ante el gesto de sorpresa de su amiga y, en cuanto asintió, Marina abrió la boca totalmente alucinada tras detener el paso.

—¿En qué momento? Tiene pareja. Una escritora que está de muy buen ver, la verdad.

—Fue hace unos años. Ni siquiera era aún famosa.

—¿Por qué yo no sabía nada?

—No sé. No le di importancia, la verdad —señaló tras encogerse de hombros—. No siempre te cuento con quién me acuesto.

—¿Y? Joder, Lena —protestó—. Esas cosas se cuentan.

Volvió a sonreír y retomó el camino, dejándola atrás.

—Que sea la última vez que me ocultas algo así.

Su amiga la amenazó y ella asintió antes de entrar al local. Era un lugar que ellas solían frecuentar. Aunque, desde que conoció a Emily, su presencia allí se vio drásticamente minimizada. No le volvió a interesar esos encuentros de solo una noche y tampoco estaba muy convencida de que ese interés hubiese vuelto a ella, pero quería demostrarse que era capaz de seguir adelante a pesar de tener unas ganas brutales de llamar a Emily.

Marina llamó su atención dándole un ligero toque en el hombro y le señaló un hueco libre en la barra. Se sentaron una junto a la otra en los taburetes y pidieron un par de copas mientras el ambiente del lugar las envolvía.

—¿Qué tal te va con Sara?

—Vamos despacio, no tenemos prisa —contestó su amiga antes de dar un trago a su bebida—. Parece que encajamos bien, pero quiero asegurarme antes de seguir dando pasos.

Asintió con la cabeza y dio un sorbo de su copa.

—No quiero acelerar las cosas —dijo Marina, retomando la conversación—. En mi última relación todo parecía ir bien hasta que un día, sin verlo venir, todo se rompió.

—Me quiere sonar —aseguró.

—Tú eres una idiota. Te he dicho que Emily quiere acercarse a ti, no sé qué narices hacemos aquí —le aseguró—. ¿Qué pretendes demostrar?

—No pretendo demostrar nada.

—Pues entonces, repito; ¿qué narices hacemos aquí?

—No lo entiendes.

—Exactamente. No lo entiendo.

Bufó ante sus palabras y le apartó la mirada porque en realidad se sentía altamente confundida. Sí que quería demostrar algo. Pero a ella misma. Quería asegurarse de que era capaz de seguir adelante. Y, por otro lado, el recuerdo de Emily no la dejaba en paz.

—Detesto que seas tan perfecta físicamente.

—¿Perdón? —preguntó a Marina confundida.

—Tienes una chica al otro lado de la barra que no te quita el ojo de encima.

Ni siquiera giró el rostro para comprobarlo, algo que sí hubiese hecho su yo del pasado. Detestaba y le gustaba a partes iguales el cambio que Emily había provocado en ella.

—No mires, pero viene hacia aquí con una amiga.

Se tensó ante la noticia porque no sabía si realmente quería ser sociable con alguien que no fuese su amiga, a pesar de que la idea de salir fue cosa suya. Y no pudo pensarlo mucho, ya que, unos segundos después, las dos jóvenes aparecieron en su campo de visión. Marina hizo las presentaciones y ella solo se limitó a sonreír para no parecer la más estúpida del lugar. Se concentró en su copa, como si ese líquido fuese la cosa más atrayente del mundo y, cuando una de las chicas posó una mano en su baja espalda, su sistema entero se tensó. Forzó una sonrisa al conectar con su mirada y pensó en que quizás no debería haberlo hecho, puesto que la joven tuvo el atrevimiento de acercarse todo lo posible para poder susurrarle directamente en el oído.

—Llevaba tiempo sin verte por aquí.

Se sorprendió ante esa confesión y la miró interrogante, buscando algo más de información.

—Antes te veía mucho por aquí los fines de semana, pero nunca fui capaz de acercarme —le confesó la chica—. Hoy no quería perder la oportunidad por si volvías a desaparecer otra

temporada.

Volvió a forzar otra estúpida sonrisa y giró el rostro de nuevo para beber de su copa. ¿Cómo iba a salir de esa situación? Ni siquiera había planeado hablar con otra mujer, solo quería salir con su amiga para distraerse. Nada más.

—¿A qué te dedicas?

La chica insistió preguntándole directamente en el oído y ella pensó en que le hubiese gustado recibir dicho acercamiento realizado por otra. Concretamente por Emily.

—Escribo para una revista —respondió de la forma más escueta posible y observó cómo le regalaba una perfecta y bonita sonrisa.

—Eso es muy interesante.

—No mucho, la verdad.

Decidió quitarle importancia y observó a Marina manteniendo una cordial y amigable conversación con la amiga de la chica que parecía estar intentando algo con ella. Le clavó la mirada en un intento de hacerle ver lo incómoda que estaba, pero no reaccionó.

Suspiró y, de forma disimulada, le dio una ligera patada en la pierna. Consiguió su objetivo y su amiga la miró, pero no entendía qué estaba pasando y ella cerró los ojos antes de pasarse la mano por la cara. Intentó hacerle una señal inclinando ligeramente la cabeza hacia el lugar en el que estaba la chica en cuestión, pero el ceño de Marina se frunció más y acabó tirando la toalla ante tanta falta de entendimiento.

—¿Me acompañas al baño?

Se quedó estática en cuanto la joven le hizo esa pregunta y, no solo por sus palabras, es que incluso se atrevió a cogerla de la mano.

—Creo que no me he explicado bien a la hora de las presentaciones —dijo Marina—. Lena es mi chica y soy un poco celosa, así que mejor nos vamos.

Por fin su amiga entendió que estaba en un aprieto del que no sabía salir porque era muy absurda y siempre le costaba soltar cualquier negación. Sorteó a su paso a la gente del local mientras Marina tiraba de ella agarrándola de la mano y no la soltó hasta que estuvieron en la calle.

—¿Acabas de decir que soy tu chica? —cuestionó de forma burlona.

—Haz el favor y cállate.

—Solo bromeaba —se justificó.

—Debería haberte dejado sola con esa chica ahí dentro. Habría sido interesante descubrir cómo solucionas algo así.

—¿Algo así?

—Sí. Por una vez, en todo el tiempo que nos conocemos, he visto el terror reflejado en tu rostro cuando esa joven te ha agarrado la mano.

—Exagerada —apuntó.

—¿Exagerada? —cuestionó su amiga—. Estupendo. Volvamos y le decimos que acabamos de cortar, seguro que se alegra de semejante noticia.

Y la muy tonta lo dijo volviendo a agarrar su mano para intentar tirar de ella hacia el interior del local. Aunque antes de que pudiera recortar mucho la distancia pudo librarse de su amarre y se cruzó de brazos para que no volviese a repetirse la situación.

—Ahora es cuando me dices que tenía razón —apuntó Marina.

—¿A qué te refieres?

—A que no deberíamos haber venido. No estás preparada.

—No pretendía ligar. Solo quería distraerme.

—Aún así. No estás preparada —insistió su amiga—. Acéptalo.

Rompió el contacto con su mirada y agachó el rostro en un intento de buscar las palabras adecuadas. Pero a su mente solo le venían las mismas una y otra vez. Así que, tras varios largos segundos pensándolo, al final lo soltó.

—Vale, sí. Tenías razón. ¿Contenta?

—Contentísima.

Marina sonrió satisfecha y entrelazó su brazo con el suyo para caminar juntas de vuelta al coche.

—En verdad somos una pareja increíble —aseguró su amiga haciéndole sonreír.

—Yo soy la parte guapa e inteligente.

—Vale, lo de guapa te lo paso pero, ¿inteligente?

La empujó ligeramente como respuesta a su broma y ambas se sonrieron antes de entrar al coche. Marina era la piloto así que iba a tener complicado el no pensar en Emily durante todo el trayecto. ¿Qué habría estado haciendo esa noche mientras ella, de forma absurda y nefasta, intentaba superar su ruptura?

31

Terminó de dejar lista la terraza de la cafetería y volvió al interior imaginando que Lena estaba en la barra esperándola. Un pensamiento constante en su cabeza día tras día y algo que sabía que no iba a ocurrir. La morena había vuelto a dejarse ver por su lugar de trabajo, pero siempre iba directa a su mesa de siempre y se colocaba de espaldas a ella para que sus miradas, en ningún momento, se cruzasen. Y, en numerosas ocasiones, tuvo ganas de ir y servirle ella misma el café, pero luego pensaba en el daño que le había hecho y toda su valentía se desvanecía por completo.

Frunció el ceño cuando su mirada focalizó el final de la barra y encontró a sus tres amigas allí sentadas tomando un café tranquilamente. Ni siquiera la habían avisado. Solo esperaba que no pensasen en hacer otras de sus intervenciones con Lena delante o siendo parte de la ecuación. Estaba segura de que se moriría de vergüenza si se les ocurría la idea de jugar a ser Cupido.

—¿Qué hacéis aquí?

—Buenos días a ti también —soltó Sara.

—Perdón. Buenos días —rectificó forzando una sonrisa—. ¿Qué hacéis aquí? —repitió.

—Solo queríamos ver cómo está nuestra chica favorita —contestó Carmen.

—Tu chica favorita soy yo, no mientas —puntualizó Sara, haciéndoles sonreír.

—Esa es tu opinión —debatió Bea.

—En realidad solo veníamos a tomar café.

Sara cambió el tema de conversación, ya que estaba claro que no le estaba beneficiando y ella asintió sonriente porque, a pesar de todo, la muy tonta sabía sacarle una sonrisa hasta en los malos momentos.

—El café os pilla un poco fuera de ruta —aseguró.

—Pero así te vemos —señaló Carmen.

—Bonito detalle —dijo con una sonrisa sincera—. ¿Queréis algo para comer?

—Mira, vamos a dejarnos de tonterías —soltó Sara—. ¿Te has acercado ya a Lena?

Su sonrisa creció ante su confesión, pero no se sorprendió. Sabía que no estaban ahí solo por el café o por verla a ella. No se habrían tomado tanta molestia teniéndola a una llamada de móvil o a una visita en casa, en un ambiente más tranquilo y relajado. Lo que no entendía muy bien era el motivo por el cual habían decidido ir directamente a su trabajo. No era el sitio más apropiado para tener una conversación libre de interrupciones. Además, estaba trabajando y no podía dedicarles todo el tiempo que ellas quisieran.

—No. No me he acercado a ella —contestó tras segundos de intensas miradas.

—¿Y a qué esperas? —preguntó Bea.

—Voy a tener que hacerlo todo yo. Os lo he dicho.

Sara lo dijo muy convencida y se levantó del taburete en el que estaba sentada como si le acabase de dar la corriente.

—¿Cuál es su despacho? —le preguntó—. Bueno, da igual. Ya me las apaño.

—Ni de coña —soltó deteniendo sus intenciones—. Ni se te ocurra.

Insistió clavándole la mirada con el gesto más serio que pudo poner mientras en su mente aquella visita empezaba a tener sentido. Sí que querían hacer una intervención. Bueno, seguramente todo correría a cargo de Sara, la más lanzada, pero las otras dos estarían de apoyo moral, animándola en todo momento.

—No puedes actuar así —le recriminó a su amiga.

—Al menos actúo, no como tú.

Buscó con la mirada la ayuda de las otras dos y, de forma inmediata, Carmen posó una mano sobre el hombro de Sara y le insistió en que se sentase para recuperar su antigua posición.

—Tienes que mover ficha —aseguró Bea.

—Lo sé, pero no es fácil.

—Pues ya tienes una edad como para que te de miedo enfrentarte a algo así —le reprochó Sara.

—No me da miedo —aclaró—. Es que no sé cómo hacerlo. He estado estos días dándole mil vueltas a todo. Lena es tan perfecta y tan detallista que no soy capaz de pensar algo que corresponda con todo lo que ha hecho ella por mí.

Confesó lo que había estado rondando por su mente sin descanso, suspiró antes de echarse el pelo hacia atrás y les pidió unos segundos a sus amigas para atender a un par de clientes que acababan de llegar. Les sirvió unos cafés y al retomar el camino de vuelta, para unirse de nuevo a sus compañeras, Lena entró por la puerta seguida de Marina. Sus miradas conectaron apenas unos segundos, ya que la morena agachó la mirada y clavó la vista en su móvil, pero a su corazón le sirvió para trotar como un maldito loco. Se moría de ganas de acercarse a ella, pero la vergüenza por haber sido tan estúpida pesaba sobre ella con mucha carga.

—¿A dónde vas?

Lanzó la pregunta a Sara, que había vuelto a levantarse, y el miedo ante el hecho de que su amiga metiese la pata creció de forma bestial atravesando cada centímetro de su sistema.

—Voy a saludar a Marina, ¿no puedo?

—Sara, por favor. No vayas a decir ninguna tontería.

—¿Por quién me tomas? —cuestionó su amiga fingiendo estar ofendida, llevándose incluso una mano al pecho.

—Eres una bocazas —la acusó y el gesto de Sara se endureció—. Es verdad. A veces sueltas las cosas y ni te das cuenta de ello. Solo te pido que no hagas ni digas nada en relación a Lena. Yo me encargaré —aseguró.

—Yo me encargaré.

Su amiga repitió sus palabras poniendo voz de niña pequeña y desapareciendo inmediatamente sin que ella pudiera decirle nada más.

—Tranquila, nosotras la vigilamos.

Fue Bea la que habló y, justo después, se alejaron de ella y caminaron hacia la mesa en la que estaban Marina y Lena. Miró con suma atención la escena, no quería que Sara complicase aún más las cosas y que la morena acabase odiándola más de lo que ya lo hacía. Aunque sí, su amiga tenía razón. Toda la del mundo. Debía actuar. Tenía que dejar de esconderse y afrontar de una vez lo que había hecho y todo lo que sentía por Lena. De nada le valía refugiarse tras la barra o esconderse en la cocina, como ya había hecho en alguna que otra ocasión. Así que tomó aire, lo soltó lentamente y se disculpó con el encargado un momento diciéndole que tenía que hacer algo con urgencia. Dirigió sus pies hacia el lugar en el que estaban todas y, cuando le quedaba solo un par de pasos, cambió el rumbo del camino y salió de la cafetería sin mirar atrás. Estaba segura de que sus amigas la estaban mirando sin entender lo que estaba ocurriendo y ella aceleró el paso para meterse rápidamente en el ascensor y desaparecer.

Estaba claro que aún necesitaba mentalizarse un poco más para enfrentarse cara a cara con Lena, pero pensó en que quizás podría probar otro método. Intentaría un encuentro

programado. Pulsó el botón del ascensor que daba a la planta del despacho de la morena y, antes de llegar a su puerta, le pidió a un joven, que trabaja en una mesa de recepción, un bolígrafo y papel. Escribió un mensaje, caminó hacia su oficina e introdujo la nota por debajo de la puerta.

Era consciente de que Lena se había esmerado mucho más en sus intentos de acercamiento en el pasado. Pero fue lo primero que se le ocurrió en ese momento y quiso aprovecharlo. Además, ya no podía arrepentirse, la puerta estaba cerrada y el papel había cruzado el otro lado. La suerte estaba echada.

*****

—Por un momento pensaba que venía directa a nosotras.

Marina hizo esa aclaración en cuanto salieron del ascensor que las dejó en la planta de sus despachos y ella paró sus pasos mientras intentaba comprender qué podría haber ocurrido. Su amiga le comentó, durante el trayecto, que Emily caminó con paso decidido en dirección a su mesa, cambiando de dirección cuando ya estaba a unos pocos centímetros de distancia.

—¿Estás segura de eso? —preguntó interesada.

—Como que me tengo que morir —aseguró Marina—. Tú no la has visto porque siempre te pones de espaldas para ocultarte.

—No me oculto.

Lo dijo de la forma más convincente que pudo, pero acabó apartándole la mirada a su amiga porque, en el fondo, ambas sabían que tenía razón. Toda la del mundo.

—Lo que tú digas.

Marina lo soltó sin creerse en absoluto sus palabras y retomó el camino mientras ella seguía su estela.

—Por cierto, veo que te va muy bien con Sara.

Comprobó de nuevo, y en primera persona, lo bien que parecían encajar esas dos y hasta le dio un poco de envidia porque echaba tremendamente de menos a Emily y se moría de ganas de compartir cualquier momento con ella. El que fuese.

—¿Ya vais en serio?

Insistió ante su silencio y se puso delante, justo en la puerta de su despacho, para impedir que siguiera avanzando por el pasillo. Le hizo un gesto con la cabeza para que entrase nada más abrir y la escuchó resoplar, haciéndole sonreír.

—No vamos en serio —aseguró Marina—. Solo nos estamos conociendo.

—¿Aún? —cuestionó sonriente.

—No tenemos prisa —le respondió con ceja alzada incluida mientras ella caminaba hacia su silla—. Y hazte un favor y ordena un poco tus cosas.

Su amiga se lo dijo tras recoger un papel del suelo, dejándolo justo después sobre el escritorio y ella lo examinó inmediatamente porque, a pesar de lo que acababa de decir su amiga, no era nada desordenada y no sabía qué hacía un papel tirado en el suelo. Desdobló el folio y, en cuanto leyó el mensaje, un escalofrío recorrió su espalda. No había mucha información, pero encontrarse con ese «Vale por un café. Preguntar por Emily» removió todos sus sentidos con un golpe directo y certero.

—¿Qué pasa? —preguntó Marina y ella alzó el rostro.

—Es de Emily —respondió a media voz.

Su amiga le arrebató el papel de las manos y, cuando lo leyó, volvió a clavarle la mirada con una gran sonrisa decorando su rostro.

—¿No estabas esperando que diera un paso? Pues aquí lo tienes.

—No sé...

—No esperes grandes y locas acciones como las que hiciste tú. La gente no suele hacer esas cosas —señaló Marina.

—No estoy diciendo eso —apuntó con rapidez—. Es solo que no sé qué hacer —aclaró —. ¿Qué hago?

—¿Qué haces? —cuestionó su amiga—. Eso es cosa tuya. No son mis sentimientos los que están a flor de piel y en juego.

Marina dejó el papel protagonista sobre el escritorio y sus ojos viajaron directamente hacia la letra de Emily. Era posible que le hubiese dejado el mensaje en ese momento que desapareció de la cafetería. Le chocaba el hecho de que no hubiese intentado un acercamiento directo o que no lo hubiese intentado por teléfono. Aún así, tenía delante de sus narices esa muestra que había estado esperando. Una señal que le dijese que le importaba y que quería acercarse.

—Un café no puede hacerle daño a nadie, ¿no?

Lanzó la cuestión al aire en un intento de que su amiga le dijese algo. Lo que fuese.

—Sé que buscas mi opinión —aclaró Marina—. Y no creas que no quiero ayudarte. Pero, para crecer sentimental y emocionalmente, tienes que ser tú la que tome las decisiones.

—Pero puedes echarme una mano.

—No —dijo su amiga de forma contundente—. Si te digo que vayas a por ese café y la cosa sale mal... La culpa será mía por haberte animado a hacerlo. Pero si te digo que te estés quieta y no hagas nada, es posible que te obsesiones con lo que pudo haber sido y no fue. En cualquier caso, tengo las de perder y no quiero que nuestra relación se vaya a la mierda.

—¿Es tu forma de decir que no quieres perderme? —preguntó con media sonrisa.

—Es mi forma de decirte que actúes por tu cuenta —contestó con rapidez—. Ya eres toda una adulta. Demuéstralo.

Suspiró ante sus palabras y, acto seguido, Marina se giró para salir de su despacho sin ayudarle en nada a la toma de decisión. Sabía que tenía razón y que era ella la que debía decidir, pero hubiera agradecido algo más por su parte.

—Por cierto —dijo su amiga antes de abrir la puerta, captando así de nuevo toda su atención—. Ve a tomarte ese maldito café.

Sonrió con su comentario y ni siquiera le dio tiempo a darle las gracias, ya que abandonó el lugar tras cerrar la puerta y la dejó allí sola con sus pensamientos. ¿Tenía ganas de aceptar esa invitación? Desde luego que sí. ¿Debía hacerlo? De eso no estaba muy segura porque no sabía si sería capaz de sobrevivir a una nueva ruptura y a todo lo que eso acarreaba. Aunque bueno, tampoco sabía si Emily buscaba volver con ella. Quizás, simplemente, quería tener una relación cordial con ella. Sus amigas estaban empezando algo y ellas estaban en medio. Lo más sensato sería que se llevasen bien, o que al menos lo intentasen.

*****

Estuvo esperando la visita de Lena durante todo el día, pero no ocurrió. Su nota bajo la puerta no fue suficiente y, la verdad, lo entendía perfectamente. Era lógico que no quisiera ni verla después de haberle hecho daño. Aún así, eso no iba a frenar su camino tan fácilmente. Preparó durante el trabajo una nueva nota y, cuando salió del edificio y comprobó que el coche de Lena seguía allí, caminó tirando de la bicicleta y colocó el nuevo mensaje en el espejo derecho, el del conductor. Así se aseguraba de que lo vería sí o sí. Le había escrito que la esperaba en la heladería de la esquina, esa en la que la morena había comprado alguna que otra tarrina para ella después de la jornada laboral.

No estaba segura de si sería buena idea, pero ese día seguía con ánimo como para

intentarlo un poco más. Amarró su transporte de dos ruedas en un espacio reservado para ello cerca del establecimiento y entró sin querer mirar atrás. No quería ver la posibilidad de que Lena rechazase su propuesta, prefería esperar dentro el tiempo necesario como para rendirse y volver a encerrarse en casa.

Pidió un café mientras se mantenía a la espera de su llegada y se desesperó al comprobar que los minutos pasaban y que Lena no aparecía. Intentó relajarse, o más bien no prestarle atención al reloj, mirando algo en el móvil. No tenía redes sociales, algo inaudito para mucha gente, pero prefería estar desconectada de ese mundillo. Ella prefería malgastar el tiempo mirando posibles compras futuras en tiendas de precios altamente ridículos. Se terminó la bebida y soltó aire resignada ante la idea de que Lena no iba a aparecer. Según su experiencia, y la hora que marcaba el reloj, la morena había salido de trabajar hace rato. Así que, o no había visto su mensaje, o sí lo había visto pero pasaba de tener cualquier tipo de encuentro con ella.

Esperó un par de minutos más, por eso de que la esperanza es lo último que se pierde, se levantó, pagó y se dirigió a la puerta para salir del establecimiento. Al poner un pie fuera, y mirar hacia un lado, su corazón decidió aumentar el ritmo al ver a Lena caminando en su dirección. Ya había dado por descartado volver a verla ese día. Sus miradas aún no se habían encontrado, puesto que la morena mantenía la vista fija en el móvil y eso le permitía a ella poder hacerle un reconocimiento con total libertad. Pero solo pudo hacerlo durante unos cortos segundos, ya que Lena llegó a su posición rápidamente y, por fin, sus ojos se encontraron.

—Hola —dijo con una sonrisa nerviosa antes de que la morena le respondiera al saludo —. Pensaba que ya no venías. He estado tomando un café dentro, esperándote.

—Me han retrasado con una reunión de última hora. Acabo de ver tu mensaje en el coche —explicó Lena—. Quizás deberíamos dejar lo del helado para otro día. Es un poco tarde.

—No. No. Es perfecto —aseguró con rapidez—. Además, hay un nuevo sabor que tiene una pinta increíble. No puedo irme sin probarlo.

Una sutil sonrisa apareció en su rostro y a ella le pareció una señal increíble. No tenía nada que ver con el primer encuentro que tuvieron tras la ruptura.

Entró y, tras comprobar que la seguía, se dirigió a la misma mesa que había estado ocupando. Se sentía extraño volver a estar en un mismo espacio ellas dos a solas, pero también se sentía bien. Muy bien. Recordó todo lo que Lena hizo por ella al sentir que, de verdad, le importaba a alguien y algo dentro se le rompió un poco. Tuvo que agachar la mirada para intentar concentrarse en no llorar. No era el momento.

—Tiene muy buena pinta —dijo Lena, captando su atención de golpe—. El nuevo sabor de helado —señaló apuntando el cartel que había cerca del mostrador.

—La tarta de la abuela con caramelo es algo muy tentador.

—¿Es ese el que quieres? —le preguntó y ella asintió—. Ahora vengo. Voy a pedir.

Se pasó la mano por la cara en cuanto se quedó sola y se regañó mentalmente porque necesitaba que la conversación fluyera un poco más. Aunque también estaba el hecho de no querer presionar. No sabía si la morena estaba preparada para mantener la conversación que debían tener. Y tampoco estaba segura de si ella misma estaba lista para hablar sobre la ruptura y lo estúpida que fue.

Cuando apareció de nuevo en su campo de visión le dio las gracias por haber ido ella a por los helados y, durante unos largos segundos, se centró en disfrutar de esa bomba de azúcar mientras su mente intentaba poner orden en ese caos en el que se había convertido su cabeza.

—Está bueno —aseguró Lena.

—Muy bueno —afirmó y le sonrió, pero el gesto no le fue devuelto y la desilusión ganó

un par de puntos extra—. La invitación del café sigue en pie. No tiene fecha de caducidad.

Soltó esas palabras porque quería hacerle ver que estaba dispuesta a insistir e intentar propiciar más encuentros entre ellas.

—Y no tiene que ser en el trabajo —aclaró ante su silencio—. Hay muchas cafeterías en la ciudad. También puedo prepararte uno en casa. No tengo problema.

Lena por fin sonrió, muy sutilmente, pero lo hizo y, de repente, sintió un alivio increíble. Era un gran paso. La tensión que había estado sintiendo se rompió un poco, lo suficiente como para seguir tirando de la conversación.

—Tengo algo para ti.

Captó toda su atención con esas cuatro palabras y se movió para sacar una pequeña bolsita de tela del bolsillo delantero del pantalón. Se la entregó bajo su atenta mirada y, cuando sus dedos se rozaron durante la entrega, sintió un ligero cosquilleo tremendamente agradable y familiar.

—El otro día salí a pasear y lo vi en un escaparate —explicó después de que Lena sacase el llavero que compró para ella—. Sé que no está a la altura del regalo que tú me hiciste, pero me recordó a la primera cita que tuvimos juntas y no pude no comprarlo —confesó.

Le acababa de regalar un llavero en el que aparecía el signo del zodiaco de la morena y su constelación correspondiente. No era lo mismo que regalarle una estrella pero, en ese momento, pensó que sería un bonito detalle. Ahora ya no estaba tan segura.

—Es muy bonito —aseguró Lena.

—¿Te gusta? —preguntó entusiasmada y la observó asentir con la cabeza.

—Y te has acordado de mi signo del zodiaco.

—Por supuesto que sí —señaló—. Acuario ha sido todo un descubrimiento para mí.

Volvió a ver otra pequeña sonrisa en sus labios y gastó algo de tiempo en saborear un poco más su helado antes de empezar a tratar los temas que de verdad importaban y que afectaban a las dos.

—No estoy con Sonia —soltó, puesto que no podía seguir guardándolo por más tiempo —. Sé que viste que me besó en mi portal. Pero fue solo eso —aseguró y le clavó la mirada en todo momento para darle más peso a sus palabras.

—No pasa nada. No estábamos juntas.

Lena le quitó importancia, pero ambas sabían que sí que la tenía.

—No quiero que pienses que te cambié por ella. Jamás haría algo así. No soy tan estúpida.

La observó agachar la mirada y juguetear con la cuchara en el helado antes de apartarlo a un lado. Apenas le había hecho caso durante la conversación.

—No quiero hablar del tema.

La morena le dijo esa frase antes de conectar de nuevo con su mirada y ella se quedó algo confundida porque pensaba que eso era exactamente lo que ambas querían y necesitaban.

—Lo siento. No pretendía molestarte.

—No te preocupes —le aseguró la morena—. Es solo que...

Desconectó de su mirada y se fijó en que soltaba aire de forma pesada mientras mantenía la vista clavada en la ventana.

—No sé si estoy preparada para hablar de ello.

Se lo confesó sin mirarla, como si, el simple hecho de decirlo, le estuviera haciendo daño.

—Lo entiendo.

Dijo esas palabras a media voz y se atrevió a agarrar una de sus manos, ya que estaban

sobre la mesa. Por un momento pensó que las apartaría rápidamente, pero no ocurrió. Lena le permitió disfrutar de su contacto después de tanto tiempo e incluso bajó la vista a ese gesto.

—Estaré dispuesta a hablar cuando tú quieras y estés preparada. No tengo prisa —confesó y sus ojos se encontraron de forma inmediata—. Esperaré lo que haga falta.

Lo confesó totalmente convencida y cargada de seguridad e incluso le regaló una sonrisa sincera. Y lo que más le gustó fue el hecho de que Lena se la devolviese aunque, segundos después, rompiese con el contacto físico para disculparse con ella diciéndole que tenía que irse ya. Había sido breve, pero fue bastante bien y eso, por el momento, le valía. No tenía prisa. Esperaría lo que hiciera falta y le daría todo el tiempo del mundo.

32

Comprobó la hora y se dio cuenta de que llegaba con bastante tiempo de sobra. Era algo que había planeado, o al menos a medias. Se tiró prácticamente toda la noche pensando en el ofrecimiento de Emily del día anterior, ese en el que la invitaba a un café. Y, tras largas horas de debate, se levantó igual de dudosa. No sabía si debía seguir acercándose, por muchas ganas que tuviera, ya que, en el fondo, no se sentía del todo preparada. Algo que pudo comprobar la tarde anterior cuando se quedó a solas con ella en la heladería. Al principio incluso fue algo incómodo. Era obvio que tenía ganas de volver a pasar tiempo con ella, pero mirar sus ojos le costaba horrores porque, de forma inmediata, la emoción empezaba a apoderarse de ella. Aún así, el hecho de que Emily le asegurase que no tenía nada con Sonia produjo una sensación muy agradable en todo su sistema. Y sí, también era consciente de que debían hablar, tenían una conversación pendiente, pero no quiso abordarla en ese momento. Quizás por cobarde, o puede que por estúpida.

Resopló echando la cabeza hacia atrás, apoyándola en el asiento del coche. Aún le sobraba tiempo para tomarse un café y subir al despacho para empezar a trabajar. Y decidió no pensarlo más, cogió el maletín, salió del vehículo, lo cerró y caminó con paso decidido hacia el edificio en el que ambas trabajaban. Se detuvo por completo justo en la puerta de la cafetería y se mentalizó durante unos segundos. Emily había dado el paso de acercarse, ahora le tocaba a ella hacerle ver que estaba dispuesta a dejar que siguiera haciéndolo. Entró, la focalizó al final de la barra, y decidió colocarse en el mismo sitio en el que tantas otras veces había hablado con ella. Esperó impaciente a que sus miradas se encontrasen y, cuando ocurrió, le fue inevitable no ponerse nerviosa ante la increíble y bonita sonrisa que Emily le regaló mientras caminaba hacia ella.

—Buenos días —dijo la castaña en cuanto la tuvo delante—. Es bueno verte por aquí otra vez.

—Tenía algo de tiempo y he pensado en venir a por ese café que me ofreciste.

Emily volvió a sonreírle, se giró para prepararle la bebida y ella aprovechó para recrearse en todos sus movimientos. Era increíble lo mucho que esa chica se había metido en su vida y en sus sentimientos. Nunca llegó a imaginar que la nueva camarera, de carácter particular, pudiera arañarle tanto por dentro.

—Aquí tienes.

Le dio las gracias en cuanto recibió el café y sintió su mirada clavada en ella mientras le echaba un poco de azúcar.

—Igual debería llevármelo a la oficina, no quiero retrasarte en tu trabajo —aclaró—. ¿Me lo puedes cambiar en un vaso desechable?

—¿Tienes prisa? Es pronto. Muy pronto —señaló Emily—. Mi jefe ni siquiera ha llegado.

—Entonces me lo tomaré aquí.

—Muy buena decisión.

Se le escapó una pequeña sonrisa y la castaña se la devolvió al momento.

—Estás perdiendo facultades —dijo Emily.

—¿A qué te refieres?

—A que han cambiado las frases de las servilletas y ni te has dado cuenta —apuntó.

Se fijó en lo que acababa de decirle y frunció el ceño ante la sorpresa de no encontrar esos mensajes de ánimo o de amor que solía leer en ellas. Ahora solo había un escueto y simple «Gracias por su visita».

—Menos mal. Eran insufribles —señaló.

—Yo les había tomado cariño, me recordaban a ti.

Emily soltó aquellas palabras y ella se quedó algo estática ante esa confesión. No sabía en qué punto estaban. ¿Estaban siquiera en un punto? Pues no tenía ni idea porque, el día anterior, no quiso tener la conversación que debían haber tenido. Y ahora estaba completamente perdida. Por estúpida.

—¿Qué haces este fin de semana? —preguntó Emily, tomando las riendas de nuevo.

—Creo que no tengo nada.

—¿Qué te parece si vamos al cine? Por mi culpa se nos quedó pendiente esa película de Scarlett Johanson.

—No fue tu culpa —señaló con rapidez—. Fuiste a visitar a tu madre. Por cierto, ¿qué tal está?

Debido a los últimos acontecimientos no había sabido nada más sobre su estado de salud y se sentía un poco mal al respecto por haber sido así de descuidada.

—Ya está bien. Fue un tonto accidente, nada que no se solucione con unos días de reposo —contestó—. ¿Y bien? ¿Qué hay de ese cine? Entendería que no quisieras ir, es más, es lo lógico. Además, es muy posible que te salga otro plan mejor.

Emily insistió y a ella se le escapó una pequeña sonrisa porque captó en ella un nerviosismo que no había visto antes. Incluso hasta le resultó tierno. ¿De verdad estaba nerviosa por proponerle algo así?

—¿Qué? —cuestionó Emily, posiblemente al ver que estaba sonriendo sin decir una sola palabra.

—Nada. Nada —contestó ocultando lo que pensaba—. Es posible que la película ya no esté en cartelera.

—Vamos a comprobarlo ahora mismo.

La observó sacar el móvil del bolsillo trasero del pantalón y le ilusionó que no tirase la toalla ante sus palabras. No las había dicho para librarse del plan, es que de verdad pensaba que ya no estaría disponible.

—Solo hay una sesión el viernes a las diez y media, ¿qué te parece?

Sus ojos azules se clavaron en los suyos esperando una respuesta y, durante unos segundos, se quedó pensando en qué debía hacer. ¿Estaría bien seguir avanzando hacia esa dirección? Tenía claro que se moría de ganas por acercarse más a ella a pesar de que había algo de inseguridad en su interior que le decía que frenase. Y lo intentó, de verdad que sí. Pero le fue imposible negarse.

—Me parece bien.

Emily le regaló una increíble sonrisa y ni siquiera le dio tiempo a decirle que se lo confirmaría después. Compró las dos entradas a través de la aplicación del móvil y la dejó, de golpe, sin opciones de echarse atrás.

—¿Qué haces?

—¿Pagarte? —cuestionó tras sacar la cartera.

—El café era una invitación, ¿recuerdas?

—Bueno, pues las entradas.

—Ni de coña.

La castaña se negó e incluso posó una mano sobre las suyas para impedirle que sacase algo de dinero. Ese nuevo contacto, al igual que el día anterior, volvió a provocar en ella un aluvión de pequeñas descargas. Era increíble todo lo que Emily originaba en ella a pesar del daño y de los días tan horribles que había pasado sumergida en sus pensamientos. Bajó la mirada y contempló cómo le regalaba una ligera caricia con uno de los dedos y, cuando alzó la vista, para encontrarse de nuevo con sus ojos, todo contacto se perdió.

—¿Bajarás más tarde?

Emily se lo preguntó tras agarrar un trapo, como si de repente tuviera mucha necesidad de coger algo en lo que mantener las manos ocupadas.

—No lo sé —dijo con sinceridad—. Tengo bastante lío arriba.

—Así que hoy me vas a privar de tu presencia.

—No es algo que esté en mi mano —aclaró.

—¿Quieres que te espere luego?

—¿Luego?

—Cuando acabemos de trabajar.

—Ah no, no te preocupes.

La observó asentir ligeramente con la cabeza y creyó leer algo de decepción en su rostro. Estaba bastante claro que Emily estaba intentando acercarse a ella todo lo posible.

—Pero si te apetece puedo invitarte a cenar.

Una gran sonrisa apareció en sus labios de forma instantánea y ella se la correspondió un segundo después.

—Me apetece muchísimo.

—¿A qué hora quieres que pase por tu casa?

—Hoy no tengo clase, así que puedes ir cuando quieras —le informó sin perder la sonrisa.

—Te avisaré antes.

Se preparó para abandonar el lugar, ya que en la oficina le esperaba una larga e intensa jornada laboral pero, antes de hacerlo, sintió de nuevo el contacto de Emily cogiendo una de sus manos. Giró el rostro para buscar una respuesta a ese acercamiento y creyó ver algo de emoción en sus ojos.

—Gracias.

Emily pronunció solo esa palabra y, después, soltó su mano para liberarla y que siguiera su camino. Le sonrió como forma de despedida y, de camino al ascensor, pensó en el hecho de porqué le había dado las gracias. Necesitaba el comodín de Marina.

*****

Trabajó sin descanso durante toda la mañana porque necesitaba terminar con urgencia su siguiente publicación para poder conversar con su amiga sobre lo ocurrido esa misma mañana. Podría haber aprovechado y bajar con ella a tomarse un café, pero era posible que la conversación se alargase y no quería tener que resumir ni cortar nada. Por eso, en cuanto acabó el borrador y se lo mandó a la jefa, se levantó de la silla y se dirigió al despacho de Marina sin que nada ni nadie la detuviera.

—Ha ocurrido algo —dijo nada más abrir la puerta—. ¡Joder!

Cerró de golpe y sonrió incrédula ante la escena que se encontró. Jamás pensó que vería a su amiga en una actitud tan cariñosa en el trabajo. Se quedó a la espera en el pasillo, ya que, al cerrar tan rápido, ni siquiera pudo ver a la otra protagonista. Comprobó la hora en el móvil, puesto que ese incidente estaba recortando minutos a su momento y, mientras pensaba en Emily

y en el hecho de que habían quedado esa misma noche, la puerta se abrió y volvió a sonreír al encontrarse cara a cara con Sara.

—Hola, Lena. ¿Qué tal?

—Muy bien, gracias —contestó—. ¿Y tú?

—Pues podría estar mejor, la verdad —le aseguró sonriente.

—Siento la interrupción —dijo antes de devolverle la sonrisa—. No sabía que estabais ocupadas.

—Ha sido algo improvisado —le aclaró—. La próxima vez pondré un cartelito de no molestar.

—Mis ojos te lo agradecerán.

—No seas exagerada —señaló Sara—. El sexo lésbico es lo mejor que hay.

—Ahí tienes razón —apuntó—. Pero no me agrada la idea de ver a mi amiga en esa situación.

—Venga ya. Ni siquiera me ha dado tiempo a quitarle la camisa.

Sara bromeó y ambas sonrieron. No sabía si la relación de la mejor amiga de Emily y Marina funcionaría. Pero le gustaba mucho su humor y su forma de ser.

—Hablando de sexo —dijo Sara—. ¿Qué tal con Emily?

Su pregunta hizo que sonriera con más fuerza e incluso sintió un pequeño escalofrío y algo de vergüenza al pensar en volver a tener una escena así con su amiga.

—Entiendo que no habéis vuelto a follar.

—Aún no estamos en ese punto —señaló.

—Aún —recalcó Sara muy sonriente—. Me gusta esa respuesta.

Se quedó sin palabras y hasta agradeció que el móvil de la amiga de Emily sonase. Esa llamada la liberó de tener que seguir con la conversación. Se despidió de ella y esperó unos segundos para volver a abrir la puerta del despacho de Marina.

—Ya te vale —dijo en cuanto sus miradas se encontraron—. ¿No tienes otro sitio?

Lo preguntó tras cerrar y su amiga la ignoró mientras ella la observaba teclear sin parar.

—Creo que me vas a tener que pagar la consulta de un psicólogo. No tiene que ser bueno para la salud ver a tu amiga en una situación como la que acabo de ver —argumentó—. ¿Cómo me borro eso de la cabeza?

Bromeó exagerando tras sentarse frente a ella y Marina la miró con una ceja alzada y un gesto bastante serio.

—¿Y por qué nos interrumpes?

—Y yo que iba a saber que ibais a estar aquí dando rienda suelta a vuestros deseos.

—Prueba a tocar en la puerta la próxima vez.

Su amiga soltó esa recomendación y volvió al trabajo, ignorándola.

—¿Por qué estás tan estúpida?

Se atrevió a preguntárselo tal cual le vino y la observó resoplar antes de dejarse caer contra el respaldo de la silla y pasarse la mano por la cara.

—Te diría que el motivo es que me has jodido un polvo, pero puedo tenerlo después y de mucha mejor calidad —señaló en primer lugar—. Pero es por Diana Rojas. Me está costando la vida intentar quedar con ella para hacer esa maldita entrevista. ¿Por qué no me echas una mano?

—¿Yo? —cuestionó.

—Tú la conoces.

—La conocí hace años. Ni se acordará de mí.

—Joder, ¿tan mal fue vuestro encuentro sexual?

Le puso mal gesto y arrastró un poco más la silla hacia la mesa para estar más cerca de ella y poder ver su reacción cuando le contase los nuevos avances con Emily. A lo que realmente había ido.

—Ayer estuve con Emily. Me dejó una nota en el espejo del coche diciéndome que me esperaba en la heladería de la esquina y fui incapaz de dejarla colgada.

—Muy bien. Me alegra que sigas teniendo algo de sensibilidad.

Hizo una bola de papel con el primer folio que pilló y se lo tiró directamente a la cara. Su amiga protestó y deshizo la bola para ver si era algo importante. Al comprobar que no servía para nada, volvió a darle forma esférica y le devolvió el golpe.

—Me dijo que no estaba con Sonia.

—Ya lo sabíamos.

—No estábamos seguras.

—No lo estarías tú —señaló Marina—. Ya te dije que sería absurdo que me mintiese con algo así. Me acuesto con su amiga, ¿recuerdas?

—No vuelvas a repetir eso porque me viene a la mente la escena de hace unos minutos —le pidió y la muy tonta sonrió—. El caso es que fui un poco seca porque me costó horrores no romperme a llorar delante de ella. Así que esta mañana he parado en la cafetería y me he tomado un café mientras hablábamos —comentó mientras su amiga asentía con la cabeza bastante interesada en cada una de sus palabras—. Y ahora tenemos una cena pendiente esta noche y un cine el viernes.

—Pues parece que todo bien, ¿no? Enhorabuena.

—Aún no hemos hablado —señaló y la observó fruncir el ceño—. No hemos hablado de la ruptura —aclaró—. Ella quería hablar, pero le dije que no estaba lista.

—¿Y qué te dijo?

—Que esperaría lo que hiciera falta.

—La mejor respuesta del mundo —aseguró Marina.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. ¿Hubieses preferido que te dijese otra cosa?

Se lo pensó unos segundos y llegó a la conclusión de que su amiga tenía razón. La respuesta de Emily fue la más apropiada.

—Ahora lárgate. Tengo que trabajar.

Marina la echó del despacho y ella se quedó unos segundos más sentada tras mirar el reloj y comprobar que aún le quedaba tiempo.

—Hay algo más —dijo, captando de nuevo su atención—. Me ha dado las gracias esta mañana después de invitarle a cenar. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Una invitación siempre viene bien —señaló su amiga.

Asintió con la cabeza no muy convencida y, cuando agachó la mirada, Marina aprovechó para tirarle un bolígrafo.

—Aún me sorprende lo novata que eres en este campo —señaló y ella alzó una ceja—. Voy a empezar a cobrarte por mi sabiduría.

—Estaría dispuesta a pagarte lo que fuese con tal de que resuelvas todas mis dudas —dijo sin dudar, haciéndole sonreír.

—Por el momento me conformaré con una cena.

—Trato hecho.

Le extendió la mano para hacer más oficial la propuesta y Marina se la estrechó sin perder la sonrisa.

—Es posible que Emily te haya dado las gracias porque accediste a su plan y, además, has propuesto uno tú misma.

—Entiendo —susurró.

—La próxima clase te costará dos cenas —aseguró su amiga—. Y ahora, lárgate. En serio. Tengo que acabar esto de una maldita vez.

Se levantó sonriente y ni siquiera le dio tiempo a decirle nada más. Marina volvió concentrada al teclado y ella salió del despacho pensando en la quedada. Estaba nerviosa por volver a ver a Emily pero, sobre todo, por ver cómo avanzaba la noche.

*****

Lena le dijo que le avisaría cuando saliese para ir en su búsqueda y, como tenía tiempo de sobra, ya que esa tarde no tenía clases, se dedicó a sacar casi toda la ropa fuera del armario para mirar con mejor perspectiva cuál sería el atuendo adecuado. Seleccionó un par de pantalones y blusas a un lado de la cama y, al otro, una falda y un vestido. Se cruzó de brazos para ver si así conseguía que la decisión fuese más fácil, pero fue completamente inútil.

—¡Joder! —exclamó cuando alguien dando golpes contra la puerta la sobresaltó.

Se quedó durante unos segundos estática. No esperaba a nadie. Solo a Lena. Pero no la había avisado y ella aún estaba con una toalla cubriendo su cuerpo y otra liada en el pelo. No le daba tiempo a elegir el atuendo en unos segundos, así que decidió encaminarse a abrir y, si fuese Lena, le pediría unos minutos.

—Sois vosotras —dijo en cuanto vio a sus amigas tras la puerta.

—Así da gusto venir a visitarte —señaló Sara.

—Menuda dramática —bromeó mientras se echaba a un lado para dejarles pasar al interior—. No os sentéis —les indicó—. Venid conmigo a mi habitación. Necesito vuestra ayuda.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Carmen en cuanto pusieron un pie en su dormitorio.

—¿Vas a hacer un cambio de armario radical? —cuestionó Bea.

—He quedado con Lena.

Lo soltó sin andarse con rodeos y, de forma inmediata, se le curvaron los labios. Le hacía feliz volver a compartir tiempo y espacio con ella y por eso mismo ni siquiera le dio tiempo a la morena a que se pensase lo del cine del viernes. Quería seguir quedando con ella, hacerle ver que estaba ahí y que no tiraría la toalla.

—Pero qué perra, no me ha dicho nada —dijo Sara.

—¿Cuándo la has visto? —cuestionó curiosa.

—Esa blusa es muy bonita.

Su amiga intentó cambiar el rumbo de la conversación, pero ya era tarde. La atención de todas las allí presentes, sobre todo la suya, estaba puesta por completo en ella.

—He ido a ver a Marina y me la he cruzado —aclaró—. Le he preguntado si ya habéis vuelto a follar.

—¿Qué? ¿Estás imbécil?

—Eres lo peor —soltó Carmen.

—Lo peor de lo peor —señaló Bea.

—Pues seguro que la respuesta os encanta.

Sara lo dijo muy convencida y la miró directamente a ella. Sabía que era a la que más le interesaba el tema.

—¿A qué esperas?

—Perdona. Es que soy un poco imbécil —recalcó su amiga y ellas tres sonrieron ante su dramatismo—. Pero como soy una buena persona te lo diré —aclaró—. Me ha dicho que aún no estáis en ese punto.

—¿Y esa respuesta debe encantarme?

Lo cuestionó sin querer prestarle más atención y centró su atención en la ropa. El debate que estaba ocupando su mente antes de que sus amigas llegasen.

—Ha dicho que aún —dijo Sara, recalcando la última palabra.

Volvió a clavarle la mirada a su amiga y observó una gran sonrisa en sus labios.

—Es una forma de hablar —aclaró Bea.

—¿Y seguro que te lo dijo así? —preguntó Carmen.

—Segurísimo.

—¿Podemos olvidarnos de eso? —cuestionó—. Necesito ayuda aquí.

Decidió no darle más importancia a lo que Sara les había contado porque no le venía nada bien pensar en Lena y ella teniendo sexo. Habían tenido pocos encuentros sexuales, pero habían sido de calidad. La morena era una buena amante y empezó a sentir algo de calor solo de pensarlo y recordar algunas de sus escenas.

—Creo que deberías ir con el vestido. Es muy bonito —aseguró Carmen.

—¿No es demasiado? —preguntó antes de levantarlo de la cama para que lo viesen mejor —. Ni siquiera sé el sitio al que vamos.

—Entonces pantalón y blusa —dijo Bea.

—Igual es muy simple —dijo dudosa.

—¿Y qué tal si la recibes desnuda?

Le tiró una camiseta a Sara tras soltar esa pregunta y decidió ignorarla y centrarse solo en las recomendaciones de las otras dos. Al final optó por el vestido. Era algo ajustado, de color rojo y tirantes y le quedaba justo por encima de las rodillas. Se lo había puesto muy pocas veces y por eso hasta se le había olvidado lo bien que le quedaba. Completó el conjunto con unos zapatos de tacón negros y se dejó el pelo suelto. Todo acompañado de algo de maquillaje.

—La verdad es que estás increíble —aseguró Carmen y las otras dos le dieron la razón asintiendo.

—Tienes un buen polvo —apuntó Sara.

Sonrió y negó con la cabeza y cogió el móvil cuando escuchó la notificación de que le acababa de llegar un mensaje.

—Mierda. Es Lena —les informó—. Está abajo ya. ¿Estoy lista? ¿Me falta algo?

—Yo que tú me pondría un abrigo.

—Bien visto —dijo tras recibir las palabras de Carmen.

Cogió uno que tenía que le llegaba a la misma altura del vestido, ocultándolo debajo. Se lo puso, las animó a que salieran rápidamente del piso con ella, ya que no quería hacer esperar a Lena y, una vez en la calle, cuando vio su coche, un calor agradable se le instaló en el centro del pecho. Les pidió a Carmen y a Bea que se llevasen a Sara y su sonrisa aumentó cuando las vio agarrarla por ambos brazos y tirar de ella. No quería que volviese a molestar a la morena con alguna de sus preguntas.

Libre de distracciones caminó hacia el coche y tocó en la ventanilla del copiloto para captar su atención y que le abriese. Lena no tardó en hacerlo y le encantó descubrir su sonrisa en cuanto sus miradas conectaron. La noche aún no había empezado, pero volver a ver ese brillo tan especial en la mirada de la morena la reconfortó por completo en apenas un segundo.

*****

—Creo que debería subir a cambiarme —sugirió Emily nada más entrar en el coche.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

—No sé si voy apropiada, aunque tampoco sé nada del sitio al que vamos a ir a cenar —le confesó y a ella se le escapó una sonrisa.

—Vamos a un mexicano.

—Entonces sí, voy a subir a cambiarme.

—No lo hagas.

Se lo pidió posando una mano sobre su pierna para impedirle salir del coche y Emily, inmediatamente, bajó la vista hacia ese gesto. Cortó el contacto porque no sabía si le había molestado y, cuando sus ojos volvieron a encontrarse, la castaña le regaló una de sus increíbles sonrisas.

—Ni siquiera sé qué llevas debajo del abrigo. No puedes dejarme con la intriga.

—Está bien. Arranca.

Esperó a que se pusiera el cinturón de seguridad y se incorporó al tráfico mientras su mente pensaba en lo bien que se sentía al volver a tener a Emily de copiloto. El silencio era un invitado más a la escena, pero no se sentía incómodo.

—¿Has trabajado mucho hoy? —le preguntó la castaña—. No te he visto de nuevo por la cafetería.

—Ha sido un día duro, sí —aseguró—. Y bueno, tenía unos temas que tratar con Marina. No me ha dado tiempo a bajar a por un segundo café.

Le confesó la verdad a medias porque no se atrevía a contarle sobre qué temas había tratado con su mejor amiga. Emily igual se burlaba de ella por tener que pedirle ayuda a otra persona para saber cómo avanzar. No era propio de alguien de su edad. Marina iba a tener razón en que era una completa nula en el campo de las relaciones y sentimientos. Pero estaba dispuesta a seguir aprendiendo.

—Está aquí al lado —aclaró en cuanto sintió la mirada de Emily clavada en ella tras aparcar unos minutos después.

—Podríamos haber venido andando.

—Hace un poco de frío. No quiero que mañana te despiertes moqueando.

Bromeó antes de salir del vehículo y, una vez fuera, pudo fijarse bien en lo increíblemente guapa que iba y lo bien que le sentaba el conjunto. Levantó la vista y se dio cuenta de que Emily descubrió que había estado mirándole las piernas. No era su culpa.

—Me lo ha recomendado Marina —dijo para dejar atrás esa escena algo incómoda—. El restaurante —aclaró mientras ya veía, desde lejos, el luminoso con el nombre.

—¿Podemos fiarnos de su gusto?

—No suele fallar —aseguró y le abrió la puerta para que entrase primero—. De nada —dijo cuando Emily le dio las gracias.

Las llevaron a la mesa que tenía reservada y, antes de sentarse, la castaña se quitó el abrigo dejando al descubierto el vestido que llevaba debajo. Tuvo que esforzarse en disimular para que no descubriera que la acababa de dejar sin aliento y le hizo un reconocimiento al completo, ya que era incapaz de apartarle la mirada.

—Estás increíble —confesó sin poder contenerlo y una gran sonrisa apareció en sus labios.

—Gracias —dijo la castaña algo tímida.

—Menos mal que no te has cambiado.

—¿No es demasiado?

Negó en rotundo y eso le hizo gracia, ya que sonrió más. Quiso haberle dicho más halagos en relación al atuendo elegido, pero no sabía si era apropiado y un joven camarero llegó para tomarles nota, cortando así con su pequeño debate interno. Pidieron todo para compartir y, cuando las dejaron a solas de nuevo, sintió algo de presión por no saber cómo llevar la conversación. Aunque no tuvo que pensar demasiado en eso, ya que Emily decidió llevar las riendas.

—Sara me ha comentado que ha estado en las oficinas hoy.

Sonrió y la castaña la miró confusa al no entender qué le hacía gracia.

—¿Qué pasa?

—Nada. Nada —contestó de forma apresurada, pero sin perder la sonrisa.

—Lena, ¿qué me estoy perdiendo?

—Digamos que es posible que haya pillado a nuestras mejores amigas en una actitud un tanto cariñosa.

—¿En serio?

—Sí. Creo que estoy algo traumada —bromeó.

—A mí me pasó cuando las pillé en aquel baño.

Ambas sonrieron y ella sintió que, de verdad, estaba muy cómoda. Sabía que tenían cosas de las que hablar. Era muy consciente pero, aún así, Emily seguía siendo Emily y ella seguía sintiéndose igual con ella.

Hablaron de distintos temas mientras cenaban. Trabajo. Estudios. Sus amigas. También del estreno de una nueva serie y de que seguían teniendo pendiente acabar la que tenían empezada. A pesar de haber roto, se habían respetado y ninguna quiso ver el siguiente capítulo sin la otra. Podría parecer una tontería, un gesto sin importancia, pero a ella le pareció curioso y hasta agradable. Emily y ella se habían estado esperando a pesar de todo. Y por eso, cuando la noche fue llegando a su fin, empezó a sentir la necesidad de querer más tiempo. Así que, aunque aparcó muy cerca de su portal, decidió acompañarla.

—Ha sido genial —aseguró Emily tras detenerse en su portal y clavarle la mirada—. Gracias por invitarme.

—No tiene importancia —señaló con total sinceridad—. Además, tú mañana me invitas al cine.

—Y tú a las palomitas.

Sonrió con su aporte e intentó poner su cabeza al máximo rendimiento para intentar encontrar alguna frase que la retuviera un poco más a su lado esa noche. La observó morderse el labio inferior tras creer ver que iba a decirle algo y agachó el rostro porque sabía que se le acababa el tiempo. No podían estar mucho más tiempo ahí paradas sin hacer ni decir nada.

Emily aprovechó para agarrarle la mano y ella se permitió el lujo de observar la acción. Le encantaba volver a sentir su contacto y, sobre todo, que fuese ella misma la que lo buscase.

—Sé que me dijiste que aún no estabas preparada para tener la conversación —aseguró Emily y ella alzó la vista para mirarle a los ojos directamente—. E igual soy la persona más egoísta del mundo, pero necesito que lo hablemos.

Se lo dijo con emoción reflejada en el rostro y en el azul de su mirada y ella tuvo que aguantarse las ganas de no romper a llorar. Le dolía muchísimo lo que había pasado entre ellas, pero más le dolía verla así. Sentía un nudo en la garganta y, como su mano seguía sosteniendo la suya, solo le quedó darle un ligero apretón para darle a entender que podía empezar con lo que debían haber tratado ya.

—Fui una imbécil y una estúpida —dijo en primer lugar—. Y no debí dejarte entrar en

mi vida si aún no me sentía preparada. Pero joder. Me trataste tan bien y me hiciste sentir de una forma tan increíble que fui incapaz de echarme atrás. Me dejé llevar y tuve la relación más corta de mi vida, pero también la más bonita.

Se lo confesó y paró para apartarse una lágrima de la mejilla, gesto que la propia Emily repitió con ella porque ni se dio cuenta que también había empezado a llorar.

—Y ahora te estoy haciendo daño como también te lo hice antes —le aseguró a media voz.

La observó romper el contacto visual y soltar aire lentamente en un intento de controlar la emoción.

—¿Por qué me dejaste?

Se atrevió a preguntárselo porque era el tema que más le atormentaba y necesitaba una respuesta.

—¿No fui suficiente? —cuestionó emocionada tras unos segundos de silencio y el azul de su mirada volvió a su encuentro.

—Fuiste más que suficiente —aclaró Emily—. Jamás digas eso —le pidió y soltó su mano para tener las suyas libres y así agarrarle el rostro con delicadeza—. Yo no era suficiente para ti.

—Eso no es cierto.

Lo dijo mientras sentía una nueva lágrima caer, pero Emily volvió a quitársela con cariño. Sintió el abandono del calor de sus manos en las mejillas y, aunque se moría de ganas de volver a recuperar algo de contacto, decidió centrar toda su atención en lo que tenía que decirle.

—Lo pensaba así.

—Pasado.

—Sí —aseguró la castaña—. No pretendo justificarme. Pero, cuando llegaste, mi vida era un maldito caos. Estaba aún saliendo de una relación tóxica y soy consciente de que le di demasiada importancia a todo lo relacionado con Sonia —señaló—. Llegué a pensar que de verdad no merecía a alguien mejor y, mucho menos, a alguien como tú. Esa relación me consumió muchísimo y tú me ayudaste a salir.

Emily tuvo que parar de hablar porque la emoción le pudo. Algo que le estaba ocurriendo también a ella.

—La noche que salimos con mis amigas, ¿la recuerdas? —le preguntó y ella asintió—. Sonia me siguió a los baños y dejé que se metiese en mi cabeza. Me dijo que erais igual, el mismo tipo de chica, y que te cansarías rápido de mí.

—Yo nunca haría eso —aseguró.

—Eso díselo a mi yo imbécil del pasado —dijo Emily en un intento de bromear, pero no le salió del todo bien, ya que tuvo que apartarse otra lágrima del rostro—. No te dejé porque no quisiera estar contigo, es que me aterraba cagarla y hacerte daño porque todo en mi cabeza era un puto laberinto —aclaró.

—Yo solo quería estar contigo —le confesó.

—Querías. Pasado.

Repitió la misma palabra que ella había usado con anterioridad y se sintió tremendamente mal porque el gesto de Emily se volvió el doble de triste e incluso le apartó la mirada. Ahora era ella la que le estaba haciendo daño.

—No he querido decir eso —dijo y se atrevió a posar una mano sobre su barbilla para que sus miradas volvieran a conectar—. Pero es complicado —apuntó—. Me encantaría abrazarte y besarte y decirte que todo está solucionado. Joder. Me encantaría besarte —insistió y

vio un pequeño atisbo de sonrisa en sus labios—. Pero también me aterra la posibilidad de volver a sentir ese maldito dolor de perderte.

Las lágrimas de Emily se agolparon en sus ojos al igual que las suyas y, de repente, las dos dejaron que cayesen. Se sonrieron mientras intentaban contener la compostura, pero ambas sabían que era una sonrisa camuflada para mitigar el dolor que estaban sintiendo.

—No puedo asegurarte que no vaya a hacerte daño de nuevo. Esas cosas no se pueden controlar, no cuando hay sentimientos de por medio.

—Lo entiendo —dijo y fue su turno de cogerle una mano—. Creo que las dos necesitamos procesar esto que acabamos de hablar.

Lo dijo con toda la seguridad que pudo encontrar y la observó asentir antes de alzar su mano con la suya y dejarle un suave y cálido beso en ella. Se perdió en su mirada unos segundos más antes de girarse para caminar de vuelta al coche y se obligó a pisar con firmeza mientras por su mente cruzaba el pensamiento de volver a sus brazos para dejarse llevar.

33

Mantenía la vista clavada en un punto en concreto del suelo mientras Sara no paraba de hablar sentada a su lado en el sofá. La encontró esperándola en la puerta cuando llegó de trabajar y entró directamente en su piso sin más. Tampoco es que tuviera nada más que hacer. Su último encuentro con Lena acabó fatal. Se adelantó en querer tener la dichosa conversación y la morena, tras aquello, volvió a desaparecer. También era cierto que solo había pasado un día, pero es que no la vio en la cafetería en toda la mañana. Era como si estuviera huyendo de ella, otra vez. Y eso, definitivamente, no le gustaba. Y sí, se lo tenía merecido. Por bocazas y por no esperar su espacio y tiempo. Así que ahora, en lugar de estar preparándose para ir al cine, estaba sentada en el salón de casa mientras su amiga le contaba un cotilleo sobre uno de sus compañeros de trabajo.

—Te toca —dijo Sara, que incluso le dio un ligero empujón para captar su atención—. Cuéntame qué tal con Lena. ¿Acabasteis dando rienda suelta a las hormonas?

Tomó aire y lo soltó despacio. No sabía si hablar con ella de lo sucedido la ayudaría en algo, pero sentía la necesidad de tener que contarlo sí o sí.

—La cagué —comentó y su amiga frunció el ceño—. Todo fue perfecto. La conversación fluía y creo que, ambas, nos sentimos bastante cómodas —dejó claro—. Pero me precipité en tener la conversación que debíamos tener y no he vuelto a saber nada más de ella —confesó—. Está huyendo de mí.

—¿Huyendo de ti? ¿Qué le dijiste? —cuestionó Sara—. ¿Es que te pusiste en modo estúpido?

—No me puse en modo nada —aseguró—. Solo solté todo lo que tenía dentro. Le conté la verdad, que la dejé porque todo era un caos en mi cabeza y porque Sonia supo meterse bien en mi mente, aunque eso no justifica mi acción.

—¿Qué te dijo ella?

—Que le daba miedo que volviera a hacerle daño.

Lo resumió de la forma más simple posible y su amiga asintió con la cabeza mientras parecía estar debatiendo algo en su cabeza.

—Eso no quiere decir que esté huyendo de ti —le aseguró—. Quizás solo necesite pensar.

—Dijo que las dos necesitábamos procesar la conversación.

—¿No crees que tenga razón? —cuestionó Sara.

—No lo sé —respondió y lanzó un suspiro—. Es que joder, yo no necesito pensar nada. Quiero que me dé una nueva oportunidad —señaló y la observó sonreír—. ¿Qué pasa?

—Me gusta como piensas.

—Pues está claro que Lena no piensa así.

—Dale algo de tiempo, no puedes tirar la toalla así como así.

—Nadie está diciendo que vaya a tirar la toalla —recalcó—. Pero necesito saber algo de ella. Lo que sea.

—¿Y si pruebas a llamarle por teléfono?

—¿Y si no me lo coge?

—Arriésgate.

Cortó el contacto visual con su amiga y se levantó algo nerviosa del sofá. ¿Había pasado

por su cabeza el llamarla? Por supuesto que sí. Unas cien veces desde que hablaron por última vez pero, después de la cagada de forzar la conversación, no quería presionar más las cosas. Se giró para no enfrentarse a la mirada de Sara y sus ojos viajaron directamente a la estrella que Lena le regaló en su primera cita. Sonrió sin poder evitarlo y el corazón le dio un brinco cuando un par de golpes contra la puerta la sobresaltaron.

—¿Le has dicho a Bea y a Carmen que vengan? —preguntó mientras caminaba para abrir y escuchó de fondo que su amiga lo negaba—. Lena —susurró al ver a la morena tras la puerta —. No te esperaba —confesó y se le escapó una sonrisa al volver a verla allí.

—Si estás ocupada puedo irme.

—No. No. Pasa —dijo e incluso se atrevió a agarrarle de una mano para introducirla dentro de su piso—. Sara ya se iba, ¿verdad?

—Así es, amigas. El alma de la fiesta se va —anunció tras levantarse del sofá—. Pero que conste que no es por gusto. Yo me quedaría encantada —aseguró—. Por cierto, ¿dónde está tu amiga?

—En el despacho no.

El rostro de Sara cambió e incluso se llevó una mano al pecho fingiendo estar ofendida.

—Traidora. ¿Se lo has contado?

Ambas sonrieron, hecho que le encantó, ya que ver a Lena bromear era una buena señal.

—¿Sabes? Me caías bien —aseguró su amiga—. Pensaré sobre esta traición.

La observaron salir del piso y, durante unos largos segundos, se quedó sin saber qué hacer o decir ante su presencia. Su visita la pilló totalmente desprevenida y el hecho de pensar que estaba huyendo de ella cayó en saco vacío.

—He estado ocultándome de ti.

Lena se lo confesó tras conectar con su mirada y ella pensó en que ojalá su pensamiento no hubiese sido tan certero.

—Necesitaba pensar un poco y sabía que, si te veía, de nada serviría —le aclaró.

—¿Me puedes explicar eso mejor? Lo de que de nada serviría.

La morena le regaló una pequeña y tímida sonrisa e incluso se atrevió a coger su mano antes de hablar, regalándole ese calor corporal que tanto le gustaba.

—Me refiero a que, cuando te veo, no puedo evitar querer estar cerca de ti —confesó Lena y fue su turno de sonreír—. Y necesitaba pensar en lo que me dijiste y en cómo me hace sentir.

Asintió para hacerle ver que ahora sí la había entendido, pero quería saber más, quería más datos.

—¿Y cómo te hace sentir?

Se atrevió a preguntarlo y la observó resoplar antes de cortar su contacto visual.

—Aún no lo tengo claro —confesó tras mirarla de nuevo—. Ya te dije que me aterra volver a sentir ese tipo de dolor —le recordó—. Pero también me aterra no volver a estar contigo.

Esa confesión provocó en ella una gran sonrisa que no pudo controlar. No imaginó tener ese día a Lena en casa, así que mucho menos esperó recibir esas palabras por su parte.

—Me ha gustado mucho eso que me has dicho —aclaró y se atrevió a subir con la mano hacia su rostro para acariciarlo—. Podemos intentarlo de nuevo.

Dejó clara su postura, pero en la mirada de Lena vio algo que no terminó de gustarle.

—Necesito ir despacio —le dijo la morena e incluso se apartó, rompiendo el contacto directo contra su piel—. No quiero agobiarme y hacer que todo explote por mi culpa.

Forzó una sonrisa porque, aunque le gustaba lo que estaba oyendo, pensó que todo podría haberse arreglado de una forma más directa y rápida. Joder, es que se moría por volver a besar sus labios y recuperar esa cercanía de la que tanto habían disfrutado.

—Podemos empezar por ser amigas —planteó Lena y la decepción creció a pasos agigantados en su interior—. Ver cómo la cosa fluye.

—Ver cómo la cosa fluye.

Repitió sus palabras intentando entender lo que le estaba pidiendo, pero la morena sonrió creyendo que había entendido su postura y tuvo que retener con todas las fuerzas esas ganas que tenía de recuperar el tiempo perdido. ¿Podría ser su amiga? Tenía sus dudas, la verdad. ¿Cómo iban a volver a ese tiempo si ni siquiera habían sido amigas en un principio?

—Y creo que tenemos un cine pendiente.

Lena captó su atención con esa frase y, a pesar de todo, sonrió entusiasmada porque lo de dejar que todo fluyese no era una invención para librarse elegantemente de ella. La morena lo había dicho de verdad y hasta estaba dispuesta a ir a ese plan que ella misma organizó de forma espontánea en la barra de la cafetería, esa misma en la que tantos momentos habían compartido juntas.

—Me cambio de ropa en un momento.

—¿Por qué? —cuestionó Lena.

—Porque tenemos ese cine pendiente —aclaró confundida, ya que ella misma recordó la cita.

—Pero no es necesario que te cambies. Estás estupenda así.

Sonrió con sus palabras e incluso sintió que algo de calor recorrió su cuerpo cuando comprobó el escrutinio que le hizo de arriba abajo.

—Voy en vaqueros y sudadera y tú vas en un estupendo traje. No hay color —apuntó.

—¿Y cuál es el problema?

Se encogió de hombros porque en realidad, si lo pensaba de verdad, no había ningún problema. Solo quería cambiarse para ponerse algo más guapa para ella. Simple y directo. Pero no se atrevió a confesárselo. Así que, cogió la cartera, el móvil y las llaves y salió detrás de Lena algo decepcionada al recordar lo de empezar por ser amigas, pero feliz porque la morena había vuelto a su vida a pesar de todo.

*****

No esperó que Emily abordase la conversación que tenían pendiente esa noche después de cenar. Aún así era muy consciente de que era totalmente necesaria y ambas lo sabían. No podían seguir alargando sus encuentros sin haber hablado del tema con sinceridad y sin más misterios. Y, aunque sus dudas se despejaron al ver la total sinceridad con la que le contó todo, tenía que reconocer que sintió verdadero temor ante la posibilidad de volver a pasar por ese dolor que sintió tras su ruptura. Por eso se ocultó de ella y la evitó todo lo posible. Necesitaba pensar y valorar la situación. Quería pensar en la mejor opción y en cómo afrontar la relación. Por primera vez en su vida se dio cuenta de que el miedo era capaz de frenar cualquier acción, incluso la de querer olvidarse de todo y lanzarse de nuevo a los brazos de la mujer a la que quería. Era jodidamente contradictorio. Mucho. Y fue por eso por lo que pensó en que podrían empezar de nuevo poco a poco y como amigas. Se convenció de que era la mejor decisión de todas y por eso no dudó ni un segundo en ir directamente a su casa para recogerla e ir al cine esa noche, tal y cómo habían planeado con anterioridad.

—¿Tienes frío? —preguntó en cuanto bajaron del coche tras aparcar y comprobar que Emily se frotaba los brazos con las manos.

—No tiene importancia. Se me pasará dentro.

—¿Dentro? —cuestionó—. A veces hace más frío en la sala que en la calle —aclaró y le encantó ver una bonita sonrisa reflejada en sus labios—. Espera, creo que tengo una cazadora en el maletero.

Caminó hacia la parte de atrás del coche y la castaña la siguió de forma inmediata. Sacó la prenda que le había prometido y le ayudó a ponérsela colocándole bien el cuello y sacándole el pelo por fuera, ya que lo llevaba suelto. Ella, por su parte, también cogió el abrigo que había llevado esa mañana a la oficina y se lo puso.

—¿Es nuevo? —preguntó Emily en cuanto la vio con la prenda puesta—. Te queda muy bien.

Se lo aseguró completamente convencida e incluso posó ambas manos sobre las solapas y ella pensó en lo bien que sería volver a sentir su contacto directo contra la piel.

—Lo tenía guardado en casa, ni me acordaba de su existencia —aseguró con una pequeña sonrisa antes de cerrar el coche.

Se giraron para caminar hacia el cine y, en cuanto lo hizo, sintió que el brazo de Emily se entrelazaba con el suyo. Se sintió agradable y le proporcionó un calor reconfortante ya conocido que había estado echando mucho de menos.

—Hace siglos que no vengo al cine —confesó Emily.

—¿Siglos? Te conservas muy bien —bromeó.

—Se me había olvidado que, a veces, tienes un humor pésimo.

Ambas sonrieron con su comentario y caminaron en la misma posición hasta que llegaron a su destino. Tuvo que romper su contacto porque el momento lo requería, ya que iba a comprar esas palomitas que le prometió.

—¿Dulces o saladas? —le preguntó antes de pedirlas.

—Dulces, siempre.

—Siempre —repitió e hizo un gesto señalándose la cabeza, haciéndole entender que lo retendría en su memoria y Emily volvió a sonreír.

Adoraba su sonrisa, pero adoraba aún más ser ella la persona que las provocaba. Podría pasarse la vida entera viéndola porque era tan bonita y perfecta que nada ni nadie podría hacerle competencia. Agitó un poco la cabeza porque no estaba segura de si estaba bien que una amiga pensase esas cosas sobre otra. Entendía que no y por eso se centró en pedir un par de refrescos y en pagar.

—¿Por qué has pedido las gigantes? —le preguntó Emily en cuanto le hizo entrega de las palomitas.

—Para que tengas para toda la película.

—Voy a tener hasta para desayunar mañana —exageró muy convencida, haciéndole sonreír.

Negó con la cabeza sin perder la sonrisa y la observó comer palomitas mientras se dirigían con calma a la sala y ella llevaba los refrescos. Encontraron sus asientos rápidamente y se sorprendió porque el lugar estaba vacío.

—No imaginé que estaríamos solas. Seremos la envidia de más de una pareja —comentó Emily, captando toda su atención.

—¿A qué te refieres?

—¿Nunca has estado con un ligue en el cine?

—Alguna vez.

—A solas —recalcó la castaña sonriente.

—¿Te lo estás llevando a lo sexual?

—Bingo.

Emily se lo confirmó y ella negó con la cabeza antes de volver a encontrarse con su mirada.

—Cuéntame. Soy toda oídos. No vamos a molestar a nadie con nuestra conversación —bromeó la castaña.

—No le veo la gracia a eso de liarte en el cine —confesó.

—¿Por qué? —cuestionó Emily rápidamente—. A mí me da algo de morbo.

La castaña se lo soltó así sin más y ella tuvo que contener el ligero, pero agradable, cosquilleo que empezó a sentir por todo su cuerpo. A su mente empezó a llegarle imágenes con ella liándose en ese mismo sitio y tuvo que recomponerse en la butaca mientras sus ojos azules seguían clavados en ella.

—¿A ti no?

—Nunca me lo he planteado —aseguró mientras intentaba ocultar que era justo eso en lo que estaba pensando.

—Plantéatelo —la animó Emily y ella le regaló una sonrisa nerviosa.

Se quedó totalmente clavada en su gesto pícaro y en cómo se mordió el labio inferior durante unos segundos. Le apartó la mirada porque, de seguir así, iba a acabar besándola y tirando por la borda ese planteamiento absurdo suyo de empezar por ser amigas. ¿En qué momento se le pasó por la cabeza? ¿Por qué pensó que sería la mejor decisión? Es que era la persona más estúpida del mundo y Emily seguía mirándola y ella seguía sin saber qué decirle.

—Igual no es el momento —sugirió al no encontrar otras palabras.

—Igual puedes contestarme más tarde.

Forzó una sonrisa en cuanto su mente entendió el doble sentido de su frase. O al menos eso fue lo que pensó. Quizás Emily la había pervertido demasiado en apenas unos segundos. O quizás había percibido bien su mensaje y la castaña estaba en la misma situación que ella y con las mismas ganas de besarla. Un debate abierto que tuvo que dejar en segundo plano cuando en la pantalla empezó a reproducirse el primer tráiler de la sesión.

—Si hay alguna interesante podemos venir —le propuso Emily y ella asintió.

Le gustaba eso de volver a sentirla cercana y comprobar que estaba más que dispuesta a pasar tiempo con ella. Aunque también era cierto que sus hormonas iban a sufrir. ¿Cómo iba a poder controlar lo que sentía? ¿Cómo iba a conseguir cumplir con su promesa si a Emily solo le hacía falta un pestañeo para desarmarla?

Pasó de un tráiler a otro sin prestar atención. Su mente seguía en bucle con la situación y con la estúpida decisión que había tomado de empezar poco a poco. Ni siquiera sabía cómo iba a ser capaz de sobrevivir esa noche sin besar sus labios antes de volver a casa. Y mucho menos cuando Emily, en mitad de la película, fue acercándose cada vez más. Cogió su mano, la acarició y provocó que toda su atención estuviera centrada en exclusiva en ese gesto, obviando por completo a Scarlett Johansson. Un fraude como persona. Eso era. Pero no podía hacer mucho más. Solo podía contenerse y respirar su agradable aroma cuando la castaña decidió apoyarse en su hombro para recostarse un poco contra ella.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿Estás cansada?

—Estoy perfectamente.

Emily lo dijo muy segura y, cuando sus miradas conectaron desde tan cerca, sus ganas de volver a probar sus labios crecieron a la máxima potencia. Bajó la vista hacia su boca de forma totalmente inconsciente y una explosión ocasionada en la película provocó que la escena entre

ellas se rompiese y que volviera a su posición de espectadora. Comprobó en el reloj que a la película aún le quedaba más de media hora y rezó a todos los dioses existentes en el universo para que la ayudaran a salir airosa de la situación.

La película finalizó y ella se felicitó internamente por haber cumplido como amiga, aunque en realidad hubiese deseado romper con todo y provocar una escena para mayores de edad ahí mismo. Y sí, ella no era de las de liarse en el cine, pero por Emily haría lo que hiciese. De eso no tenía duda alguna. El problema era que su idiotez pesaba muchísimo sobre sus espaldas y ahora no sabía cómo decirle que lo de ser amigas igual no iba mucho con ella, que en realidad necesitaba volver a sentirla por todas partes y compartir con ella encuentros bajo las sábanas.

Condujo en dirección a su piso para dejarla en casa mientras Emily le contaba anécdotas sobre sus amigas y ella pensaba en cómo sería la forma adecuada de romper con la propuesta que le acababa de hacer esa misma tarde. Quería tachar y romper con lo de ser amigas y no encontraba en su mente la respuesta correcta. Incluso se le cruzó por la cabeza el parar el coche y proponérselo directamente. Sin medias tintas. Pero tampoco sabía cómo decírselo. Así que no le quedó más remedio que conducir hasta llegar al destino.

—No hacía falta que me acompañaras hasta el portal —dijo Emily mientras caminaban —. Has aparcado relativamente cerca —aclaró.

—No tiene importancia. Así estiro un poco las piernas.

Mintió en su respuesta porque lo de estirar parte de su anatomía le importaba bien poco. Su único objetivo era el de pasar más tiempo con ella. Todo lo posible.

—Me ha gustado mucho compartir esta noche contigo.

Emily lo dijo tras detener sus pasos y ella le sonrió como muestra de que estaba de acuerdo. Segundos después la observó levantar el brazo para sentir que, a continuación, le acariciaba la cara con cariño.

—Gracias por aparecer en mi vida —le confesó la castaña y ella, de forma inmediata, sintió que la emoción volvía.

—Gracias a ti por aparecer en la mía.

Le devolvió el cumplido y cogió la mano, que aún tenía en su mejilla, y se la llevó a los labios para darle un tierno y cálido beso. Contempló sus ojos azules ligeramente emocionados y pensó en el terror que sentía de perderla, a pesar del miedo que tenía por la posibilidad de volver a sufrir. E intentó verbalizarlo, pero la poca experiencia en el tema pudo con ella y acabó pensando que sería mejor ocultarlo por el momento.

—Creo que ha llegado el momento de despedirnos —señaló Emily y un fuerte nudo creció en su garganta.

—Pero será un hasta pronto —pronunció a media voz.

—Claro —aseguró la castaña convencida—. Puede que incluso un hasta mañana.

Sonrió con su aclaración y le encantó que le devolviera la sonrisa de forma inmediata. Suspiró y se giró con la intención de abandonar el lugar, pero el frío la invadió por completo y pensó en que no sabía cuándo volverían a verse porque tenían todo el fin de semana por medio y sintió la necesidad de tener que hacer algo más. Lo que fuese. Y, como las palabras seguían sin querer salir de su garganta, volvió a girarse y recortó toda la distancia entre ellas haciendo que ambos cuerpos se fundieran en un abrazo. A Emily en un primer momento parecía haberle pillado desprevenida, ya que le costó seguirla, pero después sintió que el contacto se volvía más directo y fuerte y se atrevió a hundir la cara en el hueco de su cuello para respirar su olor directamente. La sintió imitar el gesto y, de forma inevitable, se le escapó una lágrima

acompañada de una sonrisa. Estaba feliz por volver a sentirla en sus brazos, por volver a disfrutar de su calor. Y, a pesar de lo increíblemente bien que se sentía, tuvo que forzarse a separarse porque, aunque sería capaz de pasarse la noche así, sabía que no era posible.

—¿Tienes prisa? —le preguntó Emily en cuanto se separaron y su corazón empezó a latir con el doble de fuerza—. Me gustaría llevarte a un sitio. Aunque necesito las llaves de tu coche y no sé si aún sigues confiando en mí para eso.

Sonrió porque su discurso fue algo acelerado y, sin pensarlo, buscó las llaves del coche en el bolsillo del pantalón y se las cedió.

—Es el llavero que te regalé —le dijo nada más verlo.

—Te dije que era bonito —aseguró sonriente, gesto que Emily imitó—. Sorpréndeme.

La animó a caminar de vuelta hacia el coche echándose a un lado y le fue imposible borrar la sonrisa de sus labios. Parecía que ella no era la única que no quería acabar la noche.

*****

¿Se pasó gran parte de la noche acercándose todo lo posible a Lena? En efecto. Quería que su nuevo comienzo partiese del punto en el que habían estado antes de cortar, ya que lo de ser solo amigas le parecía algo bastante complicado entre ellas. Había atracción y ganas y se podía sentir en el ambiente a la perfección. Fue capaz de percibir que la morena ni siquiera estaba dispuesta a dar por finalizada la noche tras aquel abrazo que la dejó totalmente fuera de juego. Y la dejó anulada porque era lo que de verdad necesitaba. Su calor. Su tacto. Sentirla y poder fundirse en una. Y, como Lena no parecía saber hacia qué lugar llevar la situación, decidió tomar las riendas y le propuso alargar la noche un poco más. Estaba claro que ambas querían seguir acercándose y la comodidad que sintieron durante todo la noche le dio el impulso necesario para ser más activa y directa.

—Creo que este sitio me resulta familiar —dijo Lena en cuanto detuvo el coche.

—¿Y eso? —cuestionó muy sonriente—. ¿Has traído a muchas chicas aquí?

Bromeó antes de bajarse del vehículo y, una vez fuera, le encantó ver que la morena no perdió la sonrisa. La había traído de vuelta a su sitio favorito de la ciudad. El lugar que compartió con ella. En ese en el que ya habían estado juntas y al que nadie más había llevado jamás. Era un sitio exclusivo para ella, pero también quería que lo fuese para ellas dos. En conjunto.

—Una vez sí que traje a una chica aquí —comentó la morena junto al coche y ella caminó hacia su posición—. Bueno, en realidad me trajo ella. Yo solo conduje.

—Esa chica debió de sentirse muy afortunada.

Lo aseguró y no perdió detalle de su rostro. Quería examinar cualquier detalle en busca de alguna pista que le dijese que continuase por ahí.

—No lo sé —dijo Lena.

—Estoy segura de que sí —señaló sonriente y la observó morderse el labio inferior algo nerviosa—. ¿Quieres dar un paseo? Igual hay un banco cerca en el que podamos sentarnos.

Se contagió con la sonrisa de Lena tras aquella aportación. Ambas sabían que sí que había un sitio en el que poder sentarse. Ya lo habían hecho en el pasado y se sintió realmente cómodo y agradable. Y por eso mismo quiso repetir esa noche. Así que entrelazó su brazo con el suyo y caminaron juntas.

—Vaya, qué sorpresa. Sí que hay un banco.

Siguió con la broma y observó cómo negaba con la cabeza antes de llegar a su destino. Le encantaba eso de volver a compartir ese tipo de escenas y tonterías con ella. Era de las cosas que más disfrutaba. Igual que de su cercanía absoluta, fue por eso por lo que no dudó en sentarse

totalmente pegada, sintiendo que sus piernas se tocaban.

—Es un sitio increíble —aseguró Lena con la mirada perdida en el mar.

—Tú sí que eres increíble.

Lo soltó sin pensarlo y sus ojos, rápidamente, se clavaron en los suyos.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó la morena algo avergonzada, pero sonriente.

—Es la verdad —señaló convencida—. ¿No te lo habían dicho nunca? —cuestionó y le encantó que Lena no perdiera esa bonita sonrisa de los labios—. Pues te lo tendré que repetir —señaló—. Eres increíble.

La observó apartarle la mirada, por lo visto no estaba muy acostumbrada a eso de recibir cumplidos y ella pensó en lo tontas que habían sido las chicas en esa ciudad dejando escapar a alguien así. Aunque bueno, ella tampoco había sido la más lista de todas provocando una situación tan dolorosa entre ellas.

—Empecé a respirar gracias a ti —dijo, captando de nuevo toda la atención de Lena—. Apareciste en mi vida después de todas esas idas y venidas que tuve con Sonia y, por fin, todo me empezó a ir diferente —aseguró sonriente mientras recordaba sus primeros momentos con ella, esos en los que Lena fue la persona más insistente del mundo—. Por primera vez, en mucho tiempo, alguien tenía interés en mis cosas e incluso sentí que querías hacerme feliz.

—Siempre he querido hacerte feliz —confesó Lena con los ojos algo humedecidos.

—Y me has hecho muy feliz.

Lo dijo totalmente convencida y sin ningún tipo de duda.

—Y quiero que sigas haciéndome feliz —puntualizó—. Pero no sé si seré capaz de ser tu amiga.

El ceño de Lena se frunció y creyó ver algo de dolor en su mirada. No sabía si había metido la pata hasta el fondo, pero ella necesitaba expresarse y contarle qué era lo que sentía y quería de verdad.

—No quiero perderte.

La morena se lo confesó ligeramente emocionada y ella le sonrió con cariño porque estaba claro que no la había entendido. Se acercó un poco más girando el cuerpo, haciendo que el contacto visual fuese más directo, y cogió el teléfono del bolsillo del pantalón mientras sentía que sus ojos la acompañaban en cada movimiento. Apartó la funda y sacó un pequeño papel que llevaba tiempo guardado. Se lo entregó y fue su turno de observarla para no perderse ningún detalle de su reacción. Sonrió cuando sus labios se curvaron al leer aquel «vale por un beso» que ella misma le entregó en su primera cita. En aquel tiempo le resultó curioso que intentase algo con ella de esa forma pero, justo en ese momento, le pareció el gesto más oportuno.

Dejó que examinara el mensaje, aunque no había mucho sobre lo que debatir. Pero era consciente de que igual necesitaba unos segundos para pensar y actuar en consecuencia. Ya fuese para bien o para mal. Había expuesto lo que tenía y seguiría intentándolo si Lena le pedía algo más de tiempo, ya que ella también estaba segura de que no quería perderla. No dejaría escapar a alguien tan especial e increíble. Así que, cuando sus ojos volvieron a conectar, terminó de soltar lo único que le quedaba guardado.

—Déjame quererte.

Lo dijo con la mirada clavada en la suya, sin miedo alguno, y sintió que su propio corazón empezó a latir como un loco desquiciado. Había usado las mismas palabras que Lena usó cuando le pidió algo más entre ellas y comenzó a sentir que todo se le venía encima al no recibir respuesta por su parte. ¿De verdad lo había malinterpretado todo tanto? Creyó ver en ella las señales como para lanzarse. Soltó un poco de aire en un intento de liberar parte de la tensión

que estaba sintiendo y, en cuanto le apartó la mirada, Lena la cogió con cariño de la barbilla e hizo que sus ojos volvieran a conectar.

—¿De verdad quieres que te deje quererme?

—Por supuesto que sí —aseguró ante su duda—. Joder, Lena. Me muero de ganas de besarte.

—Joder, Emily. Yo también —señaló la morena y ambas sonrieron con esa doble confesión.

—¿Entonces por qué me pides ser amigas? —cuestionó sonriente.

—Porque soy imbécil.

Lena soltó un bufido tras esas palabras y ella no perdió la sonrisa mientras la veía pasarse las manos por la cara.

—Ambas somos imbéciles porque yo acepté sin más —dijo y sus ojos volvieron a mirarla.

—¿Y si hacemos como si no hubiese propuesto esa gilipollez?

—Me parece correcto.

—Entonces haré como si acabase de entrar en tu piso —señaló y ella asintió sonriente—. Y esta vez paso de hablar.

Y no le dio tiempo a aportar nada más a la conversación. Lena agarró su rostro con ambas manos y la besó dulce y cariñosamente. Se unió a su ritmo marcado sin prisa y se le escapó un pequeño suspiro cuando la morena cortó el contacto de forma perezosa.

—¿Es tu forma de decir que me das otra oportunidad?

—Te daría todas las oportunidades del mundo —aseguró la morena.

—Solo necesito esta.

Tiró de la solapa de su chaqueta y unió de nuevo sus labios con los suyos en un beso algo más demandante y necesitado envuelto en sonrisas y alguna que otra caricia por debajo de la ropa. Era un hecho bastante palpable y significativo que Lena había cambiado su vida. Y para bien. La dueña de esos ojos color miel había conseguido que recuperara la alegría y las ganas de compartir momentos con alguien, ya que sentir su calor, sus caricias y su mirada era todo lo que deseaba. Y no. No necesitaba nada más, solo contemplar su sonrisa y verse reflejada en su mirada.

FIN